**Terry Pratchett**

# Los pequeños hombres libres

Traducción de Pilar Ramírez Tello

### 



## 

## Capítulo uno

Un golpe bien dado

Unas cosas empiezan antes que otras.

Aunque era un chaparrón de verano, daba la impresión de que ni él se había dado cuenta, porque caía con toda la fuerza de una tormenta de invierno.

La señorita Perspicacia Lento aprovechaba el escaso cobijo que le ofrecía un seto mellado para sentarse a explorar el universo. No notaba la lluvia, porque las brujas se secan muy deprisa.

La exploración del universo la realizaba con un par de ramas atadas con cuerda, una piedra con un agujero, un huevo, una de las medias de la señorita Lento (que también tenía un agujero), un alfiler, un trozo de papel y un lápiz diminuto de tanto usarlo. Por el contrario que los magos, las brujas aprenden a apañárselas con muy poco.

Había atado y retorcido los artículos entre sí para fabricar un... aparato, que se movía de una forma muy curiosa cuando lo empujaba. Uno de los palos parecía atravesar el huevo, por ejemplo, y salir por el otro lado sin dejar marca.

–Sí –dijo en voz baja, con la lluvia chorreándole por el borde del sombrero–. Ahí está, sin duda se trata de una ondulación en las paredes del mundo. Muy preocupante, probablemente haya otro mundo entrando en contacto. Eso nunca es bueno. Debería pasarme por allí, pero... según mi codo izquierdo, ya tienen a una bruja...

–Entonces, ella lo arreglará –repuso una vocecita, por el momento misteriosa, que provenía de algún lugar cerca de sus pies.

–No, no puede ser correcto, aquello es tierra de caliza. Las buenas brujas no crecen en la caliza, esa cosa apenas es más dura que la arcilla. Las brujas tienen que crecer en roca dura, te lo aseguro. –La señorita Lento sacudió la cabeza, haciendo volar las gotitas de lluvia–. Pero mis codos suelen ser bastante fiables.[[1]](#footnote-1)

–¿Por qué seguimos hablando del tema? Vayamos a comprobarlo –sugirió la voz–. Aquí no nos va muy bien, ¿no?

Estaba en lo cierto: las tierras bajas no se portaban bien con las brujas. La señorita Lento sacaba algunos peniques gracias a sus escasos conocimientos de medicina y a la lectura de la mala fortuna, y[[2]](#footnote-2) dormía en graneros casi todas las noches. En dos ocasiones habían acabado tirándola a un estanque.

–No puedo entrometerme sin más en el territorio de otra bruja. Eso no funciona nunca. Sin embargo... –hizo una pausa–, las brujas no salen de la nada. Vamos a echar un vistazo.

Se sacó un platito resquebrajado del bolsillo y lo metió en el agua de lluvia que se había acumulado en el sombrero. Después cogió una botella de tinta que llevaba en otro bolsillo y vertió la suficiente para que el agua se volviese negra.

Tras protegerla de la lluvia con las manos, escuchó a sus ojos.

Tiffany Dolorido estaba tumbada boca abajo junto al río, haciéndole cosquillas a las truchas; le gustaba hacerlas reír y ver las burbujas que formaban en el agua.

Un poquito más allá, donde el río se convertía en una playa de guijarros, su hermano, Wentworth, estaba pegando golpes con un palo, y, seguramente, pegándose toda la suciedad posible.

Cualquier cosa que se le pegaba a Wentworth lo ponía pegajoso. Incluso si lo lavabas, lo secabas y lo dejabas en medio de un suelo limpio durante cinco minutos, el niño se ponía pegajoso. La pringue no parecía tener un origen definido, simplemente estaba allí. En cualquier caso, era fácil cuidar del crío, siempre que consiguieras que no se comiese ninguna rana.

Una pequeña parte del cerebro de Tiffany no estaba muy segura de que le gustase llamarse así. Tenía nueve años, y le daba la impresión de que iba a ser muy difícil hacerle honor a su nombre. Además, la semana anterior había decidido que quería ser bruja de mayor, y estaba convencida de que Tiffany no era el nombre apropiado; la gente se reiría de ella.

Otra parte más grande del cerebro de Tiffany estaba pensando en la palabra bisbiseo. Era una palabra en la que no se piensa mucho; la rumió una y otra vez, sin dejar de acariciar a la trucha por debajo de la barbilla.

Bisbiseo... Según el diccionario de su abuela, significaba: «Un sonido que se produce al hablar en voz muy baja, como cuando se susurra o murmura». A la chica le gustaba el sabor de la palabra, la hacía pensar en gente misteriosa vestida con largas capas susurrando secretos importantes detrás de una puerta: bisbiseosbisbiseosbisbiseos...

Se había leído el diccionario de cabo a rabo, porque nadie le había dicho que no hacía falta.

Mientras pensaba en aquellas cosas, se dio cuenta de que la trucha feliz se había ido y que, en su lugar, otra cosa flotaba en el agua a escasos centímetros de su cara. Era una cesta redonda, más pequeña que media corteza de coco, cubierta de algo que tapaba los agujeros y le permitía flotar. Un hombrecillo de sólo quince centímetros de altura estaba de pie en ella; tenía una melena de pelo rojo desordenado en la que había trenzado algunas plumas, cuentas y trocitos de tela; la barba también era roja y presentaba tan mal estado como el pelo; el resto de su persona estaba lleno de tatuajes azules, salvo por la zona que se cubría con una falda escocesa diminuta. En aquel momento agitaba el puño para llamar su atención, gritando:

–¡Porrrcrrristo! ¡Sal d'ahí, tonta enana! ¡Cuidado con la caboza verrrde! –Dicho lo cual, tiró de un trozo de cuerda que colgaba del lateral del bote y un segundo hombre de pelo rojo salió a la superficie, respirando con dificultad–. ¡Malmomento parrra pescarrr! –exclamó el primero–. ¡Que viene la caboza verrrde!

–¡Porrrcrrristo! –repuso el nadador, chorreando agua–. ¡Salgamos porrrpiés!

Sin más, cogió un remo muy pequeño, y, con rápidos movimientos adelante y atrás, se alejaron a toda prisa en la cesta.

–¡Perdonad! –gritó Tiffany–. ¿Sois hadas?

No hubo respuesta, porque la barquita redonda había desaparecido entre los juncos.

«Seguramente no», concluyó la niña.

Entonces oyó un bisbiseo, y sintió una satisfacción algo malsana. No había viento, y, sin embargo, las hojas de los alisos que estaban junto al río empezaron a sacudirse y temblar, igual que los juncos, que no se inclinaban, sino que sólo se estremecían. Todo se estremecía, como si algo hubiese cogido el mundo y lo estuviese sacudiendo. El aire crepitaba, la gente susurraba tras las puertas cerradas...

El agua empezó a burbujear, justo al lado de la ribera, donde no había mucha profundidad (a Tiffany le habría llegado hasta las rodillas), pero, de repente, estaba más oscura y verde, y, de algún modo, parecía mucho más profunda...

La niña retrocedió un par de pasos, un instante antes de que unos largos brazos delgaduchos salieran de un salto del agua y arañasen como locos el sitio que acababa de abandonar. Durante un segundo vio una cara delgada con dientes largos y afilados, unos ojos redondos realmente enormes, y un pelo verde empapado con aspecto de alga; después, la cosa se sumergió de nuevo en las profundidades.

Cuando el agua se cerró sobre su cabeza, Tiffany ya corría por la orilla hacia la playita en la que Wentworth hacía pasteles de rana. Cogió al niño en volandas en el preciso instante en que un reguero de burbujas se movía en el agua hacia él. El agua hirvió de nuevo, la criatura de pelo verde salió de un salto y los largos brazos arañaron el lodo; después chilló y se dejó caer otra vez en el agua.

–¡Quero hacer popó! –gritó Wentworth.

Su hermana no le hizo caso, porque observaba el río con expresión pensativa.

«No estoy asustada –pensó–. Qué raro, debería estar asustada, pero sólo estoy enfadada. Es decir, puedo sentir el susto, como si fuese una bola al rojo vivo, pero el enfado no deja que salga...»

–¡Quero, quero, quero, quero hacer popó! –chilló Wentworth.

–Pues vamos –respondió Tiffany, distraída. Las ondas del agua todavía lamían la orilla.

No tenía sentido contarle a nadie lo que había pasado; si estaban de buen humor, dirían: «¡Qué imaginación tiene esta niña!»; y si no, sería: «¡No te inventes más cuentos!».

Seguía muy enfadada: ¿cómo se atrevía aquel monstruo a presentarse en el río? Sobre todo un monstruo tan... tan... ¡ridículo! ¿Quién se creía que era?

Bien, aquí está Tiffany, de camino a casa. Empezaremos por las botas: son unas botas grandes y pesadas, reparadas muchas veces por su padre, ya que habían pertenecido a varias hermanas antes que a ella; tenía que ponerse unos cuantos pares de calcetines para que no se le saliesen. Son bien grandes. La niña a veces siente que su única misión en la vida es servir de transporte para las botas.

Después está el vestido: ha sido propiedad de muchas hermanas antes de llegar hasta ella, y su madre le ha metido, sacado y remetido por todas partes tantas veces que, en realidad, tendrían que haberlo metido en la basura para sacarlo de allí. Sin embargo, a Tiffany le gusta. Le cubre hasta los tobillos y, aunque resulta difícil saber de qué color era en un principio, en estos momentos luce un tono azul lechoso que, por cierto, es igual al de las mariposas que revolotean por el camino.

También tenemos la cara de Tiffany, que es de color rosa claro, con ojos castaños y pelo castaño, nada especial. Cualquiera que la observe (desde un platito de agua negra, por ejemplo) podría pensar que su cabeza parece ligeramente grande para el resto de su cuerpo, pero quizá todavía le quede tiempo para alcanzarla.

Si avanzamos más y un poco más, hasta que el camino se convierte en línea, y Tiffany y su hermano no son más que dos puntitos, podemos ver su hogar...

Lo llaman la Caliza, lomas verdes bajo el cálido sol del verano. Desde aquí arriba, los rebaños de ovejas se mueven lentamente sobre la corta hierba como nubes en un cielo verde, y los perros ovejeros corren de un lado a otro, como cometas.

Entonces, conforme los ojos se retiran y se alejan, se convierte en un largo montículo verde, tumbado como una gran ballena sobre el mundo...

... rodeado de la lluvia teñida de negro del platito.

La señorita Lento levantó la mirada.

–¡Esa criaturita del bote era un Nac Mac Feegle! –exclamó–. ¡La más temida de todas las razas feéricas! ¡Incluso los troles huyen de los pequeños hombres libres! ¡Y uno de ellos la ha avisado y todo!

–Entonces, ella es la bruja, ¿no? –preguntó la voz.

–¿Con esa edad? ¡Imposible! ¡No ha tenido maestra! ¡Las brujas no crecen en la Caliza! Es demasiado blanda. Sin embargo..., no tenía miedo...

Había dejado de llover, y la señorita Lento contempló la Caliza que se elevaba sobre las nubes bajas y escurridas; estaba a unos ocho kilómetros.

–Esa niña necesita protección –dijo–, pero la caliza es demasiado blanda para criar a una bruja...

Sólo las montañas eran más altas que la Caliza; se erguían afiladas, con sus tonos grises y morados, dejando caer largos regueros de nieve de la cima, incluso en verano. La abuela Dolorido las llamó una vez «novias del cielo», y era tan poco común que dijese algo, sobre todo si no tenía que ver con ovejas, que Tiffany lo recordaba. Además, era la pura verdad: eso parecían las montañas en invierno, cuando estaban blancas y los arroyos de nieve caían como velos.

La abuela utilizaba palabras viejas, y tenía dichos extraños y antiguos. No llamaba Caliza a las lomas, sino «el altozano». «En el altozano todo parece lozano», había pensado Tiffany, y así se quedó con la palabra.

Llegó a la granja.

La gente solía dejar en paz a la niña, aunque no por crueldad, ni maldad, sino porque la granja era grande y todos tenían trabajo que hacer. Ella también tenía el suyo, y se le daba tan bien que, en cierto modo, se hizo invisible; era la encargada de la leche, y la manejaba como nadie. Su mantequilla era mejor que la de su madre, y se comentaba lo bien que hacía el queso. Era un talento. A veces, cuando los profesores itinerantes llegaban al pueblo, iba a por un poquito de educación, aunque, sobre todo, se dedicaba a trabajar en la vaquería, que era oscura y fresca; le gustaba, ya que significaba que colaboraba en la granja.

De hecho, se llamaba la Granja Hogar; el barón, que era el dueño de la tierra, se la arrendaba a su padre, aunque los Dolorido llevaban cientos de años encargándose de ella, así que, según decía su padre (en voz baja, a veces, después de haberse tomado una cerveza por la noche), la tierra sabía que, en realidad, era propiedad de los Dolorido. La madre de Tiffany le pedía que no hablase así, aunque el barón había sido muy amable con el señor Dolorido desde la muerte de la abuela, hacía dos años; había dicho que era el mejor pastor de las colinas, y, en general, la gente del pueblo consideraba que no se había portado del todo mal en los últimos tiempos. «Trae cuenta tenerle respeto –decía la madre de la chica–, y el pobre hombre también tiene sus problemas.»

Sin embargo, a veces su padre insistía en que los Dolorido (o Doloroso, Dolido, Dolor o Doliente, la escritura había ido variando) aparecían en documentos antiguos de la zona de hacía cientos y cientos de años. Decía que llevaban las colinas en los huesos y que siempre habían sido pastores.

Tiffany estaba muy orgullosa de aquello, aunque de una forma extraña, porque tampoco estaba mal sentirse orgulloso de que tus antepasados se hubiesen movido un poco o de que hubiesen probado algo nuevo de vez en cuando. En cualquier caso, había que estar orgullosa de algo, y, desde que tenía uso de razón, había oído a su padre, un hombre que, por lo demás, era tranquilo y pausado, contar el Chiste, el que seguramente había pasado de Dolorido en Dolorido a lo largo de la historia.

Decía: «Otro día de trabajo y sigo Dolorido»; o: «Me levanto Dolorido por la mañana y me voy a la cama Dolorido»; o incluso: «Dolorido de la cabeza a los pies». No eran tan graciosos después de la tercera vez, aunque la niña lo echaba de menos si no oía al menos uno a la semana; no tenían por qué ser divertidos, porque eran chistes de padre. En cualquier caso, se escribiesen como se escribiesen, todos sus antepasados se habían sentido demasiado Doloridos para marcharse.

No había nadie en la cocina. Su madre habría subido al redil donde los hombres esquilaban aquella semana, para llevarles la comida. Sus hermanas, Hannah y Fastidia, también estaban allí, enrollando la lana y prestando atención a algunos de los hombres más jóvenes; siempre estaban más que dispuestas a trabajar durante la época de esquilar.

Cerca de la gran estufa negra estaba el estante que su madre todavía llamaba «la biblioteca de la abuela Dolorido», porque le gustaba la idea de tener una; todos los demás lo llamaban «el estante de la abuela Dolorido».

Era un estante pequeño, porque los libros estaban apretados entre un tarro de jengibre cristalizado y la pastorcilla de porcelana que Tiffany había ganado en la feria cuando tenía seis años.

Sólo había cinco libros, sin contar el gran diario de la granja, que, en opinión de Tiffany, no cumplía los requisitos para ser un libro de verdad, ya que tenías que escribirlo tú. Estaba el diccionario, el Almanake (que cambiaba cada año), y, al lado, el Enfermedades de las ovejas, que la abuela había llenado de marcadores.

La abuela Dolorido era una experta en ovejas, a pesar de que las llamase «sacos de huesos, ojos y dientes, siempre en busca de nuevas formas de morirse». Otros pastores caminaban varios kilómetros para que fuese a curar a sus animales de distintos achaques; decían que tenía el Toque, aunque ella se limitaba a comentar que la mejor medicina para ovejas y hombres era una dosis de trementina, una maldición sonora y una patada. El libro estaba lleno de papelitos con las recetas de la abuela para curar a las ovejas, y la mayoría tenían que ver con trementina, aunque algunas incluían buenas maldiciones.

Al lado del libro de las ovejas había un pequeño volumen llamado Flores de la Caliza. La hierba de las lomas estaba repleta de flores diminutas e intrincadas, como prímulas, campánulas y otras aún más pequeñas que, de algún modo, sobrevivían al pastoreo. En la Caliza, las flores tenían que ser duras y astutas para sobrevivir a las ovejas y a las ventiscas de invierno.

Alguien había coloreado los dibujos de las flores hacía mucho tiempo. En la hoja de guarda del libro habían escrito las palabras Sarah Llorikeo con letra primorosa, porque ése era el nombre de la abuela antes de casarse. Seguramente pensó que, por lo menos, Dolorido era más digno que Llorikeo.

Finalmente, estaba El Libro de cuentos de hadas del buen infante, de una época en que a los niños los llamaban de aquella forma tan rara.

Tiffany se subió a una silla, lo cogió, y empezó a pasar las páginas hasta que encontró la que estaba buscando y la examinó un rato. Después dejó el libro donde estaba, colocó la silla en su sitio y abrió el armario de la loza.

Allí encontró un plato sopero, se dirigió a un cajón, sacó la cinta métrica que utilizaba su madre para hacer vestidos y midió el plato.

–Hmmm, veinte centímetros. ¿Por qué no lo dicen y en paz?

Descolgó la sartén más grande, con la que se podía preparar el desayuno de doce personas a la vez, cogió algunos caramelos del tarro del aparador y los metió en una vieja bolsa de papel. A continuación cogió de la pegajosa mano a un Wentworth desconcertado y hosco, y se dirigió de vuelta al arroyo.

Todo parecía estar como siempre, pero no pensaba dejar engañarse así: las truchas habían huido y los pájaros no cantaban.

Encontró un lugar en la orilla del río con un arbusto de tamaño apropiado, clavó un trozo de madera en el suelo con todas sus fuerzas, cerca del borde del agua, y ató a él la bolsa de caramelos.

–Melos, Wentworth –gritó.

Después cogió la sartén y se escondió hábilmente detrás del arbusto.

Wentworth trotó hasta los dulces e intentó coger la bolsa, que no se movía.

–¡Quero hacer popó! –chilló entonces, porque aquella amenaza solía funcionar, mientras intentaba desatar los nudos con sus rechonchos dedos.

Tiffany observó el agua con atención. ¿Se oscurecía? ¿Se hacía más verde? ¿Eran algas lo que veía? ¿Eran sólo las burbujas de una trucha riéndose?

No.

Salió corriendo de su escondite, sartén en mano, blandiéndola como si fuese un bate. El monstruo apareció gritando, surgió del agua de un salto y se encontró con la sartén que venía por el otro lado y le aplastó la cara con un buen golpe.

Fue un porrazo de los buenos, con el ¡clooonnnggg! característico de los golpes bien dados.

La criatura se quedó donde estaba un instante, y unos cuantos dientes y trocitos de algas verdes cayeron al agua; después se hundió poco a poco con un impresionante montón de burbujas.

El agua se aclaró y, de nuevo, aquello volvió a ser el mismo río de siempre, poco profundo, helado y con guijarros en el fondo.

–¡Quero, quero melos! –chilló Wentworth, que nunca se daba cuenta de nada si había caramelos cerca.

Tiffany desató la cuerda y se los dio, y el niño se los comió demasiado deprisa, como siempre le pasaba. Su hermana esperó hasta que vomitó, y volvió con él a casa, pensativa.

Entre los juncos, casi a ras del suelo, unas vocecitas susurraron:

–Porrrcrrristo, Bobby Pequeño, ¿s'visto eso?

–Ajá. Hay que salirrr porrrpiés y decirrrle al grrran hombrrre qu'hemos encontrrrado l'arrrpía.

La señorita Lento corría por la carretera polvorienta, aunque a las brujas no les gusta que las vean correr, porque es muy poco profesional. Tampoco dejan que las vean cargando cosas, y ella llevaba una tienda de campaña a la espalda.

También iba dejando escapar nubes de vapor, ya que las brujas se secan de dentro afuera.

–¡Tenía un montón de dientes! –exclamó la voz misteriosa, esta vez desde el sombrero.

–¡Lo sé! –lo cortó la señorita Lento.

–¡Y ella montó una trampa y le dio un golpe!

–Sí, ya lo sé.

–¡Así, sin más!

–Sí, muy impresionante –contestó la señorita Lento, que se estaba quedando sin aliento. Además, ya estaban en las pendientes más bajas de las lomas, y no se le daba bien la caliza. A una bruja ambulante le gusta pisar tierra firme, no una roca tan blanda que podía cortarse con un cuchillo.

–¿Impresionante? –repuso la voz–. ¡Utilizó a su propio hermano de cebo!

–Asombroso, ¿verdad? Qué agilidad mental... Oh, no... –Dejó de correr y se apoyó en la valla de un campo al notar que se mareaba.

–¿Qué pasa? ¿Qué pasa? –preguntó la voz del sombrero–. ¡Casi me caigo!

–¡Es esta maldita caliza! ¡Ya la puedo sentir! Puedo hacer magia en una tierra decente, y la roca siempre va bien, aunque tampoco se me da mal la arcilla, si apuramos..., ¡pero la caliza no es ni una cosa ni otra! Me afecta mucho la geología, ya sabes.

–¿Qué intentas decirme?

–La caliza... es una tierra hambrienta. No tengo mucho poder sobre ella.

–¿Te vas a caer? –preguntó el propietario de la voz, que estaba escondido.

–¡No, no! La magia no funciona, nada más...

La señorita Lento no tenía aspecto de bruja, al igual que la mayoría de las brujas, al menos las que vagan de un sitio a otro. Parecer una bruja puede ser peligroso cuando te mueves entre ignorantes, y, por ese motivo, no llevaba joyas de lo oculto, ni tenía ningún cuchillo mágico reluciente, ni una copa de plata con calaveras grabadas alrededor, ni una escoba de la que saliesen chispas..., pequeñas pistas todas ellas de que quizá hubiese una bruja cerca. Lo más mágico que llevaba en los bolsillos eran unas ramitas, puede que un trozo de cuerda, un par de monedas y, por supuesto, un amuleto de la buena suerte.

En el campo, todos llevaban amuletos de la buena suerte, y la señorita Lento había dilucidado que, si no tenía uno, la gente sospecharía que era una bruja. Para dedicarse al oficio había que disponer de un poquito de astucia.

La señorita Lento tenía un sombrero de punta, eso sí, aunque se trataba de un sombrero sigiloso que sólo apuntaba cuando se lo pedía.

En la bolsa sólo llevaba una cosa que podría hacerla parecer sospechosa: un folletito mugriento llamado Introducción al escapismo, escrito por El Gran Williamson. Si uno de los riesgos de su trabajo era acabar maniatada dentro de un estanque, no servía de nada contar con la habilidad de nadar treinta metros bajo el agua con la ropa puesta y de saber esconderse bajo las algas respirando a través de una caña hueca, si además no eras pero que muy buena con los nudos.

–¿Aquí no puedes hacer magia? –preguntó la voz del sombrero.

–No.

Entonces oyó un tintineo y levantó la vista: una extraña procesión se acercaba por el camino blanco, básicamente compuesta por burros que tiraban de carromatos con cubiertas de colores chillones. Había gente caminando junto a los carros, llena de polvo hasta la cintura; eran hombres, sobre todo, y llevaban túnicas de colores vivos (o, por lo menos, de colores que habían sido vivos antes de arrastrarse por el lodo y el polvo durante varios años). Todos ellos lucían un extraño gorro negro cuadrado.

La señorita Lento sonrió.

Parecían hojalateros, pero ella sabía que, entre ellos, no había ni uno solo que supiese cómo arreglar un hervidor. Lo que hacían era vender cosas invisibles y, después de vender lo que tenían, seguían poseyéndolo; vendían lo que todos necesitaban, aunque a menudo no querían; vendían la llave del universo a personas que ni siquiera sabían que estuviese cerrado.

–No puedo hacerla –exclamó la señorita Lento, enderezándose–, ¡pero puedo enseñarla!

Tiffany trabajó en la vaquería el resto de la mañana, porque había que hacer queso.

A mediodía comió pan con jamón, y su madre dijo:

–Los profesores vienen hoy al pueblo. Puedes ir, si terminas tus labores.

Tiffany contestó que, efectivamente, había un par de cosas sobre las que le gustaría saber más.

–Entonces puedes llevarte media docena de zanahorias y un huevo. Diría que no les vendría mal un huevo, pobres hombres –concluyó su madre.

La niña los cogió después de comer y se dirigió a recibir la educación que le pagase el huevo.

La mayoría de los niños del pueblo acababan trabajando en lo mismo que sus padres o, al menos, en otros trabajos del pueblo en los que hubiese algún otro padre dispuesto a enseñarles el oficio. Se suponía que las chicas tenían que acabar siendo las esposas de alguien, y se esperaba que supiesen leer y escribir, porque eran tareas ligeras de interior que resultaban demasiado enrevesadas para los chicos.

Sin embargo, todos estaban de acuerdo en que había otras cosas que incluso los chicos debían saber, para evitar que se pasaran todo el tiempo preguntándose qué había al otro lado de las montañas o cómo caía la lluvia del cielo.

Las familias del pueblo compraban un ejemplar del Almanake todos los años y de ahí sacaban cierto tipo de educación. Era grande, voluminoso, impreso en un lugar lejano, y contenía muchos detalles sobre temas tales como las fases de la luna y el momento adecuado para plantar alubias. También había unas cuantas profecías para el año siguiente y se mencionaban sitios remotos con nombres como Klatch y Hershebia. Tiffany había visto una ilustración de Klatch en el Almanake, en la que se veía un camello en el desierto; había averiguado lo que eran las dos cosas porque su madre se lo había dicho. Y eso era Klatch: un camello en el desierto. Se había preguntado si no habría algo más, pero, al parecer, «Klatch = camello, desierto» era lo único que sabían todos.

Ahí radicaba el problema: si no encontrabas la forma de evitarlo, la gente seguía haciendo preguntas.

Los profesores resultaban útiles para eso, y había bandas de ellos que vagaban por las montañas junto a los hojalateros, los herreros móviles, los hombres de las medicinas milagrosas, los vendedores ambulantes de telas, los adivinadores y los demás viajeros que vendían cosas que la gente no necesitaba todos los días, aunque, a veces, le venían bien.

Iban de pueblo en pueblo dando cortas lecciones sobre muchos temas. Se mantenían aparte de los demás viajeros, y tenían un aspecto misterioso con sus togas harapientas y sus extraños sombreros cuadrados. Utilizaban palabras largas, como hierro ondulado y llevaban una vida dura, ya que vivían de la comida que podían ganarse dando clases a cualquiera que quisiera escucharlos. Cuando no los escuchaba nadie, se alimentaban de erizos asados. Dormían bajo las estrellas: los profesores de matemáticas las contaban, los de astronomía las medían y los de literatura les daban nombres. Los profesores de geografía se perdían en el bosque y caían presa de las trampas para osos.

Normalmente, a la gente le gustaba verlos, porque enseñaban a los niños lo suficiente para cerrarles la boca, que, al fin y al cabo, era lo importante. Sin embargo, siempre tenían que echarlos de las aldeas cuando caía la noche, para que no robasen los pollos.

Aquel día, las casetas y tiendas de vivos colores estaban colocadas en un campo a las afueras del pueblo. Detrás de ellas habían construido pequeñas zonas cuadradas con altas paredes de loneta, patrulladas por aprendices de profesores que vigilaban para que nadie captase un poco de Educación sin pagarla antes.

La primera tienda que vio Tiffany tenía un cartel que decía:

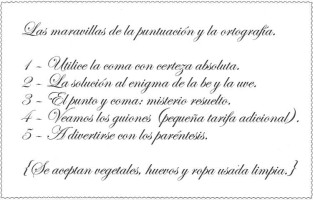


{«¡J eografía, J eografía, J eografía!

Sólo hoy: ¡las principales masas terrestres y océanos MÁS todo lo que necesita saver sobre los glaciares!

¡Un penique o cualquiera de las principales familias de vejetales!»}

La niña había leído lo suficiente para saber que, aunque aquel profesor fuese un as de las masas terrestres, no le vendría mal alguna ayuda del hombre del puesto de al lado:



El siguiente puesto estaba decorado con escenas históricas, sobre todo de reyes cortándose la cabeza los unos a los otros y otros importantes acontecimientos similares. El profesor que estaba delante llevaba unas túnicas rojas harapientas, con recortes de piel de conejo, y lucía un viejo sombrero de copa con banderitas clavadas. Apuntó a Tiffany con su pequeño megáfono.

–¿La muerte de los reyes a lo largo de la historia? –preguntó el hombre–. ¡Muy educativo, sangre a montones!

–La verdad es que no –respondió Tiffany.

–Pero debe saber de dónde viene, señorita. Si no, ¿cómo va a saber a dónde va?

–Vengo del largo linaje Dolorido y creo que voy a seguir adelante.

Encontró lo que buscaba en una barraca llena de imágenes de animales, entre los que había un camello, cosa que le agradó comprobar.

El cartel decía: «CRIATURAS ÚTILES. HOY: NUESTRO AMIGO, EL ERIZO».

Se preguntó lo útil que podía ser la cosa del río; sin embargo, aquél parecía el único lugar en el que descubrirlo. Unos cuantos niños esperaban en los bancos del interior de la barraca a que empezase la lección, pero el profesor estaba todavía en la entrada, con la esperanza de llenar los asientos vacíos.

–Hola, niñita –le dijo, el primero de sus numerosos errores–. Seguro que lo quieres saber todo sobre los erizos, ¿eh?

–Ya lo hice el verano pasado –respondió Tiffany.

El hombre la miró con más atención y le vaciló la sonrisa.

–Ah, sí, ya me acuerdo. Hiciste un montón de... preguntitas.

–Hoy también me gustaría hacer una pregunta.

–Siempre que no sea otra vez la de cómo se hacen los bebés erizo...

–No –respondió la chica, con paciencia–, es sobre zoología.

–Zoología, ¿eh? Es una palabra muy grande, ¿no?

–Pues no, la verdad es que no. Condescendiente sí es una palabra grande. Zoología es bastante corta, en realidad.

El profesor entrecerró los ojos; los niños como Tiffany sólo daban problemas.

–Veo que eres lista, pero no conozco a ningún profesor de zoología por aquí. Veterinarios, sí, pero no zoólogos. ¿Algún animal en concreto?

–Jenny Dientes Verdes, un monstruo acuático con clientes grandes, garras y ojos como platos soperos.

–¿Qué tamaño de plato sopero? ¿Te refieres a los grandes platos soperos, a un cuenco de ración completa con algunos picatostes e incluso un panecillo, o te refieres a la tacita que podrían servirte si, por ejemplo, sólo pides sopa con ensalada?

–Al plato sopero con un tamaño de veinte centímetros de diámetro –respondió Tiffany, que jamás en su vida había pedido una sopa con ensalada–. Lo he comprobado.

–Hmmm, es un enigma. Creo que no conozco ese animal. Sin duda, no es útil, eso te lo aseguro. Me suena a inventado.

–Sí, eso ya lo pensé yo, pero me gustaría averiguar más sobre él.

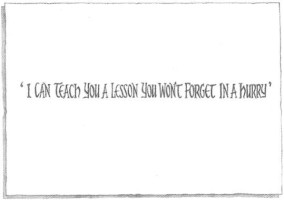
–Bueno, podrías probar con ella. Es nueva.

El profesor apuntó con el pulgar a la tiendecita del final de la hilera, que era negra y bastante cochambrosa. No tenía carteles y ni un solo signo de exclamación.

–¿Qué enseña?

–No sabría decírtelo, dice que a pensar, aunque no sé cómo se puede enseñar semejante cosa. Me debes una zanahoria, gracias.

Cuando se acercó más, la chica vio una notita clavada en el exterior de la tienda que decía, en letras que susurraban, más que gritar:



{«Puedo enseñarte una lección que no olvidarás al momento.»}

## 

## IMAGE

## Capítulo dos

### La señorita Lento

Tiffany leyó el cartel y sonrió.

–Ajá –dijo. No había dónde llamar, así que, en voz más alta, añadió–: toc, toc.

–¿Quién es? –respondió una voz de mujer desde el interior.

–Tiffany.

–¿Tiffany qué?

–Tiffany, la que no está intentando contar un chiste.

–Ah, suena prometedor, adelante.

Apartó la tela. El interior estaba oscuro, además de hacer un calor sofocante, y había una figura delgaducha sentada detrás de una mesita; tenía una nariz muy puntiaguda y fina, y llevaba un gran sombrero de paja negro con flores de papel, que resultaba completamente inadecuado para una cara como aquélla.

–¿Es usted una bruja? –preguntó Tiffany–. No me importa si lo es.

–Qué preguntas más extrañas le haces a la gente –repuso la mujer, que sólo parecía ligeramente sorprendida–. Tu barón prohibe la brujería en este país, ya lo sabes, y lo primero que me dices es: «¿Es usted una bruja?». ¿Por qué iba a serlo?

–Bueno, va vestida de negro de pies a cabeza.

–Cualquiera puede vestir de negro, eso no significa nada.

–Y lleva un sombrero de paja con flores.

–¡Ajá! –exclamó la mujer–. Eso lo prueba: las brujas llevan sombreros puntiagudos, todo el mundo lo sabe, niña tonta.

–Sí, pero las brujas también son muy listas –contestó Tiffany, con calma. Algo en el brillo de los ojos de aquella mujer le decía que debía seguir hablando–. Son sigilosas y seguro que, a menudo, no tienen aspecto de brujas, y una bruja que viniese aquí sabría lo del barón, así que se pondría la clase de sombrero que todos saben que una bruja no se pondría.

–Vaya, un razonamiento impresionante –comentó por fin la mujer, después de contemplarla durante un momento–. Serías una buena buscadora de brujas. ¿Sabías que antes les prendían fuego? Tenga el sombrero que tenga, tú dirías que prueba que soy una bruja, ¿verdad?

–Bueno, la rana que tiene sentada encima también da una pequeña pista.

–En realidad, soy un sapo –intervino la criatura, que había estado observando a Tiffany desde las flores de papel.

–Eres muy amarillo para ser un sapo.

–He estado un poco enfermo.

–Y hablas.

Sólo tienes mi palabra –respondió el sapo, desapareciendo de nuevo entre las flores–. No puedes probar nada.

–No llevas cerillas encima, ¿verdad? –le preguntó la mujer a Tiffany.

–No.

–Bien, bien, era por asegurarme.

Se produjo otra pausa mientras la mujer contemplaba atentamente a la chica, como si estuviese tomando una decisión sobre algo.

–Mi nombre es señorita Lento –dijo al fin–. Y sí, soy una bruja. Es un buen nombre para una bruja, por supuesto.

–¿Por qué tarda en discurrir las cosas? –preguntó Tiffany, arrugando la frente.

–¿Cómo dices? –repuso la señorita Lento, en tono frío.

–Lento, como las ovejas, que tardan en procesar...

–Me refería a que suena como «talento», señori–taLento.

–Oh, es un jugo de palabras –respondió Tiffany–. En [[3]](#footnote-3)ese caso, habría sido mejor ser la señorita Lentosa, porque sonaría como «talentosa» y evitaría otras connotaciones, o incluso la señorita Lismán...

–Me parece que nos vamos a llevar de muerte. Puede que no haya supervivientes.

–¿De verdad es una bruja?

–Ay, por–fa–vor. Sí, sí, soy una bruja: tengo un animal que habla, tendencia a corregir las faltas de los demás (es juego de palabras, por cierto, no jugo), me fascina meterme en los asuntos ajenos y, sí, también tengo un sombrero puntiagudo.

–¿Puedo activar ya el resorte? –preguntó el sapo.

–Sí –respondió la señorita Lento, con la mirada fija en Tiffany–, puedes activar el resorte.

–Me gusta activar el resorte –explicó el sapo, arrastrándose hasta la parte de atrás del sombrero.

Se oyó un clic y un golpeteo lento, y el centro del sombrero se elevó, surgiendo de entre las flores de papel, que cayeron al suelo.

–Eeeh... –dijo Tiffany.

–¿Tienes alguna pregunta? –quiso saber la señorita Lento.

Tras un último golpe, la parte superior del sombrero se convirtió en una punta perfecta.

–¿Cómo sabe que no voy a salir corriendo para decírselo al barón?

–Porque no te veo con ganas de hacerlo. Estás completamente fascinada. Quieres ser una bruja, ¿verdad? Seguramente desearás volar en una escoba, ¿no?

–¡Oh, sí! –A menudo había soñado con volar, pero las siguientes palabras de la señorita Lento la devolvieron a la tierra.

–¿De verdad? ¿Seguro que quieres llevar unos pantalones muy, muy gordos? Créeme, si tengo que volar, me pongo dos pares de pantalones de lana y un par de loneta en el exterior, y, te lo aseguro, no resultan nada femeninos por muchos encajes que les cosas. Ahí arriba puede hacer mucho frío, a la gente se le olvida. Y, además, están las cerdas de la escoba. No me preguntes por las cerdas, no hablaré sobre ellas.

–¿Y no puede utilizar un hechizo para calentarse?

–Podría, pero una bruja no hace esas cosas. Si utilizas la magia para calentarte, empezarás a utilizarla para otras cosas.

–¿No se supone que eso es lo que una bruja...?

–Después de aprender magia, es decir, de aprenderla de verdad, de aprender todo lo que se pueda aprender sobre ella, tendrás todavía que aprender la lección más importante.

–¿Cuál es?

–A no usarla. Las brujas no usan la magia a no ser que de verdad tengan que hacerlo. Es un trabajo duro y difícil de controlar. Hacemos otras cosas: una bruja presta atención a todo lo que sucede, usa la cabeza, está segura de sí misma, siempre lleva un trozo de cuerda encima...

–¡Yo siempre llevo un trozo de cuerda encima! –exclamó Tiffany–. ¡Siempre viene bien!

–Bien. Aunque la brujería es más que una simple cuerda. Una bruja se deleita en los pequeños detalles; una bruja ve a través de las cosas y detrás de ellas; una bruja ve más allá que la mayoría; una bruja ve las cosas desde el otro lado; una bruja sabe dónde está y cuándo está; una bruja vería a Jenny Dientes Verdes –añadió–. ¿Qué pasó?

–¿Cómo sabe que vi a Jenny Dientes Verdes?

–Soy bruja, adivínalo.

Tiffany miró a su alrededor, aunque no había mucho que ver, incluso después de que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra. Los sonidos del mundo exterior se filtraban a través de la pesada loneta.

–Creo...

–¿Sí?

–Creo que oyó cómo se lo decía al profesor.

–Correcto. No hice más que usar las orejas –respondió la señorita Lento, sin decir nada sobre platos de tinta–. Háblame de ese monstruo con ojos del tamaño del tipo de plato sopero que mide veinte centímetros de diámetro. ¿Cómo entran los platos soperos en la ecuación?

–El monstruo se menciona en un libro de cuentos que tengo –le explicó Tiffany–. Dice que Jenny Dientes Verdes tiene ojos del tamaño de platos soperos, y hay un dibujo, aunque no es muy bueno, así que medí un plato sopero para saberlo con exactitud. –La señorita Lento apoyó la barbilla en la palma de la mano y esbozó una extraña sonrisa–. Eso estuvo bien, ¿no?

–¿Qué? Oh, sí, sí. Em..., sí. Muy... preciso. Sigue.

Tiffany le habló de la pelea con Jenny, aunque no mencionó a Wentworth, para que a la señorita Lento no se le ocurriesen cosas raras. La bruja la escuchó con atención.

–¿Por qué la sartén? –le preguntó–. Podrías haber buscado un palo.

–La sartén me pareció mejor idea.

–¡Ja! Lo era. Jenny te habría comido entera si hubieses usado un palo, porque la sartén está hecha de hierro, y los seres de esa catadura no soportan el hierro.

–¡Pero es un monstruo de un libro de cuentos! ¿Qué hace en nuestro arroyo?

La señorita Lento miró a Tiffany durante un buen rato y después dijo:

–¿Por qué quieres ser bruja, Tiffany?

Todo había empezado con El Libro de cuentos de hadas del buen infante. En realidad, probablemente había empezado con muchas cosas, pero los cuentos eran lo más importante.

Su madre se los leía cuando era pequeña, y, después, se los leía ella sola. En todas las historias había una bruja por alguna parte, una bruja vieja y malvada.

Así que Tiffany había pensado: «¿Ah, sí? ¿Dónde están las pruebas?».

Los cuentos nunca decían por qué era malvada, bastaba con que fuese una vieja, viviese sola y tuviese un aspecto extraño porque no le quedaban dientes; con eso bastaba para que la llamasen bruja.

Ya puestos, el libro nunca daba pruebas de nada; hablaba de un «apuesto príncipe»... ¿De verdad lo era, o sólo decían que era apuesto porque era un príncipe? En cuanto a la «muchacha que era tan bella como largo el día»..., bueno, ¿qué día? ¡En pleno invierno casi no había luz! Los cuentos no querían que pensaras, sólo que creyeras en lo que te contaban...

Te decían que la vieja bruja vivía sola en una casita extraña hecha de mazapán, o que corría por ahí con patas de gallina gigantes y hablaba con animales, y que podía hacer magia.

Tiffany sólo había conocido a una anciana que vivía sola en una casita extraña...

Bueno, no, no era del todo cierto. Sin embargo, sólo había conocido a una anciana que vivía en una casita extraña que se movía sola, y ésa era la abuela Dolorido. Y su abuela podía hacer magia, magia de ovejas, y hablaba con los animales, y eso no tenía nada de malo y probaba que no podía creerse en los cuentos.

También había otra anciana, la que todos decían que era una bruja, y lo que le había pasado a la mujer había hecho que Tiffany... pensara mucho.

En cualquier caso, prefería a las brujas antes que a los engreídos príncipes apuestos y, sobre todo, antes que a las estúpidas princesas sonrientes que tenían menos sentido común que un escarabajo. Además, tenían el cabello dorado, y Tiffany no; la niña lo tenía marrón, sencillamente marrón. Su madre decía que era castaño o, a veces, caoba, aunque Tiffany sabía que era marrón, marrón, marrón, como sus ojos. Marrón como la tierra. ¿Acaso tenía el libro alguna aventura protagonizada por gente con ojos y pelo marrones? No, no, no..., era la gente rubia con ojos azules y los pelirrojos con ojos verdes los que se quedaban con los cuentos. Si tenías el pelo marrón seguramente no fueras más que un criado, un leñador o algo así. O una lechera. Bueno, pues eso no iba a pasar, por muy bien que se le diese el queso; no podía ser el príncipe y nunca sería princesa, ni tampoco quería ser leñadora, así que sería la bruja y sabría cosas, igual que la abuela Dolorido...

–¿Quién era la abuela Dolorido? –preguntó una voz.

¿Quién era la abuela Dolorido? La gente empezaba a preguntarlo, y había que responder que no se trataba de quién era, sino de dónde estaba. Siempre estaba allí. Parecía que las vidas de todos los Dolorido giraban en torno a la abuela. En la aldea se tomaban las decisiones, se hacían las cosas y se vivía sabiendo que la abuela Dolorido estaba en su vieja cabaña sobre ruedas de las colinas, observándolo todo.

Ella era el silencio de las colinas. Quizá por eso le gustaba Tiffany, a su torpe y vacilante manera, porque sus hermanas mayores parloteaban, y a la abuela no le gustaba el ruido. Sin embargo, Tiffany no hacía ruido cuando estaba en la cabaña, simplemente le encantaba estar allí. Observaba a las águilas ratoneras y escuchaba el ruido del silencio.

En cualquier caso, allí arriba también había un ruido: sonidos, voces y ruidos de animales que flotaban hasta las lomas, y, de algún modo, hacían que el silencio fuese más profundo y complejo. Y la abuela Dolorido se arropaba con aquel silencio y dejaba sitio dentro para su nieta. En la granja siempre había demasiadas cosas que hacer y un montón de gente para hacerlas; no quedaba tiempo para el silencio, ni para escuchar, pero la abuela Dolorido guardaba silencio y escuchaba siempre.

–¿Qué? –preguntó Tiffany, parpadeando.

–Acabas de decir: «La abuela Dolorido me escuchaba siempre».

–Creo que mi abuela era un poco bruja –dijo la niña, con un punto de orgullo, después de tragar saliva.

–¿De verdad? ¿Cómo lo sabes?

–Bueno, las brujas pueden maldecir a la gente, ¿verdad?

–Eso dicen –respondió la señorita Lento, en tono diplomático.

–Pues bien, mi padre dice que las maldiciones de la abuela Dolorido hacían que el cielo se volviese azul.

–Bueno –repuso la señorita Lento, entre toses–, ese tipo de maldiciones no son maldiciones propiamente dichas, sino más como «¡maldición!», «¡repámpanos!», «¡jolines!», «¡joroba!»..., ya sabes.

–Creo que las maldiciones de la abuela eran un poco más que eso –respondió Tiffany, muy segura–. Y hablaba con sus perros.

–¿Y qué tipo de cosas les decía?

–Bueno, cosas como «ven» o «aquí» y «así está bien». Siempre hacían lo que ella les decía.

–Pero eso no son más que órdenes para perros ovejeros –replicó la señorita Lento, con aire desdeñoso–. No es exactamente brujería.

–Eso no quita para que sean familiares, ¿no? –repuso Tiffany, un poco enfadada–. Las brujas tienen animales con los que pueden hablar, que se llaman familiares. Como su sapo.

–Yo no soy familiar –protestó una voz, entre las flores de papel–, sólo un poco atrevido.

–Y conocía todo tipo de hierbas –insistió la niña. La abuela Dolorido iba a ser una bruja, aunque tuviera que pasarse el día discutiendo–. Podía curar cualquier cosa. Mi padre decía que podía hacer que un pastel de carne se levantase y balase. –Bajó la voz–. Podía devolverle la vida a los corderos...

Apenas se veía a la abuela Dolorido dentro de casa durante la primavera y el verano, porque se pasaba la mayor parte del año durmiendo en la vieja cabaña sobre ruedas, que podía arrastrarse por las lomas detrás del rebaño. Sin embargo, la primera vez que Tiffany recordaba haber visto a la anciana en la granja fue un día que estaba arrodillada delante de la chimenea, metiendo a un cordero muerto en el gran horno negro.

Tiffany había empezado a gritar sin parar, y la abuela la había cogido en brazos, con algo de torpeza, y la había sentado en su regazo tranquilizándola y llamándola «mi pequeña jiggit», mientras, en el suelo, los perros ovejeros, Trueno y Relámpago, la contemplaban con asombro perruno. La abuela no se encontraba muy cómoda con los niños, porque no balaban.

Cuando Tiffany dejó de llorar por pura falta de aliento, la abuela la dejó en la alfombra y abrió el horno, y la niña vio que el cordero salía vivo de nuevo.

Después, Tiffany creció y supo que «jiggit» quería decir «veinte» en Yan Tan Tethera, el antiguo lenguaje de contar de los pastores. La gente mayor seguía usándolo para contar cosas que creían especiales, y ella era la nieta número veinte de la abuela Dolorido.

Más adelante, cuando creció un poco más, también entendió lo del horno templado, que nunca pasaba de estar..., bueno, templado. Su madre dejaba que la masa del pan subiese allí dentro, y Bolsa de Ratas, el gato, se metía para dormir, a veces encima de la masa.

Era el lugar idóneo para revivir a un corderito débil que había nacido en una noche de nieve y estaba a punto de morir de frío. Así funcionaba, nada de magia, pero, en su momento, había sido mágico. Y las cosas no dejaban de ser mágicas sólo porque descubrieras cómo se hacían.

–Está bien, aunque no es exactamente brujería –insistió la señorita Lento, rompiendo de nuevo el hechizo–. De todos modos, no tienes que tener una antepasada bruja para serlo tú. Ayuda, claro, por la herencia.

–¿Cómo heredar el talento, se refiere? –preguntó Tiffany arrugando la frente.

–En parte, supongo, pero estaba pensando más bien en sombreros puntiagudos, por ejemplo. Si tienes una abuela que pueda dejarte en herencia su sombrero, te ahorras muchos gastos. Son muy difíciles de encontrar, sobre todo los que aguantan que te caiga una granja encima. ¿Tenía la señora Dolorido algo así?

–Creo que no. Casi nunca llevaba sombrero, salvo cuando hacía mucho frío. Entonces se ponía un viejo saco de grano a modo de capucha. Em..., ¿eso cuenta?

–Puede, puede –dijo la señorita Lento, que, por primera vez, parecía un poquito menos inflexible al respecto–. ¿Tienes hermanos, Tiffany?

–Tengo seis hermanas, yo soy la más pequeña. La mayoría ya no viven con nosotros.

–Y después dejaste de ser la pequeña, porque tuviste a tu querido hermanito, que, además, es el único varón. Tuvo que ser una sorpresa muy agradable.

De repente, a la muchacha empezó a resultarle un poco molesta la sonrisita de la señorita Lento.

–¿Cómo sabe lo de mi hermano?

–Una suposición –dijo la bruja, perdiendo la sonrisa de repente, porque a nadie le gusta reconocer que espía a los demás. «Esta niña es muy fina», pensó.

–¿Está utilizando la piscología conmigo? –le preguntó Tiffany, muy exaltada.

–Creo que te refieres a la psicología.

–Como sea. Cree que no me gusta porque mis padres siempre están pendientes de él y lo miman, ¿no?

–Bueno, se me ha pasado por la cabeza –respondió la señorita Lento, que dejó de preocuparse por el espionaje. Era una bruja, y no había más que decir–. Creo que me diste la idea cuando lo utilizaste de cebo para un monstruo baboso –añadió.

–¡Es un pesado! Me ocupa todo el tiempo, tengo que cuidarlo y siempre está pidiendo caramelos. En cualquier caso, tenía que pensar deprisa.

–Y mucho.

–La abuela Dolorido habría hecho algo de haber visto aparecer monstruos en nuestro río –siguió diciendo Tiffany, sin hacer caso de la observación–. Aunque saliesen de un libro. –«Y habría hecho algo al respecto de lo ocurrido con la anciana señora Snapperly», añadió para sí. Habría dicho algo y la gente la habría escuchado, porque siempre escuchaban lo que decía la abuela. «Habla por los que no tienen voz», solía decir.

–Bien, claro que sí. Las brujas se encargan de las cosas. Dijiste que el río donde Jenny salió era muy poco profundo, ¿verdad? ¿Y que el mundo parecía borroso y tembloroso? ¿Había un bisbiseo?

–¡Sí, sin duda! –exclamó Tiffany, sonriendo.

–Ah, algo malo está pasando.

–¿Puedo detenerlo? –preguntó la chica, preocupada.

–Y ahora estoy un poco impresionada, porque has dicho: «¿Puedo detenerlo?». Y no: «¿Quién puede detenerlo?», ni: «¿Podemos detenerlo?». Eso está bien. Aceptas responsabilidades, es un buen comienzo, y mantienes la cabeza fría. Pero no, no puedes.

–¡Pero si le zurré a Jenny Dientes Verdes!

–Un golpe de suerte –respondió la señorita Lento–. Te aseguro que hay cosas peores de camino. Creo que aquí va a comenzar una incursión de grandes proporciones y, aunque eres lista, querida, tienes las mismas posibilidades que uno de tus corderos en una noche de nieve. Mantente alejada, que intentaré buscar ayuda.

–¿De quién, del barón?

–Cielos, no. El no serviría de nada.

–Él nos protege, eso es lo que dice mi madre.

–¿Ah, sí? ¿De qué? Es decir, ¿de quién?

–Bueno, de..., ya sabe..., de los ataques, supongo. De otros barones, dice mi padre.

–¿Tiene un gran ejército?

–Bueno, hmmm, tiene al sargento Roberts, a Kevin, y a Neville y Trevor. Todos los conocemos. Protegen el castillo, sobre todo.

–¿Alguno de ellos tiene poderes mágicos?

–Una vez vi a Neville hacer trucos de cartas.

–Genial para las fiestas, aunque es probable que no sirva de mucho contra un ser como Jenny. ¿No hay otr...? ¿No hay ninguna bruja por aquí?

–Estaba la anciana señora Snapperly –respondió Tiffany, vacilando. Sí, aquella mujer vivía sola en una casita extraña, era cierto...

–Buen nombre, aunque no me suena de nada. ¿Dónde está?

–Murió en la nieve el invierno pasado –contestó Tiffany, lentamente.

–Bueno, ahora cuéntame lo que no me estás contando –respondió la señorita Lento, aguda como una flecha.

–Eeeh..., la gente cree que estaba pidiendo limosna, pero nadie le abrió la puerta y, eeeh..., hacía frío aquella noche, y... se murió.

–Y era bruja, ¿no?

–Todos decían que lo era –respondió la niña. En realidad, no quería hablar sobre el tema, nadie de las aldeas de por allí quería hablar sobre eso. Tampoco querían acercarse a las ruinas de la casita del bosque.

–¿Tú no lo crees?

–Eeeh... –Tiffany se agitó–. Verá..., el barón tenía un hijo llamado Roland. Creo que sólo tenía doce años, y se fue a montar a caballo solo al bosque el verano pasado. Sus perros volvieron sin él.

–¿La señora Snapperly vivía en ese bosque?

–Sí.

–¿Y la gente creyó que ella lo había matado? –La señorita Lento suspiró–. Seguramente pensaron que lo había asado en el horno o algo así.

–En realidad, nunca lo dijeron, pero creo que era algo parecido, sí.

–¿Y apareció el caballo?

–No, y es raro, porque, si hubiese aparecido en las colinas, la gente lo habría visto...

La señorita Lento entrelazó los dedos, sorbió por la nariz y esbozó una sonrisa sin alegría.

–No tiene misterio –dijo–, seguro que la señora Snapperly tenía un horno pero que muy grande, ¿verdad?

–No, la verdad es que era bastante pequeño, sólo tenía veinticinco centímetros de fondo.

–Diría que la señora Snapperly no tenía dientes y hablaba consigo misma, ¿no?

–Sí, y tenía un gato y estrabismo –añadió Tiffany, y todo lo demás salió de golpe–. Y, después de que Roland desapareciese, fueron a su casa, miraron en el horno, excavaron en el jardín y le tiraron piedras al viejo gato hasta que se murió, y la echaron de su casa, amontonaron todos los libros en el centro de la habitación y les prendieron fuego, y quemaron toda la casa hasta los cimientos, y todos dijeron que era una vieja bruja.

–Quemaron los libros –repitió la señorita Lento, sin expresar emoción alguna.

–Porque decían que tenían escritos antiguos y dibujos de estrellas.

–Y, cuando fuiste a comprobarlo, ¿era cierto?

–¿Cómo lo ha sabido? –preguntó Tiffany, sintiendo frío, de repente.

–Se me da bien escuchar. Y bien, ¿era cierto?

–Sí –respondió la niña, suspirando–, fui a la casa al día siguiente, y algunas de las hojas, ya sabe, habían flotado con el calor, así que encontré parte de una, y tenía letras antiguas, y bordes dorados y azules. También enterré al gato.

–¿Enterraste al gato?

–¡Sí! ¡Alguien tenía que hacerlo! –exclamó Tiffany, alterada.

–Y mediste el horno. Sé que lo hiciste, porque me acabas de decir su tamaño. –«Y mediste los platos soperos –añadió para sí la señorita Lento–. ¿Qué tenemos aquí?».

–Bueno, sí, es decir..., ¡era diminuto! Si podía hacer desaparecer a un chico y a un caballo por arte de magia, ¿por qué no utilizó sus poderes para espantar a los hombres que fueron a buscarla? ¡No tenía sentido...!

–¿Qué pasó después? –le preguntó la señorita Lento, interrumpiéndola con un gesto.

–Después, el barón dijo que nadie debía relacionarse con ella. Dijo que si encontraban a una bruja en sus tierras, la atarían y la tirarían al estanque. Eeeh..., usted podría correr peligro –añadió, vacilante.

–Puedo deshacer nudos con los dientes y tengo un Certificado de Natación de Oro del Colegio para Señoritas de Quirm. Todas aquellas horas tirándome a la piscina con la ropa puesta fueron una buena inversión –se inclinó hacia delante–. Deja que adivine qué le pasó a la señora Snapperly: vivió desde ese verano hasta que llegó la nieve, ¿verdad? Robaba comida de los graneros, y, probablemente, las mujeres le daban comida por la puerta de atrás cuando los hombres no miraban, ¿me equivoco? Supongo que los chicos mayores le tirarían cosas cuando la veían.

–¿Cómo sabe todo eso?

–No hace falta mucha imaginación, créeme. Si no era una bruja, ¿qué era?

–Creo que no era más que una anciana enferma que no le servía de nada a nadie y olía raro porque no tenía dientes. El único problema era que tenía el mismo aspecto que las brujas de los cuentos, eso lo veía cualquiera con dos dedos de frente.

–Sí –respondió la señorita Lento, suspirando–, pero a veces es muy difícil encontrar a alguien con dos dedos de frente cuando lo necesitas.

–¿Puede enseñarme lo que necesito saber para ser bruja? –le preguntó Tiffany.

–Dime por qué sigues queriendo ser bruja, teniendo en cuenta lo que le pasó a la señora Snapperly.

–Para que ese tipo de cosas no vuelvan a suceder.

«Incluso enterró al gato de la vieja bruja –pensó la señorita Lento–. ¿Qué clase de niña es ésta?»

–Buena respuesta. Puede que llegues a ser una bruja decente algún día, aunque yo no enseño a ser bruja, sino a saber sobre las brujas. Las brujas aprenden en una escuela especial, yo sólo les enseño el camino, si son buenas. Todas las brujas tienen intereses especiales, y a mí me gustan los niños.

–¿Por qué?

–Porque es más fácil meterlos en el horno.

–Qué comentario más desagradable –repuso Tiffany, que no estaba asustada, sino enfadada.

–Bueno, las brujas no tienen por qué ser agradables –contestó la señorita Lento, sacando una gran bolsa negra de debajo de la mesa–. Me alegra ver que prestas atención.

–¿De verdad hay una escuela para brujas?

–Por así decirlo, sí.

–¿Dónde?

–Muy cerca.

–¿Es mágica?

–Muy mágica.

–¿Un lugar maravilloso?

–No hay nada igual.

–¿Puedo ir allí por arte de magia? ¿Es como, no sé, que aparece un unicornio para llevarme, o algo así?

–¿Por qué debería? Un unicornio no es más que un caballo grande que acaba en punta y punto. Tampoco es para tanto. Me debes un huevo, gracias.

–¿Dónde puedo encontrar la escuela, exactamente? –preguntó Tiffany, dándole el huevo.

–Ajá, una pregunta de hortaliza, diría yo. Dos zanahorias, por favor. –Tiffany se las dio–. Gracias. ¿Lista? Para encontrar la escuela de brujas, ve a un lugar alto cercano, sube a la cima, abre los ojos... –La señorita Lento vaciló.

–¿Sí?

–... Y ábrelos otra vez.

–Pero... –empezó a protestar Tiffany.

–¿Tienes más huevos?

–No, pero...

–Pues no hay más educación. Sin embargo, tengo una pregunta para ti.

–¿Tienes huevos? –preguntó Tiffany al instante.

–¡Ja! ¿Viste algo más junto al río, Tiffany?

El silencio se apoderó de la tienda. El sonido de los errores ortográficos y la geografía errática se filtraba del exterior, mientras Tiffany y la bruja se miraban a los ojos.

–No –mintió la niña.

–¿Seguro?

–Sí.

Siguieron con su competición de miradas; a Tiffany se le daba mejor que a un gato.

–Ya veo –respondió la señorita Lento, apartando la vista–. Muy bien, en ese caso, dime una cosa, por favor: cuando te detuviste delante de mi tienda, hace un momento, exclamaste «ajá» con lo que me pareció un tono de voz engreído. ¿Estabas pensando: «Es una tiendecita extraña con un misterioso cartelito en la puerta, así que entrar podría ser el inicio de una aventura»? ¿O pensabas: «Podría ser la tienda de una bruja malvada, como creían que era la señora Snapperly, que me lanzará un hechizo malvado en cuanto entre»? No pasa nada, ya puedes dejar de mirarme así, que te lagrimean los ojos.

–Pensaba las dos cosas –respondió Tiffany, parpadeando.

–Sin embargo, entraste, ¿por qué?

–Para averiguarlo.

–Buena respuesta. Las brujas son curiosas por naturaleza –explicó la señorita Lento, levantándose–. Bueno, tengo que irme. Espero que podamos encontrarnos de nuevo. De todos modos, te daré un consejo gratis.

–¿Me costará algo?

–¿Qué? ¡Si te acabo de decir que es gratis!

–Sí, pero mi padre dice que los consejos gratis a menudo resultan caros.

–Podríamos decir que este consejo no tiene precio –repuso la bruja, con aire desdeñoso–. ¿Me escuchas?

–Sí.

–Bien. Ahora..., si confías en ti...

–¿Sí?

–... Y crees en tus sueños...

–¿Sí?

–... Y sigues a tu estrella... –continuó la señorita Lento.

–¿Sí?

–... Te acabará ganando la gente que no es tan perezosa como tú y pasa su tiempo trabajando duro y aprendiendo cosas. Adiós.

En el interior de la tienda pareció oscurecer; había llegado el momento de marcharse. Tiffany se encontró de vuelta en la plaza, en la que los demás profesores desmontaban sus puestos.

No miró atrás, era lo bastante sensata para no hacerlo, porque, si la tienda seguía allí, habría sido decepcionante, mientras que, si se trataba de una desaparición misteriosa, le habría producido bastante inquietud.

Se dirigió a casa y se preguntó si debería haber mencionado a los hombrecillos pelirrojos. No lo había hecho por un montón de razones: ya no estaba segura de haberlos visto de verdad, tenía la sensación de que a ellos no les habría gustado y era agradable saber algo que la señorita Lento no sabía. Sí, eso era lo mejor. A Tiffany le parecía que la señorita Lento era un pelín demasiado lista.

De camino a casa, subió a lo alto de la colina Arken, que estaba a las afueras del pueblo. No era muy grande, no tanto como las lomas que se erguían junto a la granja y, sin duda, no tanto como las montañas.

La colina era más... hogareña. En la parte de arriba había una zona llana en la que no crecía nada, y la niña se sabía la historia del héroe que había luchado allí contra un dragón, cuya sangre había quemado la tierra en la que había caído. Otra historia decía que había un tesoro escondido en la colina, defendido por el dragón, y, otra más, que allí habían enterrado a un rey con su armadura de oro puro. Se oían muchas historias sobre la colina, resultaba sorprendente que no se hubiese hundido bajo su peso.

Tiffany se quedó de pie en el suelo yermo y contempló el paisaje.

Podía ver el pueblo, el río, la Granja Hogar, el castillo del barón y, más allá de los campos que conocía, los bosques grises y los páramos.

Cerró los ojos y los abrió de nuevo; después parpadeó y los abrió otra vez.

No vio ninguna puerta mágica, no se le reveló ningún edificio escondido, ni ninguna señal extraña.

Sin embargo, durante un instante, el aire zumbó y olió a nieve.

Cuando llegó a casa, miró la palabra incursión en el diccionario; significaba «invasión».

La señorita Lento había dicho que se trataba de una incursión de grandes proporciones.

En aquel momento, unos ojillos ocultos observaban a Tiffany desde lo alto del estante...



## Capítulo tres

## La caza de la arpía

La señorita Lento se quitó el sombrero, metió la mano dentro y sacó un trocito de cuerda. Después de unos cuantos ruiditos y aleteos, el sombrero adoptó la forma de un sombrero negro de paja bastante achacoso. Recogió las flores de papel del suelo y las pinchó en su sitio con cuidado.

–¡Buf! –exclamó al fin.

–No puedes dejar que la cría se vaya así, sin más –dijo el sapo, que estaba sentado en la mesa.

–¿Sin qué?

–Está claro que tiene Primera Vista y Segundos Pensamientos. Es una combinación poderosa.

–Es un poco sabelotodo.

–Exacto, como tú. Te ha impresionado, ¿verdad? Sé que lo ha hecho, porque has sido bastante antipática con ella, y siempre haces eso con la gente que te impresiona.

–¿Quieres que te convierta en rana?

–Bueno, déjame ver... –repuso el sapo, en tono sarcástico–: mejor piel, mejores patas, aumento del cien por cien de la probabilidad de que me bese una princesa... Vaya, pues sí. Cuando esté lista, señora.

–Hay cosas peores que ser un sapo –contestó la señorita Lento, amenazadora.

–Pruébalo alguna vez. En cualquier caso, la niña me ha gustado.

–A mí también –respondió la bruja, con energía–. Oye que se ha muerto una anciana por culpa de unos idiotas que la creen bruja, y ella decide convertirse en bruja para que no vuelva a suceder. Un monstruo aparece en su río, ¡y ella lo aporrea con una sartén! ¿Alguna vez has oído el dicho «cada tierra encuentra a su bruja»? Es lo que ha pasado aquí, por lo que veo, pero ¿una bruja de la caliza? A las brujas les gusta el granito y el basalto, ¡la roca dura hasta el final! ¿Sabes qué es la caliza?

–Me parece que me lo vas a decir.

–Son las conchas de miles de millones de diminutas criaturas marinas indefensas que murieron hace millones de años. Son... huesos diminutos, minúsculos; blandos; mojados; húmedos. Una bruja de nacimiento... ¡en la caliza! ¡Es imposible!

–¡Golpeó a Jenny! –exclamó el sapo–. ¡La chica tiene talento!

–Quizá, aunque se necesita algo más. Jenny no es lista, no es más que un Monstruo Prohibitivo de Grado Uno, y seguramente estaba aturdida por encontrarse de repente en un arroyo, cuando su hogar natural es el agua estancada. Vendrán cosas mucho peores que ella.

–¿Qué quiere decir «un Monstruo Prohibitivo de Grado Uno»? –preguntó el sapo–. Nunca había oído a nadie llamarla así.

–Soy profesora, además de bruja–respondió la señorita Lento, ajustándose cuidadosamente el sombrero–. Por lo tanto, hago listas; realizo evaluaciones; anoto las cosas con una letra pulcra y firme utilizando bolígrafos de dos colores. Jenny pertenece al grupo de criaturas inventadas pollos adultos para asustar a los niños y evitar que se acerquen a sitios peligrosos. –Suspiró–. Ojalá la gente pensara un poco antes de crear monstruos.

–Deberías quedarte para ayudarla.

–Aquí no tengo apenas poder, te lo dije, es la caliza. Y recuerda a los hombrecillos pelirrojos: ¡un Nac Mac Feegle habló con ella! ¡La avisó! ¡Nunca había visto nada semejante! Si los tiene de su lado, ¿quién sabe lo que puede hacer? –Recogió al sapo–. ¿Acaso sabes lo que va a venir? Todas las cosas que encerraron en esos viejos cuentos, todas las razones por las que no debes salirte del camino, ni abrir la puerta prohibida, ni decir la palabra equivocada, ni derramar la sal. Todos los cuentos que hacen que los niños tengan pesadillas. Todos los monstruos que se esconden bajo la cama más grande del mundo. En algún lugar, esas historias son ciertas y los sueños se hacen realidad. Eso pasará aquí, si no lo evitamos. De no ser por los Nac Mac Feegle, estaría muy preocupada, pero, tal como están las cosas, voy a intentar buscar ayuda. ¡Voy a tardar al menos dos días sin una escoba!

–Es injusto dejarla sola con ellos –protestó el sapo.

–No estará sola; te tendrá a ti.

–Oh.

Tiffany compartía dormitorio con Fastidia y Hannah; se despertó cuando las oyó acostarse, y se quedó tumbada en la oscuridad hasta que las oyó respirar acompasadamente, soñando con jóvenes esquiladores con el pecho al descubierto.

En el exterior, los relámpagos de verano iluminaban las colinas y se oía el rugido de los truenos...

Trueno y Relámpago, los conocía como perros antes de asociar los nombres con el sonido y la luz de una tormenta. La abuela siempre llevaba consigo a sus perros ovejeros, tanto fuera como dentro de casa. Se convertían en veloces rayas blancas y negras que corrían por la hierba, a lo lejos, y, de repente, los tenías al lado, jadeantes, sin apartar los ojos del rostro de la abuela. La mitad de los perros de las colinas eran cachorros de Relámpago, entrenados por la abuela Dolorido.

Tiffany había ido con la familia al gran Concurso de Perros Ovejeros. Todos los pastores de la Caliza iban al concurso, y los mejores salían a demostrar lo bien que manejaban a sus perros. Los animales acorralaban a las ovejas, las separaban, las conducían al redil..., o, a veces, salían corriendo o se mordían entre ellos, porque hasta el mejor perro tiene días malos. Sin embargo, la abuela nunca participó con Trueno y Relámpago; se apoyaba en la cerca, con los perros tumbados delante de ella, y observaba el espectáculo con atención, fumando su apestosa pipa. El padre de la niña decía que, después de cada demostración de los pastores y sus perros, los jueces miraban con nerviosismo a la abuela Dolorido, para ver qué le había parecido. De hecho, todos los pastores la observaban. La abuela nunca jamás entró en la competición, porque ella era el concurso: si pensaba que eras un buen pastor, si asentía con la cabeza cuando salías de la pista, si chupaba su pipa y decía «eso servirá»..., ibas todo el día henchido de orgullo, te sentías dueño de la Caliza...

Cuando Tiffany era pequeña y estaba en el altozano con la abuela, Trueno y Relámpago hacían de niñeras; se tumbaban a unos metros de ella para mirarla con atención mientras jugaba. Una vez, la abuela la dejó utilizarlos para reunir el rebaño, y la niña se sintió muy orgullosa; corrió por todas partes gritando «¡venid!», «¡allí!», «¡aquí!», y, milagrosamente, los perros trabajaron a la perfección.

Después supo que los perros habrían trabajado a la perfección gritara lo que gritara, porque la abuela estaba allí sentada, fumando su pipa, y los perros ya sabían leerle la mente. Sólo aceptaban órdenes de la abuela Dolorido...

La tormenta amainó después de un rato, y se oyó el dulce sonido de la lluvia.

En algún momento, Bolsa de Ratas, el gato, abrió la puerta y saltó a la cama. Era un gato enorme, pero fluía; estaba tan gordo que, en las superficies razonablemente planas, se desparramaba poco a poco hasta convertirse en un charco gigantesco de pelos. Aunque odiaba a Tiffany, nunca dejaba que los sentimientos personales se interpusiesen en su búsqueda de un rinconcito cálido donde echarse.

La niña tuvo que dormirse en cierto momento, porque se despertó cuando oyó las voces.

Parecían estar cerca, a pesar de que, por algún motivo, no se oían mucho.

–¡Porrrcrrristo! 'Tabien decirrr «busca a l'arrrpía», perrro ¿qué buscamos? ¿Tú lo sepes? ¡Todos grrrandullones son iguales!

–¡Georrrdie No del Todo Diminuto, el de la pesca, dijo que'rrra una niña muy, muy grrrande!

–¡No crrreo yo que sea mucha ayuda, no! ¡Todas las niñas son muy, muy grrrandes!

–¡Parrr d'alcorrrnoques! ¡Todos sepen que un'arrrpía lleva bonete de pico!

–Entonces, ¿no pueden serrr arrrpías si están dorrrmidas?

–¿Quién es? –preguntó Tiffany.

Se hizo el silencio, adornado por la respiración de sus hermanas; pero, por algún motivo que no sabía precisar, era el silencio que se creaba cuando había gente que intentaba con todas sus fuerzas no hacer ruido.

Se inclinó y miró debajo de la cama, donde no había nada más que la bacinilla.

El hombrecillo del río hablaba igual.

Se tumbó de nuevo, a la luz de la luna, y prestó atención hasta que le dolieron las orejas.

Entonces se preguntó cómo sería una escuela para brujas y por qué no la había visto todavía.

Conocía cada centímetro de tierra en tres kilómetros a la redonda; lo que más le gustaba era el río, con las aguas estancadas en las que los lucios rayados tomaban el sol justo por encima de la maleza, y las orillas en las que anidaban los martines pescadores. Había un nido de garzas a un kilómetro y medio, más o menos, río arriba, y le gustaba asustar a los pájaros cuando se acercaban a pescar entre los juncos, porque no hay nada más divertido que una garza intentando alzar el vuelo a toda prisa...

Se empezó a quedar dormida de nuevo, pensando en la tierra que rodeaba la granja. Lo sabía todo sobre el lugar, no había sitios secretos que se le hubiesen escapado.

Sin embargo, quizá hubiese una puerta mágica; si ella tuviese una escuela de magia, las pondría por todas partes, incluso a cientos de kilómetros de distancia. De ese modo, si, por ejemplo, mirases a una roca concreta a la luz de la luna, aparecería otra puerta.

En cualquier caso, en cuanto a la escuela... Habría clases de montar en escoba y de cómo afilar el sombrero para acabarlo en punta, y comidas mágicas, y un montón de amigos nuevos.

–¿Está la crrría dorrrmida?

–Sip, no la oigo menearrrse.

Tiffany abrió los ojos en la oscuridad; las voces que había debajo de la cama producían un ligero eco. Por suerte, la bacinilla estaba limpita.

–Bien, afuerrra d'esta cazuela.

Las voces se movieron por la habitación, y la niña intentó girar las orejas para seguirlas.

–¡Eh, mirrra'sto! ¡Es una casa! ¡Con sillititas y cosas!

«Han encontrado la casa de muñecas», pensó Tiffany.

Era una casa muy grande, fabricada por el señor Bloque, el carpintero de la granja, cuando la hermana mayor de Tiffany, que ya tenía dos hijos, era pequeña. No era un artículo de aspecto frágil, porque al señor Bloque no le iba el trabajo delicado; sin embargo, con el transcurso de los años, las niñas la habían decorado con trocitos de tela, y algunos muebles rudos y prácticos.

Por el sonido que hacían los dueños de las voces, podría haber sido un palacio.

–¡Oyeoyeoye, esto's un chollo! Aquí hay una cama. ¡Con almohadas!

–¡Baja la vozarra, que nose despierrrte ninguna!

–¡Porrrcrrristo, soy silencioso como un ratoncillo! ¡Aaah! ¡Soldados!

–¿Qué dices soldados?

–¡Hay casacas rojas en el cuarrrto!

«Han encontrado los soldados de plomo», pensó Tiffany, procurando no hacer ruido al respirar.

En sentido estricto, no tenían que estar en una casa de muñecas, pero Wentworth no era lo suficientemente mayor para ellos, así que los usaban como espectadores inocentes en los días en que Tiffany todavía se divertía haciendo el té para sus muñecas. Bueno, lo que utilizaba de muñecas, porque los juguetes de la granja tenían que ser resistentes para sobrevivir intactos a varias generaciones, y no siempre salían victoriosos. La última vez que había intentado preparar un té de mentirijilla, los invitados eran una muñeca de trapo sin cabeza, dos soldados de madera y tres cuartos de un oso de peluche.

De la casa de muñecas surgía un estruendo de golpes y porrazos.

–¡Tengo uno! Eh, compadrrre, ¿sabe coserrr tu mamá? ¡Pues cose'sto! ¡Aaah! ¡Tiene la caboza como un árrrbol!

–¡Porrrcrrristo! ¡Hay un cuerrrpo sin caboza encima!

–¡Sip, claro, es que hay un oso! ¡Trrraga bota, nenaza!

A la niña le daba la impresión de que, a pesar de que los propietarios de las tres voces estaban luchando contra cosas que no podían defenderse de ninguna manera, incluido un oso de peluche con una sola pata, no las tenían todas consigo.

–¡Lo tengo, lo tengo, lo tengo! ¡Te vas a quedarrr sin dientes, malabestia!

–¡M'han morrrdido la pierrrna!

–¡Venid aquí! ¡Aj, estáis luchando solos, zopencos! ¡Estoy hasta las orrrejas de los dos!

Tiffany vio que Bolsa de Ratas se agitaba; aunque fuese gordo y perezoso, era veloz como el rayo cuando se trataba de saltar sobre criaturas pequeñas. No podía dejar que co giese a... aquellos seres, fueran lo que fueran, por muy mal que sonaran.

Tosió con fuerza.

–¿Veis? –dijo una voz, desde la casa de muñecas–. ¡L'habéis desperrrtado! ¡Salgo porrrpiés!

El silencio volvió, y, esta vez, al cabo de un rato, la niña decidió que era el silencio de cuando no había nadie, y no el de cuando había alguien que no hacía ningún ruido. Bolsa de Ratas volvió a dormirse, moviéndose sólo cuando destripaba algo en sus sueños de gato gordo.

Tiffany esperó un poquito más, salió de la cama y se acercó con precaución a la puerta del dormitorio, esquivando las dos tablas del suelo que crujían. Bajó las escaleras a oscuras, encontró una silla a la luz de la luna, cogió el libro de cuentos de hadas del estante de la abuela, abrió el pestillo de la puerta de la casa y salió al exterior, a la cálida noche de verano.

Había mucha niebla alrededor, pero se veían unas cuantas estrellas en el cielo y había luna gibosa. La niña sabía que era gibosa porque había leído en el Almanake que así era la luna cuando estaba un poco más llena que media, así que procuró prestar atención cuando así fuera, para poder decirse: «Ah, veo que hoy la luna está muy gibosa...».

Es posible que eso os diga más sobre Tiffany de lo que a ella le gustaría contar.

La luna creciente hacía que las lomas pareciesen un muro negro que llenaba medio cielo. Durante un momento, se dedicó a buscar la luz del farol de la abuela Dolorido...

La abuela nunca perdió un cordero, ése era uno de los primeros Acuerdos de Tiffany: su madre la acercó a la ventana una noche fría de principios de primavera, con un millón de brillantes estrellas en el cielo reluciendo sobre las montañas, y, en la oscuridad de las lomas, pudo ver la solitaria estrella amarilla de la constelación de la abuela Dolorido, zigzagueando por la noche. No se iba a la cama si se había perdido un cordero, daba igual lo malo que fuese el tiempo...

En una familia tan grande, sólo había un lugar donde escusarse: el escusado. Tenía tres agujeros, y allí era donde iban todos cuando querían estar a solas un rato.

Dentro había una vela y el número anterior del Almanake, colgado de una cuerda. Los impresores conocían a sus lectores, así que imprimían el Almanake en un papel suave y fino.

La chica encendió la vela, se puso cómoda y miró el libro de cuentos, mientras la luna la gibaba a través del agujero con forma de medio círculo abierto en la puerta.

En realidad, nunca le había gustado el libro, porque le parecía que intentaba decirle qué hacer y qué pensar: no te alejes del camino, no abras esa puerta, pero odia a la bruja malvada, que es malvada. Ah, y créete que el tamaño del zapato es una buena forma de escoger esposa.

Muchas de las historias resultaban sospechosas, en su opinión. Por ejemplo, estaba la que terminaba con los dos niños buenos metiendo a la bruja malvada en el horno de la mujer. Después de leerlo, a Tiffany le preocupó mucho el tema, sobre todo teniendo en cuenta lo sucedido con la señora Snapperly. Los cuentos como aquél hacían que la gente no pensara correctamente, estaba segura de ello. Al leer el de la bruja y los dos niños, pensó: «¿Cómo? Nadie tiene un horno del tamaño necesario para meter a una persona en tera dentro. Y ¿qué hizo pensar a esos niños que podían ir por ahí comiéndose las casas de la gente? ¿Por qué un chico demasiado estúpido para saber que una vaca cuesta más de cinco alubias tiene derecho a asesinar a un gigante y robarle todo su oro? Por no mencionar el acto de vandalismo ecológico. Y, si una chica no sabe distinguir a su abuela de un lobo, o es más tonta que una maceta o viene de una familia muy fea». Los cuentos no eran reales, y, a pesar de eso, la señora Snapperly había muerto por su culpa.

Pasó una página tras otra en busca de los dibujos correctos. Aunque las historias la ponían furiosa, los dibujos... aaah, los dibujos eran las cosas más bonitas que había visto en su vida.

Volvió una página, y allí estaba.

Casi todas las imágenes de las hadas no resultaban impresionantes; de hecho, sinceramente, eran como niñitas que se habían tropezado con un zarzal al salir de la clase de ballet. Pero aquel dibujo era distinto: los colores eran raros y no se veían sombras. Había hierba y margaritas gigantescas por todas partes, de modo que las hadas tenían que ser muy pequeñitas; sin embargo, parecían grandes, como extraños seres humanos. Sin duda, no tenían pinta de hadas: casi ninguna lucía alas, tenían formas curiosas, y, en realidad, algunas parecían monstruos. Las niñas de los tutús no habrían tenido muchas posibilidades contra ellos.

Lo más raro era que, al contrario que los demás dibujos del libro, aquél parecía hecho por un artista que había pintado lo que tenía delante. Los demás, las niñas de ballet y los bebés con peleles, tenían un aspecto fantasioso y cursi, mientras que éste no, éste decía que el pintor había estado allí...

«... Al menos en su imaginación», pensó Tiffany.

Se concentró en la esquina inferior izquierda, y allí estaba; lo había visto antes, pero tenías que saber dónde mirar: sin duda, era un hombrecillo de pelo rojo, vestido tan sólo con un kilt y un chaleco diminuto, mirando con el ceño fruncido al lector. Parecía muy enfadado. Y... la niña movió la vela para ver con más claridad..., sí, estaba claro que hacía un gesto con la mano.

Aunque hubiese alguien que desconociese el significado de aquel gesto obsceno, resultaba fácil de adivinar.

Oyó voces y abrió la puerta con el pie para escucharlas mejor, puesto que una bruja siempre presta atención a las conversaciones ajenas.

El sonido venía del otro lado del seto, donde había un campo en el que sólo debían quedar las ovejas, a la espera de ir al mercado. Como las ovejas no eran conocidas por su locuacidad, se asomó en silencio a la bruma del alba y descubrió un agujerito que habían abierto los conejos, desde donde podía verlo todo.

Un carnero pastaba cerca del seto, y la conversación provenía de allí o, mejor dicho, de algún lugar entre la hierba alta que tenía debajo. Se distinguían al menos cuatro seres con bastante mal genio.

–¡Porrrcrrristo! ¡Querrremos animal vaca, no animal obeja!

–¡Aj, lo mismoda que dalomismo! ¡Vamos, chicos, a pata porrr caboza!

–¡Aj, todas las vacas'tan dentro! ¡Cogemos lo que podemos!

–¡Bajad la voz, bajad la voz de una vez!

–Aj, ¡si n'hay nadie! Bien, chicos, yan..., tan..., ¡teh'ra!

La oveja se elevó un poco en el aire y baló asustada al ver que empezaba a volar por el campo marcha atrás. Tiffany creyó ver un poco de pelo rojo en la hierba alrededor de sus patas, aunque se desvaneció en cuanto el carnero se internó en la bruma.

Se abrió paso por el seto, sin hacer caso de los arañazos de las ramas, porque la abuela Dolorido no habría dejado que nadie le robase una oveja, aunque fuesen ladrones invisibles.

Sin embargo, la bruma era espesa y, en aquel momento, oyó ruidos en el gallinero.

La oveja que había desaparecido marcha atrás tendría que esperar: las gallinas necesitaban su ayuda. En las últimas semanas habían tenido dos visitas de un zorro, y las aves que no se había llevado estaban empezando a poner los huevos.

La niña corrió por el huerto, enganchándose el vestido en los palitos de las plantas de guisantes y los arbustos de grosellas espinosas, y abrió de golpe la puerta del gallinero.

No se veían las plumas, ni el pánico que producía un zorro, aunque las gallinas cloqueaban nerviosas, y Ciruelo, el gallito, caminaba de un lado para otro. Una de las gallinas parecía algo avergonzada, así que la niña la levantó enseguida.

Había dos hombrecillos azules diminutos de pelo rojo debajo, cada uno con un huevo de gallina; levantaron la cara con expresión culpable.

–¡Aj, no! –dijo uno–. ¡Es la crrría! L'arpía...

–Estáis robando nuestros huevos –exclamó Tiffany–. ¡Cómo os atrevéis! ¡Y no soy una arpía!

Los hombrecillos se miraron el uno al otro y después a los huevos.

–¿Qué huevos? –preguntó uno.

–Los que lleváis en la mano –contestó Tiffany, con retintín.

–¿Cómo? Ah, ¿esto? ¿Esto son huevos, eh? –preguntó el que había hablado primero, mirándolos como si no los hubiese visto antes–. Vayavaya, y nosotrrros crrreíamos qu'errran... eeeh... piedrrras.

–Piedrrras –corroboró el otro, nervioso.

–Nos metimos aquí, bajo la gallinácea parrra calentaríamos un poquito –explicó el primero–. Y estaban todas estas cosas, que parrrecen piedrrras, y porrr eso cloqueaba la pobre pájarrra...

–Cloqueaba –repitió el segundo, asintiendo enérgicamente.

–... nos dio pena la pobrrre y...

–Dejad... los... huevos... ahí –ordenó la niña, muy despacio.

El que no había hablado mucho le dio un codazo al otro.

–Mejorrr hacerrr lo que diga. S'ha ido al trrraste, nose puede negarrr a un Dolorrrido, y esta's un'arrrpía. Aporreó a Jenny, eso no lo ha hecho nunca nadie.

–Sip, no lo había pensado...

Los dos hombrecillos dejaron los huevos donde estaban con mucho cuidado. Uno de ellos llegó a soplar la cáscara del suyo y a sacarle brillo con el harapiento borde de su kilt, haciendo mucho teatro.

–Nada pasa, señorrra –dijo. Después miró al otro hombre, y los dos desaparecieron. Sin embargo, quedó el rastro de un borrón rojo en el aire, y algunas briznas de paja salieron volando por la puerta del gallinero.

–¡Y soy una señorita! –gritó Tiffany. Dejó la gallina sobre los huevos y se acercó a la puerta– ¡Y no soy una arpía! ¿Sois una especie de hadas? ¿Y qué pasa con nuestras obejas... digo, ovejas?

No obtuvo respuesta, sólo el ruido de los cubos cerca de la casa, lo que significaba que se estaban levantando los demás.

Rescató el libro de cuentos de hadas, apagó la vela y entró en casa. Su madre, que estaba encendiendo el fuego, le preguntó qué hacía ya despierta, y ella respondió que había oído follón en el gallinero y que había salido para ver si era otra vez el zorro. No era una mentira. De hecho, era completamente cierto, aunque no del todo exacto.

Tiffany era, en general, una persona bastante sincera, pero le parecía que algunas veces las cosas no se dividían fácilmente en verdades y mentiras, sino que había «hechos que la gente tiene que saber en estos momentos» y «hechos que no tienen por qué saber en estos momentos».

Además, no estaba segura de qué sabía en aquellos momentos.

Había gachas de avena para desayunar, y se las tomó rápidamente, con la intención de volver al prado y ver qué pasaba con las ovejas. Podría haber huellas en la hierba, o algo así...

Levantó la vista, sin saber bien por qué. Bolsa de Ratas, que antes estaba dormido delante del horno, se había levantado, alerta. La niña sintió un cosquilleo en la nuca e intentó ver lo que miraba el gato.

En el aparador había una fila de tarros azules y blancos que no servían para nada, heredados por su madre de una tía anciana; la mujer estaba muy orgullosa de ellos, porque eran bonitos, aunque completamente inútiles. En la granja no había mucho sitio para cosas bonitas e inútiles, así que los guardaba como oro en paño.

Bolsa de Ratas estaba mirando la tapa de uno de ellos, que se levantaba lentamente; debajo había un atisbo de pelo rojo y dos ojillos brillantes.

La tapa se volvió a bajar cuando Tiffany la examinó; un instante después, oyó un débil castañeteo y vio que el tarro se balanceaba adelante y atrás, y que había una nubecilla de polvo levantándose de la parte superior del aparador. Bolsa de Ratas miraba a su alrededor, aturdido.

«Pues sí que son rápidos...»

La niña corrió al prado y lo observó todo con atención. La niebla ya se había levantado de la hierba, y las alondras volaban por las lomas.

–¡Si esa oveja no vuelve de inmediato, habrá consecuencias! –le gritó al cielo.

El sonido rebotó en las colinas, y, entonces, oyó unas vocecillas que hablaban bajito, aunque bastante cerca de ella:

–¿Qu'ha dicho l'arpía? –preguntó la primera.

–¡Dice qu'habrá consecuencias!

–¡Aj, huy, huy, huy! ¡Prrroblemas!

Tiffany miró a su alrededor, con la cara roja de rabia.

–Tenemos una obligación –le dijo al aire y a la hierba.

Era algo que había dicho la abuela Dolorido en cierta ocasión, cuando su nieta había llorado por un cordero. La anciana decía las cosas de forma anticuada: «Somos como dioses para los animales del campo, mi jiggit. Ordenamos el momento de su nacimiento y el momento de su muerte. Entre una cosa y la otra, tenemos una obligación con ellos».

–Tenemos una obligación –repitió Tiffany, en voz más baja, con una mirada feroz–. Sé que podéis oírme, seáis lo que seáis. Si esa oveja no vuelve, habrá... problemas...

Las alondras cantaron sobre el redil, haciendo que el silencio pareciese más profundo.

La niña debía encargarse de las tareas que le correspondían antes de tener tiempo para ella, lo que quería decir que había que dar de comer a los pollos, recoger los huevos y sentirse un poquito orgullosa de que su intervención hubiese salvado a dos de ellos. Quería decir que tenía que llevar seis cubos de agua del pozo y llenar la cesta de leña junto a la hornilla, aunque todos esos trabajos los dejaba para el final, porque no le gustaban mucho. Lo que sí le gustaba era batir la mantequilla y, así, poder pensar.

«Cuando sea bruja y tenga un sombrero puntiagudo y una escoba, agitaré la mano y la mantequilla estará hecha sin más –pensó mientras le daba a la manivela–. Y si algún diablillo pelirrojo se atreve a pensar en robarnos los animales...»

Oyó un chapoteo detrás de ella, donde había alineado los seis cubos que debía llevar al pozo, y vio que acababan de llenar de agua uno de ellos; el agua todavía se movía dentro.

Siguió batiendo la mantequilla, como si no hubiese pasado nada, pero se detuvo al cabo de un rato y se acercó al cubo de harina, cogió un puñado y la esparció por el peldaño de la entrada; después, volvió a la mantequilla.

Unos minutos después oyó otro sonido acuoso y, al volverse, descubrió que, efectivamente, había otro cubo lleno de agua. Además, en el suelo, junto al peldaño de piedra, había dos pequeñas líneas de diminutas huellas: una que conducía a la vaquería y otra que salía de ella.

A Tiffany le costaba levantar los cubos, de uno en uno, cuando estaban llenos.

«Así que, además de rápidos, son fuertes –pensó–. La verdad es que me lo estoy tomando con mucha calma.»

Levantó la mirada para observar las grandes vigas de madera que cruzaban el techo, y vio que caía un poco de polvo, como si algo se hubiese largado muy deprisa.

«Creo que tengo que poner fin a esto enseguida –pensó–. Por otro lado, no hago daño a nadie si espero a que llenen todos los cubos...»

–Y después tengo que llenar la cesta de leña de la trascocina –dijo en voz alta. Bueno, merecía la pena intentarlo.

Regresó a la mantequilla y no se molestó en mirar atrás cada vez que oía chapoteos, ni tampoco cuando oyó algo que parecía una sierra y el ruido de los troncos al caer en la cesta. Sólo se volvió para echar un vistazo cuando se hizo el silencio.

La cesta estaba llena hasta el techo, al igual que todos los cubos. La harina del suelo era una confusión de huellas.

Dejó de batir, con la sensación de que había ojos observándola, muchos ojos.

–Bueno..., gracias –dijo. No, eso no estaba bien, parecía nerviosa. Dejó a un lado la pala de la mantequilla y se levantó, intentando parecer todo lo feroz posible–. ¿Y qué pasa con nuestra oveja? ¡No me creeré que lo sentís de verdad hasta que vuelva la oveja!

Se oyó un balido en el prado, así que corrió hasta el fondo del huerto para mirar qué pasaba al otro lado de la valla.

La oveja estaba volviendo, marcha atrás y a toda velocidad. Se detuvo con un frenazo cerca del seto y tocó el suelo cuando los hombrecillos la soltaron. Uno de ellos apareció durante un instante sobre la cabeza del animal: le sopló un cuerno para limpiarle el polvo, le sacó brillo con el kilt y se desvaneció, convertido en una mancha en movimiento.

Tiffany regresó pensativa a la vaquería.

Oh, y, cuando volvió, la mantequilla estaba batida. De hecho, no sólo estaba batida, sino que la habían dividido en una docena de rectángulos gordos y dorados sobre el mármol que usaba para eso. Incluso había una ramita de perejil encima de cada uno de ellos.

«¿Serán duendes?», se preguntó. Según el libro de cuentos, los duendes rondaban las casas haciendo tareas domésticas a cambio de un platito con leche. Sin embargo, los duendes de los dibujos eran alegres criaturas diminutas con capuchas de punta, y los hombres pelirrojos no parecían haber bebido ni una gota de leche en toda su vida. Pero, total, por probar...

–Bueno –dijo en voz alta, todavía consciente de los seres que la observaban en secreto–, eso bastará, gracias. Me alegro de que os arrepintáis de lo que hicisteis. –Cogió uno de los platos del gato de la pila junto al fregadero, lo lavó con cuidado, lo llenó de leche recién ordeñada, lo dejó en el suelo y dio un paso atrás–. ¿Sois duendes?

El aire se puso borroso, la leche cayó al suelo, y el plato empezó a dar vueltas.

–Lo tomaré como un no. Vale, ¿qué sois?

Recibió una cantidad ilimitada de silencio a modo de respuesta.

La niña se tumbó en el suelo y miró debajo del fregadero; después echó un vistazo detrás de los estantes del queso, y contempló las sombras oscuras y llenas de arañas de la habitación; parecía vacía.

Entonces pensó: «Creo que necesito cambiar un huevo por algo de educación, y deprisa...».

Tiffany había recorrido el escarpado sendero entre la granja y el pueblo cientos de veces; era menos de un kilómetro, y, con el paso de los siglos, los carros lo habían desgastado tanto que parecía un barranco en la caliza y se convertía en un arroyo lechoso durante la época de lluvias.

Estaba a medio camino cuando empezó el bisbiseo: los arbustos se agitaban, aunque no había viento; las alondras dejaron de cantar y, aunque no había notado antes su canción, su silencio resultaba sorprendente, porque no hay nada más ruidoso que el final de una canción que siempre ha estado ahí.

Cuando miró al cielo fue como contemplar un diamante; relucía, y el aire se volvió frío con tanta rapidez que fue como meterse en una bañera de agua helada.

Entonces notó nieve bajo los pies, nieve en los arbustos... y el sonido de cascos.

Estaba en el campo, junto a ella, un caballo que galopaba por la nieve, detrás del seto que, de repente, se había convertido en una pared blanca.

Los cascos de los caballos se detuvieron, hubo un momento de silencio y, después, un caballo apareció en el camino, resbalando sobre la nieve. Se enderezó enseguida, y el jinete miró a Tiffany.

En realidad, el jinete en sí no podía mirarla, porque no tenía ojos, ni cabeza donde meterlos.

La niña echó a correr. Las botas resbalaban en la nieve al moverse; de repente, notó la cabeza tan fría como el hielo: ella tenía dos piernas y se resbalaba, así que el caballo, que tenía el doble de patas, se resbalaría más. Había visto cómo les costaba a los caballos subir aquella colina en el invierno. Tenía una oportunidad.

Oyó un resollar detrás de ella, junto al relincho de un caballo, y se arriesgó a mirar: el animal la perseguía, patinando, con el hocico envuelto en vapor.

A medio camino cuesta abajo, el sendero pasaba bajo un arco de árboles, que parecían nubes estrelladas bajo el peso de la nieve, y, más allá, Tiffany sabía que el sendero se allanaba. No sabía qué pasaría después, aunque estaba segura de que sería corto y desagradable.

Notó cómo le caían encima los copos de nieve cuando pasaba bajo los árboles y decidió probar suerte corriendo. Quizá llegara al pueblo, se le daban bien las carreras.

Sin embargo, una vez en el pueblo, ¿qué pasaría? No llegaría a tiempo hasta una puerta, y la gente gritaría y correría de un lado a otro. El jinete oscuro no parecía de los que se preocupaban por esas cosas. No, tenía que enfrentarse al problema ella sola.

Si se le hubiera ocurrido coger la sartén...

–¡Eeeh! ¡Arrrpía chica! ¡Quédate quieta, ahorrra!

La niña levantó la cabeza.

Un hombrecillo azul asomaba entre la nieve de lo alto del seto.

–¡Me persigue un jinete sin cabeza! –gritó Tiffany.

–No te pillarrrá, cielo. ¡Quieta! ¡Mírrralo a los ojos!

–¡No tiene ojos!

–¡Porrrcrrristo! ¿Errres un'arrrpía o no? ¡Mírrralo a los ojos que no tiene!

El hombre azul desapareció bajo la nieve.

Tiffany se volvió; el jinete estaba ya trotando bajo los árboles, y el caballo parecía más estable, porque el suelo se había nivelado. Tenía una espada en la mano y estaba mirando a la niña, la miraba con los ojos que no tenía. Oyó de nuevo el resuello, lo que no era bueno.

«Los hombrecillos me observan –pensó–, no puedo huir. La abuela Dolorido no habría huido de una cosa sin cabeza.»

Cruzó los brazos y lo miró con rabia.

El jinete se detuvo, como si estuviese un poco desconcertado, y azuzó al caballo para que siguiese adelante.

Una forma azul y roja, más grande que los otros hombrecillos, saltó de los árboles, aterrizó en la frente del caballo, entre los ojos, y le cogió una oreja con ambas manos.

La niña lo oyó gritar:

–¡Toma caboza llena caspa, fantasma, corrrtesía de Yan Grrrande! –Entonces, el hombrecillo golpeó la frente del caballo con su propia cabeza. Sorprendida, Tiffany vio que el caballo trastabillaba hacia un lado–. ¿Qué tal? –gritó el luchador diminuto–. Chico durrro, ¿eh? ¡Otrrra, con sentimiento!

La segunda vez, el caballo se agitó inquieto hacia el otro lado, las patas traseras resbalaron, y el animal dio con sus huesos en el suelo.

Más hombrecillos azules salieron del seto, y el jinete, que intentaba ponerse en pie, desapareció bajo una tormenta azul y roja de criaturas chillonas..., y desapareció, al igual que la nieve y el caballo.

Los hombres azules se quedaron tirados en la carretera polvorienta durante un instante, unos encima de otros.

–¡Aaah, porrrcrrristo! ¡M'he dado en la caboza yo solo! –exclamó uno de ellos. Después, todos desaparecieron, aunque, por un momento, la niña vio unos manchurrones azules y rojos que se metían en el seto.

Al fin regresaron las alondras, y los setos volvieron a estar verdes y llenos de flores. No había ni una ramita rota, ni una flor fuera de lugar; el cielo era azul, sin destellos de diamante.

Miró al suelo y vio que tenía nieve derritiéndose en las puntas de las botas, lo que, curiosamente, la reconfortó, porque quería decir que lo que había sucedido era magia, no locura. Si cerraba los ojos, podía oír la respiración silbante del hombre sin cabeza.

Necesitaba ver gente enseguida y rodearse de cosas normales, aunque, sobre todo, quería respuestas. Bueno, lo cierto era que lo que deseaba más que nada en el mundo era no oír la respiración silbante cada vez que cerraba los ojos...

Las tiendas habían desaparecido; salvo por unos trocitos de tiza rota, corazones de manzanas, alguna hierba aplastada y, pardiez, unas cuantas plumas de gallina, no había nada que diese fe del paso de los profesores.

–¡Ejem! –dijo una vocecilla. Bajó la mirada, y un sapo salió de su escondite bajo una hoja de acedera–. La señorita Lento me dijo que volverías. Supongo que querrás saber algunas cosas, ¿no?

–Todo –exclamó Tiffany–. ¡Hay hombrecillos azules por todas partes! ¡Apenas entiendo lo que dicen! ¡Están todo el rato llamándome arpía!

–Ah, sí, ¡tienes Nac Mac Feegle!

–¡Nevó, pero después no! ¡Me persiguió un jinete sin cabeza! Y uno de los... ¿cómo has dicho que se llamaban?

–Nac Mac Feegle –respondió el sapo–, también conocidos como pictsis. Les gusta que los llamen pequeños hombres libres.

–Bueno, ¡pues uno de ellos le dio un cabezazo al caballo! ¡Y lo tiró al suelo! ¡Y era un caballo bien grande!

–Sí, suena a feegle.

–¡Les di un poco de leche y la derramaron!

–¿Les diste leche a los Nac Mac Feegle?

–Bueno, tú mismo has dicho que son pixis, duendecillos.

–No, pixis no, pictsis. ¡Y te aseguro que no beben leche!

–¿Vienen del mismo lugar que Jenny? –quiso saber Tiffany.

No, son rebeldes.

–¿Rebeldes? ¿Contra quién?

–Contra todos, contra cualquier cosa –respondió el sapo–. Ahora, recógeme.

–¿Por qué?

–Porque en ese pozo de ahí hay una mujer que te está mirando raro. Méteme en el bolsillo de tu delantal, por lo que más quieras.

Tiffany recogió al sapo y le dedicó una sonrisa a la mujer, diciendo:

–Estoy reuniendo una colección de sapos disecados.

–Estupendo, querida –respondió la señora, que se alejó a toda prisa.

–Eso no ha tenido gracia –comentó el sapo desde el delantal.

–Da igual, la gente no escucha.

Se sentó bajo un árbol y sacó al sapo del bolsillo.

–Los feegles intentaron robarnos huevos y una de las ovejas, pero conseguí que me lo devolviesen todo.

–¿Conseguiste que los Nac Mac Feegle te devolviesen algo? –preguntó el sapo–. ¿Estaban enfermos?

–No. La verdad es que fueron bastante..., bueno, amables. Incluso me hicieron las tareas de casa.

–¿Los feegles te hicieron tareas? ¡Nunca hacen tareas! ¡No ayudan a nadie!

–¡Y también está el jinete sin cabeza! ¡No tenía cabeza!

–Bueno, es el requisito imprescindible para el trabajo –respondió el sapo.

–¿Qué está pasando, sapo? ¿Nos están invadiendo los feegles?

–La señorita Lento no quería que tú manejases esto –respondió el animal, con aire esquivo–. Pronto volverá con ayuda...

–¿Llegará a tiempo?

–No lo sé, probablemente, pero no deberías...

–¡Quiero saber qué está pasando!

–Ha ido en busca de otras brujas. Eeeh..., ella cree que no deberías...

–Será mejor que me cuentes lo que sabes, sapo. La señorita Lento no está aquí, yo sí.

–Otro mundo está chocando con éste –respondió el sapo–. Ea, ¿ya estás contenta? Eso cree la señorita Lento, aunque está pasando más deprisa de lo que esperaba. Los monstruos vuelven.

–¿Por qué?

–Porque no hay nadie para detenerlos.

Se hizo un breve silencio.

–Estoy yo –contestó Tiffany.



## 

## Capítulo cuatro

### Los pequeños hombres libres

El camino de vuelta a la granja fue tranquilo: el cielo siguió siendo azul, ninguna de las ovejas parecía caminar de espaldas a toda velocidad y todo estaba impregnado de una sensación de caluroso vacío.

Bolsa de Ratas estaba en el camino que daba a la puerta de atrás, con algo entre las garras. Cuando vio que Tiffany se acercaba, recogió su presa y dobló corriendo la esquina de la casa, como solían hacer los gatos culpables cuando querían escabullirse, porque la chica tenía muy buena puntería lanzando tierra seca.

Al menos, el animal no llevaba nada rojo y azul en la boca.

–Míralo –dijo en voz alta–, ¡qué saco de grasa más cobarde! Ojalá pudiera evitar que cazase crías de pájaro, ¡me dan mucha pena!

–No tendrás por ahí un buen sombrero, ¿verdad? –dijo el sapo, desde el delantal–. Odio no ver nada.

Entraron en la vaquería, donde Tiffany solía pasarse sola gran parte del día.

En los arbustos, junto a la puerta, se oyó una conversación ahogada, más o menos en estos términos:

–¿Q'ha dicho l'arrrpía chica?

–Dice que quierrre que'l gato nose zampe los pobrrrecitos plumíferrros chicos.

–¿Ya'stá? ¡Porrrcrrristo! ¡No prrroblemo!

Tiffany dejó el sapo en la mesa con todo el cuidado que le fue posible.

–¿Qué comes? –le preguntó, porque sabía que era de buena educación ofrecerles comida a los invitados.

–Me he acostumbrado a las babosas, los gusanos y demás –respondió el animal–. No fue fácil, y no te preocupes si no tienes. Supongo que no te imaginarías recibir a un sapo en casa.

–¿Qué te parece un poco de leche?

–Es muy amable por tu parte.

Tiffany cogió la leche y la echó en un plato, para después observar cómo el sapo se metía dentro.

–¿Eras un bello príncipe? –le preguntó.

–Sí, bueno, quizá –respondió el animal, lleno de leche.

–Entonces, ¿por qué te hechizó la señorita Lento?

–¿Ella? No, ella no podría hacer algo semejante. Convertir a alguien en sapo y hacerle creer que sigue siendo humano es magia de la seria. No, fue un hada madrina. Nunca enojes a una mujer con una estrella pinchada en un palo, jovencita; tienen un pronto muy peligroso.

–¿Por qué lo hizo?

–No lo sé –respondió el sapo, avergonzado–. Mis recuerdos son un poco... confusos. Sólo sé que antes era una persona, o, al menos, eso creo. Me da escalofríos pensarlo, a veces me despierto por la noche y me preguntó: ¿de verdad era humano? ¿O no era más que un sapo que la puso nerviosa y, en venganza, me hizo pensar que una vez fui humano? Eso sí que sería una tortura, ¿verdad? ¿Y si no hubiese a donde volver? –El sapo la miró, con la preocupación patente en sus ojos amarillos–. Al fin y al cabo, no debe de ser muy difícil jugar con la mente de un sapo, ¿no? Seguro que es más fácil que, no sé, convertir setenta y cinco kilos de hombre en doscientos gramos de sapo, ¿no crees? Porque, me pregunto, ¿dónde va el resto de la masa? ¿Es como si fueran las sobras? Es muy preocupante. Es decir, tengo un par de recuerdos de ser humano, claro, pero ¿qué es un recuerdo? Nada más que un pensamiento en tu cerebro, no puedes saber con certeza si es real. De verdad, hay noches en las que me como una babosa pocha y me despierto gritando, salvo que lo único que hago es croar. Gracias por la leche, estaba muy buena.

–¿Sabes? –contestó Tiffany, después de contemplar al sapo en silencio–. La magia es bastante más complicada de lo que creía.

–¡Pío, pío, pío! ¡Cu–cu, cu–cu! ¡Aj, pobrrrecito yo, pajarrrito, pío, pío!

La niña corrió a la ventana y vio que había un feegle en el camino. Se había fabricado unas toscas alas con un trozo de trapo y una especie de pico con paja, e iba dando saltitos en círculo, como un pájaro herido.

–¡Aj, pío, pío! ¡Cu–cu, cu–cu! ¡Esperrro que no haya un gatito porrr aquí! ¡Aj, pobrrrecito yo! –chillaba.

Bolsa de Ratas, archienemigo de todos los pajarillos, se acercaba sigilosamente por el camino, babeando. Cuando Tiffany abría la boca para gritar, el animal saltó a cuatro patas sobre el hombrecillo... O, al menos, donde había estado el hombrecillo hasta hacía pocos segundos, porque el feegle había dado un salto mortal en el aire y se encontraba en la cara de Bolsa de Ratas, con una oreja gatuna en cada mano.

–¡Aj, te veo, gatito! ¡Ascomedás! –chilló–. ¡Toma un regalo de los plumíferrros, taimado!

Sin más, le arreó un buen cabezazo en la nariz. El gato dio una vuelta en el aire y aterrizó de espaldas, con los ojos bizcos; vio, aterrado, que el hombrecillo se inclinaba sobre él y gritaba:

–¡¡¡Pío!!!

Entonces levitó, como suelen hacer los gatos, y se convirtió en una flecha anaranjada que salió disparada por el sendero, cruzó la puerta abierta y pasó como una exhalación junto a Tiffany, para esconderse debajo del fregadero.

El feegle levantó la mirada, sonriente, y vio a Tiffany.

–Por favor, no te vayas... –empezó a decir ella rápidamente, pero el hombrecillo se fue a toda velocidad.

La madre de la niña se acercaba por el sendero, así que la muchacha recogió al sapo y se lo metió en el bolsillo del delantal justo a tiempo.

–¿Dónde está Wentworth? ¿Está aquí? –preguntó su madre, alterada–. ¿Ha vuelto? ¡Respóndeme!

–¿No había ido a ver esquilar contigo, mamá? –repuso, aunque, de repente, se sentía nerviosa. Notaba el pánico que salía de su madre, como si fuesen nubes de humo.

–¡No podemos encontrarlo! –La mujer tenía cara de loca–. ¡Sólo aparté la mirada durante un segundo! ¿Seguro que no lo has visto?

Pero no puede haber venido solo hasta aquí...

–¡Ve a mirar en la casa! ¡Deprisa!

La señora Dolorido se alejó corriendo, y Tiffany urgió al sapo a que se escondiera debajo del fregadero. Se oyó un croac, y Bolsa de Ratas, muerto de miedo y sorpresa, salió por la puerta convertido en un remolino de patas.

La niña se levantó. Lo primero que pensó, aunque se avergonzara de reconocerlo, fue: «Él quería ir a ver cómo esquilaban, ¿cómo ha podido perderse? ¡Si fue con mamá, Hannah y Fastidia!».

«¿Y crees que Fastidia y Hannah le habrán prestado mucha atención, con tantos jóvenes guapos cerca?»

Intentó fingir que no había pensado aquello, pero se le daba muy bien pillarse mintiendo. Es lo malo que tiene el cerebro: a veces piensa más de lo que a uno le gustaría.

«¡A él nunca le ha gustado alejarse demasiado de la gente! ¡Hay casi un kilómetro cuesta arriba hasta el redil donde esquilan! Y él no se mueve tan deprisa, ¡al cabo de unos metros se desploma y exige caramelos!»

«¿Y no sería todo un poco más fácil si se perdiera...?»

Allí estaba otra vez, un pensamiento desagradable y vergonzoso que intentó ahogar manteniéndose ocupada. Sin embargo, primero cogió algunos caramelos del tarro, a modo de cebo, y agitó la bolsa corriendo de habitación en habitación.

Oyó ruido de botas en el patio; eran algunos de los hombres, que bajaban del redil; ella siguió mirando debajo de las camas y en los armarios, incluso en aquellos que eran demasiado altos para un bebé; después volvió a mirar de nuevo debajo de las camas en las que ya había mirado, porque era una de esas búsquedas desesperadas. El tipo de búsqueda en la que subes a mirar al desván, a pesar de que la puerta siempre está cerrada con llave.

Al cabo de unos minutos, oyó dos o tres voces fuera, llamando a Wentworth, y la de su padre gritó:

–¡Probad en el río!

... Y eso significaba que él también estaba desesperado, porque Wentworth nunca llegaría tan lejos sin un soborno. No era un niño feliz si no había caramelos cerca.

«Es culpa tuya.»

El pensamiento se le clavó como un puñal de hielo en la cabeza.

«Es culpa tuya, porque no lo querías mucho. Cuando apareció dejaste de ser la más joven, lo tenías detrás todo el rato y no dejabas de desear que se fuera, ¿verdad?»

–¡Eso no es verdad! –susurró para sí–. A mí... me gustaba... bastante.

«No mucho, la verdad, y no siempre. No sabía jugar como es debido, nunca hacía lo que le decían. Creías que lo mejor era que se perdiese.»

«Da igual –siguió discutiendo en su cabeza–, no se puede querer a la gente todo el tiempo si no hacen más que echar mocos. Y, además, me pregunto...»

–Ojalá encontrase a mi hermano –dijo en voz alta.

No pareció tener efecto, aunque la casa estaba llena de gente que abría y cerraba puertas, que gritaba y se ponía en el camino de los demás, y los... feegles eran tímidos, a pesar de que sus caras parecían un puñado de nudillos.

«No desees –le había dicho la señorita Lento–, actúa.»

Bajó las escaleras y vio que habían llegado incluso algunas de las mujeres que habían estado empaquetando los vellones de lana; estaban reunidas alrededor de su madre, que se había sentado en una silla y lloraba. Nadie se dio cuenta de que Tiffany estaba allí, cosa que sucedía a menudo.

Salió, se metió en la vaquería, cerró la puerta con cuidado y se inclinó para mirar debajo del fregadero. En aquel momento, la puerta se abrió de golpe, y su padre entró corriendo, aunque, al verla, se detuvo. La niña se irguió, con aire culpable.

–¡Ahí no puede estar, chica! –exclamó el hombre.

–Bueno, eeeh...

–¿Has mirado arriba?

–Incluso en el desván, papá...

–Bueno... –Su padre parecía presa del pánico e impaciente a la vez–, ¡ve y... haz algo!

–Sí, papá.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, la niña miró debajo del fregadero.

–¿Estás ahí, sapo?

–Hay poco que comer por aquí –respondió el animal, saliendo–. Lo tenéis muy limpio, ni siquiera una araña.

–¡Esto es urgente! ¡Mi hermano pequeño ha desaparecido, a plena luz del día, en las lomas, donde se pueden ver varios kilómetros a la redonda!

–Ay, jocroac.

–¿Cómo dices?

–Eeeh... es un... eeeh... taco en sapiense –respondió el sapo–. Lo siento, pero...

–¿Tiene todo esto algo que ver con la magia? Sí, ¿verdad?

–Espero que no, aunque creo que sí.

–¿Se han llevado esos hombrecillos a Wentworth?

–¿Quiénes, los feegles? ¡Ellos no son los que roban niños! –Había algo extraño en aquella frase, «ellos no son»...

–¿Acaso sabes quién se ha llevado a mi hermano? –exclamó Tiffany.

–No, pero... puede que ellos lo sepan. Mira, la señorita Lento me dijo que no...

–¡Han robado a mi hermano! ¿Me vas a decir que no puedo hacer nada al respecto?

–No, pero...

–¡Bien! ¿Dónde están los feegles?

–Supongo que mantienen un perfil bajo. Al fin y al cabo, está todo lleno de gente en plena búsqueda, pero...

–¿Cómo puedo llamarlos? ¡Los necesito!

–Em, la señorita Lento dijo que...

–¡Que cómo puedo llamarlos!

–Em... entonces, ¿quieres llamarlos? –preguntó el sapo, con aspecto pesaroso.

–¡Sí!

–Es que hay poca gente que quiera hacerlo. No son duendecillos: si los Nac Mac Feegle se te meten en casa, es mejor mudarse. –Suspiró–. Dime, ¿tu padre tiene afición a la bebida?

–A veces se toma una cerveza, ¿qué tiene eso que ver?

–¿Sólo cerveza?

–Bueno, se supone que no sé que tienen una cosa que mi padre llama «linimento especial para ovejas». La abuela Dolorido lo fabricaba en el viejo establo.

–Es fuerte, ¿no?

–Disuelve las cucharas. Es para ocasiones especiales, y mi padre dice que no es para mujeres, porque hace que te salga pelo en el pecho.

–Entonces, si de verdad quieres encontrar a los Nac Mac Feegle, ve a por un poco. Funcionará, créeme.

Cinco minutos después, Tiffany estaba lista. Hay pocas cosas que puedan esconderse de un niño tranquilo con buena vista, y ella sabía dónde guardaban las botellas. El corcho estaba metido sobre un trozo de tela, aunque era viejo, así que pudo hacer palanca con la punta de un cuchillo y sacarlo. Los vapores la hicieron lagrimear.

Se dispuso a echar unas cuantas gotas del líquido marrón amarillento en un plato...

–¡No! Nos aplastarán si haces eso –la avisó el sapo–. Sólo tienes que dejar la botella destapada.

Los vapores surgieron del interior de la botella y se agitaron, como el aire sobre las rocas en un día caluroso.

La niña sintió algo en la habitación oscura y fría, como si alguien contemplara la escena, fascinado. Se sentó en el taburete de ordeñar y dijo en voz alta:

–Vale, ya podéis salir.

Había cientos de ellos, salían de detrás de los cubos, bajaban por cuerdas de las vigas del techo, se acercaban con aire tímido desde detrás de los estantes del queso, se arrastraban para salir de debajo del fregadero..., aparecían en lugares donde cabría suponer que un hombre con el pelo del color de una naranja convertida en nova no podría esconderse.

Todos tenían unos quince centímetros de altura y eran, en su mayor parte, de color azul, aunque era difícil saber si aquél era el verdadero color de su piel o si se trataba de la tinta de sus tatuajes, que cubrían cada centímetro de su cuerpo, salvo la parte en que estaba el pelo rojo. Vestían unos kilts cortos, y algunos también llevaban otras prendas, como chalecos diminutos. Unos cuantos tenían cráneos de conejo o rata en la cabeza, a modo de casco, y todos y cada uno de ellos llevaba, colgada a la espalda, una espada de su misma altura.

Sin embargo, lo que más llamó la atención de la niña era que le tenían miedo. No hacían más que mirarse los pies, lo que no era tarea para los de débiles de corazón, puesto que se trataba de unos pies largos, sucios y con pieles de animales medio atadas para fabricar unos zapatos muy malos. Ninguno quería mirarla a los ojos.

–¿Vosotros fuisteis los que llenaron los cubos de agua? –preguntó.

Se oyeron muchos pies arrastrándose por el suelo, toses y un coro de síes.

–¿Y la cesta de la leña?

Más síes.

–¿Y qué pasa con la oveja? –preguntó Tiffany, con ojos furiosos. Aquella vez todos bajaron la vista–. ¿Por qué robasteis la oveja?

Hubo muchos murmullos y codazos, y, entonces, uno de los hombres diminutos se quitó el casco de cráneo de conejo y le dio vueltas, nervioso, entre las manos.

–Estábamos hambrrrientos, señorrra –murmuró–, perrro, encuanto sabimos qu'errra suyo, dejamos el animal en su sitio.

Parecían tan alicaídos, que a la niña le dieron pena.

–Supongo que no la habríais robado si no hubieseis tenido tanta hambre.

Recibió varias miradas atónitas por respuesta.

–Oh, sip, robamos, señorrra –afirmó el tipo que jugaba con el casco.

–¿Sí? –Tiffany estaba tan sorprendida, que el del casco miró a sus colegas en busca de apoyo, y todos asintieron.

–Sip, señorrra, eso's así. Somos gente famosa porrrobarrr. ¿Verrrdad, chicos? ¿Porrr qué somos famosos?

–¡Porrrobarrr! –gritaron los hombres azules.

–¿Y qué más, chicos?

–¡Porrrlucharrr!

–¿Y qué más?

–¡Porrrbeberrr!

–¿Y qué más?

Se produjo una pausa en la que tuvieron que pensar bastante sobre el tema, aunque, al final, todos llegaron a la misma conclusión: –¡Porrrbeberrr y porrrlucharrr!

–Y había otrrra cosa... –murmuró el del casco–. Aj, sip, ¡decirrrlo a l'arpía, chicos!

–¡Porrrobar, porrrlucharrr y porrrbeberrr! –gritaron los hombrecillos azules, en tono alegre.

–Decirrr a l'arrrpía quién somos, chicos –añadió el del casco.

Se oyó el ruido de muchas espaditas lanzadas al aire.

–¡Nac Mac Feegle! ¡Los pequeños hombrrres librrres! ¡Sin rey! ¡Sin reina! ¡Sin señorrr! ¡Sin amo! ¡No nos engañarrrán de nuevo!

Tiffany los miró, y todos la miraron a ella, para ver qué haría después. Cuanto más tiempo pasaba sin que ella dijese nada, más preocupados estaban los hombrecillos; bajaron las espadas, con aspecto avergonzado.

–Perrro no nos atrrreverrríamos a ignorrrarrr un'arrrpía tan poderrrosa, salvo, puede, porrr buena bebida –añadió el del casco, mientras le daba vueltas con desesperación en las manos, sin apartar la vista de la botella de linimento especial para ovejas–. ¿Nos ayudas?

–¿Ayudaros? ¡Quiero que me ayudéis a mí! Alguien se ha llevado a mi hermano a plena luz del día.

–¡Oh, huy, huy, huy! Ella'venido, ¡es tarrrde! ¡Es su alturrra!

–¿La altura de quién? –preguntó Tiffany.

–Quiere decir Su Alteza –explicó el sapo–. La reina de...

–¡Cierra'1 pico! –gritó el hombrecillo, aunque su voz se perdió entre los gemidos y gruñidos de los Nac Mac Feegle. Se tiraban del pelo y daban patadas en el suelo, gritando: «¡Parrrdiez!» y «¡Huy, huy, huy!»; mientras tanto, el sapo discutía con el hombre del casco, y el volumen empezaba a subir tanto que iban a oírlos desde fuera.

–¡Que todo el mundo se calle ahora mismo! –exclamó Tiffany, levantándose.

Todos guardaron silencio, salvo por unas cuantas narices que se sorbían los mocos y un par de huys de fondo.

–Sólo aliviábamos nuestrrra malandanza –se disculpó el del casco, a punto de encogerse de miedo.

–¡Pero aquí no podéis hacer esas cosas! –soltó Tiffany, temblando de rabia–. ¡Esto es una vaquería! ¡Tengo que mantenerla limpia!

–Eeeh..., eso quiere decir que se lamentaban de su suerte –explicó el sapo.

–Porrrque, si su alturrra est'aquí, quierrre decirrr que nuestrrra kelda se debilita, y no tenemos nadie que nos cuide.

«Que nos cuide –pensó la chica–. ¿Cientos de duros hombrecillos que pueden ganar el concurso de Peor Nariz Rota necesitan que alguien los cuide?»

–Mi madre está en la casa, llorando –dijo en voz alta, después de tomar aire–, y...

«Y no sé cómo consolarla –añadió para sí–. No se me dan bien estas cosas, nunca sé qué decir.»

Sin embargo, en voz alta dijo:

–Y quiere que vuelva su hijo... eeeh... mucho. –No quería decirlo, pero tuvo que agregar–: Es su favorito. –Señaló al tipo del casco, que retrocedió–En primer lugar, no puedo dejar de pensar en ti como el tipo del casco, así que, ¿cómo te llamas?

Los Nac Mac Feegle dejaron escapar un grito ahogado, y Tiffany oyó que uno murmuraba:

Sip, es l'arrrpía, sin duda. ¡Es una prrregunta d'arrrpía!

El del casco miró a su alrededor, como si buscase ayuda.

–No damos nombrrres –murmuró; otro feegle, que estaba bien escondido detrás, repuso:

–¡Calla! ¡No puedes negarrr a un'arrrpía!

–Soy el grrran hombrrre del clan, señorrra –respondió el del casco, levantando la vista, preocupado–. Y me llamo... –tragó saliva– Rob Cualquierrra Feegle, señorrra, perrro, porrrfavorrr, ¡no lo use contrrra mí!

–Creen que los nombres son mágicos –murmuró el sapo, que estaba preparado para aquello–. No se los dicen a nadie, por si los escriben.

–Sip, porrrsi los ponen en papeles com–pli–ca–dos –añadió un feegle.

–Y citaciones y eso –siguió otro.

–¡O carrrteles de buscaycapturrra! –siguió un tercero.

–Sip, y facturrras y declarrraciones jurrradas –añadió un cuarto.

–¡O incluso órrrdenes d'embarrrgo! –Los feegles miraron a su alrededor, aterrados con sólo pensar en cosas escritas.

–Creen que las palabras escritas son más poderosas –susurró el sapo–. Creen que cualquier cosa escrita es magia, y las palabras les preocupan. ¿Ves sus espadas? Emiten una luz azul en presencia de abogados.

–Va–le –dijo Tiffany–, ya estamos llegando a alguna parte. Prometo no escribir su nombre. Ahora, háblame de esa reina que se ha llevado a Wentworth. ¿Reina de qué?

–No puedo decirrrlo alto, señorrra –se disculpó Rob Cualquiera–. Oye su nombrrre cuando lo dices y viene aporrrtí.

–En realidad, está en lo cierto –intervino el sapo–. Lo mejor es no encontrarse nunca con ella.

–¿Es mala?

–Peor. Simplemente, llámala reina o su alteza.

–Sip, su alturrra –corroboró Rob Cualquiera, mirando a Tiffany con ojos brillantes de preocupación–. ¿No sepes de su alturrra? ¿Y errres la rapaza de 1'abuela Dolorrrido, que llevaba las colinas en los huesos? ¿No sabes las usanzas? ¿No t'enseñó las usanzas? ¿No errres arrrpía? ¿Cómo es posible? ¿Aporreaste a Jenny Dientes Verrrdes, mirrraste al Jinete Sin Caboza a los ojos que no tiene y no lo sepes?

Tiffany esbozó una sonrisa vacilante y le susurró al sapo:

–¿Qué son las usanzas? ¿Y una caboza? ¿Y quién es la rapaza de la abuela Dolorido?

–Por lo que entiendo, les asombra que no conozcas a la reina y... eeeh..., las costumbres mágicas, a pesar de que eres descendiente de la abuela Dolorido y que te has enfrentado a los monstruos. Usanzas son costumbres.

–¿Y caboza?

–Olvídate de eso por ahora –respondió el sapo–. Creían que la abuela Dolorido te había enseñado su magia. Acércame a tu oreja, ¿quieres? –Tiffany lo hizo, y el sapo le susurró–: Será mejor que no los decepciones, ¿eh?

–Pero ella nunca me dijo nada de magia... –empezó a protestar la niña, después de tragar saliva. Sin embargo, se calló. Era cierto, la abuela no le había dicho nada de magia, aunque hacía cosas mágicas por la gente todos los días.

...Una vez, cogieron al perro de caza favorito del barón matando ovejas. Al fin y al cabo, era un perro de caza, pero había ido hasta las lomas y, como las ovejas corrían, las había perseguido...

El barón sabía cuál era el castigo para los que atacaban a las ovejas, porque era la ley de la Caliza, tan antigua que nadie recor daba quién la había establecido, y todos lo sabían: había que matar a los perros que mataban ovejas.

Sin embargo, aquel perro valía quinientos dólares de oro, así que, según decía la historia, el barón envió a su criado a las lomas, a la cabaña sobre ruedas de la abuela. Ella estaba sentada en el escalón de la entrada, fumando su pipa y observando el rebaño.

El hombre se acercó en su caballo y no se molestó en desmontar, lo que no era buena idea si querías hacerte amigo de la abuela Dolorido. Los cascos de hierro de los caballos cortaban la hierba, y a ella no le gustaba.

El recién llegado le dijo: «El barón le ordena encontrar la forma de salvar a su perro, señora Dolorido. A cambio, le dará quinientos dólares de plata».

La abuela sonrió al horizonte, chupó su pipa durante un rato y respondió: «Si un hombre ataca a su señor, lo cuelgan. Si un hombre hambriento roba las ovejas de su señor, lo cuelgan. Si un perro mata ovejas, lo sacrifican. Ésas son las leyes de las colinas, y llevo estas colinas en los huesos. ¿Quién es el barón para que las leyes se rompan por él?».

Volvió a contemplar las ovejas.

«El barón es el dueño de este lugar –repuso el criado–. Es su ley.»

La mirada que le dedicó la abuela hizo que al hombre se le quedase el pelo blanco, o, al menos, eso dice la historia. De todos modos, las historias sobre la abuela Dolorido siempre tenían algo de cuento de hadas.

«Si es, como dices, su ley, que la rompa, a ver qué pasa después», respondió ella.

Unas cuantas horas después, el barón envió a su alguacil, que era un hombre mucho más importante, pero conocía a la abuela Dolorido desde hacía más tiempo. Él le dijo: «Señora Dolorido, el barón le pide que utilice su influencia para salvar a su perro.

Le entregará gustosamente cincuenta dólares de oro si lo ayuda a solucionar tan difícil situación. Estoy seguro de que verá que tal arreglo satisface a todos los implicados».

«Tú hablas por tu amo, tu amo habla por tu perro –contestó la abuela, fumando y mirando a los corderos–. Pero ¿quién habla por las colinas? ¿Dónde está el barón que quiere romper la ley?»

Dicen que, cuando el barón oyó la respuesta, se quedó muy callado. Aunque era un hombre pomposo, y, a menudo, poco razonable y demasiado altivo, no era estúpido. Por la noche caminó hasta la cabaña y se sentó en la hierba cercana. Al cabo de un rato, la abuela Dolorido le preguntó: «¿En qué puedo ayudarlo, señor?».

«Abuela Dolorido, le suplico por la vida de mi perro», contestó el barón.

«¿Me trae plata? ¿Me trae oro?», repuso la abuela.

«Ni plata, ni oro.»

«Bien. Las leyes que se rompen por plata u oro no valen nada. ¿ T entonces qué, señor?»

«Se lo suplico, abuela Dolorido.»

«¿Intenta romper la ley con una palabra?»

«Eso es, abuela.»

Según cuenta la historia, la abuela Dolorido contempló la puesta de sol un rato y después dijo: «Entonces, vaya a la vieja cuadra de piedra mañana al alba, y veremos si un perro viejo puede aprender trucos nuevos. Habrá mi juicio. Buenas noches tenga usted».

Casi todo el pueblo estaba junto a la vieja cuadra de piedra a la mañana siguiente. La abuela llegó con uno de los carros más pequeños de la granja, en el que llevaba una oveja con su cordero recién nacido. Los metió en la cuadra.

Algunos de los hombres aparecieron con el perro, que estaba nervioso e irritable después de haber pasado la noche encadenado en un cobertizo, e intentaba morder a los que lo sujetaban con dos correas de cuero. Era peludo y tenía colmillos.

El barón se acercó a caballo, con el alguacil. La abuela Dolorido los saludó con la cabeza y abrió la puerta de la cuadra.

«¿Va a meter al perro en la cuadra con una oveja, señora Dolorido? –le preguntó el alguacil–. ¿Quiere que se muera del empacho?»

La gente no se rió, porque, en realidad, a nadie le gustaba mucho el alguacil.

«Ta veremos», respondió la abuela. Los hombres llevaron al perro a rastras hasta la puerta, lo metieron dentro y la cerraron a toda prisa. La gente corrió hacia las ventanitas.

Se oyó un balido del cordero y un gruñido del perro, seguido de otro balido de la madre del cordero. Sin embargo, no se trataba del balido normal de una oveja; tenía cierto matiz.

Algo golpeó la puerta y la hizo rebotar en sus bisagras. Dentro, el perro aulló de dolor.

La abuela Dolorido cogió a Tiffany y la acercó a una ventana. El perro, tembloroso, intentaba ponerse en pie, pero no lo conseguía, porque el otro animal cargaba contra él una y otra vez, más de treinta kilos de oveja enfurecida que lo golpeaban como un ariete.

La abuela dejó a Tiffany en el suelo y encendió la pipa. Empezó afumar tranquilamente, mientras el edificio que tenía detrás se sacudía, y el perro aullaba y gemía.

Después de un par de minutos, hizo un gesto con la cabeza a los hombres, que abrieron la puerta.

El perro salió cojeando a tres patas, aunque, antes de poder dar unos cuantos pasos, la oveja salió disparada del interior y lo golpeó por detrás con tanta fuerza que salió rodando.

Se quedó quieto. Quizá había aprendido lo que pasaba si se levantaba.

La abuela Dolorido les hizo otro gesto a los hombres, que recogieron a la oveja y se la llevaron de nuevo a la cuadra.

El barón lo había observado todo con la boca abierta.

«¡El año pasado mató a un jabalí! ¿Qué le ha hecho?»

«Se arreglará –respondió ella, evitando cuidadosamente la pregunta–. Lo que más herido tiene es el orgullo, pero no volverá a mirar ovejas, se lo juro por mi pulgar», dicho lo cual, se lamió el pulgar derecho y se lo ofreció al barón.

Después de dudar un segundo, el barón se lamió el suyo y lo apretó contra el de la abuela. Todos sabían qué significaba: en la Caliza, un trato cerrado con un apretón de pulgares era irrompible.

«Por usted, la ley se rompió con una palabra –dijo la abuela Dolorido–. ¿Lo recordará el que se somete a juicio? ¿Recordará este día? Tendrá razón para hacerlo.»

El barón asintió con la cabeza.

«Con eso basta», respondió ella, y separaron los pulgares.

Al día siguiente, el barón, técnicamente, le dio oro a la abuela Dolorido, aunque sólo fue el envoltorio dorado de treinta gramos de Alegre Marinero, el único tabaco de pipa, horrible y barato, que fumaba la abuela. Ella siempre se ponía de mal humor si los vendedores ambulantes llegaban tarde y se quedaba sin tabaco. No se podía comprar a la abuela Dolorido ni con todo el oro del mundo, aunque, sin duda, se podía captar su atención con treinta gramos de Alegre Marinero.

Las cosas fueron mucho más fáciles después de aquello. El alguacil era un poquito menos desagradable cuando las rentas se pagaban tarde, el barón era un poquito más educado con la gente, y el padre de Tiffany dijo una noche, después de dos cervezas, que el barón había aprendido qué pasa cuando las ovejas se rebelan, y que un día las cosas serían distintas; su madre lo hizo callar y le pidió que no hablase así, porque nunca se sabía quién estaba escuchando.

T, un día, Tiffany le oyó decir a su madre, en voz baja: «Fue un viejo truco de pastor, nada más: una oveja vieja lucha como un león por su cordero, todos lo sabemos».

Así funcionaba, nada de magia, aunque, en aquel momento, había sido mágico. Y no dejaba de serlo porque supieras cómo se había hecho...

Los Nac Mac Feegle observaban con atención a Tiffany, mirando de vez en cuando la botella de linimento especial para ovejas.

«Y ni siquiera he encontrado la escuela para brujas –pensó la niña–. No me sé ni un hechizo y no tengo un sombrero puntiagudo. Mi único talento es tener instinto para hacer queso y no correr de un lado a otro muerta de miedo cuando las cosas salen mal. Ah, y también tengo un sapo. Y no entiendo ni la mitad de lo que dicen estos hombrecillos, pero parecen saber quién se ha llevado a mi hermano. Por algún motivo, no creo que el barón pueda manejar este asunto. Yo tampoco, aunque creo que puedo desorientarme de una forma más razonable.»

–Recuerdo muchas cosas sobre la abuela Dolorido –dijo en voz alta–. ¿Qué queréis que haga?

–La kelda nosenvió –respondió Rob Cualquiera–. Sentía venirrr a su alturrra, sepia qu'habrrría prrroblemas. Nos dijo que'rrra malo, que encontrrrárrramos a la nuev'arrrpía, la rapaza de 1'abuela Dolorrrido, que ella sabrrría qu'hacerrr.

Tiffany contempló aquellos cientos de rostros expectantes. Algunos de los feegles llevaban plumas en el pelo y collares con dientes de topo. No se le puede decir a alguien con media cara teñida de azul y una espada tan grande como él que, en realidad, no eras una bruja; no es bueno decepcionar a alguien así.

–¿Y me ayudaréis vosotros a traer de vuelta a mi hermano? –dijo. La expresión de los feegles no cambió, así que lo intentó de nuevo–. ¿Podéis ayudarme a robar a mi hermano de manos de su alturrra?

Cientos de feas caritas se iluminaron considerablemente.

–¡Ah! Sip, ahorrra hablas nuestrrra lengua –respondió Rob Cualquiera.

–No... del todo. ¿Podéis esperar un segundo? Tengo que coger algunas cosas –dijo Tiffany, intentando sonar como si supiera lo que se hacía. Le puso de nuevo el corcho a la botella de linimento especial para ovejas, y los Nac Mac Feegle suspiraron.

Después corrió a la cocina, encontró un saco, cogió algunas vendas y ungüentos de la caja de las medicinas, añadió la botella de linimento especial, porque su padre decía que a él siempre le sentaba bien, y, en el último momento, sacó el libro Enfermedades de las ovejas y la sartén. Las dos cosas podrían resultar útiles.

Los hombrecillos no estaban por ninguna parte cuando regresó a la vaquería.

Sabía que tenía que decirles a sus padres qué estaba pasando, pero no serviría de nada, porque sería «inventarse cuentos». En cualquier caso, con un poco de suerte, conseguiría recuperar a Wentworth antes de que la echasen en falta. Sin embargo, por si acaso...

En la vaquería tenía un diario que, efectivamente, escribía a diario, ya que había que llevar las cuentas del queso, y siempre apuntaba cualquier detalle sobre la cantidad de mantequilla que había hecho y la leche que había usado. Lo abrió por una página nueva, cogió el lápiz y, con la punta de la lengua asomando por la comisura de los labios, empezó a escribir.

Los Nac Mac Feegle aparecieron poco a poco. No era que saliesen de repente de detrás de las cosas, ni tampoco como por arte de magia, haciendo pop, sino que era como cuando aparecen caras en las nubes y las fogatas: parecen surgir si te fijas lo bastante y quieres verlas.

Contemplaron asombrados cómo la niña movía el lápiz, y los oyó murmurar entre ellos.

–Mirrra el palo d'escrrribirrr, ¿ves? Mirrra cómo se mueve... Es cosa d'arrrpías.

–Aj, tiene'l poderrr de la'scrrriturrra, sip.

–Perrro no escrrribirrrás nuestrrros nombrrres, ¿eh, señorrra?

–Sip, pueden meterrrlo a uno en chirrrona si hay prrruebas escrrritas.

Tiffany dejó de escribir para leer la nota:

Queridos mamá y papá:

He ido a buscar a Wentworth. No hay ningún..., apenas..., mucho peligro, porque estoy con unos amigos..., unos conocidos..., unas personas que conocían a la abuela.

P.D. Mañana, si no he vuelto, hay que darles la vuelta a los quesos del tercer estante.

Besos, Tiffany

Tiffany miró a Rob Cualquiera, que había subido por la pata de la mesa y observaba fijamente el lápiz, por si escribía algo peligroso.

–Podríais haberos acercado a preguntarme desde el principio –le dijo al hombrecillo.

–No sepíamos si errras tú la que buscábamos, señorrra. Hay muchas mujerrras grrrandullonas porrraquí. No sepíamos si errras tú hasta que pillaste a Wullie Chiflado.

«Y puede que no lo sea», pensó Tiffany.

–Sí, pero no había necesidad de robar la oveja y los huevos –repuso, con cabezonería.

–Esque no'staban clavados, señorrra –explicó Rob Cualquiera, como si sirviese de excusa.

–¡No se puede clavar un huevo!

–Aj, bueno, tú que sepes d'esas cosas de sabios, señorrra. Veo que has terrrminado con la'scrrriturrra, así que mejorrr nos vamos. ¿Tienes cepillo?

–Escoba –murmuró el sapo.

–Eeeh, no –respondió Tiffany–. Lo más importante de la magia es saber cuándo no hay que usarla –añadió con arrogancia.

–Está bien –dijo Rob Cualquiera, deslizándose por la pata de la mesa–. Ven aquí, Wullie Chiflado. –Uno de los feegles, que se parecía mucho al ladrón de huevos de aquella mañana, se acercó a Rob Cualquiera, y los dos se inclinaron un poco–. ¿Subes, señorrra?

Antes de que Tiffany pudiese abrir la boca, el sapo dijo por la comisura de los labios (y, siendo un sapo, eso significa mucha comisura):

–Un feegle puede levantar a un hombre adulto. No podrías aplastarlos ni queriendo.

–¡Y no quiero!

La niña levantó con cuidado una de sus grandes botas, y Wullie Chiflado se puso debajo a toda prisa; entonces sintió que le empujaban la bota hacia arriba. Era como pisar un ladrillo.

Ahorrra l'otrrra botita –le pidió Rob Cualquiera.

–¡Me voy a caer!

–Nah, se nos da bien...

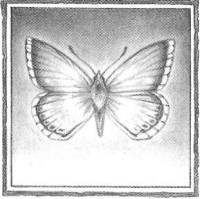
De este modo, la chica se encontró encima de dos pictsis. Los notó moverse hacia delante y hacia atrás bajo ella, manteniéndola equilibrada; sin embargo, se sentía segura, porque era como llevar unas suelas muy, muy gruesas.

–Vamos –dijo Rob Cualquiera, más abajo–. Y no te prrreocupes porrrese gatito, que nose va comerrr a los plumíferrros. ¡Algunos muchachos se quedan a cuidarrr delas cosas!

Bolsa de Ratas se arrastró por una rama. No era un gato al que se le diera bien cambiar su forma de pensar, pero sí que era bueno buscando nidos. Había oído a los pájaros piar desde el otro lado del huerto e, incluso desde el pie del árbol, había visto tres piquitos amarillos en el nido. Así que avanzó, con la boca hecha agua, ya casi estaba...

Tres Nac Mac Feegle se quitaron los picos de paja y le sonrieron alegremente.

–¡Hola, señorrr gatito! –exclamó uno–. No aprrrendes, ¿eh? ¡¡¡Pío!!!



## 

## Capítulo cinco

### El mar verde

Tiffany volaba a pocos centímetros del suelo, sin moverse. Los feegles salieron corriendo por la puerta superior de la granja y se dirigieron a la hierba de las lomas, y el viento pasaba por su lado...

Aquí tenemos a la niña, volando. En este momento lleva un sapo en la cabeza, agarrado a su pelo.

Si nos retiramos, tenemos la larga espalda de ballena verde de las lomas. Ahora la chica es un punto azul claro recortado sobre la interminable hierba, segada por las ovejas hasta parecer una alfombra. Sin embargo, el mar verde no es infinito; los humanos han pasado por aquí y por allí.

El año pasado, Tiffany se gastó tres zanahorias y una manzana en media hora de geología, aunque le habían devuelto una zanahoria por explicarle al profesor que geología no se escribía Jeolojía, como tenía puesto en el cartel. El hombre le dijo que la caliza se había formado bajo el agua billones de años antes, a partir de conchas diminutas.

Para la chica, aquello tenía sentido. A veces se encontraban pequeños fósiles en la caliza, aunque el profesor no sabía mucho sobre el sílex. En la caliza, la más blanda de las rocas, había sílex, que era más duro que el acero. A veces, los pastores golpeaban unos trozos de sílex contra otros para afilarlos y convertirlos en cuchillos, porque ni siquiera los mejores cuchillos de acero tenían un filo tan afilado como el sílex.

En los «tiempos antiguos», como decían en la Caliza, los hombres abrían pozos en busca de sílex, y allí seguían aquellos profundos agujeros, en los prados verdes, llenos de matorrales de espinas y zarzas.

En los huertos del pueblo también solían aparecer grandes trozos de sílex nudoso, a veces tan grandes como la cabeza de un hombre y con el mismo aspecto. Estaban tan fundidos, retorcidos y curvos que podías mirarlos y ver cualquier cosa, desde una cara o un animal extraño a un monstruo marino. A veces, los más interesantes se ponían en los muros del huerto, para adornar.

Los ancianos los llamaban calkins, que quería decir «niños de la caliza». A Tiffany siempre le habían parecido... extraños, como si la piedra quisiera cobrar vida. Algunos trozos parecían pedazos de carne o huesos, o algo sacado de la tabla de un carnicero. En la oscuridad, bajo el mar, era como si la caliza hubiese intentado dar forma a criaturas vivas.

Había otras cosas, aparte de los pozos de caliza. Los humanos habían pasado por todas partes: había círculos de piedras medio derruidos y montículos funerarios que parecían granos verdes, donde, se decía, estaban enterrados los jefes de los tiempos antiguos con sus tesoros. A nadie se le había ocurrido ponerse a cavar para comprobarlo.

También había extrañas tallas en la caliza que, a veces, los pastores desherbaban cuando estaban en las lomas con el rebaño y no tenían mucho que hacer. La roca blanquecina sólo tenía unos cuantos centímetros de profundidad bajo la hierba. Las huellas de las pezuñas podían durar una estación entera, pero las tallas llevaban allí miles de años. Eran dibujos de caballos y gigantes, aunque lo más curioso era que no podían verse bien desde ninguna parte; parecían hechos por alguien desde el cielo.

Después estaban los sitios raros, como la Fragua del Anciano, que no era más que cuatro grandes rocas planas colocadas de modo que formaban una especie de cabaña medio enterrada en la falda de un montículo. Sólo tenía poco más de un metro de fondo y no parecía nada especial, pero, si gritabas tu nombre dentro, pasaban varios segundos antes de que el eco te lo devolviese.

Había signos de vida humana por todas partes. La Caliza había tenido su importancia.

Tiffany dejó muy atrás los cobertizos de esquilar, y nadie la vio. Las ovejas esquiladas no le hacían ningún caso a una niña que se movía sin que sus pies tocasen el suelo.

Las tierras bajas quedaron atrás, y se encontró en las verdaderas lomas. Sólo el ocasional balido de una oveja o el grito de un águila ratonera perturbaban el ocupado silencio, compuesto por zumbidos de abejas, brisas y el sonido de una tonelada de hierba creciendo cada minuto.

A ambos lados de la niña, los Nac Mac Feegle corrían en una línea irregular extendida, mirando hacia delante con expresión seria.

Pasaron algunos de los montículos sin detenerse, y corrieron arriba y abajo por los laterales de los valles bajos sin frenar. Fue entonces cuando Tiffany vio un lugar conocido frente a ella.

Era un pequeño rebaño de ovejas, sólo unas cuantas, re cientemente esquiladas, ya que, en aquel lugar, siempre había un puñado de ovejas. Las que se perdían acababan apareciendo allí, y los corderos lo buscaban cuando se despistaban de sus madres.

Era un lugar mágico.

Ya no quedaba mucho que ver, nada más que las ruedas de hierro que se hundían en la hierba y la estufa redonda con su corta chimenea...

El día que murió la abuela Dolorido, los hombres cortaron y levantaron la hierba alrededor de la cabaña y la apilaron con cuidado un poquito más allá. Después cavaron un hoyo profundo en la caliza, de dos metros de hondo por dos de largo, sacando la tierra en grandes bloques húmedos.

Trueno y Relámpago los observaron con cautela, sin gemir ni ladrar, más interesados que preocupados.

A la abuela Dolorido la envolvieron en una manta de lana, con un mechón de lana en bruto prendido de ella; era una cosa especial de los pastores, para decirle a cualquier dios implicado en el tema que la persona a la que enterraban era un pastor, que había pasado mucho tiempo en las colinas y que, con tantos corderos y demás, no había tenido mucho tiempo para la religión, ya que no había iglesias ni templos allá arriba, y, por tanto, se esperaba que los dioses comprendieran la situación y los tratasen con amabilidad. Se decía que la abuela Dolorido nunca le había rezado a nadie ni a nada en toda su vida, y todos creían que, incluso a partir de entonces, seguiría sin tener tiempo para un dios que no comprendiese que las ovejas iban primero.

Le pusieron la caliza encima, y la abuela, que siempre decía que llevaba las colinas en los huesos, acabó con sus huesos en las colinas.

Después quemaron la cabaña. No era lo normal, pero su padre le había dicho que ningún otro pastor de la Caliza querría usarla.

Trueno y Relámpago no acudieron cuando los llamó, y él sabía que no debía enfadarse, así que los dejaron allí sentados, bastante satisfechos, junto a las brasas relucientes de la cabaña.

Al día siguiente, cuando las cenizas se enfriaron y volaron por la caliza revuelta, todos subieron a las lomas y, con sumo cuidado, pusieron la hierba de nuevo en su sitio, de modo que lo único que quedó fueron las ruedas de hierro en sus ejes y la estufa redonda.

En aquel momento, según decían todos, los dos perros ovejeros levantaron la mirada, alzaron las orejas y se alejaron trotando sobre la hierba, para no volver.

Los pictsis que la transportaban frenaron con delicadeza, y Tiffany agitó los brazos cuando la soltaron en la hierba. Las ovejas se alejaron lentamente, se detuvieron y se volvieron para mirarla.

–¿Por qué nos paramos? ¿Por qué nos paramos aquí? ¡Tenemos que cogerla!

–Tenemos qu'esperrrar a Hamish, señorrra –respondió Rob Cualquiera.

–¿Por qué? ¿Quién es Hamish?

–Puede que saba dónde fue su alturrra con tu crrrío chico –la tranquilizó Rob–. No podemos irrr y ya'stá, ¿sepes?

–Cuestión de orrrden, grrran hombrrre –repuso un feegle grandote y barbudo, levantando la mano–. Sique podemos irrr y ya'stá. Siempre vamos y ya'stá.

–Sip, Yan Grrrande, bien dicho. Perrro hay que seperrr adónde hay que irrr y ya'stá. Nose puede irrr y ya'stá a cual quierrr lado, porrrque'stá feo tenerrr que volverrr otrrra vez y ya'stá.

Tiffany vio que todos los feegles observaban el cielo con atención, sin prestarle ninguna a ella.

Enfadada y perpleja, se sentó en una de las ruedas oxidadas y miró al cielo, que era mejor que mirar a su alrededor, porque por allí estaba la tumba de la abuela Dolorido, aunque no se podía saber el punto exacto, no con certeza: la hierba se había curado.

Veía unas cuantas nubes en el cielo y nada más, salvo los lejanos puntitos de las águilas ratoneras, que siempre estaban volando sobre la Caliza. Los pastores decían que eran los pollos de la abuela Dolorido, y algunos opinaban que las nubes como las que tenía Tiffany encima en aquellos momentos eran «los corderitos de la abuela». La niña sabía que incluso su padre llamaba a los truenos «las maldiciones de la abuela Dolorido».

También se decía que si los lobos daban problemas en invierno o se perdía una oveja de primera clase, algunos pastores se acercaban a la vieja cabaña de la colina y dejaban unos gramos de tabaco Alegre Marinero, por si acaso...

Tiffany vaciló, después cerró los ojos. «Quiero que sea cierto –susurró para sí–. Quiero saber que los demás tampoco creen que se haya ido.»

Miró bajo la ancha llanta oxidada de las ruedas y se estremeció: había un paquetito con una envoltura brillante. Lo levantó. Parecía bastante nuevo, así que seguramente sólo llevaba allí unos días. Tenía al Alegre Marinero delante, con su gran sonrisa, el enorme sombrero impermeable amarillo y la larga barba, delante de las altas olas azules que se rompían a su espalda.

La niña había aprendido cosas sobre el mar gracias a los envoltorios de Alegre Marinero. Sabía que era grande y que rugía; había una torre, que se llamaba faro, en la que se ponía una luz fuerte por la noche para que los barcos no se estrellaran contra las rocas. En los dibujos, el haz del faro era de un color blanco brillante. Como se lo conocía de memoria, soñaba con él y, después, se despertaba con el rugido del mar en los oídos.

Le había oído decir a uno de sus tíos que, si mirabas la etiqueta del tabaco al revés, parte del sombrero y de la oreja del marinero y un poquito de su cuello formaban la imagen de una mujer sin ropa, aunque Tiffany nunca había podido distinguirla, y, de todos modos, tampoco entendía qué interés podía tener aquello.

Le quitó la etiqueta con cuidado al paquete y lo olió: olía a la abuela. Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas, a pesar de que nunca había llorado por la abuela Dolorido, jamás. Había llorado por los corderos muertos, cuando se cortaba un dedo y por no salirse con la suya, pero nunca por la abuela. No le parecía bien.

«Y tampoco estoy llorando ahora –pensó, guardándose la etiqueta en el bolsillo del delantal–. No puedo llorar por la muerte de la abuela...»

Era el olor. La anciana olía a ovejas, trementina y tabaco Alegre Marinero. Los tres olores mezclados se convertían en lo que, para la niña, era el olor de la Caliza. Perseguía a la abuela como una nube, y le recordaba al calor, el silencio y un espacio alrededor del que giraba el mundo...

Una sombra pasó sobre ellos: un águila ratonera bajaba en picado en dirección a los Nac Mac Feegle.

–¡Corred! –exclamó Tiffany, levantándose de un salto y agitando las manos–. ¡Agachaos! ¡Os va a matar! –Los hombrecillos se giraron y la miraron durante un momento, pensando que se había vuelto loca.

–No teofusques, señorrra –dijo Rob Cualquiera.

El pájaro se elevó un poco antes de caer; al subir de nuevo, un punto saltó de él y, al acercarse, parecieron salirle dos alas y empezar a girar como una bráctea de sicomoro, lo que amortiguó un poco el golpe.

Era un pictsi que todavía seguía dando vueltas como loco cuando se dio contra la hierba, a unos cuantos metros. Se levantó entre sonoras palabrotas y volvió a caer, sin dejar de decir barbaridades.

–Buen aterrizaje, Hamish –lo felicitó Rob Cualquiera–. Las vueltas te frrrenan, síseñorrr. No t'has clavado en la tierra'sta vez casi nada.

Hamish se levantó de nuevo, un poco más despacio, y consiguió mantenerse de pie. Llevaba gafas de aviador.

–Crrreo que no voy a poderrr aguantarrr muchomás –respondió, intentando desatarse un par de los trocitos finos de madera que llevaba en los brazos–. Me siento como hada con las alas puestas.

–¿Cómo has sobrevivido a ese golpe? –preguntó Tiffany.

El diminuto piloto intentó mover la cabeza para mirarla de arriba abajo, pero sólo consiguió mirarla arriba y más arriba.

–¿Quién es la grrrandullona chica que sepe tanto d'aviación? –pregunto.

–Es l'arrrpía, Hamish –respondió Rob Cualquiera, añadiendo una tosecilla–. La rapaza de l'abuela Dolorrrido.

–No querrría pasarrrme de listo, señorrra –exclamó Hamish, súbitamente aterrado, dando un paso atrás–. Clarrro que un'arrrpía lo sepe todo, perrro no es tan malo como parrrece, señorrra. Siemprrre m'asegurrro de aterrizar de caboza.

–Sip, somos resistentes en el tema de la caboza –añadió Rob Cualquiera.

–¿Has visto a una mujer con un niño? –le preguntó la chica, porque no le había gustado mucho lo de rapaza.

Hamish le echó una mirada temerosa a Rob, que asintió.

–Sip, la'visto –respondió–. En un caballo negrrro, salía de las tierras bajas echando...

–¡No usamos malos palabrrros delante de un'arrrpía! –gritó Rob Cualquiera.

–Perrrdón, señorrra: salía como alma que lleva'1 diablo –corrigió Hamish, que parecía más trasquilado que las ovejas–. Perrro ella sepia que la'spiaba y convocó la niebla. S'ha ido al otrrro lado, no sepo dónde.

–Es un lugarrr peligrrroso, el otrrro lado –dijo Rob Cualquier, lentamente–. Hay cosas malvadas, frrrío. No's parrra llevarrrse a un bebitito.

En las lomas hacía calor, pero la niña sintió un escalofrío. «Me da igual lo malo que sea –pensó–, voy a tener que ir, lo sé. No tengo alternativa.»

–¿El otro lado? –preguntó.

–Sip, el mundo mágico –contestó Rob Cualquiera–. Hay... cosas malas.

–¿Monstruos?

–Los peorrres que te puedas imaginarrr... justo los peorrres.

–¿Peor que Jenny? –preguntó la niña, tragando saliva y cerrando los ojos–. ¿Peor que el jinete sin cabeza?

–Oh, sip. Esos son gatititos comparrrados con los asquerrrosos d'allí. La tierra que viene's un lugarrr desdichado, señorrra, donde los sueños s'hacen realidad. Ése's el mundo de su alturrra.

–Bueno, no suena tan... –empezó a decir Tiffany. Entonces recordó algunos de los sueños que había tenido y lo mucho que se alegraba al despertar...–. No estamos hablando de sueños buenos, ¿verdad?

–Nah, señorrra, de los otrrros.

«Y yo con mi sartén y las Enfermedades de las ovejas», pensó la niña, y, de repente, se imaginó a Wentworth entre horribles monstruos; seguramente no tendrían ningún caramelo.

–De acuerdo –respondió, suspirando–, ¿cómo voy hasta allí?

–¿No sepes el camino? –le preguntó Rob Cualquiera.

No era lo que ella esperaba, habría preferido un: «Aj, ¡no puedes hacerrreso! ¡Una rapaza tan chica! ¡No, clarrro que no!». En vez de eso, actuaban como si fuese una idea muy razonable.

–¡No! ¡No sepo nada de ningún camino! ¡No he hecho esto antes! ¡Ayudadme, por favor!

–Es cierrrto, Rob –dijo otro feegle–. Es nueva en el arrrpiismo. Llévala a la kelda.

–¡Ni siquierrra l'abuela Dolorrrido fue a verrr a la kelda en su caverrrna! –le espetó Rob Cualquiera–. No es...

–¡Silencio! –exclamó Tiffany–. ¿Oís eso?

Los feegles miraron a su alrededor.

–¿El qué? –preguntó Hamish.

–¡Es un bisbiseo!

Fue como si la hierba temblara; el cielo cobró tal aspecto que Tiffany tuvo la impresión de encontrarse dentro de un diamante, y olía a nieve.

Hamish sacó una flauta del chaleco y la tocó. La niña no oyó nada, pero sí surgió un chillido del cielo.

–¡Inforrrmarrré de qué pasa! –gritó el pictsi, corriendo por la hierba con los brazos en alto.

Aunque se movía deprisa, el águila bajó en picado y cruzó el prado a una velocidad incluso mayor, de modo que lo recogió limpiamente. Mientras se elevaba de nuevo, Tiffany vio a Hamish trepar por las plumas.

Los otros feegles habían formado un círculo a su alrededor y tenían las espadas desenvainadas.

–¿Qué plan hay, Rob? –preguntó uno.

–Bien, chicos, esto harrremos: encuanto veamos algo, atacamos, ¿vale?

La propuesta arrancó vítores.

–Ah, buen plan –afirmó Wullie Chiflado.

La nieve se acumuló en la tierra, aunque no caía, sólo... hacía lo contrario de derretirse, subiendo tan deprisa que los Nac Mac Feegle se vieron metidos en ella hasta la cintura y después hasta el cuello. Algunos de los más pequeños empezaron a desaparecer, y hubo algunas palabrotas ahogadas bajo la nieve.

Entonces aparecieron los perros, avanzando pesadamente hacia Tiffany con intenciones desagradables. Eran grandes, negros y fuertes, con cejas naranja, y podía oírlos gruñir desde donde estaba.

Metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó al sapo, que parpadeó para acostumbrarse a la luz.

–¿Passsa?

–¿Qué son esas cosas? –le preguntó la niña, volviendo al animal para que viese a los perros.

–¡Ay, porroac! ¡Perros sombríos! ¡Horror! ¡Ojos de fuego y cuchillas de afeitar!

–¿Qué podemos hacer?

–¿No estar aquí?

–¡Gracias! ¡Has sido de gran ayuda! –Tiffany lo volvió a soltar en el bolsillo y sacó la sartén de la bolsa.

No iba a ser suficiente, lo sabía, porque los perros negros eran grandes, tenían llamas en vez de ojos y, cuando abrían la boca para gruñir, se veía el brillo del acero. Nunca le habían dado miedo los perros, pero aquéllos parecían salidos de una pesadilla.

Había tres, aunque se movían de modo que, mirara donde mirara, siempre veía a dos de ellos. Era consciente de que el primero en atacar sería el que tuviera detrás.

–¡Dime algo más sobre ellos! –le pidió al sapo, volviéndose para poder ver a los tres a la vez.

–¡Dicen que frecuentan los cementerios! –respondió una voz desde el delantal.

–¿Por qué hay nieve en el suelo?

–Esto se ha convertido en la tierra de la reina. ¡Allí siempre es invierno! Cuando utiliza su poder, hace que el invierno llegue hasta aquí.

Sin embargo, la niña veía un poco de verde no muy lejos, más allá del círculo de nieve.

«Piensa, piensa...»

El país de la reina, un lugar mágico en el que había monstruos de verdad, cualquier cosa que pudieras ver en tus pesadillas: perros con ojos de fuego y dientes como cuchillas, sí. En el mundo real no los había, no funcionaban...

Estaban babeando, con las rojas lenguas fuera, disfrutando del miedo que provocaban, y parte de ella pensó: «Es sorprendente que no se les oxiden los dientes...».

...Y, entonces, hizo uso de las piernas, se metió entre dos de los perros y corrió hacia el verde lejano.

Oyó un gruñido triunfal detrás y el crujido de la nieve pisoteada.

El verde no parecía estar más cerca.

Escuchó los gritos de los pictsis y un gruñido que se convirtió en gemido, aunque notó que tenía algo detrás cuando saltó sobre el último trecho de nieve y aterrizó rodando en la hierba.

Un perro sombrío saltó sobre ella, y la niña se apartó justo cuando iba a morderla. Daba igual, porque la bestia se había metido en un lío.

Ya no había ojos de fuego ni dientes de cuchillas, allí no, no en el mundo real, en su hierba natal. Se había quedado ciego y empezaba a sangrar por la boca, porque no se debe ir saltando por ahí con la boca llena de cosas cortantes...

Tiffany casi sentía pena por él, viéndolo gemir de dolor, pero la nieve se arrastraba hacia ella, así que lo golpeó con la sartén, y el animal cayó como un saco y se quedó quieto.

En la nieve se desarrollaba una pelea que volaba como la niebla; pudo distinguir dos figuras oscuras en el centro, dando vueltas y lanzando dentelladas. La niña golpeó la sartén con las manos y gritó, y uno de los perros saltó del remolino de nieve y aterrizó delante de ella, con un feegle en cada oreja.

La nieve corría hacia Tiffany, que retrocedió sin dejar de observar al perro que avanzaba, entre gruñidos, mientras ella sostenía la sartén en alto, como si fuera un bate.

–Vamos –susurró–, ¡salta!

Los ojos la miraron con ardiente rabia, y, entonces, el perro bajó la vista... y se desvaneció. La nieve se introdujo en la tierra, la luz cambió.

Tiffany y los pequeños hombres libres estaban solos en las lomas; había feegles desparramados por todas partes.

–¿Estás bien, señorrra? –le preguntó Rob Cualquiera.

–¡Sí! ¡Es fácil! ¡Si los sacas de la nieve, no son más que perros!

–Serrrá mejorrr seguirrr, hemos perrrdido algunos muchachos.

–¿Quieres decir que han muerto? –preguntó la niña en voz baja, desinflándose de golpe. El sol volvía a brillar con ganas, las alondras regresaban... y había gente muerta.

–Ah, no –respondió Rob–. Nosotrrros somos los morrridos, ¿no lo sepías?

## 

## IMAGE

## Capítulo seis

### La pastorcilla

–¿Estáis muertos? –exclamó Tiffany, mirando a su alrededor. Había varios feegles levantándose y gruñendo, aunque ninguno estaba en plan «huy, huy, huy», y lo que decía Rob Cualquiera no tenía ningún sentido–. Bueno, si pensáis que estáis muertos, entonces, ¿qué les pasa a ellos? –preguntó, señalando a un par de cuerpecillos inmóviles.

–Oh, han volvido a la tierra de los vivos –respondió Rob, alegremente–. No's tan buena como ésta, perrro les irrrá bien y volverrrán prrronto. No hay que lamentarrr.

Aunque los Dolorido no eran muy religiosos, Tiffany creía saber cómo debían ser las cosas, y lo principal era que uno empezaba estando vivo, no muerto.

–¡Pero vosotros estáis vivos! –dijo.

–Aj, no, señorrra –respondió Rob, ayudando a otro pictsi a levantarse–, estábamos vivos. Y érrramos buenos chicos en la tierra de los vivos, así que, al murrrirnos allí, nacimos aquí.

–¿Quieres decir..., crees... que te moriste en otro lugar y después viniste aquí? ¿Quieres decir que esto es como... el cielo?

–¡Sip! ¡Justo como prrrometían! –exclamó Rob Cualquiera–. Mucho sol, buena caza, florrrecillas bonitas y pajarrritos haciendo piopío.

–Sip, y se puede lucharrr –dijo otro feegle, y todos se le unieron.

–¡Y robarrr!

–¡Y beberrr y lucharrr!

–¡Y los kebabs! –añadió Wullie Chiflado.

–¡Pero aquí también hay cosas malas! –protestó la niña–. ¡Hay monstruos!

–Sip –respondió Rob, muy contento–. ¿A que es prrrefecto? Todo'stá prrreparrrado, ¡incluso cosas parrra lucharrr!

–¡Pero nosotros vivimos aquí! –repuso Tiffany.

–Aj, bueno, quizá los humanos también se porrrtarrron bien en el Ultimo Mundo –concedió Rob, generosamente–. Voy a reunirrr a los chicos, señorrra.

Tiffany metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó al sapo, mientras Rob se alejaba.

–Oh, hemos sobrevivido –dijo el animal–. Asombroso. Está claro que tenemos bases de sobra para interponer una demanda contra el propietario de esos perros, por cierto.

–¿Qué? ¿De qué hablas?

–No... lo sé. La idea se me ocurrió sin más, quizá supiera algo sobre perros cuando era humano.

–Escucha, ¡los feegles creen que están en el cielo! ¡Creen que murieron y aparecieron aquí!

–¿Y? –repuso el sapo.

–Bueno, ¡eso no es así! ¡Se supone que aquí estás vivo, después te mueres y acabas en un cielo en otra parte!

–Bueno, es decir lo mismo, pero de otra forma, ¿no? En cualquier caso, muchas tribus guerreras creen que, cuando se mueren, van a una tierra celestial en alguna parte. Ya sabes, un sitio en el que pueden beber, luchar y divertirse eternamente. Quizá ésta sea la de los feegles.

–¡Pero es un sitio de verdad!

–¿Y? Es lo que ellos creen. Además, son pequeños; quizá el universo esté un poco lleno y tengan que poner cielos donde les quepan. Soy un sapo, así que, como imaginarás, esto es mucho suponer para mí. Quizá se equivoquen y ya está. Quizá te equivoques tú. Quizá me equivoque yo.

Un piececito golpeó la bota de Tiffany.

–Serrrá mejorrr que marrrchemos, señorrra –dijo Rob Cualquiera. Llevaba a un feegle muerto al hombro, y no era el único.

–Eeeh..., ¿los vais a enterrar? –le preguntó Tiffany.

–Sip, yano necesitan estos cuerrrpos viejos, y nose puede dejarrrlos porrrahí tirrrados. Además, si los grrrandullones ven crrráneos chiquitos y huesos, s'harrrán prrreguntas, y no querrremos mirrrones. Salvo tú, señorrra –se apresuró a añadir.

–No, eso es una idea muy, eeeh..., práctica –reconoció la chica, rindiéndose.

El feegle señaló un montículo lejano con un grupo de espinos encima. Gran parte de los montículos tenían espinos encima, porque los árboles se aprovechaban de la profundidad del terreno. Se decía que traía mala suerte cortarlos.

–Ya'stamos cerrrca –dijo.

–¿Vivís en uno de los montículos? –preguntó Tiffany–. Creía que eran, ya sabes, las tumbas de antiguos jefes.

Sip, sip, hay uno d'esos reyes viejitos en la cámarrra d'al lado, perrro noda prrroblemas. No te prrreocupes, no hay esquelitos ni nada d'eso en nuestrrra casa. Es grrrandota, ha quedado muy bien.

Tiffany miró al infinito cielo azul que cubría las infinitas lomas verdes. Todo volvía a ser tan apacible como si estuviesen a un mundo de distancia de los jinetes sin cabeza y los enormes perros salvajes.

«¿Y si no me hubiese llevado a Wentworth al río? –pensó–. ¿Qué estaría haciendo ahora? Supongo que queso... No sabía nada de esto, no sabía que vivía en el cielo, aunque sea el cielo de un clan de hombrecillos azules. No sabía que había gente que volaba sobre águilas ratoneras... Nunca había matado a un monstruo.»

–¿De dónde vienen? –preguntó–. ¿Cómo se llama el lugar del que salen los monstruos?

–Aj, segurrro que lo sepes bien –respondió Rob Cualquiera. Cuando se acercaron al montículo, la niña creyó oler humo en el aire.

–¿Ah, sí?

–Sip, perrro no dirrré ese nombrrre al descubierrrto. Hay que susurrrarrrlo en lugarrr segurrro. No lo dirrré bajo este cielo.

Era demasiado grande para una madriguera de conejos, y los tejones no vivían tan arriba, aunque la entrada del montículo estaba oculta entre las raíces de los espinos, así que a nadie se le habría ocurrido que no fuese la casa de algún tipo de animal.

A pesar de que Tiffany era delgada, tuvo que quitarse el delantal y arrastrarse sobre la barriga bajo los espinos para llegar hasta allí, y, aun así, varios feegles tuvieron que empujarla.

Al menos, no olía mal, y, una vez dentro, se ensanchaba bastante. En realidad, la entrada no era más que un disfraz, porque, debajo, el espacio era del tamaño de una habitación grande, abierta en el centro, pero con galerías adaptadas al tamaño feegle en las paredes, desde el suelo al techo. Estaban llenas de pictsis de todos los tamaños, lavando ropa, discutiendo, cosiendo, y, aquí y allá, peleando y haciendo todo el ruido posible. Algunos tenían pelo y barba salpicados de blanco, mientras que los más jóvenes, de escasos centímetros de altura, corrían desnudos de un lado a otro, gritando a todo pulmón con sus vocecillas. Al cabo de un par de años ayudando a criar a Wentworth, Tiffany sabía de qué iba el tema.

Sin embargo, no había chicas, nada de Pequeñas Mujeres Libres.

Bueno..., había una.

La bulliciosa muchedumbre se dividió para dejarla pasar. La mujer le llegaba al tobillo y era más bonita que los feegles macho, aunque cierto era que el mundo estaba lleno de cosas más bonitas que, digamos, Wullie Chiflado. En cualquier caso, como ellos, la mujer tenía el pelo rojo y una expresión decidida.

–¿Errres l'arrrpía grrrandullona, señorrra? –preguntó la recién llegada, haciendo una reverencia.

Tiffany miró a su alrededor, y ella era la única persona en la caverna que superaba los dieciocho centímetros de altura.

–Eeeh, sí –respondió–. Bueno..., más o menos. Sí.

–Soy Fion. La kelda dice que diga que el crrrío chico todavía no sufrrrirrrá daño.

¿Lo ha encontrado? –preguntó la niña rápidamente–. ¿Dónde está?

–Nah, nah, perrro la kelda sepe las intenciones de su alturrra. No quierrre que teofusques porrreso.

–¡Pero se lo llevó!

–Sip, es com–pli–ca–do. Descansa un poco, la kelda te verrrá en un momentito. Está... no'stá fuerrrte.

Fion se volvió, creando un remolino de faldas, y caminó por el suelo de caliza como si fuese una reina, para desaparecer detrás de una gran piedra redonda que estaba apoyada en la pared opuesta.

Tiffany sin mirar abajo, sacó con cuidado al sapo del bolsillo y se lo llevó más cerca de los labios.

–¿Meofusco? –le susurró.

–No, no mucho.

–Si así fuera, me lo dirías, ¿verdad? –preguntó la niña, agitada–. Sería terrible que todos vieran que meofusco y que yo no lo supiera.

–No tienes ni idea de qué significa, ¿verdad...? –dijo el sapo.

–No del todo, no.

–Simplemente, no quiere que te preocupes, eso es todo.

–Sí, creía que sería algo así –mintió Tiffany–. ¿Puedes sentarte en mi hombro? Creo que voy a necesitar ayuda.

Las filas de Nac Mac Feegle la observaban con interés, aunque, por el momento, parecía que sólo podía darse prisa y esperar. Se sentó con precaución y empezó a darse golpecitos en las rodillas.

–Muy... acogedor –dijo, porque era mejor que decir «cuánto hollín» o «qué ruido tan delicioso»–. ¿Cocináis para todos en esa hoguerita? –añadió.

En el gran espacio del centro había una pequeña fogata, debajo de un agujero del techo que permitía que el humo subiera y se perdiese entre los arbustos del exterior, ofreciendo algo de luz a cambio.

–Sip, señorrra –contestó Rob Cualquiera.

–Cosas chicas, conejos y eso –añadió Wullie Chiflado–. Lo grrrande lo asamos en la mina de ca... mmmf..., mmmf...

–Perdón, ¿cómo dices?

–¿Qué? –dijo Rob, con aire inocente, mientras le tapaba la boca con la mano a Wullie, que se resistía.

–¿Qué estaba diciendo Wullie sobre asar «lo grande»? –exigía saber Tiffany–. ¿Asáis «lo grande» en la mina de caliza? ¿Son esas cosas grandes que hacen beee? ¡Porque es lo único grande que se encuentra por estas colinas! –Se arrodilló en el mugriento suelo y acercó la cara a un par de centímetros de la de Rob Cualquiera, que sonreía como loco y sudaba–. ¿Lo son?

–Aj..., ah..., bueeeno..., porrrdecirrrlo así...

–¿Lo son?

–¡Las suyas no, señorrra! –chilló Rob–. ¡Nunca cogemos una obeja de Dolorrrido sin perrrmiso de l'abuela!

–¿La abuela Dolorido os dejaba ovejas?

–¡Sip, sip, sip! ¡Como pa–pago!

–¿Pago? ¿Por qué?

–¡A las obejas de Dolorrrido no las cogían los lobos! –balbuceó Rob Cualquiera–. Ni los zorros, ¿verrrdad? ¡Los buharros no les picaban los ojos, porrrque Hamish estaba en el cielo!

Tiffany miró al sapo.

–Cuervos –respondió el animal–. A veces pican los ojos de los...

–Sí, sí, ya sé lo que hacen –lo interrumpió la niña, que se calmó un poco–. Ah, ya veo: vosotros espantabais a los cuervos, los lobos y los zorros para la abuela, ¿no?

–¡Sip, señorrra! ¡Y no sólo eso! –exclamó Rob, triunfante–. ¡Un lobo se come bien!

–Sip, los kebabs están ricos, perrro no tan buenos como de obeja, que... mmmf..., mmmf –consiguió decir Wullie, antes de que le volvieran a poner una mano en la boca.

–De un'arrrpía sólo se coge lo que te da –dijo Rob Cualquiera, sujetando bien a su hermano–. Desde que no'stá, bueno... cogemos algún carrrnerrro que s'habrrría murrrido de todas forrrmas, perrro ninguno con la marrrca Dolorrrido, lo jurrro porrrmi honorrr.

–¿Por tu honor de ladrón pendenciero borracho? –preguntó Tiffany.

–¡Sip! –exclamó Rob, sonriente–. ¡Y es mucha reputación ésa! Digo la verrrdad, señorrra. Vigilamos las obejas de las colinas, en memorrria de 1'abuela Dolorrrido, y, a cambio, cogemos cosas que no valen nada casi.

–Y'stá el tabaquillo, clarrro... mmmf, mmmf... –Y entonces, de nuevo, Wullie Chiflado tuvo que forcejear para no ahogarse.

Tiffany respiró profundamente, lo que no resultaba muy inteligente dentro de una colonia de feegles. La sonrisa nerviosa de Rob Cualquiera lo hacía parecer una calabaza de Halloween delante de una gran cuchara.

–¿Os lleváis el tabaco? –siseó Tiffany–. ¿El tabaco que los pastores dejan para... mi abuela?

–Aj, semeolvidó –gimió Rob Cualquiera–. Perrro siemprrre esperrramos unos días, porrrsi viene a recogerrrlo. Nunca sepes con las arrrpías. Y sique cuidamos las obejas, señorrra. ¡Y a ella no l'imporrrtarrría! Muchas noches comparrrtía pipa con la kelda a la puerrrta de la casa de rueditas. ¡No l'habrrría gustado dejarrr tabaco bueno en la lluvia! ¡Porrrfavorrr, señorrra!

Tiffany estaba enfadada a más no poder, y lo peor era que estaba enfadada con ella misma.

–Cuando encontrrramos corrrderrros perrrdidos y eso, los trrraemos parrra cuando los buscan los pastorrres –añadió Rob, inquieto.

«¿Qué creía yo que pasaba? –pensó la niña–. ¿Creía que ella volvía a por un paquete de Alegre Marinero? ¿Pensaba que, de algún modo, seguía recorriendo las colinas, cuidando de las ovejas? ¿Creía que... seguía aquí, protegiendo a los corderos perdidos? Sí, quiero que sea verdad, no quiero pensar que, simplemente, se ha... ido. Alguien como la abuela Dolorido no puede... irse sin más Y querría que volviera, porque ella no sabía cómo hablar conmigo, y yo estaba demasiado asustada para hablarle, así que nunca hablamos y convertimos el silencio en algo compartido.

No sé nada de ella, sólo algunos libros y algunas historias que intentó contarme, y cosas que no comprendía, y recuerdo grandes manos rojas y suaves, y aquel olor. Nunca supe quién era en realidad. Es decir, alguna vez tuvo nueve años también, era Sarah Llorikeo. Se casó y tuvo hijos, dos de ellos en la cabaña. Tuvo que haber hecho todo tipo de cosas de las que no sé nada.»

De este modo, como siempre acababa sucediendo, volvió a la mente de Tiffany la figura de la pastorcilla de porcelana azul y blanca, en un torbellino de niebla roja y vergüenza...

El padre de Tiffany la llevó un día a la feria del pueblo de Auxilio, poco después de su séptimo cumpleaños, porque la granja tenía que vender algunos carneros. Era un viaje de dieciséis kilómetros, lo más lejos que ella había estado de casa. Estaba fuera de la Caliza. Todo parecía distinto, había muchos más campos cercados, montones de vacas y muchas casas tenían tejas en vez de paja. Para ella, era como ir al extranjero.

La abuela Dolorido nunca había estado allí, según le contó su padre por el camino, porque odiaba salir de la Caliza. Decía que se mareaba.

Fue un día estupendo. La niña se puso mala de tanto comer algodón de azúcar, fue a que una anciana señora le leyese la fortuna, de modo que supo que habría muchos, muchos hombres que querrían casarse con ella, y, además ganó la pastorcilla, que estaba hecha de porcelana pintada de blanco y azul.

Era el premio estrella del puesto de lanzamiento de aros, aunque el padre de Tiffany decía que hacían trampas, porque la base era tan ancha que no se podía acertar con el aro ni una de cada millón de veces.

La niña tiró el aro de todos modos, y fue el tiro entre un millón; el dueño del puesto no estaba muy contento cuando el aro cayó sobre la pastorcilla, en vez de sobre alguna de las baratijas del puesto. Sin embargo, el hombre acabó dándosela a su padre cuando éste protestó, y ella la abrazó todo el camino a casa, en el carro, mientras salían las estrellas.

A la mañana siguiente, se la regaló, muy orgullosa, a la abuela Dolorido. La anciana la cogió con mucho cuidado en sus manos arrugadas y la contempló durante un rato.

Después, Tiffany se dio cuenta de que había sido un regalo muy cruel.

Seguramente, la abuela Dolorido nunca había oído hablar de pastorcillas, porque la gente que cuidaba de las ovejas en la Caliza eran pastores o pastoras, a secas. Aquella bella criatura no podía parecerse menos a la abuela.

La pastorcilla de porcelana tenía un anticuado vestido largo con trozos abombados en el lateral, de modo que parecía llevar alforjas en las bragas. Había lazos azules por todo el vestido y por todo el ostentoso sombrero de paja, además de en el bastón de pastora, que era bastante más elegante que los cayados que Tiffany conocía.

Había lazos azules hasta en los delicados pies que asomaban bajo el borde con volantes del vestido.

No era una pastorcilla que llevase grandes botas viejas rellenas de lana, ni que recorriese las colinas en los días de viento en los que el agua nieve cortaba como un cuchillo. Con aquel vestido, seguro que nunca había intentado sacar a un carnero al que se le habían quedado enredados los cuernos en un campo de espinos. Aquella pastorcilla no habría podido seguir el ritmo del campeón de los esquiladores durante siete horas seguidas, oveja a oveja, hasta que el aire quedara turbio de grasa y lana, y morado de maldiciones, y el campeón se rindiera porque no podía maldecir a las ovejas tan bien como la abuela Dolorido. Ningún perro ovejero que se preciara haría caso de una chica boba con alforjas en los calzones. Aunque resultaba preciosa, como pastora no era más que una broma; tenía que haberla hecho alguien que no había visto ni una oveja de cerca en toda su vida.

¿Qué había pensado la abuela sobre ella? Tiffany no lo sabía. Le había parecido contenta, porque el trabajo de las abuelas consiste en alegrarse cuando los nietos les dan cosas. La había puesto en su estante, había sentado a la niña en sus rodillas y la había llamado «mi pequeña jiggit» en tono nervioso, que era lo que hacía cuando intentaba comportase como las abuelas.

A veces, en las raras ocasiones en que la abuela bajaba a la granja, Tiffany la veía bajar la figurilla y contemplarla. Sin embargo, si veía que la niña la miraba, la soltaba rápidamente y fingía que buscaba el libro de las ovejas.

Tiffany pensaba que, quizá, la mujer lo había considerado un insulto, que lo tomaba como si le hubiesen dicho cómo tenía que ser una pastora. No debería ser una anciana con un vestido embarrado, grandes botas y un saco viejo sobre los hombros para resguardarse de la lluvia, sino algo que brillase como una noche estrellada. La niña no había querido decir eso, jamás, pero, quizá, le había dicho a la abuela que no era... adecuada.

Entonces, unos cuantos meses después, la abuela murió, y, en los años siguientes, todo había ido mal: nació Wentworth, desapareció el hijo del barón y después tuvieron un invierno muy malo, y la señora Snapperly murió en la nieve.

La niña seguía preocupada por la figurilla, aunque no podía hablar del tema. Todos estaban ocupados o no les interesaba. Todos estaban nerviosos. Habrían dicho que preocuparse por una tonta figurilla era... tonto.

Muchas veces había estado a punto de tirarla al suelo, pero no lo hacía, porque la gente se habría dado cuenta.

Por supuesto, como había crecido, ya no le haría un regalo tan malo a la abuela Dolorido.

Recordaba que la anciana, a veces, sonreía de forma extraña cuando miraba la figurilla. Si le hubiese dicho algo a su nieta... Sin embargo, a la abuela Dolorido le gustaba el silencio.

Y al final resultaba que era amiga de un montón de hombrecillos azules que recorrían las colinas buscando las ovejas, porque a ellos también les gustaba la abuela. La niña parpadeó.

Tenía algo de sentido: los hombres dejaban el tabaco en recuerdo de la abuela Dolorido; y, en recuerdo de la abuela Dolorido, los Nac Mac Feegle cuidaban de las ovejas. Todo funcionaba, aunque no fuese magia... Sin embargo, hacía que la abuela ya no estuviese allí.

–¿Wullie Chiflado? –dijo, mirando con dureza al pictsi que forcejeaba, y procurando no llorar.

–¿Mmmf?

–¿Es verdad lo que me ha dicho Rob Cualquiera?

–¡Mmmf! –Las cejas de Wullie Chiflado subieron y bajaron con violencia.

–Señor Feegle, por favor, quítale la mano de la boca –dijo Tiffany, y Rob liberó a Wullie Chiflado. El jefe parecía preocupado, pero Wullie estaba muerto de miedo; se quitó el sombrero y se quedó con él entre las manos, como si fuese una especie de escudo.

–¿Es todo cierto, Wullie Chiflado? –le preguntó Tiffany.

–Aj, huy, huy...

–Un simple sí o no... sip o nah, por favor.

–¡Sip! ¡Es cierrrto! –soltó Wullie–. Aj, huy, huy...

–Sí, gracias –lo interrumpió la niña, sorbiéndose los mocos e intentando aguantar las lágrimas–. Vale, lo entiendo.

Los feegles la observaron con precaución.

–¿Vas a ponerrrte enfadada? –preguntó Rob Cualquiera.

–No. Todo... funciona.

Oyó el eco por la caverna, el sonido de cientos de hombrecillos suspirando aliviados.

–¡No me convirrrtió en jorrrmiga! –exclamó Wullie Chiflado, sonriendo de alegría al resto de los pictsis–. ¡Eh, chicos, hablé con l'arrrpía y no me mirrró mal! ¡Me sonrrrió! –Miró, encantado, a la niña y siguió hablando–. ¿Sabes, señorrra? Si pones la'tiqueta del tabaquillo alrrrevés, parrrte del gorro del marrrinerrro y la orrreja parrrecen una señorrra sin... mmmf..., mmmf...

–Vaya, otrrra vez, apunto d'ahogarrrte porrraccidente –dijo Rob Cualquiera, con la mano sobre la boca de Wullie.

Tiffany se dispuso a decir algo, pero se detuvo cuando notó un cosquilleo extraño en las orejas. En el techo de la cueva, varios murciélagos se despertaron y salieron volando a toda prisa por el agujero del humo.

Algunos de los feegles estaban trabajando en el otro extremo de la cámara, empujando lo que a Tiffany le había parecido una extraña piedra redonda y dejando al descubierto un agujero bastante grande.

Entonces, las orejas empezaron a chapotearle, como si la cera del interior se le derramase. Los feegles se colocaron en dos filas, en dirección al agujero.

–¿Me interesa saber qué es una jorrrmiga? –le susurró Tiffany al sapo, tras darle un golpecito.

–Es una hormiga.

–¿Ah, sí? Estoy... algo sorprendida. ¿Y esta especie de ruido agudo?

–Soy un sapo, no se nos dan bien las orejas, pero diría que es ese tipo de ahí.

Un feegle salía del agujero; como a Tiffany ya se le habían acostumbrado los ojos a la penumbra, comprobó que el hueco emitía una tenue luz dorada.

El pelo del recién llegado era blanco, en vez de rojo, y, aunque era alto para un pictsi, estaba tan delgaducho como una ramita. Llevaba una especie de bolsa gorda de cuero llena de flautas.

–Vaya, esto sí que es algo que pocos humanos han visto –dijo el sapo–: ¡está tocando una gaita de ratón!

–¡Hace que me hormigueen los oídos! –gritó Tiffany, intentando no hacer caso de las dos orejillas que todavía se le veían a la bolsa de la gaita.

–Muy agudo, ¿no? –contestó el sapo–. Claro, los pictsis oyen los sonidos de forma diferente que los humanos. Probablemente sea también su poeta de batalla.

–¿Quieres decir que compone canciones heroicas sobre batallas famosas?

–No, no: recita poemas que asustan al enemigo. ¿Recuerdas lo importantes que son las palabras para los Nac Mac Feegle? Pues cuando un gonnagle bien entrenado empieza a recitar, al enemigo le estallan los oídos. Ah, parece que ya están listos para ti...

De hecho, Rob Cualquiera estaba dando unos educados golpecitos en la puntera de la bota de Tiffany.

–La kelda te verrrá ahorrra, señorrra.

El gaitero había dejado de tocar y estaba colocado con gesto respetuoso a un lado de la abertura. La niña sentía que cientos de ojillos brillantes la observaban.

–Linimento especial para ovejas –susurró el sapo.

–¿Cómo?

–Llévatelo –insistió el sapo–. ¡Será un buen regalo!

Los pictsis observaron con atención a la chica, que se tumbó de nuevo y entró a rastras por el agujero de detrás de la piedra, con el sapo agarrado a ella con fuerza. Conforme se acercaba, se dio cuenta de que lo que había tomado por piedra era un viejo escudo redondo, de color azul verdoso y corroído por la edad. El agujero que tapaba era, en realidad, lo suficientemente grande para entrar por él, pero tenía que dejar las piernas fuera, porque le resultaba imposible meterse entera en la habitación contigua. Uno de los motivos era la cama en la que estaba la kelda, aunque fuese una cama pequeña. El otro motivo era que lo que más había en la habitación sobre todo, apilado contra las paredes, por todo el suelo y hasta el techo, era oro.



## 

## Capítulo siete

### Primera vista y segundos pensamientos

Chispa, lustre, centelleo, esplendor...

Tiffany pensaba mucho sobre las palabras durante las largas horas en las que batía la mantequilla. Había descubierto la palabra onomatopéyico en el diccionario, que se refería a palabras que sonaban como el ruido de lo que describían, como cuco. Sin embargo, ella creía que tendría que existir una palabra que significase: «Palabra que suena como el ruido que hace algo si ese algo hiciese un ruido, aunque, en realidad, no lo haga, pero que sonaría así de hacerlo».

Por ejemplo, chispa. Si la luz hiciese un ruido al reflejarse en una ventana a lo lejos, haría ¡chispa! Y si la luz del oropel, todas esas chispas de luz juntas, hicieran un ruido, sería ¡centelleocentelleo! Esplendor era el ruido limpio y meloso de una superficie que pensaba brillar todo el día, mientras que lustre era el sonido suave, casi aceitoso, de algo suntuoso y graso.

La pequeña caverna contenía todo aquello junto; sólo había una vela, que olía a grasa de oveja, pero los platos y las copas de oro daban su esplendor, lustre, chispa y centelleo al reflejar la luz por todas partes, hasta que la única llamita llenaba el aire de una iluminación que hasta olía a cara.

El oro rodeaba la cama de la kelda, que se sentaba con la espalda apoyada en un montón de almohadas. La dama estaba mucho, mucho más gorda que los pictsis machos, parecía como si la hubiesen fabricado con bolas redondas de masa esponjosa y era del color de las castañas.

Tenía los ojos cerrados cuando entró Tiffany, aunque los abrió de golpe en cuanto la visitante dejó de arrastrarse por el suelo para entrar. Eran los ojos más penetrantes que había visto la niña, mucho más que los de la señorita Lento.

–Bueeeno..., ¿errres la pequeña de Sarrrah Dolorrrido? –preguntó la kelda.

–Sí, quiero decir, sip –respondió Tiffany. No estaba muy cómoda, tumbada sobre el estómago–. ¿Y tú eres la kelda?

–Sip, quiero decir, sí –respondió ella, y su cara redonda se convirtió en una masa de líneas al sonreír–. ¿Cómo errra tu nombrrre?

–Tiffany, eeeh, kelda. –Fion había llegado desde otra parte de la caverna y estaba sentada en un taburete junto a la cama, observando a Tiffany fijamente, con expresión poco aprobadora.

–Un buen nombrrre. En nuestrrra lengua serrrías Tirfar–thóinn, Tierra Bajo Ola –repuso la kelda. Sonaba como Tifian.

–No creo que nadie pensara llamarme...

–Aj, lo que la gente piensa hacerrr y lo que hace son dos cosas distintas –la interrumpió la kelda, con los ojillos brillantes–. Tu herrrmano chico está... a salvo, niña. Podrrría decirrrse que está más a salvo que nunca. Los males morrrtales no pueden tocarrrlo. La reina no le tocarrría ni un pelo de la caboza... y ahí está el prrroblema. Ayúdame a levantarrrme, muchacha. –Fion se levantó de un salto y ayudó a la kelda a erguirse un poco más sobre los cojines–. ¿Dónde'staba? Ah, el crrrío chico. Sip, podrrría decirrrse que'stá bien donde'stá, en el país de la reina, perrro dirrría que hay una madrrre trrriste, ¿no?

–Y un padre también –añadió la niña.

–¿Y su herrrmana chica?

Tiffany sintió que las palabras «sí, claro» le acudían automáticamente a la boca, pero también sabía que sería una estupidez pronunciarlas, porque los ojillos oscuros de la mujer podían mirar dentro de su cabeza.

–Sip, errres una arrrpía de nacimiento, sin duda –siguió la kelda, sosteniendo su mirada–. Tienes ese trrrocititín dentrrro que se contrrrola, ¿verrrdad? Ese trrrocitín que vigila al resto de ti. Es la Prrrimerrra Vista y los Segundos Pensamientos lo que tienes, y es un pequeño don y una grrran maldición parrra ti. Ves y oyes lo que otrrros no pueden, el mundo te abrrre sus secrrretos, perrro siemprrre errres como la perrrsona que se queda aparrrtada con su vaso en una fiesta, sin poderrr unirrrse a los demás. Tienes un trrrocititín dentrrro que nose derrite y fluye. Errres del linaje de Sarrrah Dolorrrido, sin duda; los muchachos trrrajerrron a la correcta.

Tiffany no sabía qué decir ante aquello, así que no dijo nada. La kelda la observó, con ojos centelleantes, hasta que la chica se sintió incómoda.

–¿Por qué se llevaría la reina a mi hermano? –preguntó finalmente–. Y ¿por qué va detrás de mí?

–¿Crrres que lo hace?

–Bueno, sí, claro que sí. Es decir, puede que Jenny fuese una coincidencia, pero ¿el jinete? ¿Y los perros sombríos? ¿Y el rapto de Wentworth?

–Está concentrrrada en ti –dijo la kelda–. Cuando hace eso, parrrte de su mundo pasa a éste. Quizá sólo quierrra prrrobarrrte.

–¿Probarme?

–Verrr lo buena que errres. Ahorrra errres la arrrpía, la brrruja que prrrotege las frrronterrras y los porrrtales. Igual que tu abuela, aunque ella nunca se habrrría considerrrado una. Igual que yo, hasta ahorrra, y te pasarrré a ti ese deberrr. Si quierrre esta tierra, tendrrrá que pasarrr porrr encima de ti. Tienes la Prrrimerrra Vista y los Segundos Pensamientos, igual que tu abuela. Es rarrro en un grrrandullón.

–¿Te refieres a tener visiones y eso? ¿Cómo la gente que ve fantasmas y demás?

–Aj, no. Ésa es la típica forrrma de pensarrr de los grrrandullones. Primerrra Vista es cuando ves lo que está ahí en realidad y no lo que tu caboza te dice que deberrría estarrr ahí. Viste a Jenny, viste al jinete y los viste como cosas reales. La Segunda Vista es la vista aburrida, verrr sólo lo que esperrras verrr, y casi todos los grrrandullones la tienen. Escucha, porrrque me estoy yendo y todavía te queda mucho porrr aprrrenderrr. ¿Crrrees que este mundo es el único que hay? Pensarrr así está bien parrra las ovejas y los morrrtales que no abrrren los ojos. Porrrque la verrrdad es que hay más mundos que estrrrellas en el cielo. ¿Entiendes? Están porrr todas parrrtes, pequeños y grrrandes, tan cerrrca como tu piel. Están porrr todas parrrtes. Algunos puedes verrrlos y otrrros no, perrro hay puerrrtas, Tiffan. Puede serrr una colina, un árrrbol, una piedrrra o una currrva en la carreterrra, o incluso un pensamiento en tu caboza, perrro ahí están, a tu alrededorrr. Tendrrrás que aprrrenderrr a verrrlos, porrrque caminas entrrre ellos sin saberrrlo. Y algunos son... venenosos. –La kelda observó a Tiffany durante un instante y siguió hablando–. Me has prrreguntado porrr qué se llevarrría la reina a tu herrrmano, ¿no? A la reina le gustan los niños. No tiene ninguno prrropio, así que los mima y le darrrá al niño todo lo que quierrra. Sólo lo que él quierrra.

–¡Él sólo quiere caramelos! –exclamó Tiffany.

–¿Ah, sí? ¿Y se los diste? –preguntó la kelda, como si mirase en el interior de la mente de Tiffany–. Sin embarrrgo, lo que necesita es amorrr, cuidados, educación y gente que le diga que no de vez en cuando; cosas de ésas. Necesita crrrecerrr fuerrrte, y eso no se lo darrrá la reina. Sólo le darrrá carrramelos, parrra siemprrre. –La niña deseó que la kelda dejara de mirarla así–. Perrro veo que tiene una herrrmana dispuesta a hacerrr todo lo posible porrr trrraerrrlo de vuelta –añadió la ancianita, apartando la mirada de Tiffany–. Qué chiquito tan aforrrtunado, qué suerrrte tiene. Sabes cómo serrr fuerrrte, ¿verrrdad?

–Sí, creo que sí.

–Bien. ¿Y sabes cómo serrr débil? ¿Puedes inclinarrrte ante el vendaval y doblarrrte con la torrrmenta? –La kelda sonrió de nuevo–. Nah, no hace falta que respondas. El pajarrrillo siemprrre tiene que saltarrr del nido parrra verrr si sabe volarrr. De todos modos, hay algo de Sarrrah Dolorrrido en ti, y nadie, ni siquierrra yo, podía hacerrrla cambiarrr de idea cuando se le metía algo en la caboza. Todavía no errres mujerrra, y eso no es malo, porrrque, allá donde vas, las cosas son fáciles parrra los niños y durrras para los adultos.

–¿El mundo de la reina? –preguntó Tiffany, intentando no quedarse atrás.

–Sip. Lo siento ahorrra mismo, colocado sobrrre éste como una niebla, tan lejos como el otrrro lado de un espejo. Me debilito, Tiffan, no puedo defenderrr este lugarrr, así que ésta es mi oferrrta: te dirrré porrr dónde irrr en busca de la reina, y tú, a cambio, te converrrtirrrás en kelda.

Aquello sorprendió a Fion tanto como a Tiffany. La feegle levantó rápidamente la cabeza y abrió la boca, pero la kelda la silenció con un movimiento de su arrugada mano.

–Cuando tú seas kelda en otrrro lugarrr, hija mía, querrás que la gente haga lo que le orrrdenes, así que no me des la tabarra. Ésa es mi oferrrta, Tiffan; no encontrrrarrrás otra mejor.

–Pero no puede... –empezó Fion.

–¿Ah, no?

–¡No es una pictsi, madrrre!

–Cierrrto, es tirrrando a grrrande –repuso la kelda–. No te prrreocupes, Tiffan, no serrrá mucho tiempo. Sólo necesito que alguien cuide de todo durrrante un poquitín. Que se ocupe de la tierra como hacía su abuela, y también de mis muchachos. Después, cuando el crrrío chico vuelva a casa, Hamish volarrrá a las montañas y harrrá saberrr que el clan de la Colina de Caliza necesita una kelda. Tenemos un buen sitio aquí, las chicas vendrrrán corriendo. ¿Qué me dices?

–¡No conoce nuestrrras costumbrrres! –protestó Fion–. ¡Estás demasiado cansada, madrrre!

–Sip, perrro una hija no puede dirrrigirrr el clan de su madrrre, ya lo sabes. Errres una chica obediente, y ya ha llegado la horrra de que escojas tu guarrrdaespaldas y vayas en busca de tu prrropio clan. No puedes quedarrrte aquí.

La kelda miró a Tiffany otra vez–. ¿Lo harrrás, Tiffan?

–Levantó un pulgar del tamaño de una cabeza de cerilla y esperó.

–¿Qué tendría que hacer?

–Pensarrr –respondió la kelda, sin bajar el dedo–. Mis chicos son buenos muchachos, no hay nadie más valiente. Sin embarrrgo, crrreen que la caboza está parrra golpearrr cosas. Así son los chicos. Los pictsis no somos como vosostrrros, los grrrandes, ¿sabes? ¿Tienes herrrmanas? Fion no tiene ninguna, es mi única hija. Una kelda sólo tiene una hija en toda su vida, aunque darrrá a luz a cientos y cientos de hijos.

–¿Son todos hijos tuyos? –preguntó la niña, horrorizada.

–Oh, sip –respondió la kelda, sonriente–, salvo unos cuantos, que son mis herrrmanos y vinierrron aquí conmigo cuando me hice kelda. Oh, no pongas esa carrra. Los cachorros son muy pequeños cuando nacen, como guisantitos. Y crrrecen deprrrisa. –Suspiró–. Aunque a veces pienso que todos los sesos se los lleva la hija. Son buenos chicos, perrro no grrrandes pensadorrres. Tendrrrás que ayudarrrlos a que te ayuden.

–Madrrre, ¡no puede encarrrgarrrse de tooodas las tarrreas de la kelda!

–No veo por qué no, si me las explicáis.

–¿Ah, sí? –repuso Fion, en tono sarcástico–. Bueeeno, ¡esto va a serrr interrresante!

–Recuerrrdo a Sarrrah Dolorrrido hablarrr sobrrre ti –dijo la kelda–. Contaba que errras una niña extrrraña, siemprrre obserrrvando y escuchando; que tenías la caboza llena de palabrrras que nunca decías en voz alta. Se prrreguntaba qué serrría de ti. Ha llegado el momento de averrriguarrrlo, ¿no?

Consciente de que Fion la miraba con odio, o quizá por eso mismo, la niña se lamió el pulgar y tocó con delicadeza el diminuto dedo de la kelda.

–Está hecho, pues –dijo la kelda. De repente, se tumbó y, también de repente, pareció empezar a encogerse. En su rostro aparecieron más arrugas–. Que nunca se diga que dejé a mis hijos sin una kelda que los cuide –murmuró–. Ahorrra puedo volverrr al Último Mundo. Tiffan es la kelda porrr ahorrra, Fion. Mientrrras estés en su casa, haz lo que ella diga.

Fion se miró los pies, y Tiffany notó que estaba enfadada.

La kelda se hundió; le pidió a la niña que se acercara más y, con voz débil, dijo:

–Ya, está hecho. Y ahorrra, mi parrrte del trrrato. Escucha: encuentrrra... el lugarrr donde el tiempo no encaja. Ésa es la entrrrada. Lo verrrás brrrillarrr. Trrráelo de vuelta parrra trrranquilizarrr el corrrazón de tu pobrrre madrrre y quizá también tu caboza...

Su voz vaciló, y Fion se inclinó rápidamente sobre la cama.

La kelda sorbió por la nariz y abrió un ojo.

–Todavía no –le murmuró a Fion–. ¿Estoy oliendo una gotita de linimento especial parrra ovejas, kelda?

–Oh –respondió Tiffany, después de un momento de confusión–, te refieres a mí. Sí, eh..., aquí...

–Lo mejorrr que han hecho los humanos –comentó la anciana, intentando sentarse de nuevo–. Sólo tomarrré un sorrrbito, Fion.

–Hace que te salga pelo en el pecho –le advirtió Tiffany.

–Aj, bueno, porrr una gota del linimento especial parrra ovejas de Sarrrah Dolorrrido soy capaz de arriesgarrrme a un parrr de rizos –respondió la kelda. Cogió la taza de cuero que le ofrecía Fion, que era del tamaño de un dedal, y la sostuvo en alto.

–Crrreo que no te conviene, madrrre –dijo Fion.

–Eso tendrrré que juzgarrrlo yo. Un trrrago antes de irrrme, porrr favorrr, kelda Tiffan. –Tiffany volcó un poco la botella, y la mujer agitó la taza, irritada–. Tenía en mente un trrrago más grrrande, kelda. El corrrazón de una kelda debe serrr generrroso. –Bebió menos de un trago, pero más de un sorbito–. Sip, hace tiempo que no prrrobaba este brrrebaje. Tu abuela y yo nos tomábamos unos trrraguitos frrrente al fuego en las noches frrrías...

La chica lo veía claramente en su cabeza: la abuela Dolorido y aquella diminuta mujer rechoncha sentadas en torno a la estufa redonda de la cabaña sobre ruedas, mientras las ovejas pastaban bajo las estrellas...

–Ah, lo ves –dijo la kelda–. Siento tus ojos sobrrre mí. Eso es la Prrrimerrra Vista. –Bajó la taza–. Fion, ve a porrr Rob Cualquierrra y William, el gonnagle.

–La grrrandullona bloquea el agujerrro –respondió Fion, malhumorada.

–Dirrría que queda sitio parrra que te metas –insistió la kelda, con un tono de voz tranquilo que decía que, si no se hacía lo solicitado, seguiría una tormenta.

Después de echarle una mirada furiosa a Tiffany, la chica se metió como pudo.

–¿Conoces a alguien que tenga abejas? –le preguntó la anciana. Tiffany asintió–. Entonces sabrrrás porrr qué no tenemos muchas hijas: no puede haberrr dos reinas en la misma colmena sin que se prrroduzca una grrran pelea. Fion debe elegir a los que se irrrán con ella y buscarrr un clan que necesite kelda. Es la costumbrrre. Crrre que hay otrrra forrrma de hacerrrlo, como suele pasarrr con las jóvenes. Ten cuidado con ella.

Tiffany notó que algo pasaba junto a ella, y Rob Cualquiera y el bardo entraron en la habitación. Se oyeron otros ruidos y susurros: en el exterior se había reunido una audiencia informal.

Cuando las cosas se calmaron un poco, la anciana dijo:

–Un clan no puede estarrr ni un segundo sin kelda que lo cuide. Así que Tiffan serrrá vuestrrra kelda hasta que podáis buscarrr una nueva... –Se oyó un murmullo junto a la niña y detrás de ella. La vieja kelda miró a William, el gonnagle–. ¿No es cierrrto que esto se ha hecho antes?

–Sip, las canciones dicen que dos veces –respondió William. Después frunció el ceño y añadió–: O podrrría decirrrse que fuerrron trrres veces, si se incluye la vez en que su alturrra...

Lo silenció un grito que surgió detrás de Tiffany:

–¡Sin rey! ¡Sin reina! ¡Sin señorrr! ¡Sin amo! ¡No nos engañarrrán de nuevo!

–Tiffan es la rapaza de la abuela Dolorrrido –dijo la vieja kelda, levantando una mano–. Todos la conocéis.

–Sip, y ya vistéis a l'arrrpía chica mirrrar al jinete sin caboza a los ojos que no tiene –añadió Rob Cualquiera–. ¡Eso no lo hace cualquierrra!

–Y yo he sido vuestrrra kelda durrrante setenta años, y mis palabrrras no pueden desobedecerrrse. Así que la elección está hecha. También os digo que la ayudéis a robarrr a su herrrmanito chico. Ése es el destino que os corresponde en memorrria de Sarrrah Dolorrrido y mía. –Se tumbó en la cama y, con voz más débil, añadió–: Y ahorrra quierrro que el gonnagle toque Las bellas flores, y esperrro verrros a todos de nuevo en el Último Mundo. A ti, Tiffan, te digo: ten cuidado. –La mujer respiró profundamente–. Hay un lugarrr en que las historrrias son reales y las canciones cierrrtas...

La vieja kelda guardó silencio. William, el gonnagle, infló la bolsa de su gaita de ratón y sopló por uno de los tubos. Tiffany notó en los oídos el burbujeo de una música demasiado aguda para poder oírla.

Al cabo de unos momentos, Fion se inclinó sobre la cama para mirar a su madre, y empezó a llorar.

Rob Cualquiera se volvió y levantó la cabeza para mirar a la niña, con los ojos llenos de lágrimas.

–¿Podrrría pedirrrte que salgas a la cámarrra grrrande, kelda? –le preguntó en voz baja–. Tenemos cosas que hacerrr, ya sepes...

Tiffany asintió y retrocedió con sumo cuidado, notando cómo los pictsis corrían a apartarse. Encontró un rincón en el que no parecía estorbar a nadie y se sentó allí, con la espalda apoyada en la pared.

Había supuesto que habría gran cantidad de lamentos en plan «huy, huy, huy», pero, al parecer, la muerte de la kelda era demasiado seria para eso. Algunos feegles lloraban y otros tenían la mirada perdida; conforme se corrió la voz, un silencio triste, salpicado de sollozos, se adueñó del salón de varias alturas...

... Las colinas habían guardado silencio el día de la muerte de la abuela Dolorido.

Alguien subía todos los días con pan, leche fresca y sobras para los perros. No hacía falta que fuese tan a menudo, pero Tiffany había oído hablar a sus padres en una ocasión, y su padre había dicho: «Ahora tendremos que echarle un ojo a mamá».

Aquel día le tocaba a ella, aunque nunca lo había considerado una tarea, porque le gustaba el camino.

Sin embargo, notó el silencio, que ya no era el silencio de muchos ruidos pequeños, sino una bóveda de tranquilidad que rodeaba la cabaña. Entonces lo supo, lo supo antes de entrar por la puerta abierta y encontrar a la abuela tumbada en la camita.

Sintió que el frío se apoderaba de ella; era un frío que incluso tenía sonido: una nota musical desafinada y débil. También tenía una voz; era la voz de Tiffany, que decía: «Es demasiado tarde, las lágrimas no sirven de nada, no queda tiempo para decir nada, hay cosas que hacer...».

Y..., entonces, dio de comer a los perros, que esperaban con paciencia el desayuno. Habría ayudado verlos hacer algo bobo, como gemir o lamerle la cara a la abuela, pero no lo habían hecho. Sin embargo, Tiffany seguía oyendo la voz en su cabeza: «Nada de lágrimas, no llores, no llores por la abuela Dolorido».

En aquel momento veía, en su cabeza, a una Tiffany un poco más pequeña moviéndose por la cabaña, como una marioneta...

Había ordenado la casa. Aparte de la cama y la estufa, en realidad no había mucho más; estaba el saco de la ropa, el gran barreño de agua y la caja de comida, y ya está. Ah,y había cosas que tenían que ver con las ovejas por todas partes: tarros, botellas, sacos, cuchillos y tijeras de podar, aunque nada que dijera que allí vivía alguien, a no ser que contasen los cientos de envoltorios azules y amarillos de Alegre Marinero pinchados en la pared.

Había cogido uno (todavía lo tenía debajo del colchón, en casa) y había recordado la Historia.

Era poco frecuente que la abuela dijese más de una frase seguida, porque utilizaba las palabras como si costasen dinero, pero, un día que Tiffany llevaba comida a la cabaña, la abuela le había contado una historia; una especie de historia. Había abierto el tabaco, había mirado el envoltorio y después, mirando a la niña con aquella expresión de ligera sorpresa que solía adoptar, le dijo: «Aunque tengo que haber visto como miles de envoltorios de éstos, ni una vez he visto el barrrco». Así era como la abuela pronunciaba la palabra barco.

Por supuesto, Tiffany corrió a echarle un vistazo a la etiqueta y tampoco vio ningún barco, igual que tampoco veía a la señora desnuda.

«Eso es porque el barrrco está donde no puede verse –siguió contando la abuela–. Tiene un barrrco para perseguir al gran pez ballena blanco por el mar de sal. Siempre está persiguiéndolo, por todo el mundo. Se llama Mopey. Es un animal que parece un gran acantilado de caliza, me han dicho. En un libro.»

«¿Por qué lo persigue?», le había preguntado Tiffany.

«Para cogerlo, aunque nunca lo hará, y la razón es que el mundo es redondo como un gran plato, igual que el mar, así que se persiguen el uno al otro, y es como si se persiguiera a él mismo. Será mejor que no quieras ir al mar, jiggit, es donde pasan las peores cosas. Todos lo dicen. Quédate por aquí, donde las colinas se te meten en los huesos.»

T eso fue todo. Fue una de las pocas veces que la abuela Dolorido le había dicho algo a Tiffany que no tenía que ver de algún modo con las ovejas. Fue la única vez que había dado muestras de saber que existía un mundo más allá de la Caliza. La niña solía soñar con el Alegre Marinero persiguiendo al pez ballena en su barco, y, a veces, el pez la perseguía a ella, pero el Alegre Marinero siempre llegaba en su poderoso barco justo a tiempo, y la persecución comenzaba de nuevo.

A veces corría hasta el faro y se despertaba cuando abría la puerta. Nunca había visto el mar de verdad, aunque uno de sus vecinos tenía un viejo cuadro en la pared en el que se veía un montón de hombres agarrados a una balsa en lo que parecía ser un lago enorme lleno de olas. No había visto el faro por ninguna parte.

Y Tiffany se había sentado junto a la camita, y había pensado en la abuela Dolorido y en la niñita Sarah Llorikeo, que pintaba con mucho cuidado las flores del libro, y en cómo el mundo había perdido su eje.

Echaba de menos el silencio, porque lo que hubo después no era el mismo silencio que había antes. El silencio de la abuela era cálido y te llevaba a su interior. Puede que a la abuela a veces le costase recordar la diferencia entre niños y corderos, pero en su silencio siempre eras bienvenido y aceptado. Sólo tenías que llevar tu propio silencio contigo.

Tiffany deseó haber tenido la oportunidad de decirle que sentía lo de la pastorcilla.

Después se había ido a casa y le había dicho a todos que la abuela estaba muerta. Tenía siete años, y el mundo se había acabado.

Alguien le estaba dando unos golpecitos educados en la bota. Abrió los ojos y vio al sapo, que llevaba una piedrecita en la boca. La escupió.

–Lo siento, habría usado los brazos, pero somos una especie muy resbaladiza.

–¿Qué se supone que debo hacer?

–Bueno, si te golpeases la cabeza contra este techo tan bajo tendrías motivos para una demanda por daños y perjuicios, sin duda–respondió el sapo–. Eeeh..., ¿he dicho lo que creo que he dicho?

–Sí, y espero que desees no haberlo hecho –dijo Tiffany–. ¿Por qué lo has dicho?

–No lo sé, no lo sé –gimió el sapo–. Lo siento, ¿de qué estábamos hablando?

–Quería decir que qué quieren los pictsis que haga ahora.

–Oh, no creo que funcione así. Tú eres la kelda, tú dices lo que hay que hacer.

–¿Por qué no puede ser Fion la kelda? ¡Es una pictsi!

–Ahí no te puedo ayudar.

–¿Necesitáis mis serrrvicios? –preguntó una voz, junto a la oreja de Tiffany.

Se volvió y vio que, en una de las galerías que rodeaban la caverna, estaba William, el gonnagle.

De cerca, resultaba obvio que era distinto a los demás feegles: tenía el pelo más limpio y recogido en una sola trenza; no llevaba tantos tatuajes; y, además, hablaba diferente, con más claridad y parsimonia que los otros, aunque pronunciando las erres como un redoble de tambor.

–Bueno, sí –respondió la niña–. ¿Por qué no puede Fion ser la kelda de este lugar?

–Buena prrregunta –respondió William educadamente, asintiendo con la cabeza–. Verrrás, una kelda no puede casarrrse con su herrrmano. Debe irrr a un nuevo clan y casarrrse allí con un guerrerrro.

–¿Y por qué no puede venir aquí el guerrero?

–Porrrque los feegles de aquí no lo conocerrrían, no sentirrrían rrrrrrespeto porrr él. –William hacía que la palabra «respeto» sonase como una avalancha.

–Ah. Bueno..., ¿qué era eso de la reina? Ibas a decir algo, pero te lo impidieron.

–No crrreo que pueda contarrrte... –empezó a decir él, con aspecto avergonzado.

–Soy la kelda provisional –repuso Tiffany, en tono inflexible.

–Sip. Bueno..., hubo un tiempo en que vivíamos en el mundo de la reina y la serrrvíamos, antes de que se hiciese tan frrría. Perrro nos engañó, y nos rebelamos. Fue un tiempo oscurrro. No le gustamos. Y no pienso decirrr más.

Tiffany vio a los feegles entrar y salir de la cámara de la kelda. Allí estaba pasando algo.

–Están enterrándola al otrrro lado del monte –le explicó William, sin que le preguntase–. Con las otrrras keldas de este clan.

–Creía que serían más... ruidosos.

–Ella errra su madrrre. No quierrren grrritarrr, sus co rrrazones están más trrristes de lo que se puede exprrresarrr con palabrrras. Dentrrro de un tiempo celebrrrarrrán un funerrral parrra ayudarrrla a regrrresarrr a la tierra de los vivos, y serrrá ruidoso, te lo asegurrro. Bailarrremos un reel a quinientas veinte bandas, al ritmo de El demonio entrrre los abogados, y comerrremos y beberrremos, y me atrrreverrría a decirrr que mis sobrrrinos tendrrrán dolorrres de cabeza del tamaño de una oveja. –El viejo feegle sonrió brevemente–. Sin embarrrgo, porrr ahorrra, cada feegle la recuerda en silencio. No lamentamos las pérrrdidas como vosotrrros: nos lamentamos porrr los que quedamos atrrrás.

–¿Era también tu madre? –le preguntó la niña, en voz baja.

–Nah, errra mi herrrmana. ¿No te dijo que cuando una kelda se va a un nuevo clan se lleva consigo a unos cuantos herrrrmanos con ella? Estarrr sola entrrre desconocidos serrría demasiado durrro. –El gonnagle suspiró–. Porrr supuesto, con el tiempo, después de la boda de la kelda, el clan se llena de sus hijos y ya no está sola.

–Pero debe de ser duro para ti.

–Errres lista, lo reconozco –respondió William–. Soy el último de los que vinimos. Cuando esto acabe, pedirrré perrrmiso a la nueva kelda parrra volverrr con los míos, a las montañas. Esta tierra es prrreciooosa, y mis sobrrrinos tienen un clan también prrrecioooso, perrro me gustarrría morrrirrr en el brrrezo en el que nací. Si me disculpas, kelda...

Se alejó y se perdió en las sombras del montículo.

De repente, Tiffany quiso volver a casa. Aunque quizá no fuese más que la tristeza de William, se sentía atrapada en el montículo.

–Tengo que salir de aquí –murmuró.

–Buena idea –respondió el sapo–. Entre otras cosas, tienes que encontrar el lugar donde el tiempo no encaja.

–Pero ¿cómo lo hago? ¡El tiempo no se puede ver!

Metió los brazos en el agujero de entrada y salió al aire fresco...

En la granja había un reloj viejo y grande, y, una vez a la semana, se le ponía la hora. Es decir, cuando su padre iba al mercado de Creel Springs, anotaba la posición de las manecillas del gran reloj de allí y, cuando volvía a casa, movía las de su reloj para colocarlas en la misma posición. En realidad, era de adorno, porque todos calculaban el tiempo con respecto al sol, y el sol no se equivocaba.

Tiffany estaba tumbada entre los troncos de los viejos arbustos de espino, cuyas hojas susurraban sin parar con la brisa. El montículo era como una islita entre la interminable hierba; las prímulas tardías e incluso unas cuantas dedaleras andrajosas crecían allí, al cobijo de las raíces de espino. El delantal estaba donde lo había dejado antes.

–Podría haberme dicho dónde mirar –protestó.

–Pero no sabía dónde sería –repuso el sapo–. Sólo sabía qué señales buscar.

La niña rodó con cuidado y se quedó mirando el cielo, entre las ramas bajas. La kelda había dicho que lo vería brillar...

–Creo que debería hablar con Hamish.

–Cierrrto, señorrra –dijo una voz junto a su oreja. La niña se volvió.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí?

–Todo'l tiempo, señorrra –respondió el pictsi. Otros asomaron la cabeza, entre los árboles y debajo de las hojas; había al menos veinte.

–¿Habéis estado vigilándome todo el tiempo?

–Sip, señorrra. Es nuestrrro deberrr protegerrr a la kelda. Detodosmodos, estoy aquí arriba casi siemprrre, porrrque estudio porrrserrr gonnagle. –El joven feegle sacó una gaita de ratón–. Y no me dejan tocarrr ahí abajo, porrrque dicen que suena como un'arrraña que intenta tirrrarse un pedo porrrlas orrrejas, señorrra.

–¿Y qué pasa si tengo que entrar en... echar un... ir a...? ¿Qué pasa si digo que no quiero que me protejáis?

–Si refierrre a una llamadita déla naturrraleza, señorrra, el retrrrete'stá ahí, en la mina de caliza. Nos echas una voz cuando vas, y nadie mirrra, palabrrro –dijo el servicial feegle.

Tiffany le lanzó una mirada de odio, pero él seguía de pie entre las prímulas, radiante de orgullo y deber cumplido. Era más joven que la mayoría, y no tenía tantas cicatrices y bultos; ni siquiera tenía rota la nariz.

–¿Cómo te llamas, pictsi?

–Jock No Tan Grrrande Como Jock Mediano Perrro Más Grrrande Que Jock Chico, señorrra. No hay muchos nombrrres de feegle, ¿sepes? Tenemos que comparrrtirrr.

–Bueno, Jock No Tan Grande Como Jock Pequeño... –empezó a decir Tiffany.

–Es Jock Mediano, señorrra –la corrigió Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico.

–Bueno, No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico, puedo...

–Es Jock No Tan Grrrande Como Jock Mediano Perrro Más Grrrande Que Jock Chico, señorrra –insistió Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico–. Faltaba un Jock –añadió, servicial.

–¿No preferirías que te llamase Henry, por ejemplo? –preguntó la niña, en vano.

–Aj, nah, señorrra –respondió Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico, arrugando la cara–. Ese nombrrre no tiene historrria, ya sepes. Perrro hemos tenido muchos brrravos guerrerrros llamados Jock No Tan Grrrande Como Jock Mediano Perrro Más Grrrande Que Jock Chico. Vaya, ¡es nombrrre casi tan famoso como Jock Chico! Y, clarrro, si el mismo Jock Chico volviese al Ultimo Mundo, me darrrían el nombrrre de Jock Chico, loque no quierrre decirrr que no me guste el nombrrre de Jock No Tan Grrrande Como Jock Mediano Perrro Más Grrrande Que Jock Chico, ya sepes. Hay muchas historrrias sobrrre las hazañas de Jock No Tan Grrrande Como Jock Mediano Perrro Más Grrrande Que Jock Chico –añadió el pictsi, que parecía tan serio que Tiffany no tuvo el valor de decirle que seguramente serían unas historias muy largas. En vez de eso, dijo:

–Bueno, eeeh, me gustaría hablar con Hamish el aviador, por favor.

–No prrroblemo –respondió Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico–. Está ahí'rriba ahorrra mismo.

Desapareció. Un momento después, Tiffany oyó (o, mejor dicho, sintió con las orejas) la sensación burbujeante de un silbido de feegle. Se sacó del delantal el libro de Enfermedades de las ovejas, que ya estaba bastante destrozado. Al final había una página en blanco, así que la arrancó, sintiéndose como una criminal por hacerlo, y cogió su lápiz.

Queridos mamá y papá:

¿Cómo estáis? Yo estoy bien. Wentworth también está bien, pero tengo que ir a recogerlo al mundo de la re..., al sitio donde está. Espero volver pronto.

Tiffany

P.D. Espero que el queso esté bien.

Estaba dándole vueltas a aquello, cuando oyó un revoloteo de alas sobre su cabeza, después un zumbido, un momento de silencio, y una vocecilla cansada y bastante ahogada que decía:

–Aj, porrrcrrristo...

Miró hacia la hierba, y allí estaba el cuerpo de Hamish, clavado de cabeza en el suelo a pocos metros de ella. Todavía tenía estirados los brazos en sus bastones.

Tarda[[4]](#footnote-4)ron un tiempo en sacarlo; según le contaron a la niña, si aterrizaba de cabeza y girando, tenían que desatornillarlo en la dirección contraria, de modo que no se le saliesen las orejas.

Cuando lo colocaron en pie, aunque seguía tambaleándose y no parecía muy estable, Tiffany le preguntó:

–¿Podrías enrollar esta carta en una piedra y soltarla delante de la granja, donde la vea la gente?

–Sip, señorrra.

–Y... eeeh..., ¿te duele cuando aterrizas así, de cabeza?

–Nah, señorrra, aunque es muy embarrrazoso.

–Pues hay una especie de juguete que quizá te ayude. Haces una especie de... bolsa de aire...

–¿Bolsa de airrre? –preguntó el aviador, con cara de desconcierto.

–Bueno, habrás visto cómo algunas cosas, como las camisas, se inflan cuando están colgadas en el tendedero y hace viento, ¿no? Bueno, pues haces una bolsa de tela, le atas cuerdas, atas una piedra a las cuerdas, y, cuando la tiras hacia arriba, la bolsa se infla de aire y la piedra cae flotando hasta el suelo. –Hamish se quedó mirándola–. ¿Me entiendes?

–Oh, sip. Sólo'sperrraba averrr si decías más –respondió Hamish, muy educado.

–¿Crees que podrías..., eeeh..., coger prestada una tela fina?

–Nah, señorrra, perrro crrreo que sepo dónde robarrrla.

–¿Dónde estaba la reina cuando bajó la niebla? –le preguntó la niña, después de decidir no comentar nada sobre el tema del robo.

–Aunos ochocientos metrrros másallá, señorrra.

Tiffany vio que había más montículos a lo lejos, y unas cuantas piedras de la época antigua.

Los llamaban trilitos, lo que simplemente quería decir «tres piedras». Las únicas piedras que se encontraban de manera natural en las lomas eran las de sílex, que nunca tenían mucho tamaño. Sin embargo, alguien había arrastrado las de los trilitos al menos quince kilómetros, y estaban apiladas como los bloques de construcción de un niño. Algunas estaban colocadas en círculos; otros eran una piedra grande sola. Había hecho falta mucha gente para montarlos, y había quien decía que, antaño, allí se realizaban sacrificios humanos. Otros opinaban que formaban parte de una religión antigua, mientras que otros aseguraban que servían para marcar tumbas.

Por último, algunos afirmaban que se trataba de una advertencia: evita este lugar.

Tiffany no lo hacía; había estado allí con sus hermanas unas cuantas veces, como desafío, por si encontraban calaveras. Pero, como los montículos donde estaban las piedras tenían miles de años, sólo se veían madrigueras de conejos.

–¿Algomás, señorrra? –preguntó Hamish, con mucha educación–. ¿Nah? Pues me voy yendo...

Levantó los brazos sobre la cabeza y empezó a correr por la hierba. Tiffany dio un respingo cuando el águila ratonera bajó en picado a unos cuantos metros y lo recogió del suelo.

–¿Cómo puede un hombre de quince centímetros de altura entrenar a un pájaro como ése? –preguntó, mientras el águila volaba en círculos para ganar altura.

–Aj, sólo'ce falta un poquitín de amabilidad, señorrra –respondió Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico.

–¿De verdad?

–Sip, y un buen cucharrrón de crrrueldad –siguió diciendo Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico–. Hamish las entrrrena corriendo porrrahí con una piel de conejo, hasta que un pájarrro se lanza sobrrre él.

–¡Suena fatal!

–Sip, perrro nose pasa demasiado. Sólo los golpea con la caboza; después tiene un aceite especial que hace y les sopla en el pico. Cuando despierrrtan, crrren que es su mamá y lo'bedecen.

El águila ratonera se había convertido en un punto lejano.

–¡Da la impresión de que casi no pisa el suelo!

–Oh, sip. Duerrrme en el nielo del águila de noche, señorrra. Dice que'stá muy calentito. Y siemprrre va porrrlos airrres –añadió Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico–. No'stá contento si no nota el viento bajo el kilt.

–¿Y a los pájaros no les importa?

–Aj, nah, señorrra. Todos pájarrros y animales ahí'rriba sepen que trrrae buena suerrrte serrr amigos de los Nac Mac Feegle, señorrra.

–¿Ah, sí?

–Bueno, la verrrdad, señorrra, es que sepen que trrrae mala suerrrte no serrr amigos de los Nac Mac Feegle.

Tiffany miró al sol: sólo quedaban unas cuantas horas para que se pusiera.

–Debo encontrar la forma de entrar –dijo–. Mira, Jock No Tan Pequeño...

–Jock No Tan Grrrande Como Jock Mediano Perrro Más Grrrande Que Jock Chico, señorrra –repuso el pictsi, con paciencia.

–Sí, sí, gracias. ¿Dónde está Rob Cualquiera? Ya que estamos, ¿dónde están todos?

–Tenemos un debate ahí'bajo, señorrra –respondió el joven pictsi, con aspecto de sentirse algo avergonzado.

–Bueno, tenemos que encontrar a mi hermano, ¿vale? Yo soy la kelda de este lugar, ¿no?

–Es un poquitito más com–pli–ca–do, señorrra. Están... eeeh... hablando detí.

–¿Hablando de qué sobre mí?

–Em... –Daba la impresión de que Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico habría preferido no estar allí–. Están hablando... eeeh... hablando...

Tiffany se rindió: el pictsi estaba poniéndose colorado. Teniendo en cuenta que, para empezar, era de color azul, aquello le daba un desagradable tono violeta.

–Volveré a bajar por el agujero. ¿Le puedes dar un empujón a mis botas, por favor?

Se deslizó por la tierra seca, y los feegles se dispersaron por la cueva al verla aterrizar.

Cuando la vista se le acostumbró de nuevo a la penumbra, vio que las galerías estaban abarrotadas de pictsis; algunos estaban en el centro, lavándose, y, por algún motivo, muchos se habían alisado el pelo con grasa. Por sus rostros, era como si los hubiese pillado haciendo algo terrible.

–Tendríamos que irnos ya si queremos seguir a la reina –dijo la niña, mirando a Rob Cualquiera, que se lavaba la cara en una palangana hecha con media cáscara de nuez. Le caía agua de la barba, que se había trenzado; también se había hecho tres trenzas en el largo pelo rojo. De haberse vuelto de repente, seguramente habría matado a alguien de un latigazo.

–Aj, bueeeno –dijo–, tenemos qu'arreglarrr un asuntillo, kelda. –El hombre retorcía una toallita diminuta con las manos, y, cuando Rob le daba vueltas a algo, era que estaba preocupado.

–¿Sí?

–Eeeh..., ¿quierrres una taza de té? –preguntó Rob Cualquiera, y un pictsi se acercó, tambaleándose, con una gran taza clorada que, en algún momento, debía de haber pertenecido a un rey.

Tiffany la aceptó, porque, al fin y al cabo, tenía sed. La multitud dejó escapar un suspiro cuando le dio un trago; lo cierto era que estaba muy bueno.

–Robamos una bolsa de un vendedorrr que s'había dorrrmido junto a la carreterrra –explicó Rob–. Bueno, ¿eh? –Se aplastó el pelo con las manos mojadas.

La niña se paró en seco antes de volver a llevarse la taza a los labios. Quizá los pictsis no se daban cuenta de lo alto que susurraban, porque ella oía toda la conversación.

–Aj, es tirrrando a grrrande, sin ofenderrr.

–Sip, perrro la kelda tiene que serrr grrrande, ya sepes, parrra tenerrr muchos bebititos.

–Aj, cierrrto, las mujerrras grrrandes'tán bien, perrro parrra achucharrr a ésta habrrría que dejarrr una marrrca de tiza parrra seguirrr porrrdonde s'acabó.

–Y es un poco joven.

–Entonces no tiene que tenerrr bebitos todavía, o quizá no muchos deuna vez, digo. Nomás de diez, porrrejemplo.

–Porrrcrrristo, muchachos, ¿de qué habláis? De todos modos, va'scogerrr a Rob Cualquierrra, ¡desde aquí se ve cómo le tiemblan las rodillitas!

Tiffany vivía en una granja, y, en las granjas, las ideas fugaces sobre niños transportados por cigüeñas o encontrados bajo arbustos solían aclararse rápidamente, sobre todo si una vaca tenía problemas para dar a luz a su ternero en plena noche. La niña había ayudado con las ovejas, porque las manos pequeñas resultaban útiles en los casos difíciles. Lo sabía todo sobre las bolsas de tiza roja que los carneros llevaban atadas al pecho, y por qué después las ovejas con los lomos manchados de rojo eran las que serían madres en primavera. Era sorprendente lo que aprendía un niño silencioso y observador, incluidas las cosas que la gente no creía que fuese lo bastante mayor para aprender.

Fion al otro lado de la sala, sonreía de una forma inquietante.

–¿Qué está pasando, Rob Cualquiera? –preguntó, pronunciando las palabras cuidadosamente.

–Ah, bueeeno..., son las reglas del clan, ya sepes –respondió el feegle, incómodo–. Como errres la kelda nueva y eso, bueeeno, tenemos que pedirrrte, bien, da igual lo que pensemos, tenemos que pedirrrte bisbisbisbis... –Dio un rápido paso atrás.

–No he entendido lo último.

–Nos hemos restrrregado bien, ya sepes, algunos chicos s'han bañado en el estanque de rocío, aunque todavía estamos en mayo, y Yan Grrrande s'ha lavado debajo delos brrrazos porrr prrrimerrra vez, y Wullie Chiflado t'ha recogido un lindo puñado de florrres...

Wullie Chiflado dio un paso adelante, lleno de orgullo y nervios, y le ofreció el susodicho ramo con un gesto algo brusco. Seguramente habían sido flores bonitas, pero el hombre no tenía mucha idea de qué era un ramo, ni de cómo se cogía, así que los tallos, las hojas y los pétalos medio caídos le sobresalían del puño por todas partes.

–Muy bonito –respondió Tiffany, dándole otro trago al té.

–Bienbien –dijo Rob Cualquiera, secándose la frente–. Entonces quizá puedas decirrrnos si bisbisbisbis...

–Quierrren saberrr con cuál de'llos vas a casarrrte –explicó Fion, en voz alta–. Son las reglas. Tienes que escogerrr o dimitirrr como kelda. Tienes que escogerrr a tu hombrrre y decirrr el día.

–Sip –ratificó Rob, sin mirar a la niña a los ojos.

Tiffany mantuvo la taza bien firme, aunque sólo porque, de repente, no podía mover ni un músculo. Pensaba: «¡Aaay! ¡Esto no me puede estar pasando! No puedo... no puede... no podemos... Ni siquiera son... ¡Esto es ridículo! ¡Huye!».

Sin embargo, era consciente de que cientos de caras nerviosas la observaban desde las sombras. Sus Segundos Pensamientos le dijeron que la forma en que manejase el asunto tendría suma importancia. «Todos te están mirando, y Fion quiere ver qué haces. No deberías odiar a una chica metro y pico más baja que tú, pero es lo que hay.»

–Bueno, esto es algo inesperado –anunció, obligándose a sonreír–. Un gran honor, por supuesto.

–Sip, sip –respondió Rob Cualquiera, mirando al suelo.

–Y sois tantos que sería muy difícil elegir a uno –siguió diciendo la niña, sin dejar de sonreír. Y sus Segundos Pensamientos añadieron: «¡A él tampoco le hace mucha gracia!».

–Sip, clarrro –contestó Rob.

–Me gustaría tomar un poco el aire mientras lo medito –concluyó Tiffany, y conservó la sonrisa hasta haber salido del montículo. Entonces se agachó y se puso a buscar entre las hojas de prímulas–. ¡Sapo! –gritó.

–¿Hm? –respondió el animal, que salió de entre la maleza masticando algo.

–¡Quieren casarse conmigo!

–¿Mm fmm ffm mm?

–¿Qué comes?

–Una babosa muy desnutrida –respondió el sapo, tragándosela.

–¡He dicho que quieren casarse conmigo!

–¿Y?

–¿Y? Bueno... ¡piénsalo un momento!

–Oh, vale, sí, el tema de la altura. Puede que ahora no parezca un gran impedimento, pero cuando tú midas metro setenta, él seguirá midiendo quince centímetros...

–¡No te rías de mí! ¡Soy la kelda!

–Bueno, claro, ése es el problema, ¿no? Por lo que a ellos respecta, existen reglas. La nueva kelda se casa con el guerrero que elija, sienta la cabeza, y tiene montones y montones de feegles. Sería un terrible insulto negarse...

–¡No voy a casarme con un feegle! ¡No puedo tener cientos de bebés! ¡Dime qué hago!

–¿Yo? ¿Decirle a una kelda lo que debe hacer? Jamás osaría. Y no me gusta que me griten. Hasta los sapos tienen su orgullo, ¿sabes? –Afirmó, volviendo a ocultarse entre las hojas.

Tiffany respiró profundamente, lista para gritar, pero cerró la boca.

«La vieja kelda tenía que saber todo esto –pensó–, así que... seguro que creía que yo era capaz de solucionarlo. No son más que las reglas, y ellos no saben qué hacer al respecto.» Ninguno quería casarse con una chica grande como ella, aunque no lo reconociesen; no eran más que las reglas.

Tenía que haber una forma de darle la vuelta, sin duda, aunque estaba obligada a aceptar un marido y ponerle día a la boda, como le habían dicho.

Se quedó mirando los espinos durante un momento. «Hmmm», pensó, y volvió a meterse en el agujero.

Los pictsis la esperaban, nerviosos; todas aquellas caras llenas de cicatrices y barbas la miraron.

–Te acepto a ti, Rob Cualquiera –dijo.

El rostro de Rob se convirtió en la viva imagen del terror, y la niña lo oyó murmurar: «¡Aj, porrrcrrristo!».

–Pero, por supuesto, la novia es quien debe elegir el día, ¿no? –añadió la niña, en tono alegre–. Todo el mundo lo sabe.

–Sip –asintió Rob Cualquiera, tembloroso–, es la trrradición, cierrrto.

–Entonces, eso haré. –Tomó aire–. En el fin del mundo hay una gran montaña de granito de un kilómetro y medio de altura, y, cada año, un pájaro diminuto vuela hasta allí y se limpia el pico en ella. Pues cuando el pajarito haya desgastado la montaña hasta que sea del tamaño de un grano de sal... ¡ese día me casaré contigo, Rob Cualquiera Feegle!

El terror de Rob Cualquiera se convirtió directamente en pánico, aunque después vaciló y, muy despacio, empezó a sonreír.

–Sip, buena idea –respondió, lentamente–. Tampoco hay que aprrresurrrarrr las cosas.

–Por supuesto –coincidió Tiffany.

–Y eso nosda tiempo parrra decidirrr la lista de invitados y tal.

–Exacto.

–Además, está el tema del vestido, el ramo de florrres y esas cosas –añadió Rob, cada vez más contento.

–Oh, sí.

–¡Perrro si en realidad ha dicho que no! –estalló Fion–. El pájarrro necesitarrrá millones de años parrra...

–¡Ha dicho sip! –gritó Rob Cualquiera–. ¡Todos lo habéis oído, muchachos! ¡Y ha puesto día! ¡Son las reglas!

–No prrroblemo con la montaña, tampoco –intervino Wullie Chiflado, todavía con las flores en la mano–. Dinos dónde es y segurrro que la tirrramos mucho más deprrrisa que cualquierrr plumíferrro chico...

–¡Tiene que serrr el pájarrro! –chilló Rob Cualquiera, desesperado–. ¿Vale? ¡El pajarrrito! ¡S'acabarrron las dis cusiones! ¡Elque quierrra discutirrr prrrobarrrá mi bota! ¡Algunos tenemos que robarrrle un muchachito chico a su alturrra! –Sacó la espada y la agitó–. ¿Quién viene?

Aquello pareció funcionar. A los Nac Mac Feegle les gustaban los objetivos concretos. Cientos de espadas y hachas de guerra, además de un puñado de flores machacadas, en el caso de Wullie Chiflado, blandieron el aire, y el grito de batalla de los hombrecillos levantó ecos en la cámara. El tiempo que tarda un pictsi en pasar de estado normal a modo demencial guerrero es tan escaso que no podría cronometrarlo ni el reloj más pequeño.

Por desgracia, como los pictsis son muy individualistas, cada uno tenía su propio grito, así que Tiffany sólo pudo distinguir unos cuantos entre el jaleo:

–¡Nos pueden quitarrr la vida, perrro nunca nos quitarrrán... nuestrrros pantaloneees!

–¡Menos da una piedrrra!

–¡Tú vete porrrel camino, que yo irrré a porrrtu carrrterrra!

–¡Sólo pueden quedarrr mil!

–¡Métetelo porrrdonde te quepa!

... Aunque las voces fueron uniéndose en un solo clamor que hizo temblar las paredes:

–¡Sin rey! ¡Sin reina! ¡Sin señorrr! ¡Sin amo! ¡No nos engañarrrán de nuevo!

El canto murió, una nube de polvo cayó del techo, y se hizo el silencio.

–¡Vamos! –gritó Rob Cualquiera.

Todos a una, los feegles salieron de las galerías, atravesaron la cámara y subieron por la pendiente que llevaba al agujero. En pocos segundos, la sala quedó vacía, salvo por el gonnagle y Fion.

–¿Adónde han ido? –preguntó Tiffany.

–Aj, se han ido y ya'stá –respondió Fion, encogiéndose de hombros–. Me quedarrré a cuidarrr del fuego. Alguien tiene que actuarrr como una kelda de verrrdad –concluyó, mirando con rabia a la niña.

–Espero de corazón que encuentres tu propio clan pronto, Fion –respondió Tiffany, amablemente, aunque la pictsi se limitó a fruncir el ceño.

–Correrrrán porrr ahí un rato, quizá apedrrreen a unos cuantos conejos y se caigan un parrr de veces –dijo William–. Frrrenarrrán cuando descubrrran que todavía no saben qué deben hacerrr.

–¿Siempre salen corriendo así?

–Aj, bueno, Rob Cualquierrra no quierrre oírrr hablarrr demasiado sobrrre bodas –respondió William, sonriente.

–Sí, en ese aspecto tenemos mucho en común.

La niña salió por el agujero y se encontró al sapo esperándola.

–Lo he oído todo, bien hecho –le dijo el animal–. Muy lista, muy diplomática.

Tiffany miró a su alrededor; todavía quedaban unas horas para la puesta del sol, pero las sombras ya empezaban a alargarse.

–Será mejor que nos vayamos ya –dijo, atándose el delantal–. Y tú te vienes, sapo.

–Bueno, no sé mucho sobre cómo entrar en... –comenzó a decir el sapo, intentando retroceder. Sin embargo, los sapos no pueden retroceder fácilmente, y Tiffany lo cogió y lo metió en el bolsillo del delantal.

Se dirigió a los montículos con las grandes piedras. «Mi hermano no crecerá nunca –pensó mientras corría por la hierba–. Eso dijo la anciana. ¿Cómo funciona eso? ¿En qué clase de lugar no se crece nunca?»

Los montes estaban más cerca. Vio a William y a Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico corriendo a su lado, aunque no había ni rastro de los otros Nac Mac Feegle.

Entonces llegó a los montes. Sus hermanas le habían dicho que había más reyes muertos enterrados por allí, pero a ella no le daba miedo, nada que hubiese en las lomas le daba miedo.

Sin embargo, hacía frío, y de eso no se había dado cuenta nunca antes.

«Encuentra el lugar donde el tiempo no encaja.»

Bueno, los montes eran historia, igual que las viejas piedras. ¿Encajaban? Bueno, sí, pertenecían al pasado, pero llevaban miles de años en las colinas, habían crecido allí. Eran parte del paisaje.

El sol bajo hacía que las sombras se alargasen, entonces era cuando la Caliza revelaba sus secretos. En algunos sitios, con la luz correcta, se veían los bordes de viejos campos y caminos. Las sombras enseñaban lo que la brillante luzdedía no podía ver.

Tiffany se había inventado la palabra luzdedía.

Ni siquiera veía las huellas de los cascos. Deambuló por los trilitos, que se parecían un poco a enormes portales de piedra, pero, aunque intentó caminar entre ellos, no pasaba nada.

Aquello no iba según lo previsto, tendría que haber una puerta mágica, estaba segura.

Notó un burbujeo en las orejas, lo que significaba que alguien tocaba la gaita de ratón. Miró a su alrededor y vio que William, el gonnagle, estaba de pie sobre una piedra caída con las mejillas hinchadas, igual que la bolsa de la gaita.

–¿Ves algo? –le preguntó la niña, haciéndole un gesto.

–Oh, sip –respondió William, quitándose la gaita de la boca, con lo que se detuvo el burbujeo.

–¿El camino a la tierra de la reina?

–Oh, sip.

–Bueno, ¿te importaría contármelo?

–A una kelda no tengo porrrr qué decírrrselo, una kelda sabrrría el camino sola.

–¡Pero podrías decírmelo a mí!

–Sip, y tú podrrrías pedirrrlo porrr favorrr. Tengo noventa y seis años, no soy una muñequita en tu casa de muñequitas. Tu abuela errra una mujerrr muuuy buena, perrro no aceptarrré órrrdenes de una pigmea marimandona.

Tiffany se quedó mirándolo durante un momento y después sacó al sapo del bolsillo del delantal.

–¿Pigmea?

–Es alguien muy pequeño –respondió el sapo–. Te lo digo yo.

–¡El me llama pigmea... a mí!

–¡Yo soy más grrrande porrr dentrrro! –exclamó William–. ¡Y me atrrreverrría a decirrr que tú no estarrrías contenta si una niñita gigantona llegase parrra darrrte órrrdenes!

–¡La antigua kelda daba órdenes!

–¡Sip! ¡Porrrque se había ganado respeto! –La voz del gonnagle parecía rebotar en las piedras.

–Por favor, ¡no sé qué hacer! –gimió Tiffany.

–Aj, bueeno, tampoco lo estás haciendo tan mal –respondió William, con un tono de voz más amable–. Conseguiste que Rob Cualquierrra no se casarrra contigo sin romperrr las reglas, y errres una muchacha valiente, lo reconozco. Encontrrrarrrás el camino si te tomas tu tiempo. Perrro no des un pisotón y esperrres que el mundo te obedezca. Lo que haces no es más que grrritarrr pidiendo carrramelos, ¿sabes? Utiliza los ojos, utiliza la caboza. –Se volvió a poner la pipa en la boca, hinchó las mejillas hasta que se llenó la bolsa de piel de ratón, y las orejas de Tiffany empezaron a burbujear de nuevo.

–¿Qué me dices tú, sapo? –preguntó, mirando en el interior del bolsillo.

–Me temo que estás sola. Fuese cual fuese mi identidad en el pasado, no sabía mucho sobre la búsqueda de puertas invisibles. Y debo decir que a mí tampoco me gusta que me presionen.

–Pero... ¡no sé qué hacer! ¿Tengo que decir una palabra mágica?

–No lo sé, ¿tienes que decirla? –repitió el sapo, y se volvió.

Tiffany era consciente de que los Nac Mac Feegle estaban llegando, aunque tenían la molesta costumbre de ser realmente silenciosos cuando querían.

«Oh, no –pensó–. ¡Creen que sé qué hacer! ¡Esto no es justo! No he recibido formación para esto, ¡nunca he ido a la escuela de brujas! ¡Ni siquiera puedo encontrar eso! La abertura tiene que estar por aquí, y seguro que hay pistas, ¡y no sé cuáles son! Me observan para averiguar si soy buena en esto, cuando lo que se me da bien es el queso, nada más. Aunque las brujas Se Encargan de las Cosas...»

Dejó el sapo en el bolsillo y notó el peso del libro Enfermedades de las ovejas.

Cuando lo sacó, oyó que los pictsis allí congregados dejaban escapar un suspiro.

«Creen que las palabras son mágicas...»

Abrió el libro al azar y frunció el ceño.

–Congestura –dijo en voz alta. A su alrededor, los pictsis asintieron con la cabeza y se dieron codazos–. Congestura es un temblor en las grezas de los corderos –leyó–, que puede dar lugar a una inflamación de las pascas inferiores. Si no se trata, puede dar lugar a una enfermedad más grave, llamada esloque. El tratamiento recomendado consiste en una dosis diaria de trementina hasta acabar con los temblores, la trementina o la oveja. –Se arriesgó a levantar la mirada y comprobó que los feegles la observaban desde cada piedra y monte, impresionados. Sin embargo, las palabras de Enfermedades de las ovejas no servían para congeniar con umbrales mágicos–. Rascazura –siguió leyendo. Se palpaba la emoción en el aire–. Rascazura es una enfermedad que hace que se escame la piel, sobre todo alrededor de los colgantes. La trementina es un remedio eficaz...

Y entonces lo vio por el rabillo del ojo, un oso de peluche. Era pequeñito y de un color rojo que no resultaba del todo natural. Tiffany sabía qué era: a Wentworth le encantaban los caramelos con forma de osito de peluche. Sabían a pegamento mezclado con azúcar, 100% Aditivos Artificiales.

–Ah –exclamó en voz alta–. No cabe duda de que mi hermano ha pasado por aquí...

Aquello provocó una conmoción.

Dio unos pasos adelante, sin dejar de leer sobre gargota de las fosas nasales y tambaleos, aunque siempre con un ojo en el suelo. Y allí estaba, otro osito de caramelo, esta vez verde, por lo que resultaba complicado distinguirlo de la hierba.

«Vaaale», pensó Tiffany.

Un poco más allá estaba uno de los arcos de tres piedras: dos piedras grandes con otra colocada encima. Lo había atravesado antes, pero no había pasado nada.

«Es que no debía pasar nada –pensó–. No se puede dejar un umbral por el que cualquiera pueda entrar a tu mundo, porque la gente entraría y saldría por accidente. Es necesario saber que está ahí. Quizá sea la única forma de que funcione. Bien, pues creeré que es la entrada.»

Lo atravesó y vio algo increíble: hierba verde y cielo azul que se hacía rosa alrededor de la puesta de sol, unas cuantas nubecillas blancas que se acostaban tarde y un cálido aspecto meloso que lo bañaba todo. Resultaba asombroso poder ver algo así, y el hecho de que la niña lo hubiese visto casi todos los días de su vida no lo hacía menos fantástico. Como propina, no hacía falta mirar a través de ningún arco de piedra para verlo, se podía apreciar prácticamente desde todas partes.

Pero...

... algo estaba mal. Tiffany atravesó el arco varias veces, y seguía sin estar segura. Estiró un brazo y puso la palma de la mano hacia arriba, intentando medir la altura del sol sobre el horizonte.

Entonces vio el pájaro, una golondrina que cazaba moscas y bajó en picado al otro lado de las piedras.

El efecto resultaba... extraño, casi inquietante, porque pasó por detrás de la piedra y la niña movió los ojos para seguir su descenso... y no pudo. Al cabo de un instante, cuando la golondrina tendría que haber aparecido, no lo hizo.

Después atravesó el hueco y, durante unos segundos, el pájaro estuvo a ambos lados de la piedra a la vez.

Ver aquello era como notar que te sacaban los ojos y les daban la vuelta.

«Encuentra el lugar donde el tiempo no encaja...» –El mundo que está al otro lado de ese hueco se encuentra por lo menos un segundo por detrás del tiempo de este lado –dijo, intentando sonar lo más segura posible–. Cre... sé que ésta es la entrada.

Los Nac Mac Feegle dejaron escapar algunos vítores y aplausos, para después correr por la hierba hacia ella.

–¡Toda esa lecturrra ha sido incrrreíble! –exclamó Rob Cualquiera–. ¡No entendí palabrrro!

–Sip, ¡tiene que serrr una lengua poderrrosa si nose sepe dequé demontrrres habla!

–Tienes maderrra de kelda, sin duda, señorrra –dijo Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico.

–¡Sip! –gritó Wullie Chiflado–. ¡Una pasada cómo viste los carrramelitos y no dijiste nada! ¡Crrreíamos que no verrrías el verrrde! –Los otros pictsis dejaron de vitorear y le lanzaron una mirada de odio–. ¿Qué he dicho? ¿Qué he dicho?

–Todos sabíais que se entraba por ahí, ¿verdad? –preguntó Tiffany, desinflándose.

–Oh, sip –respondió Rob Cualquiera–. Sepemos ese tipo de cosas. Vivíamos en el país de su alturrra, ya sepes, perrro nos rebelamos contrrra su malvada tirrranía...

–Y hacinaos eso, y ella nos echó porrrestarrr borrachos, y porrrbeberrr y porrrlucharrr todo el tiempo –añadió Wullie Chiflado.

–¡Quéva, no fue así! –rugió Rob Cualquiera.

–Y estabais esperando a ver si yo lograba encontrar el camino, ¿verdad? –preguntó la niña, antes de que empezase una pelea.

–Sip. Bien hecho, rapaza.

–No, de eso nada –respondió ella, sacudiendo la cabe za–, no he hecho magia de verdad, no sé cómo hacerla. Solamente he observado y lo he averiguado. En realidad, he hecho trampa.

Los pictsis se miraron unos a otros.

–Ah, bueeeno, ¿y qué es magia, eh? –dijo Rob Cualquiera–. Menearrr un palito y decirrr unas palabrrritas mágicas. ¿Qué tiene eso de listo, eh? Mirrrarrr las cosas, mirrrarrrlas de verrrdad y averrriguarrrlas, eso sí es una'bilidad de verrrdad.

–Sip, cierrrto –intervino William, el gonnagle, sorprendiendo a Tiffany–. Usaste los ojos y usaste la caboza. Eso hace una brrruja de verrrdad. El magiquerrrío es sólo publicidad.

–Oh, ¿de verdad? –preguntó ella, más animada–. Bueno, entonces... ¡eh, gente, aquí está nuestra puerta!

–Bien, ahorrra enséñanos cómo entrrrar –respondió Rob Cualquiera.

Tiffany vaciló y después pensó: «Puedo sentir cómo pienso. Me observo pensar. ¿Y qué pienso? Pienso que antes atravesé el arco y no pasó nada. Sin embargo, antes no estaba mirando, ni tampoco pensando, o, al menos, no de la forma adecuada. El mundo que veo a través del arco no es real de verdad, sólo lo parece. Es una especie de... cuadro mágico, alguien lo ha colocado para esconder la entrada. Si no prestas atención, bueno, entras y sales de él sin darte cuenta. Ajá...».

Atravesó el arco. No pasó nada. Los Nac Mac Feegle la observaron con aire solemne.

«Vaaale –pensó–. Todavía me está engañando, ¿no...?»

Se puso delante de las piedras, alargó los brazos y cerró los ojos. Caminó hacia delante muy despacio... y algo crujió bajo las botas, aunque no abrió los ojos hasta dejar de sentir las piedras. Cuando los abrió...

... se encontró con un paisaje en blanco y negro.

## 

## IMAGE

## Capítulo ocho

### La tierra del invierno

–Sip, tiene Prrrimerrra Vista, sin duda –dijo la voz de William detrás de Tiffany, mientras ella contemplaba el mundo de la reina–. Está viendo lo que está ahí en realidad...

La nieve lo cubría todo, bajo un cielo de un color blanco tan sucio que a la niña le dio la impresión de estar dentro de una pelota de ping–pong. Sólo los troncos negros y las ramas garabateadas de los árboles salpicadas por doquier le decían dónde acababa la tierra y empezaba el cielo...

... Además de las huellas de cascos, claro. Se dirigían a un bosque de árboles negros con ramas de nieve.

El frío era como agujas que le pinchaban la piel.

Bajó la mirada y vio que los Nac Mac Feegle entraban en tromba por el umbral, hundidos en la nieve hasta la cintura. Se desplegaron sin hablar, algunos blandían sus espadas.

Ya no se reían, ni bromeaban; estaban alerta.

–Bien –dijo Rob Cualquiera–. Buen trrrabajo. Espérrranos aquí y te trrraerrremos a tu herrrmanito chico, no prrroblemo...

–¡Yo también voy!

–Nah, la kelda no...

–¡Ésta sip! –exclamó Tiffany, estremeciéndose–. Digo, ¡sí! Es mi hermano. Y ¿dónde estamos?

–Ya'stás aquí, así que supongo que no pasa nada si lo digo –respondió Rob, mirando el pálido cielo. No se veía el sol por ninguna parte–. A'sto lo llamamos el País de las Hadas.

–¿El País de las Hadas? ¡No, no puede ser! ¡He visto dibujos! El País de las Hadas es... está lleno de árboles, flores, sol y... ¡y cosas que tintinean! ¡Bebés regordetes con peleles y trompetas! ¡Gente con alas! Eeeh... ¡y gente rara! ¡He visto dibujos!

–No siemprrre's así, y no puedes venirrrte porrrque no tienes arrrma, señorrra.

–¿Qué ha pasado con mi sartén?

Algo se tropezó con sus tobillos, se volvió y vio que Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico sostenía la sartén con aire triunfal.

–Vale, tienes la sarrrtén –concedió Rob Cualquiera–, perrro aquí necesitas una'spada de hierro forrrjada a parrrtirrr de un trrrueno. Es como, ya sepes, el arrrma oficial parrra invadirrr el País de las Hadas...

–Sé usar la sartén, y soy...

–¡Qué vienen! –chilló Wullie Chiflado.

Tiffany vio una fila de puntos negros a lo lejos, y notó que alguien se le subía a la espalda y se le colocaba en la cabeza.

–Son los perros negrrros –anunció Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico–. Docenas, grrran hombrrre.

–¡No podemos correr más deprisa que ellos! –gritó la niña, agarrando la sartén.

–No'ce falta –contestó Rob–. Esta vez tenemos al gonnagle. Aunque quizá quierrras meterrrte los dedos enlas orrrejas.

William clavó la mirada en la jauría que se acercaba y empezó a desenroscar algunos de los tubos de la gaita de ratón y a meterlos en la bolsa que llevaba al hombro.

Los perros estaban mucho más cerca, Tiffany veía los dientes de cuchillas y los ojos ardientes.

Poco a poco, William sacó unos tubos más cortos, de aspecto plateado, y los enroscó en su sitio. Tenía la expresión de alguien que no pensaba ciarse prisa.

La niña agarró el mango de la sartén. Los perros no ladraban, habrían sido menos aterradores si lo hubiesen hecho.

William se colocó la bolsa de la gaita bajo el brazo y sopló por uno de los tubos hasta que la bolsa se hinchó.

–Voy a tocarrr ese grrrrrrrran favorrrito –anunció; los perros estaban tan cerca que Tiffany los veía babear–: El rey bajo el agua.

Todos a una, los Nac Mac Feegle soltaron las espadas y se taparon las orejas con las manos.

El gonnagle se llevó la boquilla a los labios, dio un par de golpecitos con un pie en el suelo, y, justo cuando uno de los perros se preparaba para saltar sobre Tiffany, empezó a tocar.

Muchas cosas pasaron más o menos a la vez: los dientes de la niña empezaron a vibrar; la sartén le tembló en las manos y cayó sobre la nieve; el perro que tenía delante se puso bizco y, en vez de saltar, cayó de cabeza al suelo.

Los perros sombríos no prestaron atención a los pictsis; se pusieron a aullar, a girar y a intentar morderse el rabo; se tambalearon y se tropezaron unos con otros. La fila de muerte jadeante se convirtió en docenas de animales desesperados que se retorcían, estremecían e intentaban escapar de su propio pellejo.

La nieve se fundía en un círculo alrededor de William, cuyas mejillas estaban rojas por el esfuerzo. Empezó a surgir vapor.

Se quitó el tubo de la boca, y los perros, que se revolvían sobre la nieve medio derretida, levantaron la cabeza. Entonces, como un solo perro, metieron el rabo entre las patas y corrieron como galgos de vuelta al lugar del que habían salido.

–Bueeeno, ya sepen que'stamos aquí –dijo Rob Cualquiera, secándose las lágrimas.

–¿Ká fasado? –preguntó Tiffany, tocándose los dientes para comprobar que no le faltaba ninguno.

–Ha tocado las notas del dolorrr –explicó Rob–. No se'scuchan porrrque son muy agudas, perrro los perrros sí. Les hace daño en la caboza. Ahorrra es mejorrr que sigamos antes deque nos mande otrrra cosa.

–¿Los manda la reina? ¡Pero parecen salidos de una pesadilla!

–Oh, sip. D'ahí los sacó.

Tiffany miró a William, el gonnagle, que estaba cambiando los tubos tranquilamente; él vio que lo miraba, levantó la vista y le guiñó un ojo.

–Los Nac Mac Feegle se toman la música muuuy en serrrio –dijo, para después señalar con la cabeza un punto en la nieve, cerca del pie de Tiffany.

Allí había un osito amarillo azucarado, 100% Aditivos Artificiales. Y la nieve que rodeaba a Tiffany se estaba derritiendo.

Dos pictsis transportaban a la chica fácilmente; pasaba rozando la nieve del suelo, con todo el clan corriendo detrás.

«No hay sol en el cielo.» Incluso en los días más grises, normalmente se veía dónde estaba el sol, pero no en aquel lugar. También había otra cosa extraña, algo que no sabía bien cómo llamar: no parecía un sitio de verdad. Aunque no entendía por qué tenía esa impresión, el horizonte era raro, parecía estar lo bastante cerca para tocarlo, y eso era una tontería.

Además, las cosas no estaban... terminadas. Como los árboles y el bosque al que se dirigían, por ejemplo. «Un árbol es un árbol –pensó–. Ya estés cerca o lejos, es un árbol. Tiene corteza, ramas y raíces, y sabes que están ahí, aunque se encuentren tan lejos que parezcan manchas.»

Sin embargo, allí los árboles eran diferentes; tenía la sensación de que eran, de hecho, manchas, y que les crecían las raíces, ramitas y demás detalles conforme se acercaba a ellos, como si pensaran: «¡Deprisa, alguien nos mira! ¡Que parezca real!».

Era igual que estar en un cuadro en el que el artista no se había molestado mucho con las cosas del fondo, aunque se había apresurado a añadir un toque de realismo adondequiera que miraras.

El aire estaba frío y muerto, como el aire de los viejos sótanos.

La luz fue perdiendo intensidad al acercarse al bosque, y, entre los árboles, resultaba azul y espeluznante.

«No hay pájaros.»

–Alto –ordenó.

Los pictsis la dejaron en el suelo, aunque Rob Cualquiera dijo:

–No deberrríamos quedarrrnos mucho porrraquí. Caboza alta, chicos.

Tiffany sacó al sapo, que parpadeó al ver la nieve.

–Ay, miercroac –murmuró–. Esto no es bueno, tendría que estar hibernando.

–¿Por qué parece todo tan... extraño?

–Ahí no puedo ayudarte, sólo veo nieve, sólo veo hielo, sólo veo muerte por congelación. No hago más que escuchar al sapo que llevo dentro.

–¡No hace tanto frío!

–A mí... me parece... frío... –El sapo cerró los ojos. Tiffany suspiró y lo dejó otra vez en el bolsillo.

–Te dirrré dónde'stás –dijo Rob Cualquiera, examinando las sombras azules–. ¿Ya sepes de'sos bichitos chicos que se pegan alas ovejas, chupan sangrrre y caen otrrra vez? Tod'este mundo es como uno de'sos.

–Te refieres a una garrapata? ¿Un parásito? ¿Un vampiro?

–Oh, sip. Flota porrrahí hasta que'ncuentrrra un lugarrr débil en un mundo alque nadie prrresta'tención, y abrrre una puerrrta. Después, su alturrra envía a los suyos, porrrobarrr, ya sepes. Asaltarrr grrranjas, hurrrtarrr ganado...

–A nosotrrros nos gustaba robarrr los animales vacas –añadió Wullie Chiflado.

–Wullie –intervino Rob Cualquiera, señalándose la espada–, ¿sepes que te dije que había veces que tendrrrías que pensarrr antes d'abrrrir la bocaza?

–Sip, Rob.

–Bueeeno, ésta errra una. –Rob se volvió y miró a Tiffany, algo avergonzado–. Sip, érramos los mejorrres ladrrrones salvajes de su alturrra, la gente nisiquierrra salía a cazarrr, porrrmiedo a los hombrrrecillos. Perrro a ella nunca le bastaba, siemprrre querrría más. Perrro nosotrrros dijimos que no'staba bien robarrrle su único cerrrdo a un'anciana, ni la comida a esos queno tenían bastante parrra comerrr. A un feegle no le imporrrta robarrr una taza deorrro a un grrrandullón, ya sepes, perrro llevarrrse...

... la taza en la que un anciano guardaba la dentadura postiza les daba vergüenza, según dijeron. Los Nac Mac Feegle estaban siempre dispuestos a luchar y robar, sin duda, pero ¿quién querría luchar contra los débiles y robar a los pobres?

Allí, al final del bosque en sombras, Tiffany escuchó la historia de un mundo pequeño en el que nada crecía, en el que no brillaba el sol y en el que todo tenía que venir de otro lugar. Era un mundo que tomaba y nunca daba nada a cambio, salvo miedo. Asaltaba..., y la gente aprendía a quedarse en la cama cuando oía ruidos extraños por la noche, porque, si alguien le causaba problemas, la reina podía controlar sus sueños.

La niña no entendió bien cómo lograba hacerlo, aunque de ahí era de donde salían cosas como los perros sombríos y los jinetes sin cabeza. Aquellos sueños eran... más reales. La reina podía cogerlos y hacerlos... más sólidos. Podías meterte dentro y desaparecer, y no te despertabas hasta que los monstruos te alcanzaban...

La gente de la reina no se llevaba sólo comida, también cogían personas...

–... como flautistas –dijo William, el gonnagle–. Las hadas no saben música, así que roba a un hombrrre porrrrla música que hace.

–Y se lleva a los niños –añadió Tiffany.

–Sip. tu herrrmanito chico no es el prrrimerrro –siguió diciendo Rob–. Aquí no hay muchas brrromas y risas, ya sepes. Ella crrree que sele dan bien los crrríos.

–La vieja kelda dijo que no le haría daño. Es cierto, ¿no? –preguntó la niña.

Los Nac Mac Feegle eran como un libro abierto, y se trataba de un libro grande y sencillo, con dibujos de «encuentra al perro» y «pelota roja grande», además de un par de frases cortas en cada página. Lo que estaban pensando se leía claramente en sus rostros, y, en aquel instante, todos tenían una expresión que decía: «Porrrcrrristo, esperrro que no haga la prrregunta que no querrremos responderrr...».

–Es cierto, ¿no? –insistió.

–Oh, sip –respondió Rob Cualquiera, lentamente–. No te mintió eneso. Su alturrra intentarrrá serrr amable con él, perrro no sepe cómo. Es una elfa, nose les da bien pensarrr enlos demás.

–¿Qué le pasará si no lo sacamos de aquí? –De nuevo, notó esa expresión de «no nos gusta porrrdonde va esto»–. He dicho...

–Dirrría que ella lo devolverrrá, en su momento –respondió William–. Y él no habrrrá crrrecido, aquí nada crrrece. Nada de nada.

–Entonces, ¿estaría bien?

Rob Cualquiera hizo un ruido con la garganta, sonaba como una voz que intentaba decir «sip», pero que discutía con un cerebro que sabía que la respuesta era «no».

–Decidme lo que no me estáis diciendo –pidió Tiffany.

–Eso's mucho –respondió Wullie Chiflado–. Porrrejemplo, el punto de fusión del plomo es...

–El tiempo pasa más despacio cuanto más temetes en este lugarrr –explicó Rob Cualquiera, rápidamente–. Los años pasan como días. Su alturrra se cansarrrá del crrrío chico dentrrro de unparrr de meses, quizá. Unparrr de meses aquí, ya sepes, donde el tiempo es lento y pesado. Perrro, cuando vuelva al mundo morrrtal, tú serrrás una vieja señorrra, o quizá estés murrrida. Asíque si tienes crrrías tuyas, serrrá mejor queles digas que, si ven a un niñito pegajoso porrrlas colinas grrritando parrraque le den carrramelos, es su tío Wentworrrth. Tampoco serrría lo peorrr. Sivives en sueños demasiado tiempo, te vuelves loco, no puedes desperrrtarrr bien, nunca vuelves a entenderrr la realidad...

Tiffany lo miró.

–Ha pasado antes –coincidió William.

–Me lo llevaré de vuelta –afirmó la niña.

–Nolo dudamos –respondió Rob–. Y, donde vayas tú, vamos nosotrrros. ¡Los Nac Mac Feegle no temen nada!

Prorrumpieron en vítores, pero a Tiffany le dio la impresión de que las sombras azules absorbían todos los sonidos.

–Sip, salvo a los abogados mmmf, mmmf –intentó decir Wullie Chiflado, antes de que Rob consiguiera cerrarle la boca.

Tiffany se volvió hacia la línea de huellas y empezó a caminar.

La nieve crujía con un ruido desagradable cuando la pisaba. Avanzó un poco, viendo cómo los árboles se hacían más reales al acercarse a ellos, y, después, se volvió.

Todos los Nac Mac Feegle avanzaban sigilosamente detrás de ella. Rob Cualquiera asintió con la cabeza, alegre. Las pisadas de la niña se habían convertido en agujeros en la nieve, a través de los cuales se veía la hierba.

Los árboles la tenían muy molesta, porque la forma en que cambiaban le resultaba más terrorífica que cualquier monstruo. A los monstruos los podías golpear, pero a un bosque no, y tenía ganas de pegarle a algo.

Se detuvo, arañó la nieve de la base de un árbol, y, por un instante, debajo sólo quedó un manchurrón gris. Ante los ojos de Tiffany, la corteza creció hasta donde estaba la nieve y se quedó allí, fingiendo que llevaba en aquel lugar desde siempre.

Resultaba aún más preocupante que los perros sombríos, que no eran más que monstruos a los que podían vencer, mientras que aquello... daba miedo...

Otra vez los Segundos Pensamientos; notaba crecer el susto, que el estómago se convertía en un nudo ardiente y los codos le sudaban, y, sin embargo, no estaba... conectado. Contemplaba cómo se asustaba, y eso quería decir que parte de ella, la parte que observaba, todavía no lo estaba.

El problema era que la transportaban unas piernas que sí que tenían miedo, por lo que debía andarse con ojo.

Ahí fue cuando todo se fue a la porra, cuando el miedo se apoderó de ella de repente. Se encontraba en un mundo desconocido, con monstruos, perseguida por cientos de ladroncillos azules y... perros negros. Jinetes sin cabeza, monstruos del río, ovejas que volaban marcha atrás sobre los campos, voces debajo de la cama...

El terror la dominó; sin embargo, como era Tiffany, corrió hacia él, sartén en mano. Tenía que atravesar el bosque, encontrar a la reina, coger a su hermano y ¡salir de allí!

En algún punto detrás de ella, unas voces empezaron a gritar.

Se despertó.

No había nieve, pero sí veía la blancura de las sábanas y del techo de yeso de su dormitorio. Lo contempló un instante, se inclinó y miró debajo de la cama, donde no había nada más que la bacinilla. Cuando abrió de golpe la puerta de la casa de muñecas, los únicos que estaban dentro eran los dos soldados de juguete, el oso de peluche y la muñeca sin cabeza.

Las paredes eran sólidas, el suelo crujía como siempre, las zapatillas parecían las mismas: viejas, cómodas y con toda la pelusilla rosa gastada.

Se quedó en el centro del cuarto y dijo, en voz muy baja:

–¿Hay alguien ahí?

Las ovejas balaron en la distante ladera, aunque seguramente no la habían oído.

La puerta se abrió con un chirrido, y Bolsa de Ratas, el gato, entró en el dormitorio y se frotó contra sus piernas, ronroneando como una tormenta lejana, para después subirse a la cama y hacerse un ovillo.

Tiffany se vistió, pensativa, y retó a la habitación a que hiciese algo extraño.

Cuando bajó, el desayuno se estaba preparando, y su madre trabajaba en el fregadero.

La niña salió corriendo por la trascocina y se metió en la vaquería; se puso a cuatro patas, y rebuscó debajo del fregadero y detrás de los armarios.

–Ya podéis salir, de verdad –dijo.

No salió nadie, estaba sola en la habitación. Muchas veces se encontraba sola en la habitación y lo disfrutaba, pero, en aquel momento, por algún motivo, estaba demasiado vacía, demasiado limpia...

Cuando volvió a la cocina, su madre seguía de pie frente al fregadero, lavando platos, aunque alguien había puesto un cuenco de gachas humeantes junto a los únicos cubiertos de la mesa.

–Hoy haré más mantequilla –comentó Tiffany con pre caución, sentándose–. Es lo mejor que puedo hacer, con tanta leche como tenemos. –Su madre asintió y dejó un plato en el escurridor que había al lado del fregadero–. No he hecho nada malo, ¿verdad? –preguntó la niña. Su madre sacudió la cabeza, y Tiffany suspiró. «Y entonces se despertó y todo había sido un sueño.» Era el peor final que podía dársele a una historia. Sin embargo, todo le había resultado tan real... Recordaba el olor a humo de la caverna de los pictsis, y que... ¿cómo se llamaba?... oh, sí, Rob Cualquiera... que Rob Cualquiera siempre se ponía nervioso cuando tenía que hablarle.

Entonces pensó en lo raro que era que Bolsa de Ratas se hubiese restregado así; se dormía en la cama de la niña en cuanto podía, pero, durante el día, se quitaba de en medio. Qué extraño...

Oyó un tintineo cerca de la chimenea. La pastorcilla de porcelana del estante de la abuela se movía de laclo por iniciativa propia y, mientras Tiffany la contemplaba, con la cuchara a medio camino de la boca, cayó y se hizo añicos en el suelo.

El tintineo continuó, aunque, en aquella ocasión, venía del gran horno. Se dio cuenta de que la puerta temblaba.

Se volvió hacia su madre y vio que dejaba otro plato en el escurridor, pero no lo sostenía con una mano...

La puerta del horno saltó de golpe y se deslizó por el suelo.

–¡Nocomaslasgachas!

Cientos de Nac Mac Feegle se desparramaron por las baldosas de la habitación.

Las paredes cambiaban, el suelo se movía, y la criatura que se apartaba del fregadero ni siquiera era humana, sino tan sólo... una cosa, tan humana como una galleta con forma de hombre, gris como la masa rancia, cambiando de forma mientras avanzaba hacia Tiffany.

Los pictsis pasaron junto a ella envueltos en una tormenta de nieve.

Ella miró los diminutos ojos negros de la cosa.

El grito surgió de un lugar muy profundo, ya no había ni Segundos Pensamientos, ni primeros pensamientos, sólo un grito. Pareció expandirse al abandonar la boca de Tiffany y convertirse en un túnel negro delante de ella, y, mientras caía por él, oyó algo en el tumulto que dejaba atrás:

–¿Aquién crrrees que mirrras, amigo? ¡Porrrcrrristo, qué montón de sopapos tevas a llevarrr!

Tiffany abrió los ojos.

Estaba tumbada en un sueño húmedo, en el bosque nevado y oscuro. Los pictsis la observaban con cuidado, aunque notó que había más detrás de ellos, mirando hacia fuera, vigilando la penumbra que reinaba entre los troncos.

Había... algo en los árboles, cachos de algo gris que colgaba de ellos como un trapo viejo.

Volvió la cabeza y vio a William de pie junto a ella, observándola con cara de preocupación.

–Ha sido un sueño, ¿no? –le preguntó.

–Bueeeno –respondió William–, lo errra, perrro no lo errra...

Tiffany se levantó de golpe, lo que hizo que los pictsis diesen un salto hacia atrás.

–Pero esa... esa cosa estaba en el sueño, y después ¡todos salisteis del horno! –exclamó–. ¡Estabais en mi sueño! ¿Qué es... qué era esa criatura?

–Es lo que llamamos un somníbulo –respondió William, después de esperar unos segundos, como si intentara decidirse–. ¿Recuerrrdas que las cosas que están aquí no son de aquí? Todo es un reflejo del exteriorrr, algo secuestrrrado de otrrro mundo o algo que su alturrra ha crrreado con magia. Se escondía en los árrrboles, y tú ibas tan deprrrisa que no lo has visto. ¿Conoces las arrrañas?

–¡Claro!

–Bueno, las arrrañas tejen telarrrañas, los somníbulos tejen sueños. Aquí es fácil, porrrque el mundo del que vienes es real. Este lugarrr es casi irreal, así que, al fin y al cabo, es como un sueño, y el somníbulo hace un sueño parrra ti, con una trrrampa dentrrro: si comes algo, no querrás salirrr nunca. –Parecía esperar a que la niña le demostrase lo impresionada que la había dejado.

–¿Qué gana el somníbulo con eso?

–Le gusta verrr sueños. Se divierrrte viéndote diverrrtirrrte. Te obserrrva atiborrarrrte de comida de sueños hasta que muerrres de hambrrre. Después, te come a ti. No inmediatamente, porrr supuesto, se esperrrra a que estés un poquitín derretido, porrrque no tiene dientes.

–Entonces, ¿cómo se sale?

–La mejorrr forrrma's encontrrrarrr al somníbulo –respondió Rob Cualquiera–. Tiene que'starrr en el sueño contigo, disfrrrazado. Después, le das de sopapos.

–¿Por sopapos te refieres a...?

–Corrrtarrrle la caboza suele funcionarrr.

En aquel momento, Tiffany pensó: «Ahora sí que estoy impresionada. Ojalá no lo estuviera».

–¿Y esto es el País de las Hadas? –preguntó.

–Sip. Podrrría decirrrse que es la parrrte que no ven los turrristas –contestó William–. Lo has hecho bien, luchabas contrrra él, sabías que algo no estaba bien.

Tiffany recordó al gato amistoso y a la pastorcilla que caía al suelo: había intentado mandarse un mensaje. Tendría que haberse escuchado.

–Gracias por venir a por mí–dijo, dócilmente–. ¿Cómo lo hicisteis?

–Aj, norrrmalmente encontrrramos la forrrma de entrrrarrr en cualquierrr parrrte, incluso en un sueño –le explicó William, sonriendo–. Al fin y al cabo, somos una familia de ladrrrones. –Un trozo de somníbulo cayó pesadamente del árbol.

–¡No volverán a cogerme!

–Sip, lo crrreo, lo veo en tu mirrrada asesina –repuso William, con un ligero tono de admiración–. Si yo fuese un somníbulo, me asustarrría mucho..., si tuviese cerrrebrrro, clarrro. Perrro te advierrrto que habrrrá más, y algunos son astutos. Su alturrra los usa de guarrrdias.

–¡No me engañarán! –Tiffany recordaba el horror del momento en que la cosa empezó a moverse y a cambiar de forma. Lo peor era que había sido en su casa, en su territorio. Había sentido verdadero terror al ver cómo la criatura sin forma sembraba el caos en la cocina, pero también había sentido rabia. Invadía su territorio.

La cosa no sólo había intentado matarla, sino que la había insultado...

William la observaba.

–Sip, tienes un aspecto muy ferrroz. Tienes que querrrerrr mucho a tu herrrmano chico para enfrrrentarrrte a estos monstrrruos porrr él...

Y la niña no pudo detener sus pensamientos: «No lo quiero, sé que no lo quiero. Es demasiado... pegajoso, no puede seguirme el ritmo, y tengo que pasar demasiado tiempo cuidando de él. No puedo hablarle, siempre quiere algo».

Sin embargo, sus Segundos Pensamientos dijeron: «Es mío. Mi territorio, mi hogar, ¡mi hermano! ¡Cómo se atreven a tocar mi propiedad!».

La habían criado para no ser egoísta, sabía que no lo era, o, al menos, no lo era en el sentido que utilizaba la gente. Intentaba pensar en los demás, nunca se quedaba con la última rebanada de pan. Aquello no tenía nada que ver.

No estaba siendo valiente, ni noble, ni amable; lo hacía porque tenía que hacerse, porque no había más opción. Pensó en:

... La luz de la abuela Dolorido zigzagueando por las lomas durante las heladas noches estrelladas o en las tormentas que parecían guerras, salvando a los corderos de las heladas y a los carneros del precipicio. Por las noches, ella avanzaba a trompicones, helada y con andar pesado, para salvar a ovejas idiotas que nunca le daban las gracias y que, probablemente, seguirían siendo igual de idiotas al día siguiente y se meterían en los mismos problemas. Lo hacía porque no hacerlo resultaba impensable.

Una vez se encontraron con un vendedor ambulante y su burro en la carretera. Era un burro pequeño y apenas podía verse debajo de la carga que le había puesto encima su dueño. Para colmo de males, el dueño le pegaba porque se había caído.

Tiffany lloró al verlo, y la abuela la miró y le dijo algo a Trueno y Relámpago...

El vendedor ambulante se detuvo cuando oyó los gruñidos. Los perros ovejeros habían tomado posición a ambos lados del hombre, de modo que no pudiese ver a los dos a la vez. Levantó un palo, como si fuese a golpear a Relámpago, y el gruñido de Trueno subió de tono.

–Le aconsejo que no lo haga –dijo la abuela.

No era estúpido. Los ojos de los perros parecían bolas de acero, así que bajó el brazo.

–Ahora, tire el palo.

El hombre lo hizo, lo soltó en el polvo como si, de repente, estuviese al rojo vivo.

La abuela Dolorido se acercó y lo recogió. Tiffany recordaba que era una rama de sauce, larga y flexible.

De repente, tan deprisa que su mano se convirtió en un borrón, la abuela golpeó con ella dos veces la cara del hombre, dejándole dos largas marcas rojas. Aunque él empezó a moverse, algún pensamiento desesperado tuvo que salvarlo, porque los perros estaban ya casi frenéticos, esperando la orden de saltar.

–Duele, ¿verdad?–comentó la abuela, amablemente–. Bueno, sé quién eres y me parece que tú sabes quién soy. Vendes ollas y sartenes, y no son malas, por lo que recuerdo. Pero si yo corriese la voz, te quedarías sin negocio en mis colinas. Ta lo sabes: es mejor alimentar a tu animal que azotarlo. ¿Me oyes? –Con los ojos cerrados y las manos temblorosas, el hombre asintió–. Eso servirá –respondió la abuela Dolorido, y, al instante, los perros volvieron a ser dos ovejeros normales que se colocaron a ambos lados de su dueña, con la lengua fuera.

La niña vio que el hombre desempaquetaba parte de la carga y se la echaba a la espalda; después, con sumo cuidado, urgió al burro a seguir. La abuela lo observó marchar mientras llenaba la pipa de Alegre Marinero. Entonces la encendió y dijo, como si acabase de ocurrírsele: «Los que pueden hacer, deben hacer por los que no pueden. T alguien tiene que hablar por los que no tienen voz».

«¿Y esto es ser una bruja? –pensó Tiffany–. ¡No es lo que esperaba! ¿Cuándo empieza la parte buena?»

–Sigamos –dijo en voz alta, levantándose.

–¿No'stás cansada? –le preguntó Rob.

–¡Vamos a seguir adelante!

–¿Sip? Bueeeno, prrrobablemente se dirrrige a su casa'l otrrro laclo del bosque. Si no te llevamos, tarrrdarrremos unparrr de horrras...

–¡Caminaré! –El recuerdo de la gran cara muerta del somníbulo intentaba regresar a su cabeza, pero la furia no le dejaba sitio–. ¿Dónde está la sartén? ¡Gracias! ¡Vamos!

Empezó a andar a través de los extraños árboles. Las huellas de cascos casi brillaban en la penumbra, y, de vez en cuando, veían otras huellas que las cruzaban: huellas que podrían haber sido de pájaros, otras más redondas que podrían haber sido de cualquiera cosa y líneas garabateadas como las que haría una serpiente, si es que existían las serpientes de nieve.

Los pictsis corrían en fila, con ella en el centro.

Incluso mientras desaparecía lo peor de la furia, le resultaba difícil contemplar aquel lugar sin que le doliese la cabeza. Las cosas que parecían estar lejos se acercaban demasiado deprisa, los árboles cambiaban de aspecto al pasar junto a ellos...

Era casi irreal, como había dicho William, casi un sueño. El mundo no tenía suficiente realidad dentro para que las distancias y las formas funcionasen como era probable. De nuevo, el artista mágico pintaba a lo loco. Si miraba con atención un árbol, cambiaba y parecía más árbol, y menos un dibujo de los que pintaba Wentworth con los ojos cerrados.

«Esto es un mundo inventado –pensó la niña–. Casi como una historia. Los árboles no necesitan muchos detalles, porque ¿quién mira los árboles en una historia?»

Se detuvo en un clarito, miró atentamente un árbol, y el árbol pareció ciarse cuenta de que lo observaban, porque se hizo más real. La corteza se hizo más rugosa, y le crecieron ramitas de verdad al final de las ramas grandes.

Además, la nieve se derretía alrededor de los pies de Tiffany, aunque derretía no era la palabra correcta: lo que hacía era desaparecer, dejando sólo hojas y hierba.

«Si yo fuera un mundo que no tiene suficiente realidad para subsistir –pensó la chica–, la nieve me sería muy útil, porque no conlleva mucho esfuerzo, no es más que materia blanca. Todo parece blanco y sencillo. Pero yo puedo complicarlo, soy más real que este lugar.»

Oyó un zumbido sobre ella y levantó la vista.

De repente, el aire se llenó de gente pequeña, más pequeña que los feegles, con alas de libélula. Aquellos seres estaban envueltos en un halo dorado. Tiffany, hechizada, alargó una mano...

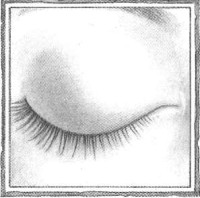
En aquel preciso momento, todo el clan de los Nac Mac Feegle pareció echársele sobre la espalda y tirarla en la nieve.

Cuando logró levantarse, el claro era un campo de batalla, en el que los pictsis saltaban y lanzaban mandobles a las criaturas voladoras, que zumbaba a su alrededor como avispas. Mientras observaba, dos de ellas se lanzaron sobre Rob Cualquiera y se lo llevaron por los aires cogido del pelo.

El hombrecillo chillaba y forcejeaba, así que Tiffany dio un salto y lo cogió por la cintura, golpeando a las criaturas con la otra mano. Los seres soltaron al pictsi y la esquivaron fácilmente, volando por el aire tan veloces como colibríes. Uno de ellos le mordió el dedo antes de alejarse.

–Ooooooooooooooooooooeeeeerrrrrrrrr... –empezó a decir una voz.

–¡Deprrrisa, bájame! –chilló Rob, luchando por soltarse de Tiffany–. ¡Vamos a tenerrr poesía!



## 

## Capítulo nueve

### Los niños perdidos

El gemido retumbó por el claro, tan lúgubre como un mes lleno de lunes.

–... rrrrrraaaaaaaaaaooooooooooo...

Sonaba como un animal que sufría un dolor terrible, aunque, de hecho, era Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico, que se encontraba de pie sobre un ventisquero, con una mano en el corazón y la otra extendida, muy teatral.

También estaba poniendo los ojos en blanco.

–... oooooooooooooooooooooo...

–Aj, que te venga la musa es algo terrible –comentó Rob Cualquiera, tapándose las orejas con las manos.

–Oooooiiiiieeeees con grrran lamento y peorrr desmayo –gruñó el pictsi– que a la trrriste decadencia del País de las Hadas nos enfrrrentamos dando el callo...

Las criaturas voladoras dejaron de atacar y empezaron a alarmarse. Algunas se chocaron en vuelo.

–Con grrran númerrro de incidentes horrorrrosos sin parrrarrr, incluyendo, lo lamento, un ataque aérrreo de las que fuerrran las más bellas del lugarrr... –siguió recitando Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico.

Los seres chillaron, algunos se estrellaron en la nieve, aunque los que todavía podían volar se alejaron a toda prisa.

–Prrresenciado porrr todos en esta colina, ¡y celebrrrado porrr medio de esta aprrresurrrada rima! –les gritó Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico.

Y desaparecieron.

Los feegles se levantaron del suelo, algunos sangraban por las mordeduras de las hadas, y muchos seguían tirados en la nieve, gruñendo.

Tiffany se miró el dedo: el mordisco de la criatura le había dejado dos agujeritos diminutos.

–No ha'stado demasiado mal –le gritó Rob desde el suelo–. No s'han llevado a nadie; sólo tenemos unos cuantos casos de chicos que no s'han tapado las orrrejas a tiempo.

–¿Están bien?

–Bueno, mejorrrarrrán con terrrapia.

En el montón de nieve, William le daba palmaditas amistosas en el hombro a Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico.

–Muchacho, ha sido uno de los peorrres poemas que he escuchado en mucho tiempo –aseguró, orgulloso–. Resultaba ofensivo a los oídos y una torrrturrra parrra el alma. Hace falta pulirrr las dos últimas líneas, perrro los quejidos te han salido bien. En conjunto, ¡un esfuerrrzo muy encomiable! ¡Al final te converrrtirrremos en un verrrdaderrro gonnagle!

Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico se sonrojó, contento.

«Está claro que en el País de las Hadas las palabras tienen mucho poder –pensó Tiffany–. Y yo soy más real, tengo que recordarlo.»

Los pictsis se reunieron de nuevo a la orden de batalla, aunque en desorden, y siguieron adelante. Aquella vez, la niña decidió no alejarse mucho de ellos.

–Ahí tienes tu gente pequeña con alas –dijo Rob, mientras Tiffany se chupaba el dedo–. ¿Contenta?

–¿Por qué intentaban secuestrarte?

–Aj, se llevan a sus víctimas al nido, donde los más chicos...

–¡Para! Esto va a ser horrible, ¿verdad?

–Oh, sip, asquerrroso.

–¿Y vosotros vivíais aquí?

–Perrro antes no errra tan malo. No prrrefecto, clarrro, perrro su alturrra no errra tan frrría en los viejos tiempos. El rey seguía porrr aquí, y ella errra siemprrre feliz.

–¿Qué pasó? ¿Murió el rey?

–No, tuvierrron algún palabrrro más alto que otrrro, si sepes lo que digo.

–Ah, te refieres a una discusión...

–Un poco, puede, aunque errran palabrrros mágicos. Bosques destrrruidos, montañas estallando, unos cuantos cientos de murrridos, esas cosas. Y él se fue a su mundo. El País de las Hadas nunca fue una merrrienda en el campo, ya sepes, ni siquierrra en los viejos tiempos, perrro'staba bien si'stabas alerrrta, y había florrres, pajarrritos y verrrano. Ahorrra'stán los somníbulos, los perros, las hadas que pican y cosas d'otrrros mundos, y todo s'ha ido al garrrete.

«Cosas robadas de sus mundos –pensó Tiffany, caminando por la nieve–. Mundos apretados unos contra otros como guisantes en su vaina, o escondidos unos dentro de otros como burbujas dentro de otras burbujas.»

Tenía una imagen mental de seres que salían arrastrándose de su mundo para meterse en otro, igual que hacían los ratones que invadían la despensa, sólo que había cosas muchos peores que los ratones.

«¿Qué podría hacer un somníbulo si logra cruzar a nuestro mundo? No notarías su presencia, se sentaría en una esquina y no lo verías, porque no te dejaría hacerlo. Después cambiaría tu forma de ver el mundo, te provocaría pesadillas, te haría desear la muerte...»

Sus Segundos Pensamientos añadieron: «Me pregunto cuántos habrán entrado ya sin que lo sepamos...».

«Y estoy en el País de las Hadas, donde los sueños pueden hacerte daño, donde todas las historias son reales, todas las canciones ciertas. Creía que la kelda había dicho algo raro, pero...»

Entonces, los Segundos Pensamientos dijeron: «Espera un momento, ¿ha sido eso un Primer Pensamiento?».

Y Tiffany pensó: «No, ha sido un Tercer Pensamiento. Estoy pensando en lo que pienso sobre lo que estoy pensando. Al menos, eso pienso».

Sus Segundos Pensamientos repusieron: «Vamos a calmarnos todos, por favor, que esta cabeza es muy chica».

El bosque continuaba, o quizá fuera un bosque pequeño y, de algún modo, se movía a su alrededor mientras andaban. Al fin y al cabo, estaban en el País de las Hadas, no se podía confiar en él.

La nieve seguía desapareciendo bajo los pies de la niña, y sólo tenía que mirar a un árbol para que se adecentase e hiciese el esfuerzo de parecer un árbol de verdad.

«La reina es... bueno, una reina –pensó Tiffany–. Tiene un mundo para ella sola, podría hacer cualquiera cosa con él, y lo único que se le ocurre es robar y estropearle la vida a la gente...»

Oyeron cascos a lo lejos.

«¡Es ella! ¿Qué hago? ¿Qué digo?»

Los Nac Mac Feegle se escondieron detrás de los árboles.

–¡Sal del camino! –siseó Rob Cualquiera.

–¡Puede que todavía esté con ella! –exclamó la niña, agarrando el mango de la sartén con aire nervioso, mientras observaba las sombras azules que se ocultaban en los árboles.

–¿Y? ¡Encontrrrarrremos la forrrma de robarrrlo! ¡Es su alturrra! ¡No puedes vencerrr a su alturrra carrra a carrra!

El ruido de los cascos subió de volumen, era como si hubiese más de una animal.

Un ciervo apareció entre los árboles, echando vaho; miró a la niña con sus enloquecidos ojos rojos, y, entonces, tomó impulso y saltó por encima de ella. Tiffany se agachó y notó el hedor del animal; su sudor le cayó en el cuello.

Era una criatura de verdad, porque una peste así no podía imaginarse.

Y detrás venían los perros...

Al primero lo derribó golpeándolo con el borde de la sartén. El otro se volvió para darle un mordisco, pero después miró abajo y comprobó, asombrado, que unos pictsis surgidos de la nieve le habían salido debajo de las patas. Resulta difícil morder cuando cada una de tus patas se mueve en una dirección distinta; los demás feegles aterrizaron sobre su cabeza, y, al poco rato, el perro ya no pudo volver a morder a nadie más. Los Nac Mac Feegle odiaban a los perros sombríos.

Tiffany levantó la mirada y se encontró con un caballo blanco, que también era real, al parecer, y llevaba un niño encima.

–¿Quién eres? –le preguntó el chico, aunque parecía que dijese: «¿Qué clase de cosa eres?».

–¿Quién eres? –preguntó a su vez la chica, apartándose el pelo de los ojos. No se le ocurrió nada mejor.

–Este bosque es mío. ¡Te ordeno que hagas lo que te digo!

Tiffany le echó otro vistazo: la apagada luz de segunda mano del País de las Hadas no era muy buena. Sin embargo, cuanto más miraba, más segura estaba.

–Te llamas Roland, ¿no?

–¡No me hables así!

–Sí, ¡eres el hijo del barón!

–¡Exijo que dejes de hablar! –La expresión del chico era extraña, arrugada y rosa, como si intentase no echarse a llorar. Levantó la mano, en la que llevaba una fusta...

Se oyó un débil zap. La chica vio que los Nac Mac Feegle habían formado una pila bajo la tripa del caballo y que uno de ellos había trepado por los hombros de sus hermanos y había cortado la cincha de la silla de montar.

–¡No te muevas! –gritó Tiffany, levantando una mano rápidamente e intentando sonar autoritaria–. ¡Si te mueves, te caerás del caballo!

–¿Es eso un hechizo? ¿Eres una bruja? –El chico soltó la fusta y sacó una daga larga del cinturón–. ¡Muerte a las brujas!

Urgió al caballo para que avanzase con un tirón, y entonces tuvo lugar uno de esos largos momentos, un momento en el que todo el universo decía «oh, oh», y, todavía daga en mano, el chico giró sobre el caballo y aterrizó en la nieve.

La niña sabía qué pasaría después. La voz de Rob Cualquiera retumbó entre los árboles:

–¡Ahorrra'stás en un lío, amigo! ¡Aporrr él!

–¡No! –chilló Tiffany–. ¡Alejaos de él!

El chico retrocedió, arrastrándose por el suelo y mirando a la chica con horror.

–Te conozco, eres Roland, el hijo del barón. Dijeron que habías muerto en el bosque...

–¡No puedes hablar así!

–¿Por qué no?

–¡Porque pasan cosas malas!

–Ya están pasando. Mira, estoy aquí para rescatar a mi...

Pero el chico se había puesto de pie y se alejaba corriendo por el bosque.

–¡Aléjate de mí!

La chica fue detrás de él, saltando por encima de troncos cubiertos de nieve, y lo vio más adelante, escondiéndose de árbol en árbol. Entonces, el niño se detuvo y miró atrás. Tiffany corrió hacia él, diciendo:

–Sé cómo sacarte...

... y se encontró bailando.

Iba de la mano de un loro, o, al menos, de alguien con cabeza de loro.

Los pies se le movían a la perfección, y daba vueltas por el salón con su pareja de baile, aunque esta vez le cogió la mano un pavo, o alguien con cabeza de pavo real. Miró hacia atrás y vio que estaba en un salón, no, en un salón de baile lleno de gente enmascarada, bailando.

«Ah –pensó–. Otro sueño, tendría que haber mirado por donde iba...»

La música era rara, tenía algo de ritmo, pero resultaba amortiguada y extraña, como si la tocasen al revés, bajo el agua, unos músicos que nunca antes hubieran visto sus instrumentos.

Lo cierto era que esperaba que los bailarines llevasen máscaras; entonces se dio cuenta de que ella misma miraba a través de los agujeros de una, y se preguntó qué sería. También vestía un traje largo y reluciente.

«Vaaale –pensó, con cautela–. Aquí hay un somníbulo y no me paré a mirar, así que ahora estoy en un sueño. Sin embargo, no es mío. Tiene que utilizar lo que encuentra en tu cabeza, y yo nunca he estado en una cosa como ésta...»

–¿Fwa waa fwah waa wha? –preguntó el pavo real. La voz era como la música: parecía una voz, pero no lo era.

–Oh, sí –respondió Tiffany–. Bien.

–¿Fwaa?

–Oh, eeeh... ¿wuff fawf fwaff?

Aquello pareció funcionar. El bailarín con cabeza de pavo real hizo una pequeña reverencia y dijo, con aire triste:

–Mwa waf waf.

Acto seguido, se alejó.

«El somníbulo tiene que estar por aquí, y debe ser de los buenos, porque este sueño es muy grande.»

En todo caso, tenía sus errores. Había cientos de personas en la sala, pero los que estaban lejos eran como los árboles: aunque parecían moverse de forma natural, se trataba de manchas y remolinos de color; para darse cuenta, había que fijarse mucho, eso sí.

«Primera Vista», pensó Tiffany.

Junto a ella pasaban más invitados con disfraces coloridos y máscaras, cogidos del brazo, como si la niña no fuese más que otro asistente. Los que no se unían al nuevo baile se dirigían a las largas mesas que habían montado en un extremo del salón y estaban llenas de comida.

Tiffany sólo había visto aquel tipo de manjares en los dibujos. A pesar de que la gente no se muere de hambre en una granja, incluso cuando abundaba la comida, en la Vigilia de los Puercos o después de la cosecha, nunca tenía aquel aspecto. Los alimentos de la granja lucían diferentes tonalidades de marrón y blanco, nunca de azul y rosa, y jamás temblequeaban.

Había cosas en palos, y sustancias que brillaban y relucían dentro de sus cuencos. Nada parecía sencillo, todo tenía nata, ralladura de chocolate o miles de bolitas de colores. Todo estaba batido, glaseado, añadido a algo o mezclado. No se trataba de comida, sino de aquello en que se convertía la comida cuando se portaba bien y subía al cielo.

Lo principal no era alimentarse, sino lucirse. Las cosas estaban apiladas sobre montes de vegetación y enormes arreglos florales. En aquel paisaje de comida había algunas esculturas transparentes que servían de orientación. La niña alargó una mano para tocar un gallito reluciente: era hielo, lo notaba húmedo en las puntas de los dedos. Y había otros... un hombre gordo y alegre, un cuenco con frutas talladas en hielo, un cisne...

Durante un momento, Tiffany se sintió tentada, porque le daba la impresión de llevar mucho tiempo sin comer. Pero resultaba obvio que la comida no era comida, que no era más que un cebo; la idea era que dijese: «Hola, niñita, cómeme».

«Empiezo a pillarle el tranquillo a esto –pensó–. Menos mal que a la criatura no se le ha ocurrido poner queso...»

Y, de repente, apareció el queso; de repente, el queso siempre había estado ahí.

Había visto dibujos de diferentes quesos en el Almanake, se le daba bien ese producto, así que siempre se había preguntado a qué sabían los que hacían los demás. Eran quesos lejanos con nombres que sonaban raros, como Triple Temblón, Rico Vinoso, Argg Viejo, Mocoso Rojo y el legendario Lancre Azul, que tenía que clavarse a la mesa para que no atacase a los demás quesos.

Seguro que no pasaba nada por probar un poco. No era lo mismo que comérselo, ¿no? Al fin y al cabo, lo controlaba, ¿verdad? Había visto claramente que era un sueño, ¿a que sí? Así que no podía tener ningún efecto en ella, ¿no era eso?

Y..., bueno, el queso no era una tentación para casi nadie...

Vale, el somníbulo debía de haber puesto el queso en cuanto la niña pensó en él, pero...

Ya tenía el cuchillo en la mano, aunque no recordaba haberlo cogido.

Una gota de agua fría le cayó en el dorso y la hizo mirar hacia la escultura de hielo más cercana. Resultó ser una pastorcilla con un vestido de alforjas y un gran sombrero, aunque Tiffany estaba segura de que antes era un cisne.

Volvió a sentir la rabia, ¡había estado a punto de engañarla! Miró el cuchillo de queso y dijo:

–Sé una espada. –Al fin y al cabo, el somníbulo estaba haciendo su sueño, pero ella era la que soñaba; era una persona real, y parte de ella no soñaba. Se oyó un estruendo–. Corrección, sé una espada que no pese tanto. –Aquella vez logró obtener algo que era capaz de manejar.

La vegetación se agitó, y de ella salió una cara de pelo rojo.

–Pssst –susurró–. ¡No comas los canapeses!

–¡Llegas un poco tarde!

–Aj, bueeeno, aquí tenemos a un viejo somníbulo muy astuto –respondió Rob Cualquiera–. El sueño no nos dejaba entrrrarrr si no nos vestíamos a tono...

Salió tímidamente, llevando un traje negro con pajarita. Se oyeron más ruidos, y otros pictsis salieron de la mesa, convertidos en una especie de pingüinos pelirrojos.

–¿A tono?

–Sip –respondió Wullie Chiflado, que tenía un trozo de lechuga en la cabeza–, y estos calzones irritan un poquito las zonas bajas, perrrmite que te diga.

–¿'Visto a la crrriaturrra? –le preguntó Rob Cualquiera.

–¡No! ¡Hay mucha gente!

–T'ayudarrremos a buscarrr –dijo Rob–. Esa cosa no puede'sconderrrse si'stás cerrrca. ¡Perrro ten cuidado! Si piensa que le vas a darrr, ¡es capaz de cualquierrra cosa! Desplegaos, muchachos, fingid que'stáis disfrrrutando del ceilidh.

–¿Qué? ¿Quierrres que bebamos, luchemos y eso? –preguntó Wullie Chiflado.

–Porrrcrrristo, errres imposible –repuso Rob, poniendo los ojos en blanco–. ¡Nah, pedazo d'alcorrrnoque! Es una fiesta de lujo, ¿entiendes? ¡Significa que parrrlotees y te mezcles!

–Aj, ¡si yo soy un mezcladorrr famoso! ¡Ni seperrrán que'stoy aquí! ¡Vamos!

Los Nac Mac Feegle sabían cómo comportarse en un sueño, incluso en un baile de lujo: entraban a la carga y gritaban... con educación.

–¡Prrrecioso tiempo parrra'sta época, verrrdad, pequeño canalla?

–Oye, tío, no tendrrrás porrrahí unas pommes frites parrra un viejo colega, ¿eh?

–La banda's divina, ¡la leche!

–¿Te imporrrta frreírrrme'l caviarrr?

La multitud tenía algo raro, porque nadie se asustaba ni intentaba huir, que era lo que solía hacer la gente cuando presenciaba una invasión de feegles.

Tiffany se metió de nuevo entre los asistentes, y los enmascarados tampoco le prestaron atención a ella. «Eso es porque son personas de fondo, como los árboles de fondo», pensó. Atravesó la sala hasta llegar a unas puertas dobles y las abrió.

Detrás sólo había oscuridad.

Así que... la única forma de salir era encontrar al somníbulo; no esperaba menos. Podría estar en cualquier parte, podría esconderse detrás de una máscara o ser una mesa. Podría ser cualquiera cosa.

La niña observó la multitud y, entonces, vio a Roland.

Estaba sentado a una mesa, solo. La mesa estaba repleta de comida, y él tenía una cuchara en la mano.

Corrió hacia el chico y lo tiró al suelo.

–¿Es que no tienes sentido común? –exclamó, poniéndolo de pie–. ¿Quieres quedarte aquí para siempre?

Entonces notó que algo se movía detrás de ella. Después estaba segura de que no había oído nada, sino que sólo lo había sabido. Al fin y al cabo, era un sueño.

Volvió la vista atrás, y allí estaba el somníbulo, apenas visible detrás de un pilar. Roland se quedó mirándola.

–¿Estás bien? –le preguntó Tiffany, desesperada, intentando sacudirlo–. ¿Has comido algo?

–Fwa fwa faff –murmuró el chico.

La niña se volvió hacia el somníbulo, que se acercaba a ella, aunque muy despacio, procurando permanecer entre las sombras. Era como un muñeco de nieve sucia.

La música subía de volumen, las velas brillaban cada vez más, y en la enorme pista de baile, las parejas con cabezas de animales giraban a toda velocidad. El suelo tembló; el sueño tenía problemas.

Los Nac Mac Feegle corrían hacia ella desde todos los rincones del salón, intentando hacerse oír por encima del estruendo.

El somníbulo se lanzó sobre Tiffany, con sus blancos dedos gordinflones agarrando el aire.

–Primera Vista –susurró la chica, conteniendo el aliento.

Y le cortó la cabeza a Roland.

La nieve se había derretido en el claro, y los árboles parecían reales y con pinta de árboles.

El somníbulo cayó de espaldas delante de Tiffany, que llevaba la vieja sartén en la mano, aunque había servido para dar un buen corte. Los sueños eran unas cosas muy extrañas.

Se volvió para mirar a Roland, que estaba tan pálido que podría haber sido otro somníbulo.

–La criatura estaba asustada, quería que te atacase a ti –le explicó la niña–. Intentó copiar tu aspecto y hacer que tú parecieses un somníbulo, pero no sabía cómo hablar. Tú sí.

–¡Podrías haberme matado!

–No, te lo acabo de explicar. Por favor, no huyas, ¿has visto a un niño pequeño por aquí?

–¿Qué? –preguntó Roland, arrugando la cara.

–La reina se lo llevó, voy a llevarlo a casa. Te llevaré a ti también, si quieres.

–No saldrás nunca –susurró Roland.

–He entrado, ¿no?

–Entrar es fácil, ¡pero nadie sale!

–Pretendo encontrar la forma –afirmó Tiffany, intentando sonar más segura de lo que estaba.

–¡Ella no te dejará! –gritó el chico, empezando a retroceder de nuevo.

–Por favor, no seas tan... estúpido. Voy a encontrar a la reina y voy a rescatar a mi hermano, digas lo que digas. ¿Entiendes? He llegado hasta aquí; además, tengo ayuda, ya sabes.

–¿Dónde?

Tiffany miró a su alrededor, donde no había ni rastro de los Nac Mac Feegle.

–Siempre aparecen cuando los necesito. –De repente, le dio la sensación de que el bosque estaba muy... vacío. También había bajado la temperatura–. Llegarán en cualquier momento –añadió, optimista.

–Se han quedado atrapados en el sueño.

–No pueden, ¡si maté al somníbulo!

–Es más complicado, no sabes cómo funcionan las cosas aquí. Hay sueños dentro de sueños. Hay... otras cosas que viven en los sueños, cosas horribles. Nunca sabes si de verdad estás despierto. Y la reina los controla todos. De todos modos, son seres feéricos, no puedes confiar en ellos, no puedes confiar en nadie. Yo no confío en ti, porque es probable que no seas más que otro sueño.

Se volvió y se alejó por el bosque, siguiendo las huellas de los cascos de caballo.

Tiffany vaciló al ver que la única persona real se marchaba y la dejaba sin nada más que árboles, sombras y, por supuesto, cualquier criatura horrible que se escondiese en ellos para atacarla...

–Eeeh... ¿Hola? ¿Rob Cualquiera? ¿William? ¿Wullie Chiflado?

No hubo respuesta, ni siquiera un eco. Estaba sola, aparte de los latidos de su corazón.

Bueno, estaba claro que había luchado contra varios seres y había ganado, ¿no? Aunque los Nac Mac Feegle siempre habían estado allí, y, de algún modo, aquello facilitaba las cosas. Ellos nunca se rendían, atacaban absolutamente a todo y desconocían el mecanismo de la palabra miedo.

Tiffany, que se había leído el diccionario entero, tuvo un Segundo Pensamiento. Miedo era sólo una de las miles de palabras que los pictsis no sabían definir. Por desgracia, ella sí sabía hacerlo, al igual que el sabor y la sensación del miedo. Lo notaba todo en aquellos instantes.

Agarró la sartén, que ya no le parecía un arma tan buena.

Las frías sombras azules que había entre los árboles parecieron desplegarse; eran más oscuras delante de ella, hacia el lugar al que conducían las huellas. Lo más extraño era que el bosque que quedaba atrás resultaba más iluminado y casi atractivo.

«Alguien no quiere que siga avanzando», pensó. Eso la alentó, pero el crepúsculo era brumoso y tenía un resplandor desagradable; podría estar aguardándola cualquier cosa.

Ella también aguardaba. Se dio cuenta de que, contra todo pronóstico, esperaba a que los Nac Mac Feegle apareciesen dando gritos, aunque los gritos fuesen «¡porrrcrrristo!» (Tiffany estaba segura de que se trataba de una palabrota).

Sacó al sapo, que se quedó tumbado, roncando en la palma de su mano; le dio un empujoncito.

–¿Quéppp? –croó.

–Estoy atrapada en un bosque de sueños malvados, sola, y creo que oscurece. ¿Qué hago?

–Irte –respondió el sapo, abriendo un solo ojo somnoliento.

–¡Eso no me ayuda mucho!

–Es el mejor consejo que existe. Ahora, méteme otra vez, que el frío me deja aletargado.

A regañadientes, la niña dejó de nuevo al animal en el bolsillo del delantal y, al hacerlo, tocó Enfermedades de las ovejas.

Lo sacó y lo abrió al azar. Tenía una cura para los vapores, aunque la habían tachado con lápiz. En el margen se veían las letras grandes, redondas y cuidadas de la abuela Dolorido:

Esto no funciona.

Una cucharadita

de trementina, sí.

Tiffany cerró el libro con cuidado y lo metió despacito, para no despertar al sapo. Después agarró con fuerza el mango de la sartén y se introdujo en las largas sombras azules.

«¿Cómo se hacen las sombras cuando no hay sol en el cielo?», pensó, porque es mejor pensar en cosas como ésa que en todas las otras cosas, mucho peores, que tenía en la cabeza.

Sin embargo, las sombras no necesitaban luz para existir, sino que se arrastraban sobre la nieve por voluntad propia y retrocedían cuando ella se acercaba. Al menos, eso era un alivio.

Se acumulaban detrás de ella, la seguían. Se volvió y dio varios pisotones, y las sombras corrieron a esconderse detrás de los árboles, pero ella sabía que regresarían cuando no mirase.

Vio a un somníbulo a lo lejos, más adelante, medio escon dido detrás de un tronco. Le gritó y agitó la sartén con aire amenazador, y la criatura se alejó rápidamente.

Cuando se volvió, vio dos más detrás de ella, a bastante distancia.

El camino subía un poco y se introducía en una niebla mucho más densa, que brillaba ligeramente. Siguió por allí, porque no había otra opción.

Cuando llegó a lo alto de la colina, contempló el valle de abajo: había cuatro somníbulos, seres grandes, más grandes que los que había visto hasta el momento, sentados formando un cuadrado, con las piernas rechonchas estiradas delante de ellos. Cada uno tenía un collar dorado en el cuello, unido a una cadena.

–¿Amaestrados? –se preguntó Tiffany, en voz alta–. Pero...

«¿Quién le pondría un collar a un somníbulo? Sólo alguien que pudiera soñar tan bien como ellos. Nosotros amaestramos a los perros ovejeros para que nos ayuden a reunir las ovejas –pensó–. Así que la reina utiliza a los somníbulos para reunir sueños...»

En el centro del cuadrado, el aire estaba lleno de niebla. Los cascos y las huellas de Roland pasaban junto a los seres amaestrados y se metían en la nube.

La niña se volvió, y las sombras salieron corriendo.

No había nada más por allí, los pájaros no cantaban, nada se movía en el bosque. Sin embargo, distinguía a tres somníbulos más que la miraban desde los árboles.

La estaban llevando a alguna parte, como perros ovejeros.

En momentos como aquél, es agradable tener al lado a alguien que te diga: «¡No! ¡Es demasiado peligroso! ¡No lo hagas!».

Por desgracia, estaba sola e iba a cometer un acto de extrema valentía, y nadie se enteraría si salía mal. Eso le daba miedo, aunque también... la molestaba. Ésa era la palabra: estaba molesta. Aquel lugar la molestaba, todo era estúpido y raro.

Tenía la misma sensación que cuando Jenny había salido del río, del río de Tiffany; y la reina se había llevado a su hermano, que también le pertenecía. Quizá fuese egoísta pensar así, pero la rabia era mejor que el miedo; el miedo se convertía en un desorden frío y húmedo, mientras que la rabia tenía fuerza y podía usarse.

¡La estaban conduciendo! ¡Como a una... oveja!

Bueno, una oveja enfadada podía hacer que un perro malvado saliese corriendo con el rabo entre las piernas, así que...

Cuatro grandes somníbulos, sentados formando un cuadrado.

Iba a ser un sueño enorme...

Levantó la sartén a la altura de los hombros para poder golpear a cualquiera que se acercase y, reprimiendo las ganas de ir al servicio, la chica bajó lentamente de la colina, pisó la nieve y atravesó la niebla...

... hasta llegar al verano.

## IMAGE

## Capítulo diez

### Golpe maestro

El calor la golpeó como un soplete, con tanta rapidez y fuerza que ahogó un grito.

Una vez le había dado una insolación en las lomas, por haber salido sin sombrero, y lo que sentía en aquel momento era parecido: el mundo que la rodeaba lucía unos preocupantes tonos verdes, amarillos y morados pálidos, sin sombras. El aire estaba tan caliente que le daba la impresión de poder sacarle humo si lo estrujaba.

Se encontraba en unos... juncos, al parecer, mucho más altos que ella. Tenían girasoles, salvo que... los girasoles eran blancos... porque, de hecho, no eran girasoles, en absoluto.

Eran margaritas. Lo sabía, las había examinado docenas de veces en aquel extraño dibujo de los cuentos de hadas. Eran margaritas, y lo que tenían alrededor no eran juncos gigantescos, sino briznas de hierba. El problema consistía en que Tiffany era muy, muy pequeña.

Estaba dentro del dibujo raro. El dibujo era el sueño o el sueño era el dibujo, daba igual, porque se encontraba justo en el centro. Si te caes por un precipicio, no importa mucho si el suelo vuela hacia ti o si tú vuelas hacia el suelo, porque eso no te soluciona el problema.

Se oyó un fuerte crujido y unos vítores desiguales; alguien aplaudió y dijo, en una voz que parecía medio dormida:

–Bien hecho, buen hombre. Muy bien hecho...

Con cierto esfuerzo, la niña se abrió camino entre la hierba.

Se encontró con un hombre sentado en una roca plana, que partía nueces tan altas como él con un martillo que se cogía a dos manos. Un grupo de gente lo observaba; utilizaba la palabra gente porque no se le ocurría nada mejor, aunque lo cierto era que llamarlos así era estirar demasiado el significado de la palabra.

Los espectadores eran de distintos tamaños, para empezar: algunos de los hombres la superaban en altura, incluso teniendo en cuenta que todos eran más bajos que la hierba, mientras que otros resultaban diminutos. Algunos tenían rostros tan normales que no te parabas a mirarlos dos veces, mientras que otros rostros era mejor no mirarlos y punto.

«Al fin y al cabo, es un sueño –pensó–. No hace falta que tenga sentido, ni que sea agradable. Es un sueño, no una ensoñación. La gente que dice cosas como "espero que tus sueños se hagan realidad" debería intentar vivir dentro de uno durante cinco minutos.»

Entró en el asfixiante claro bañado por el sol justo cuando el hombre levantaba de nuevo el martillo.

–Perdone.

–¿Sí? –respondió el hombre.

–¿Hay una reina por aquí?

–Su Majestad se ha ido al cenador –respondió, secándose la frente y señalando el otro lado del claro con la cabeza.

–¿Se refiere a un pabellón, generalmente redondo, cercado y cubierto de plantas trepadoras?

–Correcto de nuevo, señorita Tiffany.

«No te preguntes cómo sabe tu nombre», se dijo la niña.

–Gracias –respondió, y, como la habían criado para ser educada, añadió–: Que tenga suerte con las nueces.

–Esta es la que me está costando más.

Tiffany se alejó, intentando fingir que aquella colección de extraña casi–gente no era más que una multitud cualquiera. Las que más miedo daban eran probablemente, las dos Mujeres Grandes.

Las mujeres grandes eran muy valoradas en la Caliza, porque a los granjeros les gustaba tener esposas grandes. El trabajo era duro, y una mujer que no podía cargar con dos cerditos o con un fardo de heno no les servía para nada. Sin embargo, aquellas dos podrían haber cargado con un caballo cada una. La miraron con arrogancia cuando pasó junto a ellas, y vio que tenían unas alitas estúpidas en la espalda.

–¡Qué buen día para ver partir nueces! –comentó Tiffany, alegremente. Las mujeres arrugaron el rostro, enorme y pálido, como si intentasen averiguar qué clase de criatura les había dirigido la palabra.

Sentado junto a ellas, observando con preocupación al cascanueces, había un hombrecillo con una gran cabeza, cuatro pelos de barba blanca y orejas puntiagudas. Llevaba ropas anticuadas, y sus ojos siguieron a la chica cuando pasó junto a él.

–Buenos días –le dijo ella.

–¡Sneebs! –respondió él, aunque en la mente de Tiffany aparecieron las palabras: «¡Sal de aquí!».

–¿Cómo dice?

–¡Sneebs! –repitió el hombre, retorciéndose las manos, y en el cerebro de Tiffany flotaron las palabras: «¡Es muy peligroso!».

Agitó una mano pálida, como si quisiera apartarla de su vista. Tiffany sacudió la cabeza y siguió adelante.

Había caballeros y damas, personas vestidas con ropa elegante, e incluso unas cuantas pastorcillas, aunque algunos tenían aspecto de haber sido armados con distintos pedazos. De hecho, le recordaban a un libro de ilustraciones que tenía en su dormitorio.

Estaba hecho de cartón grueso, con los bordes mellados después de pasar por las manos de varias generaciones de niños Dolorido. Cada página mostraba a un personaje, y cada personaje estaba cortado en cuatro tiras que podían moverse de forma independiente, de modo que un niño aburrido pudiese volver partes de una misma página y cambiar la vestimenta de los personajes. Podías acabar con la cabeza de un soldado en el pecho de un panadero vestido con un uniforme de doncella y botas de granjero.

El caso es que Tiffany nunca se había aburrido lo suficiente para usarlo, porque consideraba que ni siquiera las cosas que se pasaban la vida colgadas de la parte de abajo de las ramas podían aburrirse tanto como para entretenerse más de cinco minutos con aquel libro.

Era como si la gente que la rodeaba hubiese salido del libro o se hubiese vestido a oscuras para ir a una fiesta de disfraces. Un par de ellos la saludaron con la cabeza, aunque no parecían sorprendidos de verla.

Se agachó para pasar bajo una hoja redonda mucho más grande que ella, y sacó otra vez al sapo.

–¿Quéppp? Todavía hace frío –dijo el sapo, acurrucándose en su mano.

–¿Frío? ¡Esto es un horno!

–No hay más que nieve. ¡Méteme dentro, que me congelo!

«Espera un momento», pensó la niña, y le preguntó:

–¿Sueñan los sapos?

–¡No!

–Oh..., así que, en realidad, ¿no hace calor?

–¡No! ¡Sólo crees que hace calor!

–Pssst –dijo una voz.

Tiffany guardó al sapo en el bolsillo y se preguntó si se atrevería a volver la cabeza.

–¡Soy yo! –insistió la voz.

–Eso no me ayuda mucho... –repuso Tiffany, volviéndose hacia un grupo de margaritas que doblaban en altura a un hombre.

–¿Estás loca? –le preguntaron las margaritas.

–Estoy buscando a mi hermano.

–¿Ese horrible niño que está todo el rato pidiendo caramelos? –Los tallos de las margaritas se abrieron, y Roland salió corriendo para unirse a ella debajo de la hoja.

–Sí –respondió la chica, apartándose. Le daba la sensación de que sólo una hermana tenía derecho a llamar horrible a su hermano, aunque fuese un niño como Wentworth.

–¿Y que amenaza con ir al servicio si lo dejan solo?

–¡Sí! ¿Dónde está?

–¿Ése es tu hermano? ¿El que siempre está pegajoso?

–¡Que sí!

–¿Y de verdad lo quieres encontrar?

–¡Sí!

–¿Por qué?

«Es mi hermano –pensó Tiffany–. ¿Qué más da el porqué?» –¡Porque es mi hermano! Ahora, ¿me dices dónde está?

–¿Seguro que puedes salir de aquí?

–Claro que sí –mintió la niña.

–¿Y puedes llevarme contigo?

–Sí. –Bueno, eso esperaba.

–Vale, te dejaré hacerlo –respondió Roland, relajándose.

–Oh, así que me vas a dejar hacerlo, ¿no es eso?

–Mira, no sabía qué eras, ¿vale? Siempre hay cosas raras en el bosque: gente perdida, trozos de sueños que siguen por ahí... Hay que tener cuidado. Pero, si de verdad conoces el camino, tendría que volver antes de que mi padre se preocupe demasiado.

Tiffany notó que empezaban sus Segundos Pensamientos: «No cambies de expresión, compruébalo antes...».

–¿Cuánto tiempo llevas aquí? –preguntó, cautelosa–. ¿Lo sabes exactamente?

–Bueno, la luz no cambia mucho. Me parece llevar aquí..., no sé, horas. Quizá un día... –La niña intentó con todas sus fuerzas no dejar que su cara la delatase, pero no funcionó, porque Roland entrecerró los ojos–. Es eso, ¿no?

–Eeeh..., ¿por qué lo preguntas? –dijo ella, a la desesperada.

–Porque, en cierto modo... parece... más tiempo. Sólo he tenido hambre dos o tres veces, y he ido al..., ya sabes..., dos, así que no puede ser demasiado tiempo. Aunque he hecho todo tipo de cosas..., ha sido un día muy completo... –Dejó la frase sin terminar.

–Um, tienes razón, el tiempo aquí va más despacio. Ha pasado... un poquito más...

–¿Cien años? ¡No me digas que han sido cien años! Me ha pasado algo mágico y llevo aquí cien años, ¿no?

–¿Qué? ¡No! Eeeh... Casi un año.

–¡Oh, no! –La reacción del chico fue sorprendente, porque aquello sí que lo asustó de verdad–. ¡Eso es peor que cien años!

–¿Y por qué? –preguntó Tiffany, perpleja.

–¡Si hubieran sido cien años, no me llevaría una paliza al volver a casa!

«Hmmm», pensó la niña, aunque dijo:

–No creo que te pase nada. Tu padre ha estado muy triste. Además, no es culpa tuya que te robase la reina... –Vaciló, porque aquella vez era la expresión de Roland la que lo delataba–. ¿No?

–Bueno, yo estaba de caza, y una mujer muy guapa pasó galopando junto a mí en un caballo con campanillas en los arreos, así que, por supuesto, espoleé a mi caballo y la seguí, y... –Se quedó callado.

–Es probable que no fuese una buena decisión.

–Aquí no se está... mal. El problema es que... cambia continuamente. Hay... portales por todas partes. Me refiero a entradas a otros... lugares...

–Será mejor que empieces por el principio.

–Al principio era estupendo –contó Roland–. Creía que era, ya sabes, una aventura. Ella me daba peladillas...

–¿Qué son, exactamente? –preguntó Tiffany, porque en su diccionario no venía–. ¿Son como lechecillas?

–No lo sé, ¿qué son lechecillas?

–Las mollejas de cabrito, cordero o ternera. Me parece que el nombre no es muy apropiado.

–Esto era más como caramelos de almendra –repuso Roland, poniéndose rojo por el esfuerzo.

–Vale, sigue.

–Entonces me pidió que cantara, bailara, saltara y jugara. Decía que eso es lo que tienen que hacer los niños.

–¿Y lo hiciste?

–¿Lo habrías hecho tú? Me sentía como un idiota. Tengo doce años, ¿sabes? –Roland vaciló–. De hecho, si lo que dices es cierto, ahora tengo trece, ¿no?

–¿Por qué quería que saltaras y bailaras? –preguntó Tiffany en vez de decir: «No, sigues teniendo doce, aunque actúas como un niño de ocho».

–Sólo me dijo que eso era lo que hacían los niños.

La chica se lo pensó un momento. Por lo que ella había visto, los niños se limitaban a discutir, gritar, correr muy deprisa, reírse a carcajadas, meterse el dedo en la nariz, ensuciarse y enfadarse. Si alguna vez se habían dedicado a bailar, saltar y, encima, cantar, seguro que era porque les había picado una avispa.

–Qué raro –comentó.

–Como no quería hacerlo, me dio más dulces.

–¿Más peladillas?

–Ciruelas de azúcar –respondió Roland–. Son como... ciruelas, ¿sabes? ¿Con azúcar encima? ¡Siempre está intentando darme azúcar! ¡Cree que me gusta!

–No creerás que intenta engordarte para meterte en un horno, asarte y comerte, ¿verdad? –le preguntó, porque aquello le sonaba.

–Claro que no, eso sólo lo hacen las brujas malvadas.

–Oh, sí –respondió Tiffany, entrecerrando los ojos–, se me había olvidado. Entonces, ¿has estado alimentándote de dulces?

–No, ¡sé cazar! Entran animales de verdad, aunque no sé cómo. Sneebs cree que encuentran los portales por accidente y que después se mueren de hambre, porque aquí siempre es invierno. Además, a veces la reina envía partidas de ladrones si se abre una puerta a un mundo interesante. Todo este lugar es como... un barco pirata.

–Sí, o como la garrapata de una oveja –comentó la niña, en voz alta.

–¿Qué es eso?

–Son insectos que muerden a las ovejas para chuparles la sangre, y no se sueltan hasta que están llenas.

–Puaj. Supongo que es el tipo de cosas que tienen que saber los campesinos. Me alegro de no serlo. He visto un par de mundos a través de los portales, aunque no me dejaron salir. Creo que asustan a la gente para que les dé cosas. Oh, y los somníbulos vinieron de uno de esos mundos. Hicieron bromas y dijeron que, si quería, podía entrar en ése. ¡No lo hice! Era todo rojo, como si atardeciera, y había un sol enorme en el horizonte, un mar rojo que apenas se movía, rocas rojas y sombras largas. Y esas horribles criaturas se sentaban en las rocas, y se alimentaban de cangrejos, cosas con pinta de arañas y criaturitas que parecían palitroques. Era horroroso. Tenían una especie de anillo de uñitas, conchas y huesos alrededor de cada uno de ellos.

–¿Quiénes son? –preguntó Tiffany, aunque no se le había escapado el tono con el que Roland había empleado la palabra campesino.

–¿A quiénes te refieres?

–Pues a esos que asustan y hacen bromas. ¿De quién hablas? ¿De ésos de ahí?

–¿Ésos? La mayoría ni siquiera son reales. Me refería a los elfos y las hadas. Son los subditos de la reina, ¿no lo sabías?

–¡Creían que eran gente pequeña!

–Creo que pueden adoptar el tamaño que deseen. No son... del todo reales. Son como... sueños de sí mismos. Pueden ser ligeros como el aire o sólidos como la roca. Eso dice Sneebs.

–¿Sneebs? Ah..., el hombrecillo que sólo dice «sneebs», pero te mete las palabras de verdad en la cabeza, ¿no?

–Sí, ése es. Lleva aquí muchos años, por eso me enteré de que el tiempo no funciona bien. Sneebs volvió una vez a su mundo, y todo era distinto. Se sintió tan desgraciado que buscó otro portal y volvió aquí.

–¿Volvió? –preguntó Tiffany, asombrada.

–Dijo que era mejor encajar donde no encajas que no encajar donde antes sí encajabas, recordando el tiempo en que lo hacías. Al menos, creo que dijo eso. Añadió que aquí no se está tan mal, siempre que no te interpongas en el camino de la reina. Dice que se puede aprender mucho.

Tiffany miró hacia la figura jorobada de Sneebs, que seguía observando al tipo que cascaba nueces. No parecía estar aprendiendo demasiado; sólo daba la impresión de ser un hombre que llevaba tanto tiempo asustado que el miedo se había convertido en parte de su vida, como las pecas.

–Pero no puedes hacer enfadar a la reina –siguió Roland–. He visto qué le pasa a los que la hacen enfadar: ordena a las mujeres abejorro que los ataquen.

–¿Te refieres a esas mujeres enormes con alas diminutas?

–¡Sí! Son crueles. Y si la reina se enfada de verdad contigo, te mira y... te transformas.

–¿En qué?

–En otra cosa. No me gustaría tener que hacerte un dibujo –respondió Roland, estremeciéndose–. Y, si lo hiciera, necesitaría muchos lápices rojos y morados. Después se los llevan a los somníbulos. –Sacudió la cabeza–. Mira, los sueños aquí son reales, realmente reales. Cuando estás dentro de uno, no estás... del todo aquí. Las pesadillas también son reales. Puedes morir.

«A mí no me da sensación de realidad –se dijo Tiffany–. Es como un sueño, casi podría despertarme. No debo olvidar nunca lo que es real.»

Se miró el desteñido vestido azul, con el bajo mal cosido porque lo habían metido y sacado conforme crecían sus distintas propietarias. Aquello sí era real.

Y ella era real, el queso era real; en algún lugar no muy lejano había un mundo de hierba verde bajo un cielo azul, y aquello también era real.

Los Nac Mac Feegle eran reales, y, de nuevo, deseó que estuviesen con ella. Había algo en la forma en que gritaban «¡porrrcrrristo!» y atacaban cualquier cosa que estuviese a la vista que le resultaba muy tranquilizador.

Seguramente, Roland era real.

Casi todo lo demás era, en realidad, un sueño en un mundo ladrón que vivía de mundos de verdad, en el que el tiempo se detenía y podían suceder cosas horribles en cualquier momento. «No quiero saber nada más sobre el tema –decidió–. Sólo quiero encontrar a mi hermano e irme a casa, mientras todavía siga enfadada. Porque, cuando deje de estarlo, será cuando vuelva a asustarme, y esta vez voy a asustarme en serio, demasiado para pensar. Estaré tan aterrada como Sneebs, y necesito pensar con claridad...»

–El primer sueño en el que caí era como uno de los míos –dijo–. He tenido sueños en los que me despierto y sigo dormida. Sin embargo, el del salón de baile..., yo nunca...

–Oh, ése era de los míos –respondió Roland–. De cuando era pequeño. Una noche me desperté y bajé al gran salón, y allí estaba toda esa gente con máscaras, bailando. Era todo tan... brillante. –Durante un instante, pareció nostálgico–. Era cuando mi madre todavía estaba viva.

–Este es de un dibujo de un libro que tengo –añadió Tiffany–. Tiene que haberlo sacado de mí...

–No, lo usa a menudo. Le gusta. Coge sueños de todas partes, los colecciona.

–Voy a ver a la reina –aseguró la niña, levantándose y recuperando la sartén.

–No lo hagas, eres la única persona real que hay aquí, salvo Sneebs, y él no es muy buena compañía.

–Voy a coger a mi hermano y volver a casa –dijo ella, terminante.

–Pues, entonces, no voy contigo, no quiero ver en qué te convierte.

Tiffany salió otra vez a la pesada luz sin sombras y siguió el camino que subía por la pendiente. Las briznas de hierba gigantesca se arqueaban sobre ella. Algún que otro ser de vestimenta y formas extrañas se volvía para mirarla, aunque actuaba como si no fuese más que otra que pasaba por allí, sin mayor interés.

Volvió la vista atrás y vio que, a lo lejos, el cascanueces había encontrado un martillo más grande y se disponía a golpear.

–¡Quero, quero, quero, melos!

La cabeza de Tiffany se giró de golpe, como una veleta en un tornado, y corrió por el camino, con la cabeza gacha, lista para darle un sartenazo al primero que se cruzara en su camino. Entonces atravesó una maraña de hierba y llegó a un espacio bordeado de margaritas, que bien podía ser un cenador. No se molestó en comprobarlo.

Wentworth estaba sentado en una gran piedra plana, rodeado de dulces. Muchos eran más grandes que él; los pequeños estaban en pilas, mientras que los grandes los habían colocado como troncos. Tenían todos los colores que podían tener los caramelos, como rojo–no–realmente–frambuesa, falso–amarillo–limón, naranja–curiosamente–químico, algún–tipo–de–verde–ácido y azul–quién–sabe–de–qué.

Las lágrimas caían por las mejillas del niño en gordas gotas. Como aterrizaban entre los dulces, aquello se estaba poniendo muy, muy pegajoso.

Wentworth aullaba. Su boca era un enorme túnel rojo, en el que la cosa colgante cuyo nombre pocos saben se balanceaba adelante y atrás por el fondo de la garganta. Sólo dejaba de llorar cuando tocaba respirar o morir, e, incluso entonces, se trataba de un único momento de aspiración antes de seguir con los aullidos.

Tiffany supo de inmediato cuál era el problema, porque lo había visto antes, en las fiestas de cumpleaños. Su hermano sufría de «trágica privación de caramelos». Sí, estaba rodeado de dulces, pero, en cuanto cogía uno, su cerebro aturdido por el azúcar le decía que no estaba cogiendo todos los demás, y había tantos caramelos que nunca podría comérselos todos. Era demasiado para él, así que la única solución era romper a llorar.

En casa, la única solución era ponerle un cubo en la cabeza hasta que se calmaba y, mientras tanto, llevarse casi todos los caramelos. Podía soportar unos cuantos puñados juntos.

La niña soltó la sartén y lo cogió en brazos.

–Soy Tiffy –susurró–, y nos vamos a casa.

«Y ahora es cuando aparece la reina», pensó, pero no se produjo ningún grito de rabia, ningún estallido mágico..., nada.

Sólo oía el zumbido de abejas a lo lejos, el viento entre la hierba y la respiración entrecortada de Wentworth, que estaba demasiado sorprendido para llorar.

La niña vio que al otro lado del cenador había un sofá de hojas, rodeado de flores colgantes, aunque no había nadie sentado.

–Eso es porque estoy detrás de ti –dijo la voz de la reina en su oído.

Tiffany se volvió rápidamente.

No había nadie.

–Sigo detrás de ti –dijo la reina–. Éste es mi mundo, niña, nunca serás tan rápida como yo, ni tan lista como yo. ¿Por qué intentas llevarte a mi niño?

–¡No es tuyo! ¡Es nuestro!

–Tú nunca lo has querido, tu corazón es como una bolita de nieve, lo veo.

–¿Quererlo? –repitió Tiffany, arrugando la frente–. ¿Y eso qué tiene que ver? ¡Es mi hermano! ¡Mi hermano!

–Sí, eso es muy de bruja, ¿verdad? Egoísmo. Mío, mío, mío. A una bruja sólo le importa lo que es suyo.

–¡Lo has robado!

–¿Robado? ¿Quieres decir que creías que era de tu propiedad?

Los Segundos Pensamientos de la niña dijeron: «Está buscando tus debilidades, no la escuches».

–Ah, tienes Segundos Pensamientos –siguió diciendo la reina–. Seguro que piensas que eso te hace muy bruja, ¿no?

–¿Por qué no me dejas verte? ¿Es que me tienes miedo?

–¿Miedo? ¿De una criatura como tú?

Y allí, delante de Tiffany, apareció la reina. Era mucho más alta que ella, pero igual de delgada; su cabello era largo y negro, la cara pálida, los labios rojo cereza, y el vestido negro, blanco y rojo. Y todo, todo, parecía ligeramente falso.

Los Segundos Pensamientos de Tiffany dijeron: «Es porque parece perfecta, completamente perfecta, como una muñeca. Ninguna persona de verdad es así de perfecta».

–Esa no eres tú –afirmó Tiffany, completamente segura–, sino el sueño que tienes de ti. No eres tú en absoluto.

La sonrisa de la reina desapareció por un instante, para después volver muy inquieta y frágil.

–Qué grosera, y eso que ni siquiera me conoces –respondió, sentándose en el asiento de hojas y dando unas palmaditas en el espacio que quedaba a su lado–. Siéntate. Si te quedas ahí de pie, parecerá que esto es un enfrentamiento. Achacaré tus malos modales a una simple desorientación –concedió, dedicándole a la niña una sonrisa preciosa.

«Mira cómo se mueven sus ojos –dijeron los Segundos Pensamientos de Tiffany–. No creo que los use para verte; sólo son unos adornos bonitos.»

–Has invadido mi hogar, matado a algunas de mis criaturas, y, en general, actuado de forma cruel y despreciable –siguió diciendo la reina–. Eso me ofende. Sin embargo, entiendo que unos elementos alborotadores te han llevado por el mal camino...

–Robaste a mi hermano –la interrumpió la niña, abrazando a Wentworth con fuerza–. Robas todo tipo de cosas. –Sin embargo, hasta ella notaba que su voz era débil y diminuta.

–Estaba vagando perdido –respondió la reina, con calma–. Lo traje a casa y lo consolé.

Lo que la voz de la reina decía era lo siguiente: de forma amistosa y comprensiva, afirmaba que ella tenía razón y que tú no. Que no era culpa tuya, del todo, sino quizá de tus padres, de tu alimentación o de algo tan terrible que ya se te había olvidado. No era culpa tuya, la reina lo entendía, porque tú eras una buena persona. La pena era que todas esas malas influencias te hubiesen obligado a tomar las decisiones equivocadas. Si lo reconoces, Tiffany, el mundo será un lugar mucho más feliz.

«... un lugar frío, vigilado por monstruos, en un mundo en el que nada crece, ni la gente, ni las plantas –le dijeron sus Segundos Pensamientos–. Un mundo en el que la reina está al mando de todo. No la escuches.»

Consiguió dar un paso atrás.

–¿Acaso soy un monstruo? –preguntó la reina–. Sólo quería un poco de compañía...

Y los Segundos Pensamientos de Tiffany, bastante abrumados por la maravillosa voz de la reina, dijeron: «La señorita Hembra Robinson»...

Había ido a trabajar como doncella a una de las granjas hacía muchos años. Decían que la habían criado en un asilo para indigentes en Auxilio. Decían que había nacido allí después de que su madre llegara durante una horrible tormenta y, como el encargado había escrito en su gran diario negro «De la señorita Robinson, bebé hembra», su joven madre, que no era muy lista y, de todos modos, se estaba muriendo, pensó que aquél era el nombre de la criatura. Al fin y al cabo, lo habían escrito en un libro oficial.

La señorita Robinson era ya bastante vieja, no decía gran cosa y no comía demasiado, pero nunca estaba quieta. Nadie sabía fregar un suelo como la señorita Bebé Hembra Robinson. Tenía un rostro fino y menudo, con una nariz roja y puntiaguda, y unas manos pálidas con nudillos colorados que siempre estaban ocupadas. La señorita Robinson trabajaba duro.

Tiffany no había comprendido bien qué pasaba cuando se cometió el delito. Tas mujeres hablaban sobre el tema en grupitos de dos y tres junto a las puertas de los huertos, con los brazos cruzados, y se callaban con pinta de indignadas si un hombre pasaba cerca.

Captó trozos de conversaciones, aunque, a veces, parecían estar en una especie de código, por ejemplo: «Ella nunca tuvo uno propio, pobre mujer. No era culpa suya estar como un palillo». O: «Dicen que cuando la encontraron lo tenía en brazos y decía que era suyo». Y: «¡La casa estaba llena de ropitas de bebé tejidas por ella misma!». El último comentario la dejó perpleja en aquel momento, ya que se decía con el tono de voz que utilizaría alguien para decir: «¡Y la casa estaba llena de cráneos humanos!».

Sin embargo, todos coincidían en una cosa: «No podemos consentirlo, un delito es un delito. Hay que contárselo al barón».

La señorita Robinson había robado un bebé, Puntual Acertijo, muy querido por sus jóvenes padres, aunque le hubiesen puesto ese nombre (el razonamiento era que si a los niños les daban nombres de virtudes, como Paciencia, Fe y Prudencia, ¿qué tenía de malo un poquito de gestión del tiempo bien entendida?).

Lo habían dejado en su cuna, en el patio, y el niño había desaparecido. Después de la búsqueda y los lloros habituales, alguien mencionó que la señorita Robinson había estado comprando más leche de lo normal...

Era un secuestro. En la Caliza no había muchas vallas, y pocas puertas se cerraban con llave, así que los robos de cualquier tipo se tomaban muy en serio. Si no podías perder de vista tus cosas ni cinco minutos, ¿qué sería de todo? La ley era la ley, un delito era un delito...

Tiffany había escuchado fragmentos de discusiones por toda la aldea, aunque las mismas frases surgían una y otra vez: «La pobre no quería hacer ningún daño», «Era una buena trabajadora, nunca se quejaba», «No está bien de la cabeza», «La ley es la ley», «Un delito es un delito»...

Así que se lo contaron al barón, y el barón presidió un juicio en el Gran Salón, al que asistieron todos los que no tenían que estar en las colinas, incluidos el señor y la señora Acertijo, ella con cara de preocupación, él con aspecto decidido, y la señorita Robinson, que no hacía más que mirar al suelo con las manos nudosas colocadas sobre las rodillas.

Aquello apenas podía haberse considerado un juicio. La señorita Robinson no sabía bien de qué era culpable, y ala niña le dio la impresión de que lo mismo les pasaba a todos. No estaban seguros de por qué estaban allí, y eso habían ido a averiguar.

El barón también se sentía incómodo, porque la ley era clara: el robo era un delito horrible, y robar un ser humano era mucho peor. En Auxilio había una prisión, justo al lado del asilo para indigentes; algunos decían que hasta tenían una puerta que los comunicaba. Allí era donde acababan los ladrones.

El noble no era un gran pensador; su familia había logrado seguir siendo dueña de la Caliza evitando cambiar de idea sobre nada durante cientos de años. Se sentó, escuchó y tamborileó con los dedos encima de la mesa, mirando las caras de los asistentes y comportándose como un hombre sentado en una silla muy caliente.

Tiffany estaba en primera fila, y seguía allí cuando el hombre empezó a dar su veredicto, entremezclado con muchos «um» y «ah», intentando no decir las palabras que tenía que decir; entonces se abrió la puerta del fondo y por ella entraron Trueno y Relámpago, los perros ovejeros.

Recorrieron el pasillo entre las filas de bancos y se sentaron delante del barón, con los ojos brillantes y alerta.

Sólo la niña se volvió para mirar hacia las puertas; todavía estaban ligeramente abiertas, y eran demasiado pesadas para que las abriese un perro, por muy fuerte que fuera. Pudo entrever a alguien que se asomaba por la rendija.

El barón guardó silencio y, él también, miró hacia las puertas. Entonces, al cabo de unos momentos, apartó el libro de las leyes y dijo: «Quizá deberíamos enfocar esto de otra forma...».

Y había otra forma, una forma que tenía que ver con prestarle un poco más de atención a la señorita Robinson. No era perfecta y no contentó a todo el mundo, pero funcionó.

La niña olió el aroma a Alegre Marinero al salir del salón, después del juicio, y pensó en el perro del barón.

«¿Recordará este día? –había dicho la abuela Dolorido–. Tendrá razón para hacerlo.»

A los barones había que recordarles las cosas...

–¿Quién hablará por ti? –dijo Tiffany en voz alta.

–¿Hablar por mí? –respondió la reina, arqueando las bellas cejas.

Y los Terceros Pensamientos de Tiffany dijeron: «Observa su cara cuando se preocupa».

–No hay nadie, ¿verdad? –siguió diciendo la chica, dando un paso atrás–. ¿Has sido amable con alguien? ¿Hay alguien que pueda decir que eres algo más que una ladrona y una tirana? Porque eso eres; tienes..., eres como los somníbulos, sólo tienes un truco en la manga...

Y allí estaba, por fin veía lo que habían vislumbrado sus Terceros Pensamientos: el rostro de la reina parpadeó durante un instante.

–Y ése no es tu cuerpo –continuó pinchando Tiffany–. No es más que lo que deseas que vea la gente. No es real, es como todo lo demás que hay aquí: hueco y vacío...

La reina corrió hacia ella y le dio una bofetada que, a pe sar de venir de un sueño, era bien fuerte. La niña aterrizó en el musgo, y Wentworth cayó rodando, mientras chillaba:

–¡Quero hacer popó!

«Bien», dijeron los Terceros Pensamientos.

–¿Bien? –preguntó Tiffany en voz alta.

–¿Bien? –preguntó la reina.

«Sí –respondieron los Terceros Pensamientos–, porque ella no sabe que tienes Terceros Pensamientos, ni que tu mano está a pocos centímetros de la sartén, y los seres como ella odian el hierro, ¿no? Está enfadada; ahora tienes que enfurecerla del todo, para que no piense. Hazle daño.»

–Vives aquí, en una tierra llena de invierno, y lo único que haces es soñar con el verano. Con razón se largó el rey.

La reina se quedó inmóvil un segundo, como la preciosa estatua que parecía. De nuevo parpadeó el sueño ambulante, y a Tiffany le pareció ver... algo; no era mucho más grande que ella y parecía casi humano, un poco desharrapado y, por un momento, sorprendido. Después volvió la reina, alta y enfadada, y tomó aire...

Tiffany cogió la sartén y le lanzó un golpe mientras se ponía en pie. Sólo rozó su objetivo, pero la reina se agitó como el aire sobre una carretera caliente, y gritó.

En vez de esperarse a ver qué más pasaría, la niña cogió a su hermano y huyó corriendo por la hierba, pasando junto a las extrañas figuras, que se volvieron al oír la rabia de la reina.

Entonces, las sombras se movieron entre las briznas sin sombra. Algunas personas (las de mentira, las que parecían sacadas del libro ilustrado de las tiras) cambiaron de forma y empezaron a perseguirla a ella y a su hermano, que no dejaba de chillar.

Se oyó un ruido atronador al otro lado del claro: las dos enormes criaturas que Roland llamaba mujeres abejorro se elevaban en el aire batiendo las alitas con esfuerzo.

Alguien tiró de ella y la metió entre la hierba; era Roland.

–¿Puedes salir ahora? –le preguntó, con la cara roja.

–Esto... –empezó a decir Tiffany.

–Pues será mejor que corramos. Dame la mano, ¡vamos!

–¿Tú conoces una salida? –preguntó Tiffany, entre jadeos, mientras salían lanzados entre las margaritas gigantes.

–No, no la hay. Ya has visto a los... somníbulos de ahí afuera... este sueño es muy, muy fuerte...

–Entonces, ¿por qué corremos?

–Para apartarnos... de ella. Si te... escondes el tiempo suficiente... Sneebs dice que... se le olvida...

«No creo que vaya a tardar poco en olvidarme», pensó Tiffany.

Aunque Roland se había detenido, la chica le soltó la mano y siguió corriendo, con Wentworth agarrado a ella; el niño estaba tan asombrado por todo que guardaba silencio.

–¿Adónde vas? –le gritó Roland.

–¡Es que quiero apartarme de ella lo más posible!

–¡Vuelve! ¡Estás yendo hacia atrás!

–¡No! ¡Corro en línea recta!

–¡Esto es un sueño! –gritó el chico, y lo oyó mejor, porque la alcanzaba–. Estás corriendo en círculos...

Tiffany entró en un claro...

... en el claro.

Las mujeres abejorro aterrizaron a cada lado de la niña, y la reina se acercó a ella.

–¿Sabes? La verdad es que esperaba algo mejor de ti, Tiffany. Ahora devuélveme al niño, y después decidiré qué hacer contigo.

–No es un sueño muy grande –murmuró Roland detrás de ella–. Si vas demasiado lejos, acabas volviendo...

–Podría hacerte un sueño más pequeño que tú –comentó la reina, en tono amable–. ¡Puede ser bastante doloroso!

Los colores aumentaron de intensidad y los sonidos de volumen. Además, Tiffany olía algo, y era raro, porque, hasta entonces, no había olido nada.

Era un perfume marcado y amargo que nunca se olvida: el olor de la nieve. Y, debajo del zumbido de los insectos en la hierba, oyó unas voces diminutas.

–¡Porrrcrrristo! ¡No encontrrro la salida!

## 

## IMAGE

## Capítulo once

### El despertar

Al otro lado del claro, donde el hombre que cascaba nueces trabajaba, se encontraba la última nuez, tan alta como Tiffany. La nuez se balanceaba un poco; el cascanueces le dio un golpe con el martillo, y el fruto se alejó rodando.

«Tengo que ver lo que está ahí en realidad...», pensó la niña, y se rió.

–¿Te parece divertido? –le preguntó la reina, sorprendida–. ¿Qué tiene de divertido? ¿Qué te hace tanta gracia de esta situación?

–Es que se me acaba de ocurrir algo gracioso.

La reina la miró con rabia, como hace la gente sin sentido del humor cuando se encuentran con una sonrisa.

«No eres muy lista –pensó Tiffany–. No te hace falta, porque puedes conseguir lo que quieres con sólo soñarlo. Crees en tus sueños, así que nunca has tenido que pensar.»

–¡Rompe la nuez! –le susurró a Roland–. No te preocupes por mí, ¡rompe la nuez!

El chico la miró sin entender.

–¿Qué le has dicho? –preguntó la reina.

–Le he dicho adiós –respondió la niña, agarrándose con fuerza a Wentworth–. No te pienso dar a mi hermano, ¡me da igual lo que hagas!

–¿Sabes de qué color son tus entrañas? –Tiffany sacudió la cabeza en silencio–. Pues lo vamos a averiguar –afirmó la reina, esbozando una dulce sonrisa.

–No eres lo bastante poderosa para hacer algo así.

–Tienes razón, sí. Esa clase de magia física es muy difícil, cierto. Sin embargo, puedo hacerte pensar que he hecho las cosas más... terribles. Y eso, niñita, es lo único que necesito. ¿Te gustaría empezar a suplicar ya? Puede que después no lo consigas.

–Pues no –respondió Tiffany, después de una pausa–. Creo que no.

–Todos los presentes recordarán este día durante mucho tiempo –dijo la reina, inclinándose para mirar a la chica hasta que Tiffany no pudo ver otra cosa más que a ella.

–Eso espero. Rompe... la... nuez.

Durante un instante, la reina pareció de nuevo desconcertada. No se le daban bien los cambios repentinos.

–¿Qué? –exclamó.

–¿Eh? Oh..., vale –murmuró Roland.

–¿Qué le has dicho? –insistió la reina, mientras el chico corría hacia el hombre del martillo.

Tiffany le dio una patada a la soberana en la pierna. No era un comportamiento digno de una bruja, sino más bien de una niña de nueve años, y deseó haber pensado en algo mejor. Por otro lado, sus botas eran duras y fue una buena patada.

–¿Por qué has hecho eso? –dijo la reina, sacudiéndola por los hombros–. ¿Por qué no haces lo que te digo? ¡Todos podrían ser felices si hicieran lo que les digo!

La niña miró a la mujer, cuyos ojos eran grises, aunque las pupilas parecían espejos de plata.

«Sé lo que eres –dijeron sus Terceros Pensamientos–. Eres un ser que nunca ha aprendido nada. No sabes nada de la gente; no eres más que... una niña que se ha hecho vieja.»

–¿Quieres un melo? –susurró.

Oyó un grito detrás de ella, se revolvió para volverse a mirar y vio que Roland luchaba por coger el martillo. Mientras Tiffany contemplaba la escena, el chico consiguió levantarlo por encima de su cabeza y del golpe derribó al elfo que tenía detrás.

La reina le pegó un tirón que la hizo volverse, justo cuando caía el martillo.

–¿Melo? –siseó–. Yo te daré melos...

–¡Porrrcrrristo! ¡Es su alturrra! ¡Y tiene a nuestrrra kelda, la vieja ladina!

–¡Sin rey! ¡Sin reina! ¡Pequeños Hombrrres Librrres!

–¡Podrrría carrrgarrrme a un kebab!

–¡Aporrr ella!

Seguramente, Tiffany era la única persona en todos los mundos existentes en alegrarse de oír el sonido de los Nac Mac Feegle.

Salieron en tromba de la nuez rota, algunos todavía con las pajaritas puestas y otros con los kilts. El caso es que estaban con ganas de gresca y, con la intención de ahorrar tiempo, luchaban entre ellos para calentar.

El claro... se aclaró. Fuesen de verdad o de mentira, todos veían venir los problemas cuando rodaban hacia ellos en forma de marea azul malsonante.

Tiffany se zafó de la reina y, todavía con Wentworth en brazos, corrió a esconderse entre la hierba para observar desde allí.

Yan Grande pasó corriendo a su lado, cargando sobre la cabeza a un elfo de tamaño natural, que luchaba por soltarse. De repente, se detuvo y lo lanzó con todas sus fuerzas por encima del claro.

–Allá va, ¡aterrizaje de caboza! –chilló; después se volvió y regresó a la batalla.

A los Nac Mac Feegle no se les podía pisotear ni aplastar. Trabajaban en grupo, se subían a las espaldas de sus hermanos para ganar altura y golpear a un elfo, o, siempre que fuera posible, para pegarle un cabezazo. Y cuando hacían caer a alguien, aquello se convertía en una fiesta de patadas.

Su estilo tenía un método. Por ejemplo, siempre escogían al oponente de mayor tamaño porque, como después le dijo Rob Cualquiera: «Es más fácil darrrles, ya sepes». Y nunca paraban; eso era lo que solía desgastar a sus enemigos, porque era como el ataque de unas avispas con puños.

Tardaron un rato en darse cuenta de que ya no quedaba nadie contra quien luchar. Siguieron haciéndolo entre ellos un poco más, de todos modos, ya que se habían dado el viaje; a continuación, registraron los bolsillos de los caídos, por si tenían calderilla.

Tiffany se levantó.

–Aj, bueeeno, no'stá mal, aunque sea yo'l que lo diga –comentó Rob Cualquiera, mirando a su alrededor–. Una pelea limpia, y nisiquierrra tuvimos que recurrirrr a la poesía.

–¿Cómo entrasteis en la nuez? –preguntó la niña–. Es decir..., ¡era una nuez!

–No encontrrramos otrrro camino parrra entrar –respondió Rob–. Tiene queserrr un camino que'ncaje. Es difícil navegarrr porrr sueños.

–Sobrrre todo cuando'stás un poquito achispado –añadió Wullie Chiflado, esbozando una amplia sonrisa.

–¿Qué? ¿Habéis estado... bebiendo? –preguntó Tiffany–. Mientras yo me enfrentaba a la reina, ¿vosotros estabais en un bar?

–¡Aj, no! –respondió Rob Cualquiera–. ¿Sepes el sueño de la grrran fiesta? ¿Cuando tenías el vestido bonito y eso? Nos quedamos encerrados.

–¡Pero maté al somníbulo!

–Bueeeno –respondió Rob, con aire algo esquivo–, no salimos tan fácil como tú. Tarrrdamos un poquitito.

–Hasta que se terrrminó toda la bebida –explicó Wullie Chiflado. Rob le lanzó una mirada asesina.

–¡No tenías que decirrrlo así!

–¿Quieres decir que el sueño continúa? –preguntó la chica.

–Si tienes mucha sed... –respondió Wullie–. Y noerrra sólo bebida, también habían ca–na–pe–ses.

–¡Pero decíais que si se comía o bebía en un sueño, después no se podía salir!

–Sip, les pasa a casi todos –dijo Rob–, perrro no a nosotrrros. Casas, bancos, sueños, todo igual. Podemos entrrrarrr y salirrr de cualquierrra cosa.

–Salvo quizá de los barrres –puntualizó Yan Grande.

–Oh, sip –coincidió Rob, en tono alegre–, salirrr de los barrres puede suponerrr cierrrto grrrado de dificultad, cierrrto.

–¿Y adónde ha ido la reina? –quiso saber Tiffany.

–Aj, salió porrrpiés encuanto llegamos –respondió Rob Cualquiera–. Y nosotrrros deberrríamos hacerrr lo mismo, antes deque cambie'l sueño. –Señaló a Wentworth con la cabeza–. ¿Es éste'l crrrío chico? Aj, ¡perrro cuántos mocos!

–¡Quero melos! –gritó el niño, que estaba en piloto goloso automático.

–Bueeeno, ¡pues no hay ninguno! –le gritó Rob–. ¡Deja de llorrriquearrr, ven con nosotrrros y no seas más carrrga parrra tu herrrmana chica!

Tiffany abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo cuando Wentworth, después de unos instantes de sobresalto, se rió.

–¡Gracia! –exclamó–. ¡Hombre pequeño! ¡Hombre pequeñito!

–Oh, vaya –dijo su hermana–. Ahora no habrá forma de callarlo.

Sin embargo, estaba muy sorprendida, porque Wentworth nunca había demostrado tanto interés por nada que no tuviese azúcar.

–Rob, tenemos uno de verrrdad –gritó un pictsi. La niña, horrorizada, vio que varios Nac Mac Feegle levantaban la cabeza inconsciente de Roland, que estaba tirado en el suelo.

–Ah, es el muchachito grrroserrro –dijo Rob–. Y también intentó darrrle a Yan Grrrande con el marrrtillo. Mala idea. ¿Qué hacemos con él?

La hierba tembló, la luz empezó a desaparecer del cielo y el aire se volvió más frío.

–¡No podemos dejarlo aquí! –exclamó Tiffany.

–Vale, podemos arrastrrrarrrlo. ¡Vámonos ahorrra mismo!

–¡Hombre pequeñito! ¡Hombre pequeñito! –gritaba Wentworth, muy contento.

–Me temo que seguirá así todo el día –explicó la niña–. Lo siento.

–Corre hacia la puerrrta –respondió Rob Cualquiera–. ¿Esque no ves la puerrrta?

Tiffany miró a su alrededor, desesperada; el viento empezaba a resultar cortante.

–¡Mirrra la puerrrta! –le ordenó Rob, y ella parpadeó y se volvió.

–Eh..., eh... –dijo. Cuando se asustó de la reina notó la existencia de un mundo escondido debajo de aquél, pero, en aquellos momentos, no le estaba resultando tan fácil encontrarlo. Intentó concentrarse; el olor de la nieve...

Resultaba ridículo hablar del olor de la nieve, porque no era más que agua congelada. Sin embargo, cuando se despertaba, siempre sabía si había nevado por la noche. La nieve tenía un olor parecido al sabor de la hojalata. La hojalata sí que sabía a algo, aunque era cierto que sabía al olor de la nieve...

Le pareció oír que le crujía el cerebro por el esfuerzo de tanto pensar. Si estaba en un sueño, tenía que despertarse, pero no tenía sentido correr. En los sueños siempre se corría, aunque había una dirección que parecía... fina y blanca.

Cerró los ojos y pensó en nieve, en nieve fresca y pura, como sábanas recién lavadas. Se concentró en notarla debajo de los pies; sólo tenía que despertarse...

Y se encontró pisando nieve.

–Bien –dijo Rob Cualquiera.

–¡He salido!

–Aj, a veces la puerrrta la tienes en la caboza –respondió Rob–. ¡Vámonos ya!

La niña notó que la levantaban; los feegles también se pusieron debajo de Roland, que roncaba, y lo llevaron sobre docenas de piernecitas azules.

–¡No parrrarrr hasta que salgamos d'aquí! –gritó Rob Cualquiera–. ¡Feegles, adelante!

Avanzaron por la nieve, dejando que un grupo de exploradores corriese delante. Al cabo de un par de minutos, Tiffany miró atrás y vio que las sombras azules se extendían y se oscurecían.

–Rob...

–Sip, lo sepo. ¡Correrrr, chicos!

–¡Se mueven muy deprisa, Rob!

–¡Eso lo sepo también!

La nieve aguijoneaba el rostro de la niña, avanzaban a tal velocidad que los árboles se convertían en manchas. El bosque pasaba a toda prisa por su lado, pero las sombras se desplegaban por el camino que tenían delante y, cada vez que el grupo las atravesaba, parecían ser sólidas, como la niebla.

En aquel momento, la parte central de las sombras que los acechaban era negro como la noche.

Sin embargo, los pictsis habían dejado atrás el último árbol, y delante sólo quedaban campos cubiertos de nieve.

Se detuvieron tan bruscamente que Tiffany estuvo a punto de caer al suelo.

–¿Qué pasa?

–¿Dónde s'han ido nuestrrras huellas? –preguntó Wullie Chiflado–. ¡Estaban aquí hace un momento! ¿Porrrdónde vamos ahorrra?

El camino pisoteado que los había conducido como una línea había desaparecido.

Rob Cualquiera se volvió y miró hacia el bosque, cubierto por una oscuridad que formaba volutas, como el humo, y se extendía por el horizonte.

–Ha enviado a las pesadillas –gruñó–. Esto serrrá durrro, chicos.

Tiffany vio que se creaban formas en la noche y abrazó a su hermano con fuerza.

–Pesadillas –repitió Rob, volviéndose hacia ella–. Mejorrr que ni las veas, nosotrrros las contendrrremos. Tienes que correrrr, ¡sal d'aquí ya!

–¡No tengo a donde ir! –exclamó Tiffany.

Oyó un ruido agudo, una especie de gorjeo de insecto que salía del bosque. Normalmente, los feegles esbozaban una enorme sonrisa si veían venir una pelea, pero, aquella vez, estaban muy serios.

–Aj, mala perrrdedorrra, su alturrra –comentó Rob.

La niña examinó el horizonte que tenía detrás y vio que la hirviente oscuridad también estaba allí; era un anillo que se cerraba alrededor de ellos.

«Hay puertas por todas partes –pensó–. La vieja kelda dijo que había puertas por todas partes. Tengo que encontrar una puerta. Pero sólo hay nieve y algunos árboles...»

Los pictsis sacaron las espadas.

–¿Qué... eeeh... clase de pesadillas vienen? –preguntó la niña.

–Aj, cosas con muchas pierrrnuchas larrrgas, dientes grrrandes, alas que aletean y cien ojos. Ese tipo de cosas –respondió Wullie Chiflado.

–Sip, y peorrres –añadió Rob Cualquiera, contemplando la oscuridad que se acercaba.

–¿Qué puede haber peor?

–Cosas norrrmales que salen mal –respondió Rob.

Tiffany se quedó en blanco un momento y después se estremeció. Oh, sí, conocía aquellas pesadillas. Aunque no sucedían a menudo, eran horribles. Una vez se había despertado aterrada, pensando que las botas de la abuela Dolorido la habían estado persiguiendo, y otra vez, había sido un azucarero. Cualquier cosa podía convertirse en una pesadilla.

Podía soportar a los monstruos, pero no quería enfrentarse a unas botas dementes.

–Eeeh..., tengo una idea –dijo.

–Yo también –contestó Rob–: ¡no'starrr aquí!

–Ahí adelante hay un bosquecillo –dijo Tiffany.

–¿Y qué? –Rob miraba hacia la línea de pesadillas. Ya se podían ver algunas cosas: dientes, uñas, ojos, costillas. Por la forma en que las miraba, resultaba obvio que, pasara lo que pasara después, los primeros monstruos iban de cabeza a un serio problema. Si es que tenían cabeza, claro.

–¿Se puede luchar contra las pesadillas? –preguntó la niña. El gorjeo agudo subía de volumen.

–Podemos lucharrr contrrra cualquierrra cosa –gruñó Yan Grande–. Si tiene caboza, podemos meterrrle caspa hasta'n las orrrejas. Si no tiene caboza, ¡le darrremos de sopapos!

Tiffany se quedó mirando las... cosas que se acercaban.

–¡Algunas tienen más de una cabeza!

–Pues es nuestrrro día de suerrrte –respondió Wullie Chiflado.

Los pictsis buscaron la posición correcta, listos para la lucha.

–Gaiterrro –le dijo Rob a William, el gonnagle–, tócanos una elegía. Cantarrremos con la música de la gaita de ratón...

–¡No! –gritó la chica–. ¡No voy a permitirlo! ¡La única forma de luchar contra las pesadillas es despertarse! ¡Yo soy la kelda! ¡Nos iremos a esos árboles ahora mismo! ¡Haced lo que digo!

–¡Hombre pequeñito! –chilló Wentworth.

Los pictsis miraron hacia los árboles y después a Tiffany.

–¡Hacedlo! –chilló ella, con tanta fuerza que algunos se encogieron–. ¡Ahora mismo! ¡Haced lo que os digo! ¡Tengo una solución mejor!

–No puedes negarrr a un'arrrpía, Rob –murmuró William.

–¡Os llevaré a casa! –soltó la chica. «Eso espero», añadió para sí. Había visto una carita redonda que los miraba desde un tronco, así que sabía que un somníbulo se escondía entre los árboles.

–Aj, sip, perrro... –Rob miró más allá de Tiffany y añadió:– Ay, no, mirrra eso...

Delante de la fila de monstruosidad que se acercaba, había un punto pálido. Era Sneebs, que corría delante, huyendo, moviendo los brazos como pistones; las piernas parecían girarle y tenía las mejillas infladas como globos.

La marea de pesadillas lo alcanzó y siguió adelante.

–¡Ya'béis oído a la kelda, chicos! –gritó Rob, sacando la espada–. ¡Cogedla! ¡Salimos porrrpiés!

Levantaron a Tiffany y al inconsciente Roland en el aire, y todos salieron corriendo hacia los árboles.

La chica sacó la mano del bolsillo del delantal y abrió el envoltorio arrugado de tabaco Alegre Marinero. Era algo en lo que concentrarse para recordar un sueño...

La gente decía que podía verse el mar desde lo más alto de las lomas, pero Tiffany lo había intentado un despejado día de invierno y no había visto más que el brumoso azul de la distancia. Sin embargo, el mar del paquete de Alegre Marinero era de un azul profundo, con crestas blancas en las olas. Para la niña, aquello era el mar.

El somníbulo de los árboles le había parecido pequeño, lo que significaba que no era muy poderoso. Al menos, eso esperaba...

Se aproximaron, al igual que el anillo de pesadillas. Algunos de los sonidos eran horribles, de huesos rotos, rocas aplastadas, insectos con aguijones y chillidos de gatos, y cada vez estaban más cerca...

## 

## IMAGE

## Capítulo doce

### Alegre Marinero

Tenía arena a su alrededor, y un rumor de olas blancas, y agua que se escurría entre los guijarros y sonaba como una anciana chupando un caramelo de menta.

–¡Porrrcrrristo! ¿Dónde'stamos ahorrra? –preguntó Wullie Chiflado.

–Sip, ¿y porrr qué parrrecemos champiñones amarrrillos? –añadió Rob Cualquiera.

Tiffany bajó la vista y soltó una risilla; todos los pictsis llevaban el mismo traje del Alegre Marinero: un chubasquero y un enorme sombrero impermeable amarillo que les cubría casi toda la cara. Empezaron a dar vueltas, tropezándose los unos con los otros.

«¡Mi sueño! –pensó–. El somníbulo coge lo que encuentra en tu cabeza..., pero es mi sueño, puedo usarlo.»

Wentworth se había callado y miraba embobado las olas.

Una barca estaba varada en los guijarros. Como si fueran un solo pictsi..., o, mejor dicho, un solo champiñoncito amarillo, los Nac Mac Feegle fueron hacia ella y subieron a bordo.

–¿Qué hacéis? –les preguntó Tiffany.

–Mejorrr que nos vayamos –respondió Rob Cualquiera–. Nos has buscado un buen sueño, perrro no podemos quedarrrnos aquí.

–¡Es un lugar seguro!

–Aj, su alturrra sepe cómo entrrrarrr en cualquierrra parrrte –dijo Rob, mientras cientos de pictsis levantaban un remo–. No teofusques, somos experrrtos en barrrcos. ¿No viste a Georrrgie No del Todo Diminuto pescando con Bobby Diminuto en el río? Nose nos dan malamente las arrrtes náuticas pescatorriales, ya sepes.

De hecho, sí que parecían saber de barcas. Metieron los remos en las chumaceras, y un grupo de feegles empujó el bote para moverlo sobre las piedras y meterlo en el agua.

–¡Ahorrra, pásanos al crrrío chico! –gritó Rob Cualquiera desde la popa. Tiffany avanzó vacilante, resbalándose por los guijarros mojados, caminó por el agua fría hasta llegar a la barca y les pasó al niño, al que todo le parecía muy divertido.

–¡Hombres pequeñitos! –chillaba mientras los metían en la barca. Era el único chiste que se sabía, así que no pensaba parar.

–Sip, eso es –respondió Rob, metiéndolo debajo del asiento–. Ahorrra quédat'ahí como un buen chico y nada de grrritarrr pidiendo carrramelos, si no quierrres que tío Rob te dé una colleja en los orrrejones, ¿vale?

Wentworth se rió.

Tiffany salió corriendo por la playa y levantó a Roland. El chico abrió los ojos y la miró con cara de cansancio.

–¿Qué pasa...? –dijo–. He tenido un sueño muy rar... –Entonces cerró de nuevo los ojos y se derrumbó.

–¡Subid al barco! –gritó la niña, arrastrándolo por los guijarros.

–Porrrcrrristo, ¿nos llevamos a'ste pedazo de cacho de inútil? –preguntó Rob; cogió a Roland por los pantalones y lo lanzó a la barca.

–¡Claro que sí! –respondió ella, subiendo detrás y aterrizando en el fondo del bote, justo cuando una ola se hacía con él. Los remos crujieron y chapotearon, y la embarcación dio un salto adelante. Dio un par de respingos más cuando lo alcanzaron las demás olas, y entonces empezó a navegar por el mar. Al fin y al cabo, los pictsis eran fuertes, aunque cada remo se había convertido en un campo de batalla lleno de feegles colgados, amontonados unos sobre otros o, simplemente, agarrados a cualquier cosa que pudiesen agarrar. Los dos remos acabaron casi doblados.

Tiffany se levantó e intentó no hacer caso de aquella desagradable sensación en el estómago.

–¡Hacia el faro! –gritó.

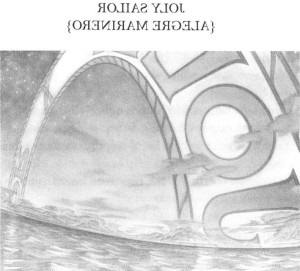
–Sip, lo sepo –respondió Rob–. ¡No hay más lugarrres! Y a su alturrra no le gusta la luz. –Sonrió–. Es un buen sueño, señorrra. ¿No has mirrrado el cielo?

–No es más que cielo azul.

–No's del todo cielo. Mirrra detrrrás deti.

La niña lo hizo: era un cielo azul, muy azul. Sin embargo, encima de la playa que dejaban atrás, a medio camino en vertical, había una banda amarilla. Parecía estar muy lejos, y tenía cientos de kilómetros de un extremo al otro. En el centro, colgado sobre el mundo, tan grande como una galaxia y de color gris azulado por la distancia, había un salvavidas.

En él, escrito al revés con letras más enormes que la luna, se leía:



–¿Estamos dentro de la etiqueta? –preguntó Tiffany.

–Oh, sip.

–Pero el mar parece... real. Es salado, húmedo y frío. ¡No es como la pintura! ¡Yo no lo soñé salado, ni tan frío!

–¿En serrrio? Entonces es un dibujo porrrfuerrra y real porrrdentrrro. Ya sepes, hemos robado y recorrido todo tipo de mundos durrrante mucho tiempo, y te dirrré una cosa: el univerrrso's mucho más com–pli–ca–do de lo que parrrece desde fuerrra.

Tiffany cogió el envoltorio mugriento que llevaba en el bolsillo y lo miró otra vez: allí estaban el salvavidas y el faro. Sin embargo, el Alegre Marinero no. Lo que sí se veía, aunque tan diminuto que no era más que un punto en el mar pintado, era un minúsculo bote de remos.

Levantó la mirada, y vio que llegaban nubes de tormenta y se colocaban delante del enorme y brumoso salvavidas. Eran largas e irregulares, y se estaban rizando.

–No le ha costado mucho entrrrarrr –murmuró William.

–No, pero este sueño es mío y sé lo que pasa. ¡Seguid remando!

Algunas de las nubes pasaron sobre ellos, enredándose y dando tumbos, para después lanzarse en picado sobre el mar. Se desvanecieron bajo las olas como un chorro de agua al revés.

Empezó a llover con fuerza, con tanta fuerza que una cortina de niebla surgió del mar.

–¿Ya está? –se preguntó Tiffany–. ¿Eso es todo lo que puede hacer?

–Lo dudo –dijo Rob Cualquiera–. ¡Dadles a los remos, chicos!

La barca salió disparada hacia delante, rebotando de ola en ola a través de la lluvia.

Sin embargo, contradiciendo todas las reglas habituales, estaba intentando ir cuesta arriba. El agua formaba una montaña cada vez más alta, y el bote se veía empujado hacia atrás por la espuma.

Algo se elevaba, algo blanco que abría los mares. Grandes cascadas caían de la reluciente cúpula que subía hacia el cielo tormentoso.

Subía y subía, pero no se acababa. Finalmente, salió un ojo, que resultaba diminuto en comparación con la cabeza gigantesca que tenía encima; empezó a dar vueltas y se fijó en el barquito.

–Bueno, esa caboza sí que requierrre un día'nterrro de trrrabajo, incluso parrra Yan Grrrande –comentó Rob Cualquiera–. ¡Y tendrrríamos que volverrr mañana! ¡A remarrr, chicos!

–Es mi sueño –explicó Tiffany, tan tranquila como pudo–. Es el pez ballena.

«Aunque nunca soñé con este olor –añadió para sí–. Es un olor sólido y enorme que lo llena todo, un olor a sal, agua, pescado que rezuma...»

–¿Qué come? –le preguntó Wullie Chiflado.

–Ah, eso lo sé –respondió la chica, mientras el bote se balanceaba con el oleaje–: las ballenas no son peligrosas, porque sólo comen cosas muy pequeñas...

–¡Remad como las llamas del infierrrno, chicos! –chilló Rob.

–¿Cómo sepes que sólo come cosas chicas? –preguntó Wullie; el pez ballena comenzó a abrir la boca.

–Pagué un pepino entero por una clase sobre Bestias de las Profundidades –contestó ella, mientras una ola los bañaba–. ¡Las ballenas ni siquiera tienen dientes de verdad!

Se oyó un crujido, y una ráfaga de halitosis sospechosamente marina del tamaño de un tifón los golpeó, seguida de la imagen de una boca llena de enormes dientes puntiagudos.

–¿Sip? –dijo Wullie–. Bueeeno, sin ánimo de ofenderrr, ¡crrreo que'se animalito no fue a tu colegio!

La fuerza del agua los empujaba, y Tiffany pudo ver toda la cabeza; de un modo imposible de describir, la ballena tenía el aspecto de la reina. La reina estaba allí, en alguna parte.

La niña volvió a enfadarse mucho.

–Este sueño es mío. ¡He soñado con él millones de veces! –le gritó al cielo–. ¡No puedes entrar aquí! ¡Y las ballenas no se comen a la gente! ¡Cualquiera que tenga un poco de cerebro lo sabe!

Una cola del tamaño de un campo salió del agua y golpeó el mar; la ballena salió disparada hacia ellos.

Rob Cualquiera lanzó al aire su sombrero amarillo y sacó la espada.

–Aj, bueeeno, lo intentamos –dijo–. ¡Este animalito va'tenerrr el peorrr dolorrr de trrripas de su vida!

–¡Sip, saldrrremos a espadazos! –gritó Wullie Chiflado.

–¡No, seguid remando! –ordenó la chica.

–¡Que nose diga que los Nac Mac Feegle le dan la'spalda al enemigo! –chilló Rob.

–¡Pero estáis remando hacia atrás, mirando a la ballena! –señaló Tiffany.

–Oh, sip, no había caído –dijo el pictsi, abatido, sentándose de nuevo.

–¡Remad y ya está! –insistió la chica–. ¡Ya casi estamos en el faro!

Los pictsis levantaron los remos entre gruñidos, porque, aunque miraban hacia el lado correcto, se dirigían al que no lo era.

–Eso tiene una caboza bien grrrande, ¿sepes? –comentó Rob Cualquiera–. ¿Cómo de grrrande dirrrías que's la caboza, gonnagle?

–Aj, dirrría que es muuuy grrrande, Rob –respondió William, que estaba con el equipo del otro remo–. De hecho, me arriesgarrría a decirrr que es enooorrrme.

–A tanto llegarrrías, ¿eh?

–Oh, sip. Enooorrrme está plenamente justificado.

«La tenemos casi encima –pensó Tiffany–. Esto tiene que funcionar, porque es mi sueño. En cualquier momento, en cualquier momento...»

–¿Y a qué distancia de nosotrrros dirrrías que'stá, eh? –preguntó Rob, como si nada, mientras el bote se revolvía y sacudía a pocos metros de la ballena.

–Es una buena prrregunta, Rob –respondió William–, y te responderrría diciendo que está muuuy cerrrca, sip.

«En cualquier momento –pensó la chica–. Sé que la señorita Lento dijo que no debería creer en mis sueños, pero se refería a que no podía limitarme a desear que pasaran las cosas. Eeeh..., en cualquier momento, espero... Siempre aparecía...»

–De hecho, me arriesgarrría a decirrr que está extrrremaaadamente cerrrca... –empezó a decir William.

Tiffany tragó saliva y deseó que la ballena no siguiese su ejemplo. Sólo quedaban unos veinticinco metros de agua entre los dientes y la barca.

Entonces se encontraron con una pared de madera que se volvía borrosa por la velocidad y hacía un ruido como zipzipzip.

La chica levantó la mirada, boquiabierta: unas velas blancas lanzaban destellos entre las nubes de tormenta y dejaban caer la lluvia como si fuesen fuentes. Miró los aparejos, cuerdas y marineros alineados en las vergas, y lanzó gritos de alegría.

La popa del barco del Alegre Marinero se fue perdiendo en la lluvia y la niebla, pero no antes de que viera al gran barbudo al timón, vestido con su impermeable amarillo. El hombre se volvió y la saludó con la mano antes de que el barco desapareciese en las tinieblas.

Tiffany consiguió levantarse otra vez, a pesar del balanceo de la barca, y chillarle a la gigantesca ballena:

–¡Tienes que perseguirlo! ¡Así es como funciona esto! ¡Tú lo persigues, él te persigue! ¡La abuela Dolorido me lo dijo! ¡No puedes dejar de hacerlo y seguir siendo el pez ballena! ¡Este sueño es mío! ¡Son mis reglas! ¡He tenido más práctica con él que tú!

–¡Pez grande! –chilló Wentworth.

Aquello era más sorprendente que la ballena, así que la chica se quedó mirando a su hermano, mientras el bote volvía a agitarse.

–¡Pez grande! –dijo el niño otra vez.

–¡Eso es! –exclamó Tiffany, encantada–. ¡Pez grande! ¡Y lo que hace que sea todavía más interesante es que una ballena no es un pez! ¡De hecho, es un mamífero, como las vacas!

«¿De verdad has dicho eso?», le preguntaron sus Segundos Pensamientos. Los pictsis la miraron, y la barca empezó a dar vueltas sobre la espuma. La primera vez que el crío decía algo que no tenía que ver ni con caramelos, ni con hombres pequeñitos, y ella iba y lo corregía.

La chica miró a la ballena, que tenía problemas. Sin embargo, era la ballena, la misma con la que había soñado tantas veces después de que la abuela le contase la historia, y ni siquiera la reina podía controlar una historia como aquélla.

El animal les dio la espalda, a regañadientes, y se sumergió para perseguir el barco del Alegre Marinero.

–¡Pez grande fuera! –gritó Wentworth.

–No, es un mamíf... –dijo la boca de su hermana, antes de que pudiera detenerla. –Los pictsis seguían mirándola–. Es que tendría que decirlo bien –murmuró, avergonzada–. Es un error que comete mucha gente...

«Vas a ser igual que la señorita Lento –le dijeron sus Segundos Pensamientos–. ¿De verdad quieres eso?»

–Sí –dijo una voz, y Tiffany se dio cuenta de que era la suya otra vez. Sintió crecer la rabia, y se alegró–. ¡Sí! ¡Así soy yo! ¡Soy cautelosa y lógica, e investigo sobre las cosas que no entiendo! ¡Cuando oigo que alguien utiliza una palabra incorrecta, me pongo nerviosa! Se me da bien el queso. ¡Leo libros muy deprisa! ¡Pienso! ¡Y siempre llevo encima un trozo de cuerda! ¡Ése es el tipo de persona que soy!

Se calló; todos, Wentworth incluido, la miraban. El niño parpadeó.

–Gran vaca de agua fuera... –sugirió, tímidamente.

–¡Eso es! ¡Buen chico! –exclamó Tiffany–. ¡Cuando lleguemos a casa podrás comerte un caramelo!

Vio que las apretujadas cohortes de feegles seguían mirándola con cara de preocupación.

–¿Te parrrece bien que sigamos? –preguntó Rob Cualquiera, levantando una mano, con aire nervioso–. ¿Antes de que vuelva ese grrran pe...? ¿Antes de que vuelva esa grrran vaca de marrr?

La chica examinó el horizonte y vio que estaban cerca del faro, en un muellecito que salía de una isla diminuta.

–Sí, por favor. Eeeh..., gracias –añadió, calmándose un poco. El barco y la ballena ya no estaban a la vista, tragados por la lluvia, y el mar acariciaba suavemente la orilla.

En las rocas había sentado un somníbulo, con las patas gordinflonas y pálidas colgando. Contemplaba el mar y no parecía percatarse del bote que se acercaba. «Cree que está en casa –pensó Tiffany–. Le he dado un sueño que le gusta.»

Los pictsis bajaron al muelle y amarraron la barca.

–Vale, estamos aquí –dijo Rob–. Le corrrtarrremos la caboza a la crrriaturrra esa y saldrrremos...

–¡No!

–Perrro...

–Dejadla en paz. Es que..., dejadla en paz, ¿vale? No está interesada en nosotros.

«Y lo sabe todo sobre el mar –añadió para sí–. Seguramente tiene nostalgia, por eso el sueño es tan real; yo nunca lo habría hecho bien sin ayuda.»

Un cangrejo salió de la espuma junto a los pies del somníbulo y se sentó a soñar sueños de cangrejo.

«Es como si un somníbulo pudiera perderse en su propio sueño –pensó–. ¿Se despertará alguna vez?»

–En mi sueño, siempre me despierto cuando llego al faro –explicó la niña a los Nac Mac Feegle.

Los pictsis miraron la torre roja y blanca, y todos a una, sacaron las espadas.

–No confiamos en su alturrra –dijo Rob–. Te deja pensarrr que'stás a salvo y, justo cuando bajas la guarrrdia, se lanza sobrrre ti. Segurrro que'stá detrrrás de la puerrrta. Nosotrrros entrramos prrrimerrro.

Era una orden, no una pregunta, así que Tiffany asintió y observó cómo los feegles avanzaban sobre las rocas hacia la torre.

Sola en el muelle, salvo por Wentworth y Roland, que seguía inconsciente, sacó al sapo del bolsillo. El sapo abrió los amarillos ojos y miró el mar.

–O estoy soñando o estoy en una playa –dijo–. Y los sapos no soñamos.

–En mi sueño, sí –repuso la chica–, y este sueño es mío.

–Entonces, ¡es un sueño muy peligroso! –exclamó el ingrato animal.

–No, es precioso, es maravilloso. Mira cómo baila la luz en las olas.

–¿Dónde están los carteles avisando a la gente del peligro de ahogamiento? Ni salvavidas, ni redes para tiburones. Oh, cielos, ¿es que no hay socorristas cualificados? Parece que no. Supón que alguien...

–Es una playa, ¿por qué hablas así?

–No..., no lo sé. ¿Me puedes bajar, por favor? Presiento que se avecina un dolor de cabeza.

Tiffany lo bajó, y el sapo se arrastró hasta un montoncito de algas marinas. Al cabo de un rato, lo oyó comer algo.

El mar estaba en calma.

Todo parecía tranquilo.

Era esa clase de momentos de los que desconfiaría cualquier persona sensata.

Sin embargo, no pasó nada, y después tampoco. Wentworth cogió una piedrecita y se la metió en la boca, pensando que cualquier cosa podría ser un melo.

De repente, oyeron ruidos que salían del faro: gritos ahogados, golpes y un par de cristales rotos. En cierto momento, la niña oyó el estruendo de algo pesado cayéndose por unas largas escaleras de caracol y golpeándose en cada uno de los escalones.

La puerta se abrió y los Nac Mac Feegle salieron del faro con aire satisfecho.

–No prrroblemo –dijo Rob Cualquiera–. No hay nadie.

–¿Y esos ruidos?

–Oh, sip, teníamos que asegurrrarnos –respondió Wullie Chiflado.

–¡Hombres pequeñitos! –gritó Wentworth.

–Me despertaré cuando entre por la puerta –dijo Tiffany, que estaba sacando a Roland de la barca–. Siempre lo he hecho. Tiene que funcionar, porque este sueño es mío. –Puso de pie al chico y se volvió hacia el feegle más cercano–. ¿Podéis traer a Wentworth?

–Sip.

–¿Y no os perderéis, ni emborracharéis, ni nada?

–¡Nosotrrros nunca nos perrrdemos! –exclamó Rob Cualquiera, ofendido–. ¡Siemprrre sepemos donde estamos! ¡Es que a veces quizá no estamos segurrros de donde está todo lo demás, perrro no es culpa nuestrrra que todo lo demás se pierrrda! ¡Los Nac Mac Feegle nunca se pierrrden!

–¿Y lo de emborracharse? –pregunto la chica, arrastrando a Roland hacia el faro.

–¡No nos hemos perrrdido jamás en la vida! ¿Verrrdad, chicos? –dijo Rob Cualquiera, y todos respondieron con un murmullo para darle la razón, resentidos–. ¡Los palabrrros perrrdidos y Nac Mac Feegle no deberrrían aparrrecerrr en la misma frrra–se!

–¿Y lo de emborracharse? –insistió Tiffany, dejando a Roland sobre los guijarros.

–¡Perrrderrrse es algo que le pasa a los demás! –afirmó Rob–. ¡Quierrro dejarrr ese punto muy clarrro!

–Bueno, supongo que no habrá nada que beber en un faro –se consoló la chica–. A no ser que os bebáis el aceite de lámpara –se rió–, ¡y nadie se atrevería a hacer eso!

Los pictsis se callaron de golpe.

–¿Y, ejem, eso qué's? –preguntó Wullie Chiflado, en un tono lento y cauteloso–. ¿Es esa cosa metida en una cosita con forrrma como de botella?

–¿Con una calaverrrita y huesos? –añadió Rob.

–Sí, probablemente, y es una sustancia horrible –respondió la niña–. Os pondríais muy enfermos si os lo bebierais.

–¿Sip? –repuso Rob Cualquiera, pensativo–. Eso's muy... interrresante. ¿Qué clase de enferrrmos serrría eso, más o menos?

–Seguramente os moriríais.

–Ya'stamos murrridos.

–Bueno, pues os pondríais muy malos –respondió Tiffany, mirándolo con atención–. Además, es inflamable. Menos mal que no os lo habéis bebido, ¿verdad?

Wullie Chiflado soltó un gran eructo, y todos notaron el fuerte olor de la parafina.

–Sip –dijo.

La chica volvió sobre sus pasos y cogió a Wentworth. Detrás de ella oyó un susurro apagado: los pictsis se habían reunido a parlamentar.

–¡Te dije que la calaverrrita significaba que no podíamos tocarrrlo!

–¡Yan Grrrande dijo que serrrvía parrra seperrr que'rrra algo fuerrrte! ¡Dónde van a irrr a parrrarrr las cosas si la gente deja eso porrrahí, parrra que las perrrsonas inocentes derriben sin querrrerrr la puerrrta, abrrran los barrotes con palancas, quiten la grrran cadena del arrrmarrrio, rompan el candado y se lo beban!

–¿Qué es inflamable?

–¡Que arrrde!

–Vale, vale, no prrreocuparrrse. Nada de errructos y nada de echarrr un chorrete cerrrca de hoguerrras, ¿vale? Y actuad con naturrralidad.

Tiffany sonrió para sí; era muy difícil matar a un pictsi, quizá creer que ya estaban muertos los hacía inmunes. Se volvió y miró hacia la puerta del faro. En su sueño nunca la había llegado a ver abierta, así que creía que el faro estaba lleno de faroles, ya que, en la granja, la vaqueriza estaba llena de vacas y la leñera llena de leña.

–De acuerdo, de acuerdo –dijo, mirando a Rob–. Yo llevaré a Roland y vosotros a Wentworth.

–¿No quierrres llevarrr tú al crrrío chico?

–¡Hombre pequeñito! –gritó Wentworth.

–Tú lo llevas –respondió ella, sin más. Quería decir: «No sé si esto funcionará, y puede que esté más seguro contigo que conmigo. Espero despertarme en mi dormitorio; despertarme en mi dormitorio estaría bien... Por supuesto, si todos nos despertamos allí vamos a enfrentarnos a unas cuantas preguntas complicadas, pero cualquier cosa es mejor que la reina...».

Oyó un golpeteo y un susurro detrás de ella, se volvió, y vio que el mar desaparecía muy deprisa. Estaba retrocediendo de la orilla. Mientras observaba, las rocas y los grupos de algas flotaron sobre la espuma para después quedarse secos.

–Ah –dijo, al cabo de un momento–. No pasa nada, sé lo que es: se llama marea. Lo hace el mar, sube y baja todos los días.

–¿Sip? –comentó Rob Cualquiera–. Asombrrroso, es como si se escurriese el agua porrr un agujerrro...

A unos cincuenta metros, los últimos remolinos de agua de mar desaparecieron detrás de un borde, y algunos pictsis se dirigieron hacia allí.

De repente, Tiffany pasó por un momento de algo que no era exactamente pánico, sino algo más lento y desagradable. Empezó como una duda pequeñita e insistente, que decía: «¿No suelen ser las mareas un poco más lentas?».

El profesor (MARABILLAS DEL MONDO NATURAL, UNA MANZANA) no había entrado en detalles, pero allí había peces coleando en el lecho expuesto del mar, y seguro que los peces del mar no se morían todos los días.

–Eeeh..., creo que será mejor que tengamos cuidado... –dijo, y salió detrás de Rob.

–¿Porrr qué? El agua no'stá subiendo, ¿no? ¿Cuándo vuelve la marrrea?

–Pues... creo que tarda horas –respondió Tiffany, sintiendo que el pánico lento y desagradable se hacía más grande–. Pero no estoy segura de que esto...

–Pues hay montones de tiempo.

Habían llegado al borde, donde estaban alineados el resto de los pictsis. Todavía quedaba un poquito de agua en los pies, que seguía cayendo en el abismo que había abajo.

Era como mirar sobre un valle. En el otro extremo, a muchos kilómetros de distancia, el mar que retrocedía no era más que una línea reluciente.

Sin embargo, debajo de ellos, había barcos hundidos, un montón. Galeones, goletas, clíperes, mástiles rotos, aparejos colgando, cascos rotos..., todos tirados en los charcos de lo que antes fuera la bahía.

Los Nac Mac Feegle suspiraron de felicidad, todos a una.

–¡Tesorrros hundidos!

–¡Sip! ¡Orrro!

–¡Lingotes!

–¡Joyas!

–¿Qué os hace pensar que llevan tesoros? –preguntó la niña.

Los feegles la miraron con cara de asombro, como si hubiese sugerido que las rocas podían volar.

–Tiene que haberrr tesorrros –respondió Wullie Chiflado–. Si no, ¿parrra qué vas a dejarrr que s'hundan?

–Es cierrrto –añadió Rob Cualquiera–. Tiene que haberrr orrro en lo barrrcos hundidos, si no, no merrrecerrría la pena lucharrr contrrra todos los tiburrroncitos, pulposos y eso. Robarrr tesorrros del lecho del océano, ¡es el mejorrr robo de todos, todos!

En aquel momento, lo que Tiffany sentía era un pánico real y sincero.

–¡Eso es un faro! –gritó, señalándolo–. ¿Lo veis? ¡Un faro para que los barcos no se estrellen contra las rocas! ¿No? ¿Lo entendéis? ¡Os han preparado una trampa! ¡La reina sigue aquí!

–¿Y no podrrríamos echarrr un vistacito a un barrrco chiquitín, nada más? –preguntó Rob, dócilmente.

–¡No! Porque... –Tiffany levantó la mirada, porque un reflejo le había llamado la atención–. Porque... el mar... está... volviendo...

Algo que parecía una nube en el horizonte se hacía más grande y lanzaba destellos al avanzar. La niña ya podía oír el rugido.

Corrió por la playa, cogió a Roland por las axilas y lo arrastró hacia el faro. Miró atrás y vio que los pictsis seguían mirando la enorme ola que se acercaba.

Y allí estaba Wentworth, contemplando la ola con cara de felicidad y un poquito agachado, de modo que, si los feegles se ponían de puntillas, podían cogerlo de la mano.

La imagen se le quedó grabada en el cerebro: el niño pequeño y los pictsis, todos de espaldas a ella, todos observando con interés el muro de agua reluciente que corría hacia ellos, ocultando el cielo.

–¡Vamos! –chilló–. ¡Me equivoqué, no es la marea, es la reina...!

Los barcos hundidos subían y giraban en la hirviente montaña de espuma.

–¡Vamos!

Tiffany consiguió echarse a Roland al hombro y caminar tambaleándose entre las rocas; llegó al faro justo cuando el agua se estrellaba a su espalda... Por un momen to, el mundo se llenó de una luz blanca... y la nieve crujió a sus pies.

Era la silenciosa y fría tierra de la reina. No había nadie ni nada que ver a su alrededor, salvo nieve y, a lo lejos, el bosque. Sobre él flotaban unas nubes negras.

Delante de ella, apenas visible, había una imagen en el aire; en la imagen se veía algo de hierba y unas cuantas piedras, iluminadas por la luz de la luna.

Era el otro lado de la puerta que llevaba a casa.

Se volvió, desesperada.

–¡Por favor! –gritó. No se lo pedía a nadie en concreto, pero necesitaba gritar–. ¿Rob? ¿William? ¿Wullie? ¿Wentworth? Lejos, en el bosque, se oían los ladridos de los perros sombríos–. Tenemos que salir –murmuró Tiffany–. Tenemos que salir de aquí...

Cogió a Roland por el cuello de la camisa y lo arrastró hacia la puerta. Al menos, el chico se deslizaba sobre la nieve.

Nada ni nadie intentó detenerla. Entró un poco de nieve por el umbral de las piedras y cayó sobre el césped; sin embargo, el aire estaba caliente y lleno de ruidos de insectos nocturnos. Bajo una luna real, bajo un cielo real, llevó al chico hasta una piedra caída y le apoyó la espalda en ella. Después se sentó a su lado, muerta de cansancio, e intentó recuperar el aliento.

Tenía el vestido empapado y olía a mar.

Podía oír sus propios pensamientos como si estuviesen muy lejos:

«Quizá sigan vivos. Al fin y al cabo, era un sueño. Tiene que haber una forma de regresar, sólo tengo que encontrarla. Tengo que volver. Los perros sonaban muy cerca...»

Se levantó otra vez, aunque lo que de verdad quería hacer era echarse a dormir.

Las tres piedras de la puerta eran una forma negra bajo las estrellas.

Y, mientras las observaba, se derrumbaron. La que estaba arriba se deslizó sobre las otras, lentamente, y las de abajo acabaron apoyadas en ella.

Corrió hasta ellas e intentó levantar aquellas toneladas de roca; palpó el aire que las rodeaba, por si el umbral seguía allí. Entrecerró los ojos como loca, intentando verlo.

Tiffany se quedó allí sola, bajo las estrellas, intentando no llorar.

–Qué lástima –dijo la reina–. Has defraudado a todo el mundo, ¿no?

## 

## IMAGE

## Capítulo trece

### Tierra bajo ola

La reina caminaba por la hierba hacia Tiffany y, dondequiera que pisaba, brillaba la escarcha durante un instante. La pequeña parte de la chica que seguía pensando, pensó: «Esa hierba estará muerta por la mañana. Está matando mi césped».

–La vida no es más que un sueño, si te paras a pensarlo –dijo la reina, con aquel tono de voz tranquilo y agradable que resultaba tan enloquecedor–. Los humanos sois muy soñadores; soñáis que sois listos, soñáis que sois importantes, soñáis que sois especiales. ¿Sabes? Casi sois mejores que los somníbulos; sin duda, tenéis más imaginación. Tengo que darte las gracias.

–¿Por qué? –preguntó Tiffany, mirándose las botas. El terror la tenía atenazada, atada con alambres al rojo vivo. No había a donde huir.

–No me había dado cuenta de lo maravilloso que es tu mundo. Es decir, los somníbulos... Bueno, no son mucho más que una esponja con patas, en realidad. Su mundo es muy antiguo y está casi muerto; ya no son realmente creativos. Si la ayudo un poco, tu gente podría ser mucho mejor, porque, como digo, soñáis todo el tiempo. Vuestra visión del mundo es un paisaje en el que vosotros estáis en el centro, ¿verdad? Maravilloso. Mírate, llevas un vestido horroroso y unas botas costrosas, pero soñaste que podías invadir mi territorio con una sartén. Habías soñado sobre la chica valiente que rescata a su hermanito. Sin embargo, lo has dejado atrás. ¿Sabes qué? El golpe de mil millones de toneladas de agua de mar debe ser como si te cayese una montaña de hierro en la cabeza, ¿no crees?

La niña no podía pensar, tenía la cabeza llena de niebla caliente y rosa: no había funcionado.

Sus Terceros Pensamientos estaban perdidos en la niebla, intentando hacerse oír.

–He sacado a Roland –murmuró, sin dejar de mirarse las botas.

–Pero él no es tuyo –dijo la reina–. Aceptémoslo, es un chico bastante estúpido con una enorme cara roja y cerebro de tocino, como su padre. Abandonaste a tu hermanito con un puñado de ladronzuelos y rescataste a un imbécil mimado.

«¡No tenías tiempo! –chillaron los Terceros Pensamientos–. ¡No podías llegar hasta él y volver al faro! ¡Casi no llegas ni tú! ¡Has sacado a Roland! ¡Era lo más lógico! ¡No te sientas culpable! ¿Qué es mejor, intentar salvar a tu hermano para ser valiente, osada, estúpida y morir por ello, o salvar al chico para ser valiente, osada, razonable y seguir viva?»

Sin embargo algo seguía diciéndole: «¿Le dirás a mamá que viste que no quedaba tiempo para rescatar a tu hermano, así que rescataste a otro? ¿Se sentirá orgullosa de que llegaras a esa conclusión? Tener razón no funciona siempre».

«¡Es la reina! –chillaron sus Terceros Pensamientos–. ¡Es su voz! ¡Es como hipnotismo! ¡Tiene que dejar de escucharla!»

–Supongo que no es culpa tuya ser tan fría y despiadada –dijo la reina–. Seguramente sea por tus padres, que nunca te dedicaron el tiempo suficiente. Además, fueron muy crueles al decidir tener a Wentworth, deberían haber puesto más cuidado. Y te dejaron leer demasiadas palabras; saber palabras como paradigma o escatológico no puede ser bueno para un cerebro joven. Eso conduce a comportamientos equivocados, como utilizar a tu propio hermano de cebo para monstruos. –La reina suspiró–. La pena es que este tipo de cosas ocurren continuamente. Creo que deberías sentirte orgullosa de no haber salido peor, de no ser más que una chica profundamente introvertida y socialmente inadaptada. –Empezó a caminar alrededor de Tiffany–. Qué triste. Soñaste que eras fuerte, sensata, lógica..., el tipo de persona que siempre tiene un trozo de cuerda. En realidad, es tu excusa para no ser realmente humana del todo. Eres un cerebro sin corazón, ni siquiera lloraste cuando murió la abuela Dolorido. Piensas demasiado, pero tus preciados pensamientos te han dejado en la estacada. Bueno, creo que lo mejor será que te mate, ¿no te parece?

«¡Busca una piedra! –gritaron los Terceros Pensamientos–. ¡Golpéala!»

Tiffany era consciente de la presencia de otras figuras en la penumbra, algunos eran los seres de los dibujos del verano, aunque también estaban los somníbulos, el jinete sin cabeza y las mujeres abejorro.

La escarcha empezó a cubrir el suelo que la rodeaba.

–Creo que nos gustará vivir aquí –dijo la reina.

La chica sintió que el frío le subía por las piernas. Sus Terceros Pensamientos, roncos de tanto gritar, chillaron: «¡Haz algo!».

«Tendría que haberme organizado mejor –pensó, aletargada–. No debería haber confiado en sueños. O, quizá, tendría que haber sido un ser humano de verdad, más... sensible. ¡Pero no es culpa mía que no llorase! ¡Es que... no salía! ¿Y cómo voy a dejar de pensar? ¿Y de pensar en pensar? ¿E incluso de pensar en pensar en pensar?»

Vio la sonrisa que bailaba en los ojos de la reina y añadió: «¿Cuál de esas personas que piensan tanto soy yo? ¿Acaso existe de verdad un yo?».

Las nubes se derramaron por el cielo como una mancha y cubrieron las estrellas. Eran las nubes de tinta del mundo helado, las nubes de las pesadillas. Empezó a llover, lluvia con hielo dentro. Las gotas golpearon la hierba como si fueran balas, convirtiéndola en un lodo calizo. El viento aullaba como una jauría de perros sombríos.

Tiffany consiguió dar un paso adelante, aunque el lodo le tiraba de las botas.

–¿Un poquito de espíritu al fin? –preguntó la reina, retrocediendo.

La chica intentó dar otro paso, pero las cosas ya no funcionaban, tenía demasiado frío y estaba demasiado cansada, se sentía desaparecer, perderse...

–Qué triste que todo acabe así –comentó la reina.

La niña cayó de bruces en el lodo helado.

La lluvia ganó fuerza, y el agua le golpeó la cabeza como si fuera un puñado de agujas que le resbalaban por las mejillas convertidas en lágrimas de escarcha. Caía con tanta intensidad que la dejaba sin aliento.

El frío le robaba todo el calor del cuerpo, y ésa era la única sensación que le quedaba, aparte de la nota musical.

Sonaba como el olor de la nieve o como el resplandor de la escarcha. Era aguda, débil y larga.

Ya no notaba el suelo que tenía debajo, y no había nada que ver, ni siquiera estrellas, porque las nubes lo tapaban todo.

Tenía tanto frío que ya ni lo sentía, del mismo modo que no sentía los dedos. Un pensamiento logró colarse en su mente congelada: «Existe de verdad un yo? ¿O son mis pensamientos los que sueñan conmigo?».

La oscuridad se hizo más profunda, la noche nunca era tan negra, ni el invierno tan frío. La temperatura era más baja que en los peores inviernos, cuando la nieve caía y la abuela Dolorido arrastraba los pies de ventisquera en ventisquera, en busca de cuerpos calientes. «Las ovejas pueden sobrevivir en la nieve si el pastor tiene algo de cerebro», solía decir. Las ovejas sobrevivían en los huecos cálidos creados bajo los techos de nieve, mientras el viento cortante soplaba sobre ellas, sin hacerles daño.

Sin embargo, el frío de aquellos instantes era como el de los días en que la nieve no podía caer, y el viento era hielo puro y soplaba cristales de agua por la hierba. Eran los días mortales de principios de primavera, cuando había empezado el pastoreo y el invierno decidía volver a la carga una vez más...

Todo era oscuro y amargo, y no había estrellas.

Más allá, muy lejos, se veía un punto de luz.

Una estrella, baja, moviéndose...

Aumentó de tamaño bajo la noche tormentosa.

Avanzaba en zigzag.

El silencio cubrió a Tiffany y se la llevó.

El silencio olía a ovejas, trementina y tabaco.

Entonces..., llegó el movimiento, como si atravesara la tierra muy deprisa.

Y un calor amable, y, durante un momento, el sonido de las olas.

Y su propia voz, dentro de su cabeza.

«Llevo esta tierra en los huesos.»

«Tierra bajo ola.»

Blanco.

El blanco avanzó tambaleante entre la oscuridad cálida y pesada que la rodeaba, algo parecido a la nieve, pero tan fino como el polvo. Se acumulaba en alguna parte por debajo de ella, porque veía una tenue blancura.

Una criatura que parecía un cucurucho de helado con muchos tentáculos pasó volando junto a ella y desapareció.

«Estoy debajo del agua –pensó Tiffany–. Recuerdo... Esta es la lluvia de un millón de años bajo el mar, es la tierra nueva que nace debajo del océano. No es un sueño, es un... recuerdo. La tierra bajo la ola. Millones y millones de conchas diminutas... Esta tierra está viva.»

No dejaba de oler el reconfortante y cálido aroma de la cabaña de pastoreo, ni de sentir el abrazo de unas manos invisibles.

La blancura que tenía debajo se elevó y le cubrió la cabeza, aunque no le resultaba incómoda, era como una niebla.

«Ahora estoy dentro de la caliza, como un pedernal, como un calkin...»

No sabía con certeza cuánto tiempo llevaba en las cálidas profundidades, ni siquiera si el tiempo había pasado de verdad, o si los millones de años habían pasado en un segundo, pero notó movimiento de nuevo y la sensación de subir.

Más recuerdos acudieron a su mente.

«Siempre ha habido alguien vigilando las fronteras. No es algo que ellos decidan, la decisión es de otros. A alguien tiene que importarle. A veces tienen que luchar, porque alguien debe hablar por los que no tienen voz...»

Abrió los ojos. Seguía tumbada en el lodo, la reina se reía de ella, y, arriba, la tormenta seguía bramando.

Sin embargo, ya no tenía frío; de hecho, tenía calor, el calor ardiente de la rabia... Rabia por la hierba herida, rabia por lo estúpida que había sido, rabia por aquella criatura tan bella que sólo sabía controlar.

Aquella... criatura que intentaba robarle SU mundo.

Como había dicho la reina, todas las brujas son egoístas. Los Terceros Pensamientos de Tiffany dijeron: «¡Pues convierte el egoísmo en un arma! ¡Haz que todo sea tuyo! ¡Haz que todas las vidas, sueños y esperanzas sean tuyos! ¡Protégelos! ¡Sálvalos! ¡Llévalos al redil! ¡Atraviesa la ventisca por ellos! ¡Mantén alejados a los lobos! ¡Mis sueños! ¡Mi hermano! ¡Mi familia! ¡Mi tierra! ¡Mi mundo! ¡Cómo te atreves a llevarte esas cosas! ¡Son mías! ¡Tengo una obligación!».

La rabia la desbordó; se levantó con los puños apretados y le gritó a la tormenta, poniendo en el grito toda la ira que llevaba dentro.

Un rayo se estrelló a su derecha, y otro a su izquierda. Se quedaron allí, crepitando, y se formaron dos perros.

El pelaje echaba vapor y de las orejas les salieron unas chispas azules al sacudirse el agua de encima. Miraron a Tiffany con atención.

La reina ahogó un grito y desapareció.

–¡Ven aquí, Relámpago! –gritó la chica–. ¡A mí, Trueno! –Y recordó la vez que había corrido por las lomas, cayéndose, gritando todo al revés, mientras los dos perros hacían justo lo que tenían que hacer...

Dos lanzas negras y blancas salieron corriendo por la hierba y subieron a las nubes para conducir la tormenta.

Las nubes se asustaron y se dispersaron, pero siempre había un cometa cerca para devolverlas a su sitio. Aunque en el cielo hirviente se retorcían y gritaban formas monstruosas, Trueno y Relámpago habían trabajado con muchos rebaños; de vez en cuando se oía el chasquido de unos dientes salpicados de rayos, y un gemido. Tiffany miró arriba, con la lluvia mojándole la cara, y vociferó órdenes que ningún perro podría haber oído.

Entre empujones, ruidos sordos y gritos, la tormenta se alejó de las colinas y se fue a las montañas, donde había unos profundos cañones que podían cobijarla.

Sin aliento, resplandeciente de triunfo, la niña observó cómo los perros volvían y se sentaban, de nuevo, en la hierba. Entonces recordó algo más: daba igual las órdenes que les diera, porque no eran suyos; eran perros trabajadores.

Trueno y Relámpago no aceptaban órdenes de una niñita, y, además, no la miraban a ella.

Se habría vuelto a mirar si alguien le dijera que tenía un monstruo horrible detrás; se habría vuelto a mirar si alguien le dijera que tenía mil dientes. Sin embargo, no quería volverse a mirar en aquel momento, y obligarse a hacerlo fue lo más difícil que había hecho en toda su vida.

No le daba miedo lo que pudiera ver, pero la aterraba hasta la médula lo que quizá no viera. Cerró los ojos, mientras sus cobardes botas le ciaban la vuelta a su cuerpo y, después de respirar hondo, los abrió de nuevo.

La recibió el olor a tabaco Alegre Marinero, ovejas y trementina.

Allí estaba la abuela Dolorido, brillando en la oscuridad, con el vestido blanco de pastorcilla lanzando destellos de luz desde todas y cada una sus cintas azules y hebillas plateadas; esbozaba una enorme sonrisa de orgullo. En una mano llevaba el enorme cayado ornamental, lleno de lazos azules.

Hizo una lenta pirueta, y Tiffany vio que, aunque era una reluciente pastorcilla de pies a cabeza, seguía teniendo puestas sus enormes botas viejas.

La abuela Dolorido se sacó la pipa de la boca y asintió con la cabeza, lo que para su nieta era como recibir una salva de aplausos. Y, de repente..., dejó de estar allí.

Una oscuridad real, iluminada por las estrellas, se hizo sobre la hierba, y los sonidos nocturnos recorrieron el aire. Tiffany no sabía si lo que acababa de suceder era un sueño, si había ocurrido en algún lugar que no era exactamente allí o si sólo había pasado dentro de su cabeza. Le daba igual, porque había pasado, y ahora...

–Pero sigo aquí –dijo la reina, poniéndose delante de ella–. Quizá fuese todo un sueño; quizá te hayas vuelto un poco loca, porque, al fin y al cabo, eres una niña muy rara. Quizá tuvieses ayuda. ¿Hasta qué punto eres buena? ¿De verdad crees que puedes enfrentarte a mí tú sola? Puedo hacerte creer lo que yo quiera...

–¡Porrrcrrristo!

–Oh, no, ellos no –exclamó la reina, alzando las manos.

No eran sólo los Nac Mac Feegle, sino también Wentworth, un fuerte olor a algas, mucha agua y un tiburón muerto. Surgieron de la nada y aterrizaron hechos un ovillo entre Tiffany y la soberana. Sin embargo, un pictsi siempre está listo para una pelea, así que rebotaron, rodaron y se levantaron sacando las espadas y sacudiéndose agua de mar del pelo.

–Vaya, errres tú, ¿no? –dijo Rob Cualquiera, mirando con odio a la reina–. ¡Porrrfin carrra a carrra, vieja malva da! No puedes entrrrar aquí, ¿entiendes? ¡Retrrrocede! ¿Te vas en paz?

La reina le dio un pisotón y, cuando levantó el pie, al feegle sólo le sobresalía la cabeza de la hierba.

–¿Y? –repitió Rob, saliendo de la tierra, como si nada–. ¡No quierrro perrrderrr los nerrrvios contigo! ¡Y no te valerrrá echarrrnos a tus mascotas, porrrque sepes que podemos dejarrrlos parrra el arrastrrre! –Se volvió hacia Tiffany que no se había movido–. ¡Déjalo a nosotrrros, kelda! ¡Lo nuestrrro con su alturrra viene de lejos!

–Siempre metiéndoos en cosas que no os incumben –siseó la reina, chasqueando los dedos–. Bueno, ¿podéis enfrentaros a esto?

De repente, todas las espadas de los feegles emitieron un brillo azul.

En la multitud de pictsis iluminados por aquella luz espeluznante, se oyó una voz muy parecida a la de Wullie Chiflado:

–Aj, ahorrra sí que tenemos prrroblemas...

Tres figuras habían surgido del aire un poco más lejos. La niña vio que la del centro llevaba una gran túnica roja, una peluca larga muy extraña y unos leotardos negros con zapatos de hebilla. Los otros dos no eran más que hombres corrientes, vestidos con trajes grises corrientes.

–Ah, errres una mujerrr crrruel, reina –dijo William, el gonnagle–, atrrreverrrte a enviarrrnos a los abogados...

–Mirrra ése de la izquierrrda –gimió un pictsi–. Mirrra, ¡lleva maletín! ¡Es un maletín! ¡Ay, huy huy, huy! ¡El Día del Juicio s'avecina cuando un abogado lleva su maletín!

–¿Señor Rob Cualquiera Feegle y asociados? –preguntó una de las figuras con voz temerosa.

–¡Aquí no hay nadie con ese nombrrre! –gritó Rob–. ¡No sepemos nada!

–Tenemos ante nosotros una lista de cargos penales y civiles que suman un total de diecinueve mil setecientos sesenta y tres delitos individuales...

–¡No'stábamos allí! –chilló Rob Cualquiera, desesperado–. ¿Verrrdad, chicos?

–... entre ellos más de dos mil casos de desorden público, escándalo en la vía pública, embriaguez, mucha embriaguez, uso de lenguaje soez (incluidos noventa y siete cargos de uso de lenguaje que probablemente sería soez si alguien lo entendiese), alteración del orden público, vagabundeo...

–¡Es una confusión d'identidad! –gritó Rob Cualquiera–. ¡No's culpa nuestrrra! ¡Estábamos allí, tan trrranquilos, y otrrro lo hizo y salió corriendo!

–... hurto mayor, hurto simple, robo con allanamiento, allanamiento de morada, merodear con la intención de cometer un crimen...

–¡No nos comprendían de crrríos! –chilló Rob Cualquiera–. ¡La tomáis con nosotrrros porrrque somos azules! ¡Siemprrre nos culpan de todo! ¡Los polis nos odian! ¡Ni siquierrra'stábamos en el país!

Sin embargo, uno de los abogados sacó un gran rollo de papel de su maletín, provocando gran conmoción entre los acobardados pictsis. Se aclaró la garganta y empezó a leer: –Angus Grande, Angus No Tan Grande Como Angus Grande, Angus Pequeño, Archie Grande, Archie Un Ojo, Archie Pequeño Loco...

–¡Tienen nuestrrros nombrrres! –sollozó Wullie Chiflado–. ¡Tienen nuestrrros nombrrres! ¡Darrremos con nuestrrros huesos en la cárrrcel!

–¡Protesto! Pido una orden de hábeas corpus –intervi no una vocecilla–. Y presento un alegato de Vis–ne faciem capite repletam, sin efecto de cosa juzgada.

Se hizo el silencio durante un instante. Rob Cualquiera se volvió para observar a los asustados Nac Mac Feegle y preguntó:

–Vale, vale, ¿quién ha dicho eso?

–De repente, lo recordé todo –respondió el sapo, suspirando y dando un paso adelante–. Ya sé quién era, la jerga legal me ha devuelto la memoria: ahora soy un sapo, pero... –tragó saliva– antes era un abogado. Y lo que estáis haciendo, amigos, es ilegal. Esos cargos no son más que un entramado de mentiras sustentado en pruebas indirectas. –Alzó sus amarillos ojos para mirar a los abogados de la reina–. También solicito que este caso se suspenda sine díe por Potest–ne mater tua suere, amice.

Los abogados habían sacado de la nada unos libros enormes y estaban hojeándolos a toda prisa.

–No estamos familiarizados con la terminología del letrado –dijo uno de ellos.

–Oye, están sudando –comentó Rob–. Entonces, ¿también podemos tenerrr abogados de nuestrrra parrrte?

–Sí, por supuesto –respondió el sapo–. Podéis tener abogados defensores.

–¿Defensorrres? ¿Me dices que podrrríamos librrrarrrnos de'sta porrrun entrrramado de mentirrras?

–Sin duda. Y con todos los tesoros que habéis robado podéis pagar lo bastante para ser pero que muy inocentes. Mis honorarios son de... –Tragó saliva al ver que una docena de espadas iluminadas se volvían hacia él–. Acabo de recordar por qué aquella hada madrina me convirtió en sapo. Así que, dadas las circunstancias, aceptaré este caso pro bono público. –Las espadas no se movieron–. Eso significa que es gratis –añadió el sapo.

–Ah, vale, suena bien –dijo Rob Cualquiera, mientras todos envainaban las espadas–. ¿Cómo es qu'errres sapo y abogado?

–Bueno, fue por una pequeña discusión. Un hada madrina le concedió tres deseos a mi cliente (el paquete normal: salud, riqueza y felicidad) y, cuando mi cliente se despertó una mañana lluviosa y comprobó que no se sentía especialmente feliz, me pidió que la denunciase por incumplimiento de contrato. Nunca antes se había visto cosa igual en la historia de las hadas madrinas. Por desgracia, también resultó una novedad que mi cliente acabase convertida en espejo de mano y su abogado, como podéis comprobar, en sapo. Creo que lo peor fue ver cómo aplaudía el juez. Aquello fue una crueldad innecesaria, en mi opinión.

–Perrro todavía recuerrrdas todas esas cosas de juicios, ¿eh? –dijo Rob Cualquiera; después miró con rabia a los otros abogados–. Bien. ¡Eh, asquerrrosos, tenemos un abogado barrrato y no nos da miedo usarrrlo con efectos legales!

Los otros abogados no dejaban de sacar papeles de la nada y parecían preocupados, incluso algo asustados. Los ojos de Rob Cualquiera los observaban, relucientes.

–¿Qué significaba todo ese Vis–nee fácil, mi errrudito amigo? –le preguntó al sapo.

–Vis–nefaciem capite repletam. Es lo único que se me ocurrió con tan poco tiempo para prepararme. Significa, más o menos... –tosió–: ¿Te gustaría que te metieran un buen cabezazo en la cara?

–¡Y pensarrr que no sepíamos lo sencillo que es el idioma legal! –exclamó Rob–. ¡Todos podrrríamos serrr abogados, chicos, si sepiésemos esos palabros finos! ¡Aporrr ellos!

Los Nac Mac Feegle podían cambiar de humor en un segundo, sobre todo si oían un grito de batalla. Alzaron las espadas.

–¡Doscientos hombrrres sin piedad! –gritaron.

–¡S'acabó el drrrama judicial!

–¡Tenemos la ley de nuestrrra parrrte!

–¡La ley'stá hecha parrra encarrrgarrrse de los pícarrros!

–No –dijo la reina, agitando la mano.

Los abogados y los pictsis se desvanecieron, y ya sólo quedaron Tiffany y ella, cara a cara sobre la hierba al amanecer, mientras el viento silbaba entre las piedras.

–¿Qué has hecho con ellos? –gritó Tiffany.

–Oh, están por aquí..., en alguna parte. Al fin y al cabo, todo es un sueño, y sueños dentro de sueños. No se puede confiar en nada, niñita; nada es real, nada perdura. Todo desaparece, así que sólo puedes aprender a soñar, y ya es demasiado tarde para eso. Yo... yo he tenido más tiempo para aprender.

La niña no sabía bien cuál de sus pensamientos estaba funcionando, pero estaba cansada, y era como si se observase desde lo alto y un poquito más atrás. Se vio plantar las botas con firmeza en el suelo, y entonces...

... y entonces...

... y entonces, como alguien que se levanta de entre las nubes del sueño, notó el profundo Tiempo bajo ella. Sintió la respiración de las lomas y el distante rugido de mares antiguos atrapados por millones de conchas diminutas. Pensó en la abuela Dolorido, bajo la hierba, formando de nuevo parte de la caliza, parte de la tierra bajo la ola. Era como si las enormes ruedas del tiempo y las estrellas girasen lentamente a su alrededor.

Abrió los ojos y entonces, en algún lugar de su interior, abrió los ojos de nuevo.

Oyó moverse la hierba y el sonido de los gusanos debajo de la tierra; podía sentir las miles de vidas diminutas que la rodeaban, oler todos los aromas que llevaba la brisa y ver todos los tonos de la noche...

Las ruedas de las estrellas y los años, del espacio y el tiempo, encajaron en su sitio. Sabía exactamente dónde estaba, quién era y qué era.

Agitó una mano; la reina intentó detenerla, pero era como intentar detener el curso del tiempo. La mano de Tiffany le dio en la cara y la derribó.

–No lloré por la abuela porque no hacía falta. ¡Ella no me ha abandonado en ningún momento! –Se inclinó, y los siglos se doblaron con ella–. El secreto no consiste en soñar –susurró–, sino en despertarse. Despertarse es más difícil; ahora me he despertado y soy real, sé de dónde vengo y a dónde voy. Ya no puedes engañarme, ni tocarme; ni a mí, ni a nada que sea mío.

«Nunca volveré a ser así –pensó, al ver el terror en el rostro de la reina–. No volveré a sentirme tan alta como el cielo, tan vieja como las colinas y tan fuerte como el mar. Me han concedido algo durante un rato, y el precio es que tengo que devolverlo. Sin embargo, poder devolverlo también es la recompensa, porque ningún humano podría vivir así. Te pasarías la vida mirando una flor para disfrutar de su belleza, en vez de ordeñar las vacas. No es de extrañar que pasemos la vida soñando: estar despierto y verlo todo tal y como es en realidad..., nadie podría soportarlo durante mucho tiempo.»

Respiró profundamente y levantó a la reina. Era consciente de que pasaban otras cosas, de los sueños que rugían a su alrededor, aunque no la afectaban. Era real y estaba despierta, más despierta que nunca. Tenía que concentrarse incluso para pensar y no dejarse llevar por la tormenta de sensaciones que la atosigaban.

La reina era tan ligera como un bebé y cambiaba de forma como loca en brazos de Tiffany: se convertía en monstruos y mezclas de animales, cosas con garras y tentáculos. Sin embargo, al final, adoptó la forma de una cosita gris, como un mono, aunque con una cabeza más grande, ojos enormes y un pequeño pecho lleno de pelusilla que subía y bajaba al jadear.

Se dirigió a las piedras, donde todavía estaba el arco. «Nunca llegó a caer», pensó la niña. La reina no tenía ni fuerza, ni magia, sino tan sólo un truco, el peor.

–Aléjate de aquí –dijo Tiffany, entrando por el portal de piedra–. No vuelvas nunca, ni toques jamás lo que es mío. –Entonces, como la cosa era tan débil y semejante a un bebé, añadió–: Pero espero que alguien llore por ti, espero que el rey vuelva.

–¿Me tienes lástima? –gruñó la cosa que antes fuera la reina.

–Sí, un poco.

«Como a la señorita Robinson», pensó.

Dejó a la criatura en el suelo, y ésta se escabulló por la nieve, se volvió y se convirtió de nuevo en la bella reina.

–No ganarás –dijo–. Siempre hay una forma de entrar. La gente sueña.

–A veces nos despertamos. No vuelvas... o habrá consecuencias...

Se concentró, y las piedras volvieron a enmarcar nada más (o nada menos) que el campo que tenían detrás.

«Debo encontrar la forma de sellar esto», dijeron sus Terceros Pensamientos, o puede que los vigésimos, porque tenía la cabeza llena de pensamientos.

Consiguió caminar un poco antes de sentarse y agarrarse las rodillas. «Imagínate estar siempre así –pensó–. Tendría que llevar tapones en los oídos y en la nariz, y una gran capucha negra en la cabeza; y, aun así, vería y oiría demasiado...»

Cerró los ojos y volvió a cerrarlos.

Notó que todo se iba, como si se quedase dormida, pasando de aquel extraño estado de consciencia absoluta a su estado normal de... bueno, de estar despierta. Todo parecía borroso y embotado.

«Así sentimos siempre –pensó–. Vivimos como sonámbulos, porque ¿cómo íbamos a vivir si siempre estuviésemos tan despiertos...?»

Alguien le dio un golpecito en la bota.

## 

## IMAGE

## Capítulo catorce

## Desde abajo, como los robles

–Oye, ¿dónde t'habías metido? –gritó Rob Cualquiera, mirándola con rabia–. Estábamos a punto de darrrles a los abogados una buena audiencia y, de repente, ¡la reina y tú os vais!

«Sueños dentro de sueños», pensó Tiffany, cogiéndose la cabeza. Pero ya se habían acabado, y, con sólo mirar a los Nac Mac Feegle, sabía qué era real.

–Se acabó.

–¿L'has matado?

–No.

–Pues volverrrá, es muy tonta, ésa. Lista con los sueños, eso sí, perrro no tiene cerrrebrrro en esa caboza.

Tiffany asintió. Empezaba a perder la sensación de que las cosas estaban borrosas. El momento de consciencia absoluta se había desvanecido, como un sueño. «Pero tengo que recordar que no era un sueño.»

–¿Cómo os salvasteis de aquella ola tan grande? –preguntó.

–Aj, nos movemos deprrrisa –respondió Rob Cualquiera–. Y el farrro errra bien fuerrrte. Clarrro que el agua subió mucho.

–Hubo unos cuantos tiburrrones involucrrrados, esas cosas –añadió Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico.

–Oh, sip, unos cuantos tiburrroncitos –corroboró Rob, encogiéndose de hombros–. Y un pulposo d'esos...

–Errra un calamarrr gigante –aclaró William, el gonnagle.

–Sip, bueno, se convirrrtió'n kebab rápidamente –dijo Wullie Chiflado.

–¡Toma cabezazo, pequeño pequeñito! –gritó Wentworth, que no podía controlar su ingenio.

–Y la grrran ola llevó a la superrrficie muchos barrrcos hundidos llenos de tesorrros –explicó William, tosiendo con educación–. Nos parrramos parrra un pequeñísimo saqueo...

Los Nac Mac Feegle alzaron joyas maravillosas y grandes monedas de oro.

–Pero eso no es más que tesoro de sueños, ¿no? –preguntó la niña–. ¡El oro de las hadas! ¡Se convertirá en basura por la mañana!

–¿Sip? –preguntó Rob Cualquiera, mirando hacia el horizonte–. ¡Vale, ya'béis oído a la kelda, chicos! ¡Tenemos como una horrrita parrra vendérrrselo a alguien! ¿Perrrmiso parrra salirrr porrrpiés? –preguntó, dirigiéndose a Tiffany.

–Eeeh..., oh, sí, claro. Gracias...

Y ya no estaban; se marcharon convertidos en una mancha de azul y rojo que duró una milésima de segundo.

Sin embargo, William, el gonnagle, se quedó un momento y le hizo una reverencia a la chica.

–No lo hiciste tan mal –dijo–. Estamos orrrrrrrrgullosos de ti, igual que estarrría tu abuela. Recuérrrdalo. Errres querrrida.

Dicho lo cual, él también desapareció.

Roland, que estaba tirado en la hierba, dejó escapar un gruñido y empezó a moverse.

–Hombres pequeñitos ido todos –dijo Wentworth en tono triste, después de unos momentos de silencio–. Porrrcrrristo todos idos.

–¿Qué eran? –murmuró Roland, sentándose, con la cabeza entre las manos.

–Es un poco complicado –respondió Tiffany–. Eh..., ¿recuerdas mucho?

–Todo parece como... un sueño... –dijo Roland–. Recuerdo... el mar, y corríamos, y rompí una nuez que estaba llena de esos hombrecillos azules, y cazaba en un bosque enorme con sombras...

–Los sueños son cosas muy curiosas –lo interrumpió la niña, con precaución. Fue a levantarse, pero pensó: «Tengo que esperar aquí un momento. No sé por qué lo sé, pero lo sé. Quizá lo sabía y lo he olvidado, pero tengo que esperar a que pase algo...»–. ¿Puedes caminar hasta el pueblo?

–Oh, sí, creo que sí. Pero ¿qué ha...?

–Entonces, ¿podrías llevarte a Wentworth, por favor? Me gustaría... descansar un rato.

–¿Estás segura? –le preguntó Roland, con cara de preocupación.

–Sí, no tardaré mucho. Te lo agradecería. Puedes dejarlo en la granja, y dile a mis padres que bajaré pronto. Diles que estoy bien.

–Hombres pequeñitos –dijo Wentworth–. ¡Porrrcrrristo! Quero cama.

Roland no parecía muy convencido.

–¡Venga, adelante! –le ordenó Tiffany, agitando la mano.

Cuando los dos desaparecieron de la cumbre de la colina, ella, después de echar varias miradas atrás, se sentó entre las cuatro ruedas de hierro y se agarró las rodillas.

A lo lejos se veía el montículo de los Nac Mac Feegle. Ya empezaban a convertirse en un recuerdo algo sorprendente, aunque los había visto hacía pocos minutos. Sin embargo, cuando se iban, dejaban la impresión de no haber estado nunca.

Podía ir al montículo y comprobar si estaba el gran agujero, pero ¿y si no era así? Y, en caso de que lo estuviera, ¿y si abajo sólo había conejos?

«No, es todo cierto –se dijo–. Eso también tengo que recordarlo.»

Un águila ratonera gritó en algún lugar del alba gris. La chica levantó la mirada, la observó dar vueltas a la luz del sol y vio que un puntito diminuto se soltaba del pájaro.

Aquella caída, desde tanta altura, no podría soportarla ni un pictsi.

Tiffany se puso en pie a toda prisa, mientras Hamish caía dando tumbos por el cielo. Entonces... algo se infló encima de él, y la caída se convirtió en un suave descenso, como el de un vilano.

La forma abultada que flotaba sobre Hamish tenía forma de i griega. Conforme se acercaba, la forma se hacía más precisa, más... familiar.

El feegle aterrizó, y encima de él lo hicieron las bragas de Tiffany, las largas que tenían dibujitos de capullos de rosa.

–¡Ha sido genial! –exclamó el hombrecillo, abriéndose paso entre los pliegues de tela–. ¡S'acabarrron los aterrizajes de caboza parrra mí!

–Son mis mejores braguitas –dijo la chica, cansada–. Las robaste de nuestro tendedero, ¿no?

–Oh, sip, buenas y limpias. Les corrrté el encaje porrrque m'estorrrbaba, perrro lo guarrrdé, puedes coserrrlo otrrra vez. –Le dedicó a Tiffany una sonrisa enorme, la de alguien que, por una vez, no se ha pegado un buen cabezazo en el suelo.

La niña suspiró; le gustaba aquel encaje, sobre todo porque no tenía muchas cosas innecesarias.

–Será mejor que te las quedes –le dijo a Hamish.

–Sip, pues vale. Ahorrra, ¿qué errra...? Ah, sip, viene visita. La vi en el valle, mirrra'llí.

En el cielo había dos cosas más, de mayor tamaño que un águila y tan altas que ya estaban a pleno sol. Tiffany vio cómo bajaban formando círculos.

Eran escobas.

«¡Sabía que tenía que esperar!», pensó.

Le hervían las orejas, se volvió y vio que Hamish corría por la hierba. Mientras lo observaba, el águila ratonera lo recogió y siguió volando a toda velocidad. Se preguntó si su amigo estaba asustado o si, al menos, no quería encontrarse con... las personas que venían.

Las escobas descendieron.

La más baja llevaba a dos personas. Cuando aterrizó, la chica vio que una era la señorita Lento, agarrada con ansia a una figura más pequeña que estaba manejando el medio de transporte. Se bajó, a punto de caer al suelo, y avanzó tambaleante hasta Tiffany.

–Ni te imaginas lo mal que lo he pasado –dijo–. ¡Qué pesadilla! ¡Atravesamos la tormenta! ¿Estás bien?

–Eeeh... sí...

–¿Qué ha pasado?

Tiffany la miró; ¿por dónde empezar?

–La reina se ha ido –dijo. Aquello parecía resumirlo bien.

–¿Qué?¿Que la reina se ha ido? Oh..., esto..., estas damas son la señora Ogg...

–Buenos días –saludó la otra ocupante de la escoba, que se tiraba del vestido negro largo, cuyos pliegues hacían ruidos elásticos–. El viento de ahí arriba sopla hacia donde quiere, ¡te lo prometo! –Era una señora baja y gorda, con el rostro alegre de una manzana que lleva demasiado tiempo en la despensa; cada vez que sonreía, sus arrugas se movían en todas direcciones.

–Y ésta es la señorita... –empezó a decir la señorita Lento.

–Señora –la corrigió la otra bruja, mientras desmontaba.

–Lo siento muchísimo, señora Ceravieja. Unas brujas buenísimas –le susurró a Tiffany–. Fue una gran suerte encontrarlas; en las montañas sí que respetan a las brujas.

A la niña la impresionó que alguien pudiera aturdir a la señorita Lento, aunque la otra señora parecía conseguirlo con su mera presencia. Era alta, pero Tiffany se dio cuenta de que no era tan alta, sino que lo parecía por su actitud; era fácil confundirse si no se prestaba atención. Al igual que la otra bruja, llevaba un vestido negro bastante raído. Tenía un rostro anciano y delgado que no expresaba nada, y unos ojos azules penetrantes que examinaron a la chica de arriba a abajo, de pies a cabeza.

–Tienes unas buenas botas –comentó.

–Dile a la señora Ceravieja lo que ha pasado... –empezó la señorita Lento, pero la bruja levantó una mano, y ella dejó de hablar. Tiffany se quedó todavía más impresionada.

La señora Ceravieja le lanzó a la niña una mirada que le atravesó la cabeza y acabó a unos diez kilómetros al otro lado. Después se acercó a las piedras y agitó una mano. Fue un movimiento extraño, una especie de serpenteo en el aire, aunque, por un momento, dejó una línea reluciente; se oyó un ruido, un acorde, como si todo tipo de sonidos se produjesen a la vez, y se hizo el silencio.

–¿Tabaco Alegre Marinero?

–Sí –respondió Tiffany.

La bruja agitó de nuevo la mano, y se oyó otro ruido agudo y complejo. La señora Ceravieja se volvió bruscamente y contempló el montículo de los pictsis, que desde allí parecía un grano.

–¿Nac Mac Feegle? ¿Kelda?

–Eeeh, sí. Sólo temporalmente.

–Hrararaf.

Mano. Sonido.

–¿Sartén?

–Sí, aunque la perdí.

–Hmmm.

Mano. Sonido. Era como si la mujer estuviese sacando la historia del aire.

–¿Cubos llenos?

–Y también llenaron la leñera.

Mano. Sonido.

–Ya veo. ¿Linimento especial para ovejas?

–Sí, mi padre dice que hace que te salga...

Mano. Sonido.

–Ah, tierra de nieve. –Mano. Sonido–. Una reina. –Mano. Sonido–. Lucha. –Mano. Sonido–. ¿En el mar? –Mano, sonido, mano, sonido...

La señora Ceravieja se quedó mirando el aire brillante, mirando unas imágenes que sólo ella veía. La señora Ogg se sentó al lado de Tiffany, dejando unos segundos en alto las piernas hasta ponerse cómoda.

–He probado el tabaco Alegre Marinero –comentó–. Huele como a uñas de pies, ¿verdad?

–¡Sí! –contestó la niña, agradecida.

–Para ser kelda de los Nac Mac Feegle tienes que casarte con uno de ellos, ¿no? –preguntó la bruja, en tono inocente.

–Ah, sí, pero encontré la forma de solucionarlo –contestó Tiffany, y se lo explicó. La señora Ogg se rió con una carcajada sociable, de las que hacen que te sientas cómoda.

El ruido y las luces se acabaron, y la señora Ceravieja se quedó contemplando el vacío durante un instante, antes de decir:

–Al final venciste a la reina, pero creo que tuviste ayuda.

–Es verdad.

–¿Y fue...?

–Yo no le pregunto por sus asuntos –la interrumpió la niña, antes de darse cuenta de lo que hacía. La señorita Lento ahogó un grito. A la señora Ogg le brillaron los ojos, y miró primero a Tiffany y después a su compañera, como si presenciase un partido de tenis.

–Tiffany, la señora Ceravieja es la bruja más famosa de... –empezó a regañarla la señorita Lento, pero la bruja agitó de nuevo la mano.

«Tengo que aprender a hacer eso», pensó la niña.

Entonces, la señora Ceravieja se quitó el sombrero puntiagudo y saludó a Tiffany con una reverencia.

–Bien dicho –dijo, enderezándose y mirándola a los ojos–. No tenía derecho a preguntártelo, porque éste es tu territorio y nosotras estamos aquí con tu permiso. Te muestro mi respeto..., igual que tú debes mostrármelo a mí. –El aire pareció congelarse y los cielos oscurecerse durante un instante. Entonces, la bruja siguió hablando, como si el momento tormentoso no se hubiese producido–. Sin embargo, si un día te decides a contarme más, me encantará escucharlo –continuó, como si nada–. Y esas criaturas que están hechas como de masa, también me gustaría saber más sobre ellas, nunca las he visto. Y tu abuela parece una persona que me habría interesado conocer. –Se enderezó–. Mientras tanto, será mejor que comprobemos si todavía puedes aprender algo más.

–¿Ahora me explicaréis lo de la escuela para brujas?

Se hizo un momento de silencio.

–¿Escuela para brujas? –repitió la señora Ceravieja.

–Esto... –dijo la señorita Lento.

–Estabas siendo metafórrica, ¿no? –le preguntó Tiffany.

–¿Metafórrica? –preguntó a su vez la señora Ogg, frunciendo el ceño.

–Quiere decir metafórica –murmuró la señorita Lento.

–Es como las historias –explicó Tiffany–. No pasa nada, lo descifré yo sola: ésta es la escuela, ¿no? El lugar mágico es el mundo, aquí, aunque no te das cuenta hasta que miras. ¿Saben que los pictsis creen que este mundo es el cielo? Simplemente, no miramos bien. No se puede enseñar la brujería sin más; supongo que todo consiste en saber cómo eres... tú misma.

–Lo has explicado de una forma muy bonita –respondió la señora Ceravieja–, eres lista. Sin embargo, también hay magia, ya lo verás. No hace falta mucha inteligencia; de lo contrario, los magos no podrían hacerla.

–También necesitarás un trabajo –añadió la señora Ogg–. La brujería no da dinero, porque no puedes hacer magia para ti, ¿entiendes? Es una regla inmutable.

–Sé hacer buen queso.

–Queso, ¿eh? –repitió la señora Ceravieja–. Hmmm, sí, el queso está bien, aunque... ¿sabes algo de medicina? ¿Partería? Es una habilidad portátil muy conveniente.

–Bueno, he ayudado a que las ovejas den a luz los corderos más difíciles. Y vi cómo nacía mi hermano, no se molestaron en sacarme de la habitación. No parecía muy difícil, aunque me parece que el queso es más sencillo y menos ruidoso.

–El queso está bien –repitió la señora Ceravieja, asintiendo con la cabeza–, está vivo.

–¿Y qué es lo que hacen ustedes exactamente? –le preguntó Tiffany.

–Pues cuidamos de... las fronteras –respondió la delgada bruja, después de un momento de vacilación–. Hay muchas fronteras, más de las que la gente piensa. Está la frontera entre la vida y la muerte, entre este mundo y el siguiente, entre el día y la noche, entre el bien y el mal..., y hay que vigilarlas. Las vigilamos, protegemos la suma de las cosas y nunca pedimos nada a cambio. Eso es importante.

–La gente nos hace regalos, eso sí. Puede ser muy generosa con las brujas –añadió la señora Ogg, en tono alegre–. Por ejemplo, cuando en mi pueblo toca hornear, a veces no puedo moverme de tanto comer tarta. Hay muchas formas de pedir las cosas, si entiendes lo que quiero decir. A todos les gusta ver contenta a una bruja.

–¡Pero aquí la gente cree que las brujas son malas! –exclamó la niña, aunque sus Terceros Pensamientos añadieron: «¿Recuerdas que la abuela Dolorido casi nunca tenía que comprarse tabaco?».

–La gente se acostumbra a todo, es sorprendente –respondió la señora Ogg–. Sólo hay que empezar despacito.

–Y nosotras tenemos que darnos prisa –repuso la señora Ceravieja–. Un hombre se dirige aquí a lomos de un caballo de granja. Pelo rubio, cara roja...

–¡Suena como mi padre!

–Bueno, pues está haciendo que la pobre criatura vaya al galope. Deprisa, vámonos. ¿Quieres aprender el oficio? ¿Cuándo puedes dejar tu casa?

–¿Cómo dice?

–¿Acaso las chicas de aquí no se van a trabajar como doncellas y esas cosas? –preguntó la señora Ogg.

–Oh, sí, cuando son un poquito mayores que yo.

–Bueno, pues cuando seas un poquito mayor que tú, la señorita Lento vendrá a buscarte –concluyó la señora Ceravieja. Tiffany asintió–. En las montañas hay brujas ancianas que te enseñarán lo que saben a cambio de que las ayudes con la casa. Vigilaremos este lugar mientras estés fuera, no te preocupes. Mientras, tendrás tres comidas al día, tu propia cama, derecho a uso de escoba... Así es como lo hacemos, ¿de acuerdo?

–Sí –respondió ella, esbozando una enorme sonrisa. Aquel momento maravilloso estaba pasando demasiado deprisa para preguntar todo lo que deseaba saber–. ¡Sí! Pero..., esto...

–¿Sí? –la animó la señora Ogg.

–No tendré que bailar desnuda en círculos, ni nada por el estilo, ¿verdad? Es que he oído rumores...

La señora Ceravieja puso los ojos en blanco.

–Bueno, ese procedimiento cuenta con algunas ventajas –empezó a decir la señora Ogg, esbozando una sonrisa alegre.

–¡No, no tienes que hacerlo! –la interrumpió Ceravieja–. ¡No hay casitas hechas de mazapán, ni carcajadas histéricas, ni bailes!

–A no ser que tú quieras –insistió la señora Ogg, poniéndose de pie–. Una carcajada histérica no tiene nada de malo de vez en cuando, si te lo pide el cuerpo. Te enseñaría una estupenda ahora mismo, pero tenemos que irnos de verdad.

–Pero... pero ¿cómo lo has conseguido? –le preguntó la señorita Lento a Tiffany–. ¡Esto es caliza! ¡Creta! ¡Te has hecho bruja en terreno calizo! ¿Cómo?

–Eso es lo que tú te crees, Perspicacia Lento –repuso la señora Ceravieja–. En realidad, los huesos de las colinas están hechos de sílex. Es duro, afilado y útil, la reina de las piedras. –Recogió la escoba y se volvió hacia Tiffany–. ¿Crees que tendrás problemas?

–Puede.

–¿Quieres ayuda?

–Si son mis problemas, yo los resolveré. –En realidad, quería decir: «¡Sí, sí! ¡Necesitaré ayuda! ¡No sé qué pasará cuando llegue mi padre! ¡Seguro que el barón está muy enfadado! ¡Pero no quiero que piensen que no puedo ocuparme de mis propios asuntos! ¡Tengo que ser capaz de arreglármelas!».

–Así es –respondió la señora Ceravieja, y Tiffany se preguntó si podría leer la mente–. ¿La mente? No –siguió diciendo, mientas subía a la escoba–, pero sí las caras. Ven aquí, jovencita. –La niña obedeció–. Lo que pasa es que la brujería no es como ir a la escuela. Primero apruebas el examen y después te pasas muchos años intentando averiguar cómo lo aprobaste. En ese sentido, es similar a la vida. –Le levantó la barbilla a Tiffany para poder mirarla a la cara–. Veo que abriste los ojos.

–Sí.

–Bien, mucha gente no lo hace nunca. Aun así, puede que te esperen tiempos difíciles. Esto te vendrá bien.

Alargó la mano, trazó un círculo en el aire alrededor del pelo de la niña, levantó la mano sobre su cabeza e hizo unos ligeros movimientos con el índice.

Tiffany se llevó las manos a la cabeza y, durante un momento, le dio la impresión de que allí no había nada... pero, entonces, tocó algo. Era más una sensación que un contacto: si no se esperaba que estuviese ahí, los dedos lo atravesarían.

–¿De verdad está ahí?

–¿Quién sabe? –respondió la bruja–. Es un sombrero puntiagudo, virtualmente hablando. Nadie más sabrá que está ahí. Quizá te aporte tranquilidad.

–¿Quiere decir que sólo existe en mi cabeza?

–Tienes muchas cosas en la cabeza, lo que no significa que no sean reales. Mejor será que no me hagas demasiadas preguntas.

–¿Qué le ha pasado al sapo? –preguntó la señorita Lento, que sí hacía muchas preguntas.

–Se ha ido a vivir con los Nac Mac Feegle –respondió Tiffany–. Resultó ser un abogado.

–¿Le has dado a un clan de los Nac Mac Feegle su propio abogado? –exclamó la señora Ogg–. Eso hará que el mundo tiemble. Sin embargo, yo siempre he dicho que no viene mal sentir un temblorcillo de vez en cuando.

–Vamos, hermanas, debemos partir –dijo la señorita Lento, que ya se había subido a la otra escoba, detrás de la señora Ogg.

–No hace falta hablar así –se quejó la señora Ogg–. Demasiado teatral. Nos vemos, Tiff. Hasta pronto.

Su escoba se elevó grácilmente; por otro lado, el palo de la señora Ceravieja sólo dejó escapar un triste ruidito, como el del resorte de la punta del sombrero de la señorita Lento. La escoba empezó a hacer chupchupchup.

–Son los malditos enanos –explicó la bruja, con un suspiro–; dicen que lo han reparado, oh, sí, y siempre arranca la primera vez, en el taller...

Oyeron el sonido de los cascos acercándose, así que, con una rapidez sorprendente, la señora Ceravieja se subió a la escoba, la agarró con las dos manos y salió corriendo por la hierba, con la falda detrás, inflada como un globo.

Cuando el padre de Tiffany apareció en la cumbre de la colina, sobre uno de los caballos de la granja, la bruja no era más que un punto en el horizonte. El hombre no se había parado ni a ponerle los zapatos de cuero al animal, y los cascos de hierro levantaban grandes terrones de tierra, del tamaño de platos de sopa grandes.

La niña[[5]](#footnote-5) oyó un débil chupchupchuuup detrás de ella cuando el recién llegado bajó del caballo, y le sorprendió comprobar que el hombre estaba riendo y llorando a la vez.

Todo fue como un sueño.

Tiffany descubrió que era una frase muy útil: «Me cuesta recordarlo, todo fue como un sueño» o «Todo fue como un sueño, no estoy segura».

Sin embargo, el barón, que estaba encantado, sí estaba seguro de lo sucedido: sin duda, aquella... aquella tal reina, fuera quien fuese, llevaba un tiempo robando niños, pero Roland la había vencido, sí, y había ayudado a aquellos dos niñitos a volver a su casa.

Su madre había insistido en que la chica debía irse a la cama, aunque era pleno día, y, a decir verdad, a ella no le parecía mal, porque estaba cansada, así que se metió bajo las sábanas y se dejó llevar hasta aquel agradable mundo rosa que se encontraba entre el sueño y la vigilia.

Oyó al barón y a su padre hablar en la planta de abajo; oyó la historia que estaban inventándose entre los dos para darle sentido a todo. No cabía duda de que la chica había sido muy valiente (eso lo decía el barón), pero, bueno, tenía nueve años, ¿no? ¡Y ni siquiera sabía manejar una espada! Mientras que Roland había estado recibiendo clases de esgrima en el colegio...

Y así siguió la cosa. Después oyó hablar a sus padres, cuando el barón ya se había ido. Así supo, por ejemplo, que Bolsa de Ratas se había ido a vivir al tejado.

Tiffany estaba tumbada en la cama, oliendo el ungüento con el que su madre le había frotado las sienes. Según la mujer, debía de haberse golpeado la cabeza, porque no hacía más que tocársela.

De modo que Roland, el de la cara de tonto, era el héroe, ¿eh? Y ella era igual que la estúpida princesa que se rompía el tobillo y no dejaba de desmayarse, ¿verdad? ¡Qué injusticia!

Acercó la mano a la mesita que había junto a la cama, donde había dejado el sombrero invisible. Su madre había dejado una taza de caldo justo encima, pero allí seguía. Los dedos de Tiffany sintieron, muy vagamente, la aspereza del ala.

«Nunca pedimos recompensa», pensó. Además, era su secreto, todo entero. Nadie más sabía de la existencia de los Nac Mac Feegle, aunque cierto era que Wentworth había adquirido la costumbre de correr por la casa con un mantel atado en la cintura gritando: «¡Hombrecillos pequeñitos! ¡T'aplastarrré la bota!». A pesar de todo, la señora Dolorido estaba tan contenta de tenerlo de vuelta y tan agradecida de oírlo hablar de cosas que nada tenían que ver con los caramelos, que no prestaba demasiada atención a lo que decía en realidad.

No, no podía contárselo a nadie, nunca la creerían; además, ¿y si lo hicieran y se les ocurriese rebuscar por el montículo de los pictsis? No podía dejar que pasara.

¿Qué habría hecho la abuela Dolorido?

La abuela Dolorido no habría dicho nada. La abuela no solía decir mucho, simplemente sonreía para sí, chupaba su pipa y esperaba el momento oportuno...

La niña sonrió.

Se durmió y no soñó nada.

Y así pasó un día.

Y otro día.

Al tercer día, llovió. Tiffany entró en la cocina cuando no había nadie y cogió la pastorcilla de porcelana del estante, la metió en un saco, salió de la casa sin hacer ruido y corrió por las lomas.

La peor parte del tiempo se la estaban llevando ambos la dos de la Caliza, que cortaba las nubes como la proa de un barco. Cuando la chica llegó al lugar donde un viejo horno y cuatro ruedas de hierro sobresalían de la hierba, cortó un cuadrado de suelo, hizo un agujero para la pastorcilla y puso la hierba en su sitio. La lluvia había empeorado tanto que seguramente la tierra se empaparía de agua y le daría a aquella hierba la oportunidad de sobrevivir. Parecía lo más correcto, y estaba convencida de que le llegaba el olor a tabaco.

Después fue al montículo de los pictsis, cosa que llevaba preocupándola desde hacía tiempo. Sabía que estaban allí, ¿verdad? Así que, de algún modo, ir a comprobar si estaban allí sería... como... demostrar que dudaba de su existencia, ¿no? Eran seres ocupados, tenían muchas cosas que hacer; tenían que llorar la pérdida de la anterior kelda, seguro que estaban muy ocupados. Eso se decía, que no era porque no dejara de preguntarse si en aquel agujero no habría sólo conejos. No tenía nada que ver, por supuesto.

Ella era la kelda, tenía una obligación.

Oyó música y voces, y, de repente, un silencio repentino al asomarse a la penumbra.

Sacó con cuidado de su saco una botella de linimento especial para ovejas y la metió en la oscuridad.

Se alejó y oyó cómo la música empezaba de nuevo. Saludó a un águila ratonera, que trazaba perezosos círculos bajo las nubes, y tuvo la certeza de que un puntito diminuto le devolvía el saludo.

El cuarto día, Tiffany hizo mantequilla y el resto de sus tareas, aunque tuvo algo de ayuda.

–Y ahora quiero que vayas a dar de comer a las gallinas –le dijo a Wentworth–. ¿Qué es lo que quiero que hagas?

–Comer a las pitas –respondió Wentworth.

–Gallinas –lo corrigió su hermana, muy seria.

–Gallinas –repitió Wentworth, obediente.

–Y límpiate la nariz... ¡en la manga no! Ya te he dado un pañuelo. Y, cuando vuelvas, mira a ver si puedes traer un tronco entero, ¿de acuerdo?

–Aj, porrrcrrristo –murmuró Wentworth.

–¿Y qué te he dicho que no se dice? –preguntó Tiffany–. No decimos...

–... el porrrcrrristo.

–¿Y no lo decimos delante de...?

–... delante de mami.

–Bien. Cuando acabe, tendremos tiempo para acercarnos al río.

–¿Hombrecillos pequeñitos? –preguntó Wentworth, poniéndose muy contento.

La chica no respondió de inmediato, porque no había visto a ningún feegle desde su regreso.

–Puede, aunque seguramente estarán muy ocupados. Tienen que buscar otra kelda y... bueno, estarán muy ocupados. Supongo.

–Hombrecillos pequeñitos dicen: «¡Que te pego'n la cabeza, carrrapez!» –exclamó Wentworth, alegremente.

–Ya veremos –insistió Tiffany, sintiéndose como una madre–. Ahora, por favor, ve a dar de comer a las gallinas y recoge los huevos.

Cuando el niño se alejó, agarrando la cesta de los huevos con las dos manos, la chica echó parte de la mantequilla en la tabla de mármol y cogió las palas para convertir la mantequilla en... bueno, en una porción de mantequilla. Después la selló con uno de los sellos de madera, porque la gente siempre agradecía tener un dibujito en la mantequilla.

Mientras le daba forma a su obra, captó una sombra en el umbral y se volvió.

Era Roland.

El chico la miró, con la cara aún más roja de lo normal. Estaba retorciendo su caro sombrero entre las manos, como solía hacer Rob Cualquiera.

–¿Sí? –le preguntó Tiffany.

–Mira, sobre... bueno, sobre lo de... en cuanto a...

–¿Sí?

–Mira, no quería... Es decir, no conté ninguna mentira ni nada de eso –soltó–. Pero mi padre dio por sentado que yo había sido un héroe y no quería escuchar nada que le dijera, incluso después de contarle lo... lo...

–¿Lo mucho que te había ayudado?

–Sí... Es decir, ¡no! Él decía, decía que habías tenido suerte de que yo estuviese allí, decía...

–No importa –lo interrumpió la niña, cogiendo otra vez las palas.

–Y no dejaba de decirles a todos lo valiente que había sido su hijo y...

–Te he dicho que no importa –insistió Tiffany, mientras golpeaba la mantequilla fresca con las palas.

–¿Quieres decir que no te importa? –preguntó por fin Roland, después de abrir la boca durante unos segundos.

–No, no me importa.

–¡Pero no es justo!

–Somos los únicos que saben la verdad.

Siguió golpeando, patapatapat, y Roland contempló la mantequilla, grasienta y untuosa, mientras ella le daba forma con mucha tranquilidad.

–Oh. Esto..., no se lo dirás a nadie, ¿verdad? Quiero decir, que tienes todo el derecho del mundo a hacerlo, pero...

Patapatapat...

–Nadie me creería –respondió la niña.

–Lo intenté, de verdad que lo intenté.

«Seguro que sí –pensó Tiffany–, pero no eres muy listo, y está claro que el barón es un hombre sin Primera Vista. Ve el mundo como quiere verlo.»

–Un día serás barón, ¿no? –le dijo.

–Bueno, sí, un día. Pero, mira, ¿de verdad eres una bruja?

–Cuando seas barón, supongo que lo harás bien, ¿no? –siguió Tiffany, dándole la vuelta a la mantequilla–. Justo, generoso y decente, ¿verdad? ¿Pagarás buenos salarios y cuidarás de los ancianos? No dejarías que la gente echara a una anciana de su casa, ¿a que no?

–Bueno, espero...

–Porque yo estaré ahí, ¿sabes? –Tiffany se volvió para mirarlo, con una pala en cada mano–. Levantarás la mirada y me verás. Estaré junto a la muchedumbre, siempre. Lo vigilaré todo, porque vengo de la larga estirpe de los Dolorido y esta tierra es mía. Puedes ser nuestro barón, y espero que lo hagas bien. Si no..., habrá consecuencias.

–Mira, sé que fuiste... fuiste...

–¿De gran ayuda?

–... ¡pero no puedes hablarme así!

Tiffany tuvo la certeza de que en el tejado había alguien que decía, de forma apenas audible:

–Aj, porrrcrrristo, serrrá mocoso...

Cerró los ojos durante un instante y, entonces, con el corazón acelerado, señaló con la pala de mantequilla uno de los cubos vacíos.

–¡Cubo, llénate! –le ordenó.

El cubo se hizo borroso y, acto seguido, chapoteó; el agua caía por los bordes.

Roland lo miró fijamente, y Tiffany le dedicó una sonrisa muy dulce, cosa que podía dar bastante miedo.

–No se lo contarás a nadie, ¿verdad? –le dijo al niño.

–Nadie me creería... –balbuceó él, volviéndose hacia la chica, muy pálido.

–Sip, veo que nos comprendemos. Y ahora, si no te importa, tengo que terminar esto y empezar con el queso.

–¿Queso? Pero... pero ¡si podrías hacer lo que quisieras! –exclamó Roland.

–Y ahora mismo, lo que quiero es hacer queso –respondió Tiffany, con calma–. Vete.

–¡Mi padre es el dueño de esta granja! –dijo Roland, y, entonces, se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Se oyeron dos chasquidos diminutos, aunque curiosamente claros, cuando la niña dejó las palas y se volvió.

–Acabas de decir algo muy valiente, pero espero que ahora, después de habértelo pensado bien, sientas haberlo dicho, ¿es así? –Roland, que había cerrado los ojos, asintió con la cabeza–. Bien. Hoy voy a hacer queso. Puede que mañana haga otra cosa, y puede que dentro de poco me vaya, y entonces te preguntarás: «¿Dónde está?». Pero parte de mí siempre estará aquí, siempre. Siempre estaré pensando en este lugar, lo tendré vigilado. Y volveré. Ahora, ¡vete de una vez!

El chico se volvió y salió corriendo.

Cuando sus pisadas se desvanecieron, la chica dijo:

–Vale, ¿quién está ahí?

–Soy yo, señorrra, Jock No Tan Grrrande Como Jock Mediano Perrro Más Grrrande Que Jock Chico, señorrra. –El pictsi salió de detrás del cubo y añadió–: Rob Cualquierrra dijo que teníamos que venirrr a echarrrle un vistazo durrrante un tiempo, y a darrr las grrracias porrrel regalo.

«Sigue siendo magia, aunque sepas cómo se hace», pensó Tiffany.

–Pues vigiladme sólo en la vaquería, ¡nada de espiar!

–Aj, no, señorrra –le aseguró Jock No Tan Grande Como Jock Mediano Pero Más Grande Que Jock Chico, nervioso, aunque después sonrió–. Fion se va de kelda a un clan cerrrca de la Montaña Cabezaorrro ¡y m'ha pedido que vaya de gonnagle con ella!

–¡Felicidades!

–Sip, y William dice que me irrrá bien si trrrabajo con la gaita de ratón. Y... errr...

–¿Sí?

–Errr... Hamish dice que hay una chica en el clan del Lago Larrrgo que quierrre serrr kelda... errr... Es un buen clan... errr... –El pictsi se estaba poniendo violeta de la vergüenza.

–Bien, si yo fuese Rob Cualquiera, la invitaría de inmediato.

–¿No teimporrrta? –preguntó el feegle, esperanzado.

–Claro que no –respondió Tiffany. Sí que le importaba un poco, tenía que reconocerlo, pero era un poco que podía guardarse en un rinconcito de la cabeza.

–¡Genial! Los chicos estaban prrreocupadillos, ya sepes. Irrré a decirrrles. –Bajó la voz–. ¿Y quierrres que vaya aporrr ese montón de caca que acaba de irrrse y que lo tirrre del caballo otrrra vez?

–¡No! –contestó la chica, rápidamente–. No, no lo hagas, no. –Recogió las palas–. Déjalo en mis manos –añadió, sonriente–. Lo puedes dejar todo en mis manos.

Cuando se quedó sola de nuevo, terminó con la mantequilla, patapatapat... Hizo una pausa, dejó las paletas y, con la punta de un dedo muy limpio, dibujó una línea curva en la superficie, con otra línea curva tocándola, de modo que, juntas, parecieran una ola. Dibujó una tercera línea plana debajo, que era la Caliza: Tierra Bajo Ola.

Alisó rápidamente la superficie y cogió el sello que había hecho el día anterior; había tallado con esmero un trozo de madera de manzano que el señor Bloque, el carpintero, le había dado.

Lo estampó en la mantequilla y lo sacó con cuidado.

Sobre la reluciente y grasienta superficie amarilla, se veía una luna gibosa y, volando delante de ella, una bruja montada en una escoba.

Sonrió de nuevo, con la sonrisa de la abuela Dolorido. Algún día, las cosas serían diferentes, pero había que empezar desde abajo, como los robles.

Después hizo el queso...

... en la vaquería, en la granja, en los campos ondulantes que se convertían en lomas y dormían bajo el ardiente sol del verano, donde los rebaños de ovejas, moviéndose lentamente, vagaban por la corta hierba como nubes en un cielo verde, y, aquí y allí, los perros ovejeros corrían por la tierra como estrellas fugaces. En los altozanos sin fin, por los siglos de los siglos.



## 

## Nota del autor

El cuadro en el que «entra» Tiffany en el libro es un cuadro real. Se llama The Fairy Fellers' Master–Stroke («El golpe maestro del duende leñador»), de Richard Dadd, y está en la Tate Gallery, de Londres. Mide unos 53 por 38 centímetros. El artista tardó nueve años en terminarlo, a mediados del siglo XIX, y no se me ocurre ningún otro cuadro de «hadas» que se haya hecho más famoso. De hecho, se trata de una pintura extraña, que parece desprender el calor del verano.

Lo que todos saben sobre Richard Dadd es que «se volvió loco, mató a su padre, lo encerraron en un manicomio para el resto de su vida y pintó un cuadro muy raro». Grosso modo, es cierto, aunque me parece un resumen horrible de la vida de un artista con gran talento que sufrió una grave enfermedad mental.

En el cuadro no aparece ningún Nac Mac Feegle, pero es posible que sacasen a alguno del dibujo por hacer un gesto obsceno; es su estilo.

Oh, y la tradición de enterrar a un pastor con un trozo de lana en bruto también es real. Hasta los dioses comprenden que un pastor no puede desatender a sus ovejas. No merece la pena creer en un dios que no lo entiende.

La palabra luzdedía no existe, pero estaría bien que así fuese.



1. La gente dice cosas como «escucha a tu corazón», pero las brujas aprenden a escuchar a otras partes del cuerpo. Resulta sorprendente lo que te pueden decir tus ríñones. [↑](#footnote-ref-1)
2. Los adivinos convencionales te dicen lo que tú quieres que pase, mientras que las brujas te cuentan lo que te va a pasar de verdad, te guste o no. Curiosamente, las brujas suelen ser más precisas, aunque menos populares. [↑](#footnote-ref-2)
3. Tiffany no había utilizado nunca muchas de las palabras que había leído en el diccionario, así que a veces se liaba. [↑](#footnote-ref-3)
4. No hay palabras para describir el aspecto de un Feegle con kilt cuando está cabeza abajo, así que no lo intentaré. [↑](#footnote-ref-4)
5. Probablemente de unos veintiocho centímetros de ancho, aunque, esta vez, Tiffany no los midió. [↑](#footnote-ref-5)